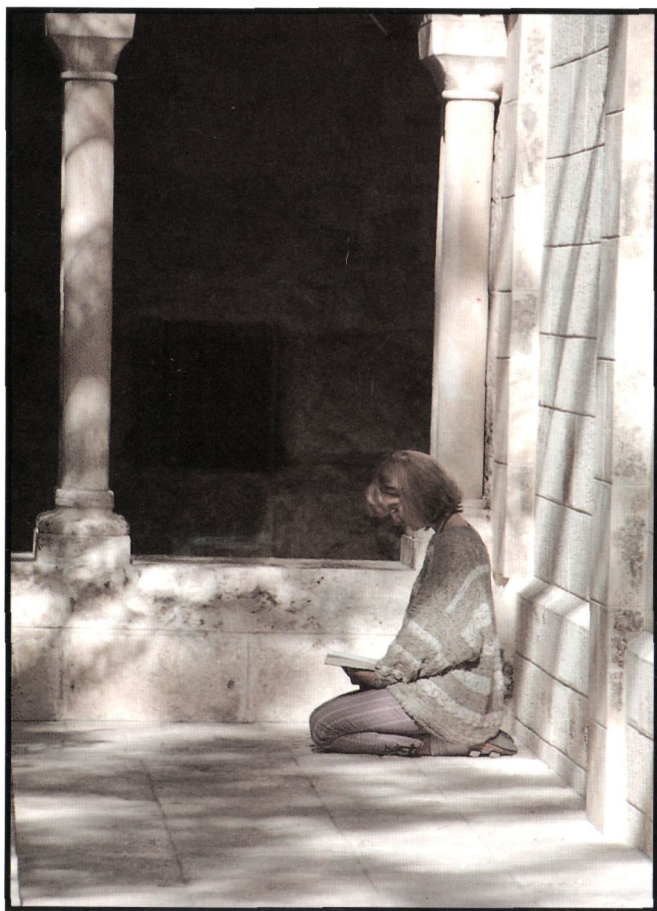


Carlos Mesters

Dios, ¿dónde estás?

**Una introducción práctica
a la Biblia**



Carlos Mesters

Dios, ¿dónde estás?

Una introducción práctica
a la Biblia



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLÁ (Navarra)
1996

*«Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra
esperanza a todo el que os pida explicaciones».*

(1 Pe 3,15)

Juan D. ...

Fotografía de cubierta: "Meditación en el claustro de Belén", *María Teresa Arias*.

Traductores: *Alfonso Ortiz García*; del Prólogo: *Jesús Valiente Malla*. Título original: *Deus, onde estás?* © Carlos Mesters, 1987 – © Editorial Verbo Divino, 1996. Los derechos para la lengua castellana han sido cedidos por la Editorial Vozes Ltda., Rua Frei Luís, 100, 25689-900 Petrópolis, RJ, Brasil. Printed in Spain. Fotocomposición e impresión: Aldecoa, S.L., Burgos. Depósito Legal: BU-140.-1996.

ISBN: 84-7151-828-7

Contenido

<i>Prólogo</i> . La parábola de la puerta	9
<i>Introducción</i> : «Dios, ¿dónde estás»	19
1. Paraíso, ¿mito o realidad?	27
2. Abrahán: El hombre en busca del absoluto	37
3. Éxodo: Dios en la historia de la liberación de los hombres.	47
4. Sansón y Dalila: ¿Folclore o algo más?	59
5. Profetas: ¿Dónde está el Dios en quien creemos?	69
6. Del rey Ezequías al rey Josías: La historia de una reforma .	83
7. Jeremías: La huida nunca es una solución	101
8. Sabiduría: Ansia de vivir – necesidad de morir	111
9. Una introducción al libro de Job: El drama de todos nosotros	127
10. Resumen del Antiguo Testamento: Los Salmos. La certeza en la frente, la historia en la mano	141
11. Origen de los cuatro evangelios: Del «evangelio» a los cuatro «evangelios»	155
12. El Sermón de la Montaña: ¿Consejo, ley o ideal?	167
13. Las parábolas: Revelar el sentido divino de lo humano ..	189
14. Los milagros de Jesús: Demostración gratuita del futuro que nos espera	201
15. La transfiguración de Jesús: El sentido de las crisis de la vida	215
16. La libertad del cristiano: Pluralismo en la manera de vivir la misma fe en Jesucristo	227
17. Fe en la resurrección: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?»	239

Prólogo

La parábola de la puerta

Desde el punto de vista ventajoso en que me encuentro para hablar de la Biblia, veo una puerta, la puerta por la que el mundo tiene acceso a aquélla. He observado esa puerta desde mi ventana, he visto cómo la gente la atravesaba y he estudiado su historia, que es también la historia de este libro. Esa historia, que se describe en este prólogo, es muy sencilla y, hasta cierto punto, simbólica. Es una parábola que expresa perfectamente el mensaje de este libro.

* * *

En el pueblo había una casa. La llamaban Casa del Pueblo. Era muy antigua y estaba bien construida. Tenía una hermosa y ancha puerta que daba a la calle por la que pasaba la gente.

Pero era una puerta extraña. Su umbral parecía suprimir la separación entre la casa y la calle. Quienes entraban por la puerta tenían la sensación de que estaban todavía en la calle. La gente que salía por ella hacia la calle no dejaba de sentirse acogida y arropada por la casa. Nadie caía en la cuenta de esto porque les parecía algo tan natural como la luz y el calor cuando brilla el sol.

La casa formaba parte de la vida del pueblo, gracias a aquella puerta por la que la casa se hacía una sola cosa con la calle y ésta una sola cosa con aquélla. Era el punto de reunión donde todo sucedía, todo se discutía y la gente se encontraba. La puerta permanecía abierta día y noche. Su umbral estaba desgastado por años de uso. Mucha gente, todo el pueblo en realidad, pasaba por ella.

Un día llegaron dos sabios. Venían de fuera. No eran del pueblo. No conocían la casa, pero habían oído hablar de su gran antigüedad y de su belleza y deseaban verla. Eran profesores que conocían el valor de las cosas antiguas. Vieron la casa y

podieron comprobar enseguida lo preciosa que era. Pidieron permiso para quedarse allí. Pretendían estudiarla.

Buscaron y encontraron una puerta lateral. Utilizaron aquella puerta para entrar y salir mientras llevaban a cabo sus estudios. No querían que les distrajeran el ruido y el ajetreo de la gente que entraba y salía por la puerta principal. Buscaban la tranquilidad que necesitaban para pensar.

Se instalaron dentro del edificio, lejos de la puerta que utilizaba la gente, en un rincón oscuro, absortos en la investigación del pasado de la casa.

Cuando la gente entraba, veía a los dos sabios rodeados de gruesos volúmenes y un complicado equipo. Cuando se aproximaba a ellos, la gente sencilla permanecía en silencio. Se quedaban inertes para no importunar a los sabios. La gente estaba muy impresionada. «Están estudiando la belleza y el pasado de nuestra casa», decían. «¡Son profesores!»

Los estudios avanzaban. Los dos sabios descubrieron cosas hermosas que el pueblo no conocía, a pesar de haberlas visto día tras día en su casa. Se les permitió raspar algunos muros, y descubrieron antiguas pinturas en que se reflejaba la historia del pueblo, de la que nada sabía la gente. Realizaron excavaciones en la base de las columnas, y pudieron recomponer la historia de la construcción de la casa, que nadie recordaba.

La gente no sabía nada acerca del pasado de su propia vida porque todos llevaban ese pasado dentro de sí mismos. Claro que sus ojos no lo percibían; pero veían todo lo demás y miraban hacia el futuro.

De noche, cuando daban por finalizado su trabajo, los dos sabios se juntaban con la gente y les describían sus descubrimientos. Crecía la admiración del pueblo por su casa y por sus profesores.

Los sabios explicaron al pueblo que gentes de otros países habían hablado y escrito contra la casa, pero que ellos habían venido para estudiar y defenderla. Estaban escribiendo largos artículos en un idioma extranjero, que eran publicados en grandes ciudades de las que el pueblo nunca había oído hablar. La gente empezó incluso a aprender los nombres de aquellos peligrosos enemigos que andaban diciendo que la casa no tenía ningún mérito. «Son mala gente», decían. «No nos quieren. Están en contra de la casa en la que nosotros nos sentimos felices».

Pasó el tiempo. Cuando ya la gente entraba en la casa, todos permanecían muy quietos. Una casa tan noble y tan valiosa, tema de tantos estudios y discusiones en todo el mundo, merecía respeto. Nada tenía que ver con la vida bulliciosa del exterior. Todos sentían la necesidad de respetarla un poquito más. No era un lugar para charlar y danzar. Era lo que decían todos y así se comportaban todos.

Hubo algunos de aquel pueblo que dejaron de entrar en la casa por la ruidosa puerta principal. Preferían el silencio de la puerta lateral de los sabios. Evitaban el ruido que hacía la gente. Empezaron a acudir a la casa no para juntarse y hablar con otras personas, sino para aprender más acerca de la belleza de su casa, la Casa del Pueblo. Los profesores les daban explicaciones sobre la casa que tan bien conocían, pero que ahora sentían como si no la conocieran.

Así, poco a poco, la Casa del Pueblo dejó de ser del pueblo. Todos preferían la puerta de los profesores. Allí les entregaban un folleto en el que se explicaban las cosas raras y antiguas descubiertas en la casa. El pueblo terminó por convencerse de que todos ellos eran realmente unos ignorantes. Eran los profesores quienes sabían y entendían lo que poseía el pueblo mejor que el pueblo mismo. Así lo pensaban todos.

Ahora, cuando acudían a la que era su propia casa, todos permanecían silenciosos y retraídos. Era como si estuvieran en una casa extraña perteneciente al pasado y que no conocían. Observaban cuidadosamente y estudiaban, folletos en mano, por pequeños grupos, circulando en la semioscuridad. Ya no recordaban los viejos tiempos, cuando juntos bromeaban y danzaban en el mismo lugar en el que ahora estudiaban, con semblantes serios, imitando a los profesores, sosteniendo sus folletos y aprendiendo el texto.

Poco a poco fue siendo olvidada la puerta principal. Un golpe de viento la cerró. Nadie se dio cuenta. Pero no se cerró del todo. Quedó una pequeña rendija.

La hierba creció frente a la puerta. Brotaron zarzales y cubrieron la entrada, porque ya nadie la utilizaba. También cambió el aspecto de la calle. Ahora era simplemente una calle y nada más. Se quedó triste y vacía, como un callejón sin salida. Los transeúntes ya no se detenían para charlar.

La puerta lateral era la entrada del pueblo. La gente entraba y miraba. Todos se sentían impresionados y parecían extasiarse. ¡Tanta riqueza que ellos nunca habían sabido valorar!

Dentro, la casa se volvió más oscura porque ya no le entraba la luz desde la calle. En su lugar había lámparas y velas, y la luz artificial alteraba los colores.

Pasó el tiempo. Se enfrió el entusiasmo provocado por el descubrimiento. Decreció el número de visitantes que acudían a la casa por la puerta lateral, la puerta de los profesores. La puerta del pueblo, la entrada principal, ya no existía. Nadie la recordaba.

La gente culta, un grupito de nada, junto con los visitantes distinguidos de otros lugares, seguía acudiendo a la Casa del Pueblo por la puerta de los profesores. Dentro celebraban sus reuniones y discutían sobre los rasgos antiguos de la casa y sus aspectos históricos.

La gente ordinaria, acostumbrada a vivir con dificultades, pasaba de largo por la calle vacía y triste. No les interesaba el pasado ni entendían las discusiones de los profesores. Seguían adelante con sus vidas y nada más. Pero se diría que les faltaba algo. No sabían qué, porque no lo recordaban. Lo que les faltaba era una casa para el pueblo.

Los profesores, encantados con sus descubrimientos, proseguían sus estudios. Incluso pusieron en marcha una escuela para educar a los niños de la aldea en los saberes del pasado. Veían en ellos a sus sucesores como defensores de la Casa del Pueblo. Eso era lo que pensaban.

Pero uno de los sabios empezó a preocuparse por la creciente falta de interés por parte del pueblo. Ya casi nadie acudía a la casa. Se dio cuenta de que la vida de la gente ya no era como antes. Se les veía menos felices, distintos de como eran cuando llegaron los sabios. Ya la gente sólo se preocupaba de sí misma. No se reunían. La verdad es que trataban de hacerlo en otros lugares, pero no terminaban de conseguirlo. Las proyectadas reuniones sólo servían para aumentar sus diferencias. Allí faltaba algo, pero el sabio preocupado no acertaba a decir qué. Trató de averiguarlo.

Empezó a preguntarse: «¿Por qué ha dejado de venir a su propia casa el pueblo? ¿Por qué no vienen ya a aprender las cosas que nosotros dos hemos descubierto y defendemos en su

nombre? ¿Por qué han dejado de venir a hablar de sus cosas, bailar y bromear, hablar y cantar?» Y no encontraba respuesta a estas preguntas.

Nada de todo esto había advertido el otro sabio, pues estaba absorto en sus estudios sobre el pasado. Incluso empezó a criticar a su colega. «No te concentras como es debido y tu investigación se resiente; resulta ya muy superficial». Insistía en que su colega debería dedicar más energía al estudio del pasado y menos atención a la gente de la calle. Después de todo, era el jefe del equipo.

Una noche, un viejo mendigo que no tenía casa ni dónde guarecerse, se acercó a los zarzales que crecían a un lado de la calle en busca de algún cobijo donde dormir. Vio allí, sin saber lo que era, un pequeño hueco y se adentró en él. Se encontró en el umbral de una gran casa. Era una casa bellísima que le hizo sentirse tan a gusto como si fuera suya. Se daba cuenta de que estaba en la calle, pero al mismo tiempo se sentía perfectamente acomodado.

Volvió a la noche siguiente y otras muchas noches. Lo dijo a sus amigos, pobres mendigos todos ellos como él. Les habló del secreto que había descubierto y ellos le siguieron. Todos entraron a través del estrecho resquicio que dejaba abierto la puerta principal que el viento y el huracán empujaron un día, pero sin cerrarla del todo.

Con tanta gente entrando y saliendo por la puerta principal, la hierba se fue aterrando y los zarzales se abrieron. Sobre el suelo apareció una estrecha tira de tierra y se formó un nuevo senderillo.

Eran muchos los amigos que querían pasar por aquella puerta, de modo que un día empujaron los batientes y éstos cedieron. La entrada se ensanchó un poco más, de forma que la gente ya podía pasar cómodamente, y el sol también. La casa se iluminó por dentro y se volvió más hermosa. Todos estaban a gusto. La gente se sentía muy feliz.

Entre la gente sencilla corrió la noticia del descubrimiento como un reguero de pólvora. No dijeron nada a los demás. Aquél era su secreto. «Esta casa es nuestra», decían. Pero no fue posible mantener oculto mucho tiempo el descubrimiento. Aquélla era una idea de la gente sencilla, que no tenía segundas intenciones.

Cada mañana, cuando sonaba la hora de la apertura oficial de la puerta lateral para dar paso a los visitantes ilustres, los encargados de la limpieza encontraban dentro rastros de la presencia de gentes sencillas. Incluso llegaron a oírlos reír y charlar. Se les notaba felices y relajados; no parecían cohibidos por los rasgos históricos ni habían pagado la entrada. Se reían como gente que está en su propia casa y la gran casa empezaba a ser de nuevo la Casa del Pueblo.

Llegaron noticias de todo esto a oídos de los dos sabios. Uno de ellos se enfadó; el otro no dijo nada. El primero se lamentaba: «¿Cómo es posible que haya gente tan estúpida? Destrozarán nuestra casa. ¡Esto es un sacrilegio! ¿Qué va a pasar con toda nuestra obra, con todos estos años de investigación? ¿Qué va a quedar de todo ello?» Hablaba como si fuera el dueño de la casa. El otro le replicaba: «¡La casa no es tuya!» Los dos discutían sobre la casa y sobre la gente.

El segundo sabio se escondió una noche en un rincón de la casa. Vio cómo entraba la gente sin pedir permiso a nadie para bailar y divertirse, para charlar y cantar, para sentirse a gusto y encontrarse allí con los demás. Le gustaba ver aquella felicidad que inundaba la casa y por un momento se olvidó de los tesoros antiguos. Se acercó tanto que terminó por entrar en el círculo y bailar él también. Danzó y se divirtió, charló y cantó toda la noche. No lo hacía desde mucho tiempo atrás. Nunca en toda su vida se había sentido tan feliz.

Cayó entonces en la cuenta de que todas aquellas cosas a cuyo estudio había dedicado tanto tiempo habían sido hechas por el mismo pueblo para hacer que su vida resultara más feliz. Descubrió entonces las respuestas a sus preguntas. El error estaba en la puerta lateral, que había alejado a la gente de la puerta principal, separando la calle de la casa y la casa de la calle, que había hecho más sombría la casa, hasta conseguir que la gente se sintiera extraña a ella, que había dejado vacía y triste la calle, convertida en una callejón sin salida.

También él empezó a entrar y salir por la puerta principal. Lo hacía todas las noches. La gente acudía para conocerle y saludarle, pues no hacían distinciones entre quienes se juntaba con ellos. Era ya uno más entre la gente del pueblo.

Entrando por la puerta principal pudo contemplar las riquezas y la belleza de la casa desde una nueva y desacostumbrada perspectiva. Vista a la luz que entraba desde la calle y con la felicidad de la gente, la casa revelaba un cúmulo de cosas bellas que los libros académicos eran incapaces de recoger y las máquinas no podían seleccionar.

Empezó a ver la casa como una majestuosa montaña repentinamente iluminada por los rojizos y dorados rayos libres del sol al amanecer de un nuevo día. Todo era distinto, aunque nada había cambiado. Todo estaba como antes, pero todo era diferente. Había nacido una nueva esperanza.

El sabio empezó a estudiar sus libros con ojos nuevos y descubrió cosas que nunca hubiera soñado su colega. Aumentó el gozo que le reportaba su trabajo, pero su colega se negaba a creerle.

Como ahora vivía en medio del pueblo y compartía su felicidad, el sabio hablaba a la gente de las riquezas que atesoraba la casa. Les explicaba los detalles hermosos de la casa que él había descubierto gracias a la luz que viene de los libros y del pasado y con la luz que viene de la calle y de la felicidad de la gente. Hablaba cada vez que se presentaba la oportunidad. Su voz no resultaba ni arrogante ni aburrida. No imponía silencio a la gente con el peso de su erudición y sus conocimientos. Enseñaba al pueblo sin quitarle su felicidad y aumentaba su placer de vivir.

Y se dijo para sus adentros: «Si nos fijamos en la vida tan dura que lleva la gente, no podemos hablar; sólo nos queda permanecer atentos. Tenemos que olvidar las ideas de la gente educada y hacernos humildes y empezar a pensar...»

* * *

Una de nuestras esperanzas para el futuro es que la puerta principal vuelva a ser nuevamente visible, que la maleza que ha crecido delante de ella sea eliminada, que se abra otra vez de par en par, que el pueblo recupere la felicidad que perdió, que le sea devuelto lo que era suyo.

Otro de nuestros anhelos para el futuro es que cambie el aspecto de la calle, que la hermosa entrada le devuelva su belleza, que la luz procedente de la calle vuelva a entrar en

la Casa del Pueblo y haga que su auténtica hermosura reaparezca y sustituya el colorido artificial.

También esperamos que algún día sea clausurada la puerta lateral, no porque no sea útil, sino para que todos, sabios y visitantes, gente educada y pueblo llano disfruten juntos del verdadero placer que proporciona la casa cuando de verdad es la casa de todos.

Esperamos también que la entrada vuelva a estar de nuevo en la fachada principal, que los sabios pasen por ella igual que la gente, mezclados unos con otros, y que, de este modo, el conocimiento de las riquezas de la casa ya no sirva para alejar de ella a la gente, y que los estudiantes formados en la escuela de los dos profesores no se olviden de que pertenecen al pueblo, que deben retornar al pueblo la vida y la felicidad que han recibido del pueblo.

Para el futuro esperamos que la belleza y la riqueza de la Casa del Pueblo sean objeto de nuevos estudios incluso más rigurosos, pero que sean desarrollados a la luz que viene de la calle y a la vista de la felicidad de la gente, y que de este modo sirvan esos estudios para aumentar esa felicidad. Será una felicidad que brotará de la vida que ahora vive el pueblo, de la vida del pasado que estudian los profesores y de la vida de mañana que todos esperamos.

El único problema que nos quedaba por resolver era el profesor que se enfadó y llegó a pensar que la casa era suya. Pero el pueblo decidió ir a hablar con él. Le dijeron: «Sin nosotros nunca hubiera sido construida la casa. Sin nosotros nunca hubieras nacido tú».

* * *

Ésta es la parábola de la puerta. Narra la historia de la explicación de la Biblia al pueblo. Cuenta también la historia de este libro y además viene a ser su resumen; describe cuáles fueron su origen y sus fuentes. Surgió durante la noche, en medio de la felicidad del pueblo. Surgió durante el día, en la calle vacía y triste. Surgió de noche y de día, entre los libros y el complicado equipamiento en un rincón oscuro de la Casa del Pueblo.

El libro trata de conseguir que la esperanza surgida entonces resulte verdadera. Trata de ayudar al pueblo a redescu-

brir la puerta principal y hacer que la casa vuelva a ser una sola cosa con la calle y la calle una sola cosa con la casa. La puerta es bella y ancha y se mantiene siempre abierta. Su umbral está desgastado por los pies de cuantos han pasado por ella, en el silencio de las edades, buscando a Dios, a sus hermanos y a sus hermanas.

Introducción

«Dios, ¿dónde estás?»

La pregunta no es de hoy. La han hecho muchos antes de nosotros. Es el tipo de pregunta cuya respuesta influye de manera decisiva en el rumbo que uno toma en la vida. Por eso, no es del todo inútil tener a alguien que nos pueda orientar en la búsqueda de la respuesta.

Entre las muchas respuestas ya dadas, hay una que registra la historia y que, hasta hoy, no ha dejado de impresionar. Es la Biblia, traducida en más de mil lenguas, best-séller mundial, con más de un billón de ejemplares vendidos.

1

La Biblia es como el álbum familiar que conserva todo tipo de fotografías: las fotografías importantes del día de la boda, del bautismo de los hijos, de la nueva casa, y fotografías aparentemente sin importancia de un día de excursión, de un fin de semana cualquiera y que ni siquiera conserva la fecha. Los criterios para decir si una fotografía es o no importante son relativos. La fotografía, sacada con una máquina barata, del nene con la cara sucia, pero sonriente, puede ser más importante que la fotografía oficial y muy cara, hecha en el estudio del fotógrafo. Pero ninguna de las dos tiene valor ni importancia para la cartera de trabajo. No sirven para eso, sino para el álbum: aquí todo es importante, todo sirve. Aquí se conserva todo. En un desorden organizado, según el ritmo de la vida familiar, ofrece un retrato fiel de la familia. Es un gozo para los hijos y para los nietos hojear aquellas páginas: aprenden quiénes son y de dónde han venido. Efectivamente, todas las fotografías son importantes para ese fin, hasta las que aparentemente son vulgares.

Lo mismo pasa con la Biblia. Hay de todo en ella: fotografías oficiales y formales, fotografías corrientes de episodios insignificantes que hasta carecen de fecha. Algunas se hicieron para que sirvieran de documentación; otras no tienen más finalidad que la de arrancar una sonrisa de los labios de quien las hojea. El retrato fiel de un pueblo, conservado en un desorden organizado, en aquellas antiguas páginas, que van hojeando los hijos y los nietos, para saber quiénes son y para crear así una conciencia de su pertenencia a ese pueblo.

2

Pero ¿cuál es la razón de ser de este álbum tan importante para nosotros? ¿No nos basta ya con la historia del país, ese álbum tan variado y tan complejo? Sí que basta. Lo que pasa es que nosotros, aquí —no todos, pero sí muchos— vamos por la vida con unas preguntas en la cabeza, a las que nuestro álbum no da una respuesta suficiente: ¿*dónde está Dios?*, ¿de qué manera nuestra historia tiene algo que ver con Dios? Si Dios está presente en medio de todo esto, ¿cuáles son entonces los criterios que tenemos para poder descubrirlo? ¿Cómo orientar y determinar la rueda de la historia que estamos construyendo? Cada uno tiene sus propias ideas sobre el futuro: ¿dónde encontrar un medio de discernir los espíritus y de saber que estoy apuntando hacia el futuro cierto? Son preguntas que surgen en la mente de todo el que piensa en la vida, preguntas serias. De la respuesta que les demos depende el rumbo que tomamos en la vida.

El pueblo de la Biblia, dentro de su tiempo y dentro de su situación, se planteó estas mismas preguntas e intentó darles una respuesta. De acuerdo con la respuesta, fue dando un rumbo a su vida. Fue caminando y, para la admiración de todos, llegó al final del camino: la resurrección de Cristo. Las fotografías que se conservan en la Biblia se refieren a ese camino recorrido, señalando su trazado, desde su comienzo hasta el fin.

Hay mucha gente —nosotros, los cristianos— que creemos que el camino recorrido por ese grupo es el camino cierto, el camino de Dios. Por eso, el grupo de los cristianos ofrece y lee la Biblia, como recurso indispensable para la reflexión, para que le ayude en el análisis de la realidad y en la búsqueda de la

respuesta a las preguntas que suscita la vida. Considera la historia del pueblo de Dios como una especie de modelo de acción que tuvo acierto y que tiene la garantía de Dios. Por eso estudia la Biblia, no sólo para saber lo que ocurrió en aquel remoto pasado, sino también, y sobre todo, para poder saber mejor, a través de las informaciones recibidas de la Biblia, el sentido y el alcance de aquello que está sucediendo hoy, a nuestro alrededor, en nuestra historia. Este estudio de la Biblia es el que hoy está adquiriendo densidad, todavía más que antes.

3

Nunca en la historia de la explicación de la Biblia se había hecho un estudio tan profundo de la misma, como en los últimos cien años. Prácticamente no hay una sola frase o palabra de la Biblia que no se haya visto sometida a una investigación para buscar su sentido. La literatura es tan amplia que hasta se ha hecho sentir la necesidad de una especialización en algún que otro sector de la exégesis. Existen, por ejemplo, especialistas en la explicación del libro del profeta Isaías.

Sin embargo, este inmenso caudal científico, con sus innumerables ramas de especializaciones, acumulado durante más de un siglo, se parece a veces a un computador electrónico que no funcionaba, debido a cierto defecto que los técnicos no consiguen descubrir. Hacían preguntas, apretaban el botón, pero el computador no respondía. En realidad, el defecto era muy sencillo. El computador no estaba enchufado a la red eléctrica. Pero no se les ocurría a los técnicos que el defecto podría consistir en un fallo tan simple y tan grave al mismo tiempo. Examinaban todas las piezas. No quedaba una sola pieza por examinar. Pero el defecto no se descubría. El que lo descubrió fue el conserje, al hacer la limpieza de la sala, en la mañana de un nuevo día.

Lo mismo sucede con la explicación de la Biblia. Hay algo que no funciona como es debido en esta complicada máquina. Se aprieta el botón, pero no responde a las preguntas que le plantea la vida. Los técnicos andan ya buscando el defecto, si tenemos en cuenta la cantidad enorme de libros que hoy aparecen sobre «cómo leer la Biblia». También aquí el defecto parece ser sencillo y grave al mismo tiempo: la explicación de la

Biblia está desenchufada de la red de la vida, preocupada casi exclusivamente del pasado, pretendiendo decirnos exactamente qué fue lo que ocurrió, sin revelarnos el sentido y el alcance de lo que está sucediendo hoy. Es como aquel que recibió un microscopio: se pasó toda la vida examinando cómo funcionaba el microscopio, sin analizar con él siquiera un microbio. Si fuera sólo para enseñarnos lo que ocurrió en el pasado, no habría habido necesidad de la Biblia, ya que hay muchos hechos que ocurrieron en el pasado y no conservamos el menor recuerdo de ellos. Si conservamos el recuerdo de las cosas que sucedieron con el pueblo de la Biblia, es porque ese pueblo, con su experiencia de vida, tiene hoy algo que decirnos sobre nuestra propia vida. Éste debe ser, según creo, el objetivo principal de la explicación de la Biblia: estudiar el pasado de tal manera que libere el mensaje que contiene, a fin de que éste pueda ejercer su función hoy, en nuestra propia vida, prestándonos el servicio que desea prestar, en la búsqueda de la respuesta a nuestras preguntas sobre la existencia.

4

Como en el caso del computador electrónico, también en el caso de la explicación de la Biblia, el que está descubriendo su defecto es el pueblo sencillo, al barrer la sala de la vida, en la mañana de un nuevo día, con las ocurrencias nacidas de su sabiduría, haciendo ver que tiene poco sentido para la vida limitar la explicación de la Biblia al estudio exclusivo del pasado. El pueblo es el que plantea a la exégesis la pregunta tan simple y tan grave al mismo tiempo: «¿Qué tiene que ver todo eso con nuestra vida, hoy?». De esta manera, está introduciendo el enchufe en el agujero, comunicando la máquina con la red de la vida.

Por eso, en el presente libro, la principal preocupación no será aclarar qué es lo que sucedió, sino, a través de un estudio de las cosas que sucedieron, buscar una respuesta a las preguntas que hoy nos planteamos sobre la vida; restituir de este modo a la Palabra de Dios la función que debe y quiere tener de luz en el camino; ofrecer una ayuda a la reflexión en el análisis de nuestra realidad tan compleja; contribuir, si es posible, a que la vida se encamine hacia la resurrección, en la que creemos y cuya fuerza actúa en los hombres que creen en ella (cf. Ef 1,19-23).

5

En efecto, hoy existe una falta de comunicación, una especie de cortocircuito, entre nosotros y la Biblia. Ya no nos entendemos. La Biblia habla, y su palabra nos resulta extraña. ¿De quién es la culpa? ¿Nuestra o de la Biblia? Cuando dos personas ya no se entienden, una suele decirle a la otra cuál es la causa de esta falta de comunicación. Lo mismo hacemos con la Biblia. Los métodos usados para su explicación, generalmente, parten del principio de que la causa está en la Biblia y no en nosotros. Por ser un libro tan difícil, ella es la que estaría provocando nuestra ignorancia y nuestra incapacidad de comprenderla. Frente a esto, el objetivo de una iniciación en la lectura de la Biblia debería ser el de iluminar al pueblo sobre las cosas difíciles que cuenta la Biblia y restablecer así la comunicación interrumpida.

Pero nuestro punto de vista es distinto; es todo lo contrario. La causa principal no está en la Biblia, sino en nosotros, en nuestra manera de mirar la Biblia. Nuestro objetivo no es iluminar al lector sobre las cosas difíciles que cuenta la Biblia. Existen muchos libros buenos en este sentido. Lo que deseamos es corregir el fallo que hay en nuestra vista, cambiar el color de los ojos con que leemos la Biblia. Es quitar la viga que hay en nuestros ojos y mostrar que la supuesta viga de la Biblia, esto es, las cosas difíciles que cuenta la Biblia, no pasan de ser una pequeña mota (cf. Mt 7,3).

6

Nuestra experiencia fue la de una persona tímida e inhibida, que atribuía la causa de su timidez a la conducta cerrada y agresiva de los otros. Pero, poco a poco, la realidad de la vida y la convivencia con los demás le fueron enseñando que la causa estaba en ella misma. Así, la realidad de la vida y la convivencia con los demás nos han ido enseñando que la causa de la falta de comunicación entre nosotros y la Biblia no está sólo ni en primer lugar en la Biblia, sino también y sobre todo en nosotros mismos. Esto fue lo que aprendimos del pueblo y esto es lo que ahora le devolvemos en este libro, con profunda gratitud.

Con nosotros ocurrió una cosa curiosa. Entramos en el libro de la Biblia por una puerta que nos enseñaron durante largos años de estudio. Pero la convivencia con el pueblo nos enseñó otra puerta, ya muy antigua, muy usada por los santos Padres de la Iglesia, pero cerrada ahora y olvidada la mayor parte del tiempo. Es una puerta que lleva más directamente a descubrir lo que la Biblia nos quiere comunicar. Y es la llave de esta puerta la que nos gustaría poder entregar al lector. El umbral de esta puerta está ya gastado por el uso que de él hicieron generaciones y generaciones de cristianos, en el pasado. Para nosotros, esta nueva puerta revalorizó todo lo que habíamos estudiado y lo colocó bajo una nueva luz. No se ha perdido nada. Fue un estudio válido; el único defecto que tenía es que estaba oscurecida la luz de la sala de la vida, que ahora resulta más clara, gracias a la vida y a la fe del pueblo.

No hemos hecho más que abrir los ojos, los oídos, los sentidos todos; sentir, oír, mirar, convivir, dejando que entre en nosotros la realidad tal como es, tanto la de nuestro mundo y la de nuestra vida como la del mundo y la de la vida del pueblo de la Biblia. Descubrimos que, aunque totalmente distinta, la vida de los dos tiene la misma raíz, suscita las mismas preguntas. La vida nos ha ayudado a comprender mejor la Biblia, y la Biblia nos ha hecho comprender mejor la vida. Intentamos filtrar las informaciones recibidas de la vida con la luz recibida de la vida del pueblo de la Biblia. Y el resultado es el libro que presentamos.

7

«Dios, ¿dónde estás?» – «¡Estoy aquí! ¡Nosotros estamos aquí!». Antes de saber algo sobre Dios, sabemos algo sobre nosotros mismos. Pensamos estar informados sobre el terreno de la vida que estamos pisando. Conocemos la situación que nos hace plantear las preguntas. Es el «nosotros estamos aquí» lo que provoca la pregunta: «Dios, ¿dónde estás tú?» De esta realidad nuestra es de donde parte el diálogo con Dios y de donde parte la reflexión de este libro.

En sus 17 capítulos vamos pasando revista a 17 aspectos de la realidad de la vida de aquel pueblo, que son, además, aspectos de la realidad de nuestra vida. Veremos cómo él, aunque

con los pies en el polvo y con la cabeza en la neblina, supo sintonizar y captar la llamada de Dios que emanaba de la realidad. Supo asumirla en la vida. Se orientó por ella, dando un rumbo seguro a su existencia, y llegó a la resurrección. Quizás nos sirva esto para que podamos sintonizar y descubrir nosotros también la llamada de Dios que hoy surge de esta realidad nuestra y que, una vez asumida e integrada en la vida, puede llevarnos a una verdadera resurrección, garantizada por la resurrección de Jesucristo.

Indicamos a continuación los diversos aspectos de la realidad que se analizarán en este libro. Cuestionaron al pueblo de la Biblia y nos siguen cuestionando a nosotros. Él supo encontrar una respuesta válida; delante de nosotros sigue estando el desafío de la pregunta.

1. Ambivalencia de todo lo que existe y opresión generalizada de la vida.
2. Búsqueda de un valor absoluto y voluntad de acertar en el camino de la vida.
3. Conciencia progresiva de la opresión en que vivimos y que provoca, en cadena, los intentos de liberación.
4. Personas controvertidas, nada santas, que ocupan el escenario del mundo, exaltadas por unos y calumniadas por otros.
5. Inversión de valores, que pone a la religión al servicio de la seguridad humana.
6. Esfuerzo por reformar y renovar la vida del pueblo, basado en un planteamiento que no consultó ni respetó al pueblo.
7. Hombres solitarios, atacados por todos, que en una lucha sin igual se pusieron al servicio del bien del pueblo.
8. La ciencia que cuestiona a la religión y que intenta dar soluciones a los problemas de la vida.
9. El conflicto entre lo que pide la conciencia y lo que manda la tradición.
10. La oración y la voluntad de comunicarse con Dios.
11. Estructuras vacías de la vida que no pasan de ser meros convencionalismos sociales, ya que están cortadas de la raíz de donde nacieron.
12. ¿Qué es la fe en Dios y en Cristo?
13. ¿Qué hacer para descubrir la dimensión divina de lo humano?
14. ¿Dónde encontrar realizado un vislumbre del futuro que esperamos y por el que trabajamos?
15. ¿Qué sentido tienen las crisis que se dan en el camino de la vida?
16. Las contradicciones que plantea la renovación de la Iglesia: unos obran de una manera; otros de otra.
17. La fuerza que vence, que mantiene la fe, que suscita esperanza y que provoca la entrega.

Paraíso: ¿mito o realidad?

1. Algunas dificultades sobre el paraíso

Hoy la ciencia enseña la evolución, como una hipótesis muy probable. La Biblia presenta la creación del hombre como una obra directa de Dios: «Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra» (Gn 2,7)*. ¿Quién tiene la razón?

En Gn 1,26, en el primer relato de la creación, el hombre es el último en ser creado. En Gn 2,7, el segundo relato de la creación, el hombre es la primera criatura. ¿Cómo se explica esta contradicción?

Muchos mitos y leyendas de la antigüedad conocen el «árbol de la vida» (Gn 2,9), la «serpiente» (Gn 3,1), un tiempo paradisíaco al comienzo de los tiempos. El lenguaje de la Biblia ¿puede considerarse como mítico y legendario?

En el paraíso nace una fuente que alimenta cuatro ríos: el Tigris, el Éufrates el Nilo y el Ganges (Gn 2,10-14). ¿Dónde encontrar un punto geográfico en la que se sitúe esa fuente?

¿Cómo pudo hacer Dios que toda la miseria humana dependiera del pecado de una sola pareja? ¿Cómo es posible la formación de la mujer de una costilla del hombre? ¿Y la formación del hombre del polvo de la tierra?

* * *

Estas preguntas se plantean porque, quizás inconscientemente, consideramos la narración del paraíso como *histórico-informativa*. Esto es, creemos que el autor escribió aquellas

* Las citas bíblicas se hacen de acuerdo con la edición de *La Biblia*, de la Casa de la Biblia, Madrid 1991.

líneas para hacernos saber algo sobre la marcha concreta de las cosas al comienzo de la historia de la humanidad.

Este esquema mental, con el que leemos y juzgamos la narración del paraíso, no corresponde a la intención con que el autor puso por escrito aquellos datos.

2. La perspectiva del autor que escribió sobre el paraíso

El autor vive muchos centenares de millares de años después de los acontecimientos. No le interesa el pasado en cuanto pasado, sino la situación que está viviendo en su tiempo. Hay algo que no funciona. El futuro corre peligro. Hay que hacer algo. Éste es el problema que le preocupa y que lo llevó a escribir. Es un hombre profundamente realista.

La intención del autor, como veremos, puede resumirse de esta manera: 1) Percibe la situación desastrosa de su pueblo y desea denunciar claramente el mal. 2) No se queda sólo en una denuncia genérica, sino que apunta a las responsabilidades. Quiere que el lector descubra el «origen» del malestar, el mal que está en la raíz de todo, el pecado «original». 3) Al ser una responsabilidad diluida y casi inconsciente, quiere concienciar con su descripción a sus hermanos sobre la culpa que pueda haberles a ellos mismos en esa situación. 4) Desea despertarlos a una acción concreta, que ataque al mal en su raíz y transforme de ese modo la situación de malestar en una situación de bienestar. Es lo que la Biblia llama en otros lugares «conversión». 5) Finalmente, les ofrece la garantía de que la acción transformadora es practicable, ya que la fuerza que la garantiza, es decir, la voluntad de Dios, es mayor que la fuerza que mantiene la situación de malestar. De esta manera, despierta la voluntad de luchar y de resistir contra el mal y hace nacer la esperanza y el coraje.

3. La situación concreta que el autor quiere denunciar con su descripción

La percepción del mal depende en parte del grado de cultura que uno tiene. La falta de agua, por ejemplo, es un mal

para nosotros, pero no tanto para los beduinos del desierto. Así, el autor percibe el mal de acuerdo con su cultura, su nivel de conciencia y su sensibilidad.

En primer lugar, advierte una *ambivalencia general en la vida*: 1) El amor humano, tan bonito de suyo, se convirtió en instrumento de dominación (Gn 3,16). ¿Por qué? 2) La generación de nuevos hijos, destinada a aumentar la alegría entre los hombres, se hace con dolores de parto (Gn 3,16). ¿Por qué? 3) La misma vida es ambivalente: quiero vivir, pero me acecha la muerte (Gn 3,19) ¿Por qué? 4) La tierra, destinada a producir alimento para el hombre, no produce más que «espinas y cardos»? (Gn 3,18) ¿Por qué? 5) El trabajo, medio para obtener la subsistencia, tiene algo de incomprensible: mucho esfuerzo y poco rendimiento (Gn 3,19) ¿Por qué? 6) Existe enemistad entre los hombres y los animales. La vida no es segura. La amenaza de las serpientes es real. ¿Por qué la vida lucha contra la vida? (Gn 3,15). 7) Dios, creador y amigo de los hombres, en realidad infunde miedo (Gn 3,10) ¿Por qué?

Además de eso, el autor constata una *violencia extremada*: Caín mata a Abel, un hombre pelea con otros y se venga hasta 77 veces (cf. Gn 4,24). Comprueba una disminución de la vida de fe, que no pasa ya de ser más que rito y mezcla de magia y de superstición, donde lo divino y lo humano se confunden (cf. Gn 6,1-2). Finalmente, observa una desintegración total de la humanidad: nadie se entiende, todos pelean unos contra otros, todos quieren dominar. El hombre vive a la defensiva (torre de Babel: Gn 11,1-9).

La situación que comprueba a su alrededor es la de un caos completo. La mayor parte de los hombres no tiene conciencia de ello y contribuye a aumentar más aún esa confusión. El autor quiere despertar a los demás sobre el peligro que están corriendo, si continúan en esa línea. Él es esencialmente «inconformista». ¿Por qué?

Está convencido de que no se le puede echar la culpa a Dios. Ni se puede decir: «¡Paciencia! ¡Vamos a aguantar! ¡Así lo quiere Dios!»

Él sería el último en buscar en Dios o en la religión una justificación para una falsa paciencia que transija con la situación. Su fe le dice: «¡Dios no quiere esto!». Por eso, surgen dos preguntas fundamentales: 1) ¿Cómo le gustaría a Dios

que fuera el mundo? 2) Si el mundo no es como lo quiere Dios, ¿quién es el responsable de ello? Su fe en Dios lo convirtió en una persona consciente que no se conforma con la situación. Esa fe lo lleva a resistir, a buscar una solución y a estimular a los otros a tener el mismo nivel de conciencia que él tiene: «Si Dios no quiere esto, yo no puedo contribuir a que el mundo siga estando como está».

4. ¿Cómo le gustaría a Dios que fuera el mundo? Situación ideal: el paraíso

El autor tampoco sabe cómo debería ser el mundo. Pero sabe que Dios es bueno, justo y verdadero. Por eso se imagina una situación que sea todo lo contrario de la que él conoce. Es una situación de bienestar radical: el paraíso.

En el paraíso, que se describe en Gn 2,4-25, 1) la mujer no está dominada por el marido, sino que es su compañera, los dos iguales (Gn 2,22-24); 2) la vida continúa para siempre, ya que hay un árbol de la vida (Gn 2,9); 3) la tierra produce árboles y frutos abundantes y no está desierta (Gn 2,8-9); 4) el trabajo no es opresor, sino ligero, y rinde mucho, ya que el cuidado de un huerto con árboles no exige esfuerzo (Gn 2,15); 5) la fertilidad de la tierra queda garantizada por una abundancia de agua que no posee ninguna parte del mundo (Gn 2,10-14); 6) los animales, en vez de ser enemigos del hombre, le obedecen y sirven (Gn 2,19-20); 7) Dios es amigo y compañero íntimo de los hombres, ya que pasea y conversa con ellos (cf. Gn 3,8); 8) no existe la violencia, ni el abuso mágico de las cosas divinas, ni el dominio abusivo sobre los demás. Es la armonía total: armonía del hombre con Dios, del hombre con los hombres, del hombre con los animales, del hombre con la naturaleza. Es el orden radical, lo opuesto al caos que él conoce y experimenta en la vida diaria. Nada de ambivalencia.

Esto es lo que Dios quiere. El paraíso, por así decirlo, es la maqueta del mundo. Dios entregó al hombre, su empresario, esta planta de construcción del mundo, para que de esta manera pudiera construir su propia felicidad. El hombre tenía la posibilidad real de: 1) vivir para siempre y ser inmortal; 2) ser feliz sin sufrimiento alguno; 3) vivir en armonía con Dios

sin pecado alguno. Y no sólo tenía esa posibilidad, sino que la tiene, ya que Dios no ha cambiado de idea. Dios sigue queriendo el paraíso.

Ese «paraíso» debería existir. Con su descripción el autor denuncia el mundo que conoce. Y el lector, iluminado por él, hace una pregunta que es el primer paso para la «conversión»: «Entonces, ¿por qué el mundo es todo lo contrario de lo que debería ser?». ¿Quién es el responsable. El problema está ya en pie. La respuesta se dará con la descripción del «pecado original».

5. ¿Quién es el responsable? ¿Cuál es el origen del mal que existe en el mundo?

El autor habla un lenguaje extraño para nosotros, pero muy claro y realista para su tiempo. La prohibición: «No comer del árbol del conocimiento del bien y del mal» nos parece arbitraria. Pero para ellos la sabiduría, que guía al hombre a través de la vida, se representaba con la imagen de un árbol (cf. Prov 3,18). La Sabiduría decía lo que era bueno y lo que era malo, decía lo que llevaba o dejaba de llevar hacia la plenitud de la vida junto a Dios. Dios mismo había dado ese conocimiento al hombre a través de la LEY. Pues bien, el hombre que quisiera decidir por sí mismo lo que lleva a la vida (el bien) o lo que aleja de ella (el mal), podría encontrar cualquier cosa menos la vida. Encontraría la muerte. Así, la prohibición de comer de aquel árbol del conocimiento del bien y del mal denuncia al hombre que ya no atiende a la Ley de Dios y que quiere ser para sí mismo el criterio único y absoluto del comportamiento moral en la vida; ya no considera la vida como don y como tarea, sino como propiedad suya exclusiva, sin ninguna relación con cualquier otro valor fuera de él.

Para el autor, la Ley de Dios es el instrumento del orden y del progreso. Su observancia lleva a la conquista de la paz y a la construcción del paraíso. La raíz del desorden provenía del hecho de que sus contemporáneos estaban abandonando la Ley, que era algo así como la «Declaración de los derechos y deberes de los hombres». El fruto prohibido es el uso abusivo de la libertad contra Dios y por eso mismo contra el hombre.

¿Cuál es la causa de que los hombres abandonen esta orientación de vida? Era la *serpiente*, que los seducía. La serpiente es el símbolo de la religión cananea: religión agradable, con el culto ritual al sexo, sin compromisos éticos, que sólo exigía el cumplimiento de unos cuantos ritos. Ésta era la gran tentación que inclinaba al pueblo a refugiarse en el rito fácil y a abandonar las exigencias duras de la Ley. En ella se concretaba, en tiempos del autor, la raíz del pecado del pueblo.

Con este planteamiento, el autor lleva a sus contemporáneos a hacer una seria revisión de vida. Su mundo podría ser diferente, si no iban tras aquella «serpiente». El autor no está pensando en primer lugar en lo que sucedió en el pasado, sino en lo que ocurre ahora, a su alrededor y quizás en su mismo interior. Es una confesión pública de culpa. Podemos traducir «Adán y Eva» por «un hombre y una mujer», en representación de todos nosotros. Son el espejo que refleja críticamente la realidad y que ayuda a descubrir en uno mismo el error, vislumbrado en Adán y en Eva. No hemos de decir: «¿Por qué tenemos que sufrir todos por causa de un hombre y de una mujer?». No se trata de descargar la culpa sobre otros, sino de que cada uno reconozcamos: «¡Yo hago esto! ¡Yo soy responsable del mal que existe!». El autor no es un nostálgico: «¡Eran entonces las cosas tan bonitas!». Lo que quiere es que todos despierten a la responsabilidad que tienen y que arrostran el mal en su raíz, dentro de ellos mismos. Es posible vencer, porque Dios lo quiere.

Su descripción del «origen del mal» no termina con la descripción del «pecado original». La desviación inicial es solamente el comienzo de la desgracia: 1) Desligado de Dios, por el abuso de la libertad contra Dios, el hombre se desliga del hermano: Caín mata a Abel; es decir, Caín es todo aquel que mata o maltrata a su hermano. 2) Aumenta pavorosamente la violencia: setenta y siete veces (Gn 4,24). 3) Separado de Dios y del hermano, el hombre se pone a la defensiva y busca la salvación en la huida, mediante el rito o la magia (Gn 6,1-2). 4) Finalmente, prosiguiendo en esta línea, la humanidad se hunde y se desintegra, ya que imposibilita la convivencia y la acción en común (la torre de Babel). Pero, a pesar de todo esto, el autor tiene esperanza y prevé la victoria del hombre sobre el mal, que procede de la serpiente (Gn 3,15).

6. La solución que propone el autor

El responsable de todo es el hombre. Por tanto, no debe rebelarse contra el mal, cualquiera que sea, sino luchar para que éste desaparezca. Tiene la misión y la capacidad de hacerlo, ya que Dios así lo quiere. El paraíso existe y sigue existiendo como *posibilidad real*, ya que Dios no lo ha destruido: lo único que ha hecho ha sido poner un ángel a sus puertas para impedir que el hombre avance indebidamente (Gn 3,24). El futuro sigue estando abierto.

Que Dios no ha abandonado al hombre, el autor lo expresa popularmente de la siguiente forma: Dios hace vestidos para los dos (Gn 3,21); protege a Caín (Gn 4,15); salva a Noé del diluvio, causado por el mal del hombre (Gn 6,9-9,17). Finalmente, después de que la desintegración de la humanidad hizo imposible una acción en conjunto, llama a Abrahán para alcanzar con él a todos los demás (Gn 12,1-3). Comienza así lo que llamamos «la historia de la salvación».

El grupo de hombres que empieza a existir con Abrahán es como el «partido de Dios» en el mundo, que cree que es posible eliminar el mal con la fuerza de Dios, llevar a cabo la transformación y construir el paraíso, la paz total. Este grupo nace de la raíz verdadera: vive con Dios (cf. Gn 17,1-2), elimina la oposición y forma un pueblo, el «pueblo de Dios» (cf. Éx 6,7), condena toda la magia y el ritualismo vacío (cf. Éx 20,1-7), no domina, ni se defiende para dominar, sino que sirve (Éx 19,6: sentido del «reino de sacerdotes, nación santa»). Los lectores que el autor tiene ante la vista forman parte de ese «pueblo». Quiere que sepan lo que significa pertenecer al «pueblo de Dios». Deben ser un grupo activo en el mundo, que tome conciencia de la situación, que conozca el sentido de la vida, y que camine hacia adelante resistiendo y transformando. Ha de mantener la esperanza, garantizada por la voluntad de Dios que quiere el bien.

Con la venida de Jesucristo, el proyecto de Dios tomó forma y el paraíso se concretó de hecho en su resurrección. Por eso, san Pablo considera a Jesucristo como un «nuevo Adán» (cf. Rom 5,12-19), y san Juan, en el Apocalipsis, describe el futuro que nos aguarda con imágenes sacadas del paraíso terrenal (cf. Ap 21,4; 22,2-3).

7. Respuestas a las dificultades planteadas al principio

¿Es mito o realidad? Es realidad, en cuanto que trata del destino de la humanidad. La armonía que describe es una posibilidad *real*, garantizada por el poder de Dios que se manifiesta en la resurrección de Jesucristo. Es mito, en cuanto que el autor usó un lenguaje y unas imágenes míticas de su tiempo, para expresar y transmitir esa realidad.

¿Es histórico o pura imaginación? No hemos de pensar que haya existido el paraíso en los términos con que lo describe Gn 2,4-25. Lo que existió, y existe todavía, es la posibilidad real para el hombre de lograr la perfecta armonía y paz, cuando se deja guiar por la luz y por la fuerza de Dios. No hay que decir: «¿Por qué Dios no le dio una segunda oportunidad a Adán y a Eva?». Dios está dándonos a nosotros esa oportunidad hasta el día de hoy. El problema no es de Dios ni de Adán y Eva, sino nuestro. El paraíso existirá y se hará «histórico», cuando nosotros lo queramos y trabajemos por él. La única expedición que va a poder descubrir el paraíso es la que emprenda rumbo hacia el futuro.

Sobre la evolución la Biblia no dice nada, ni a favor ni en contra. La Biblia trata del problema humano. Quiere ofrecer la visión de Dios sobre la vida. No existe ni contradicción ni acuerdo entre Gn 1,26 (el hombre en el último lugar) y Gn 2,7 (el hombre en primer lugar). Son dos narraciones diferentes. Cada una tiene su objetivo. En cuanto a la fuente que alimenta los cuatro ríos mayores del mundo de aquel tiempo (Gn 2,10-14), se trata de un modo literario de idealizar la fertilidad de la tierra. La formación del hombre a partir del polvo es una imagen para mostrar que el hombre, en las manos de Dios, es como una pieza de cerámica en manos del alfarero; de él depende totalmente, puesto que de suyo es débil (cf. Jr 18,6). La formación de la mujer de una costilla del hombre es una manera de visualizar o de materializar el proverbio popular: «hueso de mis huesos» (Gn 2,23), explicando así el origen divino de la misteriosa atracción de los sexos. El hombre no puede abusar de eso.

La serpiente como concreción del diablo: de esto nos habla el libro de la Sabiduría 2,24. La desviación original del hombre es el abuso de su libertad, o la desobediencia a la ley de Dios, que se expresa en los 10 mandamientos. Y éstos, a su vez,

expresan lo que cada hombre siente como deber y derecho suyo cuando quiere llevar una vida con sinceridad. ¿Cómo fue y qué forma concreta tomó aquel primer pecado? Nadie lo sabe y la Biblia no lo dice. La Biblia dice que, en los tiempos en que escribía el autor, esta raíz del mal se concretaba en la inclinación hacia la religión falsa de los cananeos. Nos toca hoy a nosotros examinar nuestra situación, como lo hizo el autor en su tiempo, para descubrir en qué forma se concreta hoy ese «pecado original» y cuál es hoy la «serpiente» que nos lleva a ser infieles a Dios y al hombre.

Si el autor hubiera vivido en nuestros días, su descripción habría sido distinta: habría examinado con cuidado nuestra situación, habría intentado saber dónde está el origen de los males, habría descrito el mundo ideal tal vez de la siguiente manera: un país desarrollado, con un salario más que suficiente para todos, sabiendo todos leer y escribir, con una semana laboral de 40 horas, con casa propia, con participación en las ganancias de la empresa; el objetivo no habría sido el lucro, sino el bienestar individual y social del hombre; no habría explotación ni violencia, ni dominio extranjero, con calles amplias sin cruces, sin desastres ni exceso de velocidad; seguridad garantizada para todos, de manera que no habría necesidad de policías ni de ejército; no habría suburbios ni miseria, ni conflicto de generaciones, ni dificultades en la educación, etc.; sería finalmente la armonía completa, totalmente distinta de la situación que hoy vivimos en el mundo. Ese paraíso tendría que existir. Es posible construir ese futuro. Y entonces se nos plantea la misma pregunta, mucho más difícil que las preguntas puestas al principio: «¿Por qué el mundo no es así? ¿Qué es lo que impide su marcha hacia el futuro? ¿Quién es el responsable? ¿Dónde está la causa? ¿Qué hacer para transformar este mundo, que no es como debería ser?». La Biblia, el autor de la descripción del paraíso, desea plantear estas preguntas, mucho más serias y comprometidas que las preguntas de tipo histórico. Estas últimas podrían incluso desviar nuestra atención de lo que es más importante y alienar a la persona de su realidad.

Conclusión

La descripción del paraíso terrenal es una confesión pública, un manifiesto de resistencia, un grito de esperanza, una llamada a la transformación del mundo.

El autor no «prueba» la existencia de un «pecado original». Simplemente verifica su existencia e intenta determinar la forma que esa desviación tenía en su tiempo. No le interesa elaborar una teoría sobre cómo entró el mal en el mundo, sino ofrecer una estrategia de cómo hacerle salir del mundo. La doctrina del pecado original recibió una iluminación ulterior a partir de san Pablo (Rom 5,12-19; 1 Cor 15,21-22). El pecado afecta al hombre en su raíz, sin eliminar por ello su posibilidad de hacer el bien. En la medida en que aumenta el pecado personal, ratificamos el pecado original, «mordemos la manzana» y aumentamos, en los que vienen detrás de nosotros, los males «culpables» de la humanidad.

El bautismo capacita al hombre para enfrentarse contra el mal. Es su compromiso con el grupo que cree en el proyecto de Dios y que intenta realizarlo a través de la historia, esperando de Dios la ayuda para ello, por medio de Jesucristo.

2

Abrahán: El hombre en busca del absoluto

1. Algunas dificultades que se plantean sobre Abrahán

De Abrahán se nos habla en Génesis 12-25. Su vida no era fácil, pero gozaba de la ventaja de tener a Dios cerca de sí. Dios interviene, habla con él y orienta su vida. ¿Y hoy? ¿Dónde está ese mismo Dios? ¿Ha cambiado Dios o es que nosotros somos peores?

Si la historia de Abrahán sirve sólo como ejemplo sobre el que reflexionar para sacar algunas conclusiones respecto a mi vida, prefiero acordarme de Juan XXIII, de Luther King o de Gandhi. Son hombres que han vivido más cerca de *nuestra* vida de hoy. Abrahán vivió en una situación totalmente distinta.

Finalmente, ya vino Cristo. Abrahán preparó su venida. ¿Para qué seguir analizando lo viejo cuando lo nuevo ya está aquí? El andamiaje se quita cuando la casa está ya hecha.

Seguir discutiendo, intentando saber cómo fue la vida de Abrahán, podría ser una bonita justificación: «Sigo preocupándome de la religión; por tanto, estoy bien y cumplo con mi deber». Pero en realidad, entonces dejaría de hacer lo que debo para cambiar y mejorar el mundo.

Éstos y otros problemas son serios y ponen en discusión la utilidad de la figura de Abrahán para nosotros, hoy. Si esto es así, ¿cómo pueden los textos antiguos ayudarnos en la solución de nuestros problemas y en el descubrimiento de Dios en nuestra realidad concreta? También aquí vale lo que dijimos sobre el paraíso: nuestra manera de encararnos con la figura de Abrahán no corresponde al objetivo que tenía ante la vista el autor de las páginas de la Biblia.

2. La perspectiva de la Biblia sobre la figura de Abrahán

Abrahán vivió por los años 1800-1700 a.C. Entonces empezó algo, muy pequeño en sí mismo, pero que el pueblo apreciaba mucho. Los descendientes de Abrahán recordaban y celebraban el hecho en sí, pero según el significado que tenía para su vida. En épocas sucesivas, siglo X, siglo IX, siglo VII y siglo VI, se elaboraron descripciones que correspondían a la mentalidad del pueblo de aquel tiempo. Finalmente, en el siglo V alguien elaboró una redacción definitiva, que es la que ahora leemos en la Biblia. Está hecha con elementos de las cuatro descripciones anteriores. Esto es lo que ha descubierto el estudio científico, en los últimos 50 años. La narración sobre Abrahán es como un monumento inconnexo y heterogéneo.

Por eso, es difícil saber qué es lo que ocurrió exactamente, ya que a la Biblia no le interesa eso. Su interés está en poder presentar al pueblo de su tiempo la figura de Abrahán de tal manera que sus contemporáneos pudieran encontrar en ella la forma de descubrir a Dios y de encaminar su vida con Dios. Es menester seguir caminando.

¿Pero no es esto un falseamiento de la historia? – Puedo sacar una fotografía de una persona y unos rayos X. En los dos casos, la lámina revela cosas completamente distintas. Los libros de historia sacan fotografías de los hechos. La Biblia saca una radiografía de los mismos. En ambos casos, los resultados son verdaderos, pero distintos. Además, cuando sucede un hecho, no se percibe todavía su alcance y su importancia. Sólo a larga distancia resulta perceptible. El que entra en una curva muy larga, casi no se da cuenta en el momento en que lo hace. Pero al ver el camino de lejos, se puede indicar con claridad el comienzo de la curva. Cuando Abrahán entró en la «curva» que modificó su vida, él mismo probablemente no se daba cuenta de todo. Pero al ver el hecho a larga distancia, el pueblo dijo: «Nuestra vida con Dios comenzó allí, con Abrahán». La Biblia describe el hecho, no como lo vio Abrahán, sino como lo veía el pueblo a distancia de los años, a través del prisma de los problemas de las diversas épocas de su historia.

3. Cómo fue la vida de Abrahán

Ante todo lo dicho, se despierta la curiosidad: ¿cómo fue entonces la vida de Abrahán? ¿Cómo fue aquella entrada histórica de Dios en la vida de los hombres? ¿Cuál fue el hecho concreto en que ellos vieron el comienzo de la acción de Dios? Conocer esto podría ayudarnos a poner unos rayos X sobre nuestra vida y descubrir, allí dentro, los signos de la entrada y de la presencia de Dios.

Abrahán vivió por los siglos XIX-XVIII a.C. Por orden de Dios, salió de Ur de los caldeos (en el Irak actual, cerca del Golfo Pérsico), subió hacia Asiria (Siria actual) hasta la ciudad de Jarán. De allí bajo a Palestina, entró en Egipto y regresó a Palestina, donde murió en la ciudad de Hebrón. Todo lo hizo por orden de Dios, en contacto continuo con él. Basta leer los capítulos de la Biblia (Gn 12-25).

Aquí conviene subrayar dos elementos, que iluminan el hecho desde el punto de vista histórico: 1) En aquel tiempo existía un movimiento migratorio que iba, desde la región del Golfo Pérsico, pasando por Siria y Palestina, para bajar hasta Egipto. Abrahán era uno de tantos emigrantes. No se distinguía de los demás. 2) Todas las tribus que iban saliendo de sus tierras en busca de tierras mejores tenían sus propios dioses. Eran los «dioses de la familia». Todo lo que hacían era por orden de esos dioses.

Conclusión de todo esto: ¿no era entonces Abrahán diferente en nada de los demás? ¿No lo distinguía nada, ni siquiera su fe? ¿Era uno más entre los muchos que se perdían en la masa anónima? Esto es lo que les parece a los que miran los hechos desde fuera.

¿Qué entendía aquella gente de la antigüedad, cuando hablaba de «Dios»? ¿Qué tipo de Dios era ése: el Dios de la Biblia u otro? Aquella religión común a todos los pueblos que vivían en el desierto nació, en parte, de esta manera: 1) Se verifica que la vida depende de una armonía de la naturaleza y del universo: llueve en primavera, se renueva el rebaño en determinadas épocas, vuelven las estaciones del año, los ríos se desbordan y riegan la tierra, el sol sale todas las mañanas, se suceden los días y las noches, los meses y los años, etc. Mientras

perdure esta armonía, la vida está segura, ya que la tierra podrá producir y el hombre tendrá comida para vivir. 2) Se advierte que la vida se ve continuamente amenazada por fuerzas imprevisibles: los terremotos, las tempestades, las enfermedades, las inundaciones demasiado violentas, etc. 3) Se siente la imposibilidad de ejercer cualquier influencia sobre las fuerzas de la armonía y del desorden; son superiores a lo que puede hacer el hombre y no se sabe cómo explicarlas. 4) Se cree que se trata de fuerzas extraterrenas o divinas. Para que la vida continúe, es necesario que esas fuerzas sean benéficas para el hombre. 5) Por eso, se empieza a rendirles culto, y surge la religión. Y de este modo cada pueblo y cada grupo crea a «su» Dios protector (a su patrono). 6) Por tanto, en aquel tiempo, para que una persona pudiera vivir bien como HOMBRE, garantizar y preservar su vida, tenía que honrar a los dioses. ¡Ay del que no lo hiciese! Comprometería su vida y la de los demás, ya que el dios podría enfadarse y dejar de mantener las fuerzas del orden.

Aquellos «dioses» no eran de hecho Dios. Eran expresión de las aspiraciones y del miedo del hombre, de su deseo de vivir. El culto prestado a los dioses era expresión de la *voluntad del hombre de acertar en la vida*. En este sentido, Abrahán era un hombre sincero de su tiempo, que buscaba acertar en su vida, adorando al dios que había heredado de su padre (cf. Jdt 5,7).

Hoy la ciencia ha derrumbado la visión antigua de la armonía y del desorden del universo. No se derivan de unas fuerzas divinas. Por ejemplo, el sol no se levanta porque Dios lo empuje. Todo esto ha cambiado, gracias a los descubrimientos científicos. Pero lo que no ha cambiado es la *voluntad eterna del hombre de querer acertar en la vida*, de querer ser fiel, de querer preservar la vida, de querer hacer lo que le manda la conciencia. En tiempos de Abrahán, los hombres hacían eso, adorando a las divinidades y apelando al culto mágico. Hoy son muchos lo que hacen lo mismo, intentando cada uno dar sentido y valor a su vida.

Abrahán buscaba el ideal de la vida, el *valor absoluto*, o sea, aquello que es el valor más alto y que relativiza todo lo demás, en esa religiosidad. Hoy son muchos los que buscan el ideal de la vida y el valor absoluto en esa misma religiosidad. Otros lo hacen sin pensar en la religiosidad, incluso sin pensar en Dios o en una divinidad, sino, por ejemplo, en el trabajo por la familia, en el esfuerzo por hacer un mundo más justo, más huma-

no, más fraternal, en la profesión que ejerce, como médico, como abogado, etc. Creemos que así realizamos nuestra vida humana y que acertamos en la vida. En el fondo, la preocupación es la misma, aunque las formas concretas sean totalmente distintas. En aquel tiempo, todos lo hacían en términos verticales de «divinidad»; hoy muchos lo hacen en términos horizontales de «humanidad» (trabajar por los otros, dar mi aportación para el bien de todos).

4. ¿Cómo entró Dios en la vida de Abrahán y cómo entra en la nuestra?

Pues bien, la Biblia, al narrar cómo entró Dios en la vida de Abrahán, dirige unos rayos X muy fuertes sobre nuestra existencia y nos revela cuál es la brecha por donde Dios entra en la vida de los hombres. Nos hace saber cómo Dios entra en la vida y se deja encontrar por el hombre exactamente donde el hombre y cuando el hombre procura ser HOMBRE, esto es, realizar el ideal que se propuso. Por esa brecha entró Dios en la vida de Abrahán.

Fue una entrada casi imperceptible al principio. De incógnito, Dios sube al ómnibus de la humanidad, paga su billete, pasa por el control, entra en conversación con los hombres, se sienta al lado de Abrahán y, cuando éste se da cuenta de la presencia de Dios, Dios está ya en otra dirección. Dios no entra con un cartel en la mano, diciendo: «¡Yo soy el Creador, el dueño de todo esto! ¡Quiero que me obedezcáis!». Entra disfrazado, como un amigo, por la puerta del fondo que siempre está abierta, conquistando con su bondad un lugar en la vida del hombre y dejando al hombre la tarea de descubrir quién es él de hecho.

Concretamente, aquellas divinidades eran proyecciones del hombre, expresión de su más profundo anhelo. Y en esas formas concretas de vivir la vida humana se va dibujando lentamente el rostro de ALGUIEN. Abrahán y los suyos perciben una *presencia activa*, que va más allá de las formas, sin identificarse con ellas, y que acabó imponiéndose por su propia evidencia. Ya no es una divinidad que dependía fundamentalmente del hombre, sino Alguien de quien depende el hombre y que va corrigiendo, poco a poco, las formas de vivir. Comienza la

curva larga y definitiva, cuyo alcance habría de percibir el pueblo plenamente mucho tiempo después. En aquella manera de dar culto a las fuerzas impersonales de las divinidades se van dibujando lentamente los rasgos del rostro del Dios verdadero. Es como la flor que sale del capullo, haciendo caer las hojas que la cubrían.

El gran mensaje que se saca de todo esto es una respuesta segura a la pregunta: «¿Dónde está Dios? ¿Dónde puedo encontrarlo?». Dios se deja encontrar y entra en la vida, donde el hombre intenta ser fiel a sí mismo y a los demás, donde percibe y vive el valor absoluto. Es allí donde hemos de buscar, también hoy, los contornos del rostro de ese ALGUIEN en quien creemos. No está en primer lugar en el culto. Nuestro culto sólo tiene valor en la medida en que es expresión de lo que vivimos en la vida.

Abrahán aceptó esta presencia y dejó que influyera en su vida. Mirando las cosas por fuera, aparentemente no cambió nada; pero por dentro empezó a brillar una luz que, poco a poco, fue lanzando sus rayos alrededor, hasta las extremidades del universo, y llevó a los hombres al descubrimiento de que ese ALGUIEN es el Dios creador del cielo y de la tierra. Por eso, la figura de Abrahán era tan importante y tenía un sentido tan alto para los que vinieron después de él.

Pero, si todo esto pasó tan desapercibido, ¿cómo se explica entonces aquel diálogo constante entre Dios y Abrahán, que nos narra la Biblia? – Un diálogo es la comunicación que se establece entre dos personas. Puede darse de mil maneras. Cuando viaja el marido, las mil cosas que lleva consigo le hacen recordar a su esposa. Es un diálogo, una *presencia* de la esposa en su vida. Una presencia que sólo él entiende, aprecia y descubre, ya que vive la amistad y el amor con su esposa. Cuando alguien le gusta a una persona, esta persona recuerda y evoca a su amado. Los diálogos formulados en términos de lenguaje humano son la concreción de lo que fue percibiendo sobre él el pueblo descendiente de Abrahán, al vivir su amistad con Dios. Una vez que la persona acepta la presencia de Dios en su vida y cree en ella, se establece un diálogo que tiene sus propias leyes, extrañas tal vez al que vive fuera de ellas, pero perfectamente comprensibles para el que vive esa presencia.

Al leer la historia de Abrahán, vemos a un hombre como nosotros, que intenta acertar en su vida y que en ese esfuerzo

llegó a encontrarse con el Dios verdadero. Dios no estaba ni más lejos ni más cerca de Abrahán de lo que está hoy con nosotros. ¿Por qué, entonces, no encontramos nosotros a Dios? Quizás porque nuestra visión no es buena. Estamos tan obsesionados por una imagen determinada de Dios que somos de la opinión de que «aquello» no es Dios. Nuestro aparato receptor no está en sintonía con la frecuencia en la que Dios nos lanza sus mensajes. El Dios que se reveló a Abrahán y que es nuestro Dios, es un «Dios de los hombres», que no tiene miedo de esconderse. No se fija en la mariposa el que está cazando águilas. No ve la flor el que mira los árboles.

Dios está y se revela, por ejemplo, en la dedicación de una madre a sus hijos, en el trabajo de un obrero para sustentar a la familia, en la lucha de los jóvenes por un mundo más humano, en la alegría sincera provocada por la presencia de un amigo, en la comprensión de las personas que nos consuela. Allí está y puede ser descubierto, poco a poco, rasgo a rasgo, el rostro de Dios.

5. Algunas conclusiones importantes

La entrada de Dios en la vida de los hombres es silenciosa. No es en el barullo, sino en el silencio y la calma, a través de las cosas más comunes de la vida humana, como Dios se va revelando e imponiendo a quien tiene ojos para ver. Cuando el hombre se da cuenta de su presencia, Dios hace ya mucho tiempo que está allí. Pero entonces, ¿cómo la Biblia presenta la entrada de Dios en la vida de Abrahán de una forma brusca y casi violenta (cf. Gn 12,1-4)? – Es que a larga distancia se percibe mejor el comienzo de la curva, del giro en la carretera. Aunque Dios entra de manera imperceptible, busca una «conversión» total, una verdadera ruptura y transformación en la vida.

Dios se presenta como siendo el futuro de Abrahán: «Yo seré tu Dios» (cf. Gn 17,7). En otras palabras: «Lo que andas buscando, al ir tras esas divinidades o dioses, déjalo de mi cuenta. ¡Yo quiero ser Dios para ti. ¡Te lo garantizo!». De esta manera, la entrada de Dios pone al hombre ante una opción radical: optar por este Dios o quedarse con las divinidades del pasado. El Dios que entra es exigente: «Yo seré tu Dios». Con esta acti-

tud, no permite que Abrahán siga a otros dioses (monoteísmo). Si Abrahán acepta seguir a este Dios, entonces tendrá que caminar como quiere este Dios (aspecto ético de la religión revelada) y tendrá el futuro garantizado por la fidelidad y por el poder de este Dios (esperanza del futuro – Mesianismo).

Lo difícil es aceptar las condiciones de Dios y caminar en la fe: se nos presenta a Abrahán como al hombre que camina en la fe, esto es, que aceptó las exigencias de Dios en la vida. Tiene que salir de la tierra, para obtener una tierra; pero, cuando muere, no tiene más que un pequeño lote donde enterrar sus huesos. Tiene que abandonar a su familia y a su pueblo para ser padre de un pueblo; pero, cuando muere, no tiene más que un hijo. En el momento en que Dios le habló y le prometió una posteridad numerosa, Abrahán no tenía hijos ni podía tenerlos. Era duro creer en la palabra de Dios, puesto que no tenía ningún comprobante. Nace Isaac, y Dios manda que lo sacrifique. Eso sería matar la única esperanza que tenía de ser padre de un pueblo. Sin embargo, Abrahán estaba dispuesto a destruir ese comprobante y a apoyarse únicamente en la palabra de Dios (cf. Gn 22,1-18; Heb 11,19).

La actitud de Dios, a veces, es contradictoria. Promete una posteridad numerosa y manda matar al hijo. Promete una tierra y manda abandonar la tierra y, en vida, Abrahán no obtiene tierra alguna. Sin embargo, por su fe, es decir, por su actitud de confianza absoluta en Dios, Abrahán se hizo tan amigo de Dios que pudo ser su confidente (cf. Gn 18,17-19).

Esta manera de describir la figura de Abrahán no corresponde al modo de vivir concretamente de Abrahán, sino al ideal de fe de los tiempos en que escribe el autor. Así deberían vivir sus contemporáneos para ser miembros dignos del pueblo que comenzó con Abrahán.

6. Respuestas a las dificultades planteadas al principio

La primera pregunta o dificultad ha tenido ya su respuesta a través de toda nuestra exposición. La historia de Abrahán viene exactamente a responder a la pregunta: «¿Dónde está Dios?».

La historia no sirve solamente para sacar de ella unas cuantas conclusiones para nuestra vida de hoy (aunque también sirve para esto). Su finalidad primera es invitar al lector a ser él mismo un «Abrahán» en su vida: alguien que intenta acertar en su vida, que sea sincero consigo mismo y con los demás, a fin de poder descubrir así la presencia activa de Dios en su vida.

Cristo ya ha venido. Es verdad. Pero para muchos no ha venido todavía. Ni siquiera para nosotros. Nadie vive perfectamente integrado en Cristo. Lo importante es que también hoy el hombre descubra cómo tiene que caminar para encontrar en Cristo su plena realización. Pues bien, esto es exactamente lo que nos revela la historia de Abrahán: el comienzo del camino hacia Cristo es la sinceridad de vida, el amor a la verdad, la búsqueda sincera de lo absoluto: «Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz» (Jn 18,37; cf. Jn 3,17-21; 8,44-45). El que sigue ese camino descubrirá el rostro de Dios en la vida.

Analizar la vida de Abrahán tan sólo para saber cómo vivió y contentarse con eso, no está de acuerdo con la intención de la Biblia. La respuesta a las dificultades de orden histórico planteó otras preguntas y dificultades mucho más comprometidas e importantes que las primeras: «¿Busco a Dios donde él se deja encontrar, o prefiero quedarme en mi búsqueda, donde difícilmente lo encuentro? ¿Busco a Dios en la vida o fuera de la vida? Si hay otros que no saben nada de Dios, ¿no será que nosotros, los cristianos, tenemos la culpa de eso, al no revelarnos en la vida como el verdadero rostro de Dios?».

Éxodo: Dios en la historia de la liberación de los hombres

1. Algunas dificultades sobre la historia del éxodo

La historia del éxodo se presenta como un milagro continuo, desde el principio (vocación de Moisés) hasta el fin (travesía del Jordán, después de 40 años de peregrinación por el desierto). No negamos la realidad del milagro, pero es extraño que hoy, cuando tantos pueblos necesitan una liberación idéntica, no se repitan ya esos milagros. ¿Es que ha cambiado Dios? ¿O es que nosotros somos peores? ¿Dónde está el milagro?

Creemos en un Dios liberador. ¿Pero dónde está hoy ese Dios? La libertad está muriendo en el corazón de los hombres, tanto de los ricos como de los pobres, por obra de muchos factores que hemos creado nosotros mismos. ¿Dónde está nuestro Dios y su libertad?

Muchos se han cansado de esperar y han pasado ya a la acción liberadora: Checoslovaquia, Vietnam, los negros de América del Norte, etc. En el mundo entero surgen los llamados Frentes de Liberación Nacional; los obreros y los marginados van tomando conciencia y pasan a la acción. ¿Tiene que ver todo esto algo con nuestro Dios? Los que así luchan, generalmente prescinden de Dios. No piensan en él y, al parecer, tampoco necesitan de él.

Se oye con frecuencia esta acusación contra los cristianos: Vosotros decís que sois libres, ¡pero vivís maniatados por las leyes y las tradiciones impuestas por el Dios liberador! Habláis de libertad, pero no se nota esa libertad en vuestras vidas. ¡Os pareceis al mendigo oprimido, que se gloriaba de ser descendiente del emperador de Roma! ¡Nosotros somos los real-

mente libres, ya que nos hemos liberado de ese Dios! ¿De qué sirve, concretamente para la vida, creer en el Dios liberador?

Se trata de dificultades serias, que ponen en cuestión aquello que la Biblia nos dice sobre la liberación del éxodo. Parece ser que el esquema con que miramos la Biblia y la religión nos lleva a interpretar equivocadamente las cosas.

2. La perspectiva de la Biblia al describir el éxodo

En la Biblia nos encontramos con muchas descripciones del éxodo: en los libros del Éxodo y de los Números, en el Deuteronomio, en el libro de la Sabiduría (caps. 10-19), en los salmos 78, 105, 106, 135; referencias frecuentes en los libros proféticos, sobre todo en Isaías (caps. 40-55).

Por consiguiente, el hecho del éxodo se recuerda en libros de diversas personas, elaborados en épocas diferentes, y se describe en casi todas las formas literarias posibles: prosa y poesía, historia y profecía, himno y narración, liturgia y sabiduría. Señal de que se trata de un hecho sumamente importante para la vida del pueblo: todos hablaban de él y todos lo fueron comentando a lo largo de los siglos. ¿Cuál es el motivo de este interés tan grande del pueblo por el éxodo?

Descubrimos este motivo analizando la manera con que hablan del éxodo. En la descripción de aquel hecho encontramos las siguientes particularidades que piden una explicación: 1) repeticiones frecuentes dentro del libro del Éxodo (dos veces la historia del maná, de las codornices, del agua que mana de la piedra, de la vocación de Moisés, de la entrega del decálogo, etc.); 2) exageraciones manifiestas, como por ejemplo en la poesía de Éx 15 y en el libro de la Sabiduría, cuando se describen las plagas; 3) contradicciones desconcertantes: el salmo 78 enumera 7 plagas, el salmo 105 conoce 8, mientras que el libro del Éxodo relata 10 plagas; pero es sabido que el libro del Éxodo se compone de tres tradiciones más antiguas: «yahvista», del siglo X con 7 plagas, «elohísta» del siglo IX-VIII con 5 plagas, y «sacerdotal», del siglo VI o V con 5 plagas, que no coinciden con las 5 del «elohísta»; 4) una acentuación progresiva de los aspectos milagrosos: el «yahvista» dice que sólo el agua sacada del Nilo se convirtió en sangre (Éx 4,9), mientras que el «elohísta» dice que toda el

agua del Nilo se convirtió en sangre (Éx 7,20), y el «sacerdotal» dice que toda el agua de Egipto se convirtió en sangre (Éx 7,19); en el libro de la Sabiduría, del siglo I a.C., se dicen cosas más fabulosas todavía sobre las plagas.

En definitiva, ¿cuántas fueron las plagas? Da la impresión de que el autor o redactor final del libro del Éxodo pensó en diez, creyendo que era un buen número. Pero ¿qué ocurrió en realidad? ¿Cómo se realizó el cambio del agua en sangre? ¿Es posible saber qué es lo que sucedió en concreto?

Estas particularidades literarias, descubiertas por la exégesis moderna, revelan la siguiente preocupación o perspectiva en el narrador: 1) La preocupación fundamental no es sólo la de contar la historia y ofrecer un «reportaje periodístico» de los acontecimientos del éxodo, sino ante todo transmitir, mediante la descripción de la historia, el sentido de la misma para la vida, que no se detiene, sino que evoluciona constantemente. No describe, sino que *interpreta* los hechos. Por eso, no podemos aceptarlo todo al pie de la letra, ya que hay repeticiones, exageraciones, amplificaciones, incertidumbres. 2) El interés fundamental de la Biblia, es decir, el sentido que ella descubre en los hechos del éxodo, es que allí Dios se reveló al pueblo y se le impuso como «el Dios del pueblo». De este contacto con Dios se derivó para el pueblo un compromiso que hay que observar. Es el compromiso de la alianza. En la manera de describir los hechos, la Biblia quiere dejar que trasparezca esa dimensión divina y revelar que Dios estaba presente y actuando en aquellos acontecimientos. Así se explica el aumento progresivo del aspecto milagroso de las plagas; era el medio más adecuado para el lector de aquel tiempo para poder percibir la dimensión divina de los hechos.

La siguiente comparación puede aclarar este punto. Hay fotografías y hay radiografías. Los libros de historia son como fotografías: describen lo que puede observarse a la vista. Pero la Biblia es como una radiografía: revela en ella lo que no puede observarse a simple vista. O sea, no es posible ver ni palpar la presencia activa de Dios (cf. Jn 1,18). Pero los rayos X de la fe perciben y revelan su presencia. Hay una diferencia entre la perspectiva del historiador común y el de la Biblia. No tienen los mismos instrumentos de medición y de observación. Por eso, los resultados de la investigación del uno y del otro son diferentes, aunque no contradictorios: son aspectos com-

plementarios de la misma realidad. La descripción bíblica intenta presentar los hechos de tal manera que el lector perciba la dimensión divina del pasado y aprenda, a partir de ahí, a percibir y a asumir la dimensión divina de aquello que está sucediendo a su alrededor en el momento en que lee la Biblia. Por eso, la condición para poder captar el mensaje de la Biblia es intentar tener la misma lente que tuvo el autor al describirlo.

3. La perspectiva de la ciencia moderna ¿contradice a la visión de la Biblia?

Nadie puede prohibir que nos situemos en la perspectiva del historiador y que apliquemos a la Biblia los criterios de la ciencia moderna, a fin de llegar a un conocimiento histórico más exacto de los hechos ocurridos. Se ha hecho ya esta investigación. Los resultados a los que se ha llegado son los siguientes: las plagas eran fenómenos naturales que solían acontecer en la región del Nilo; el paso del Mar Rojo era posible debido a las mareas bajas; el viento fuerte (cf. Éx 14,21) hizo retroceder al agua a un lugar donde se podía pasar a pie; el maná era una especie de resina comestible. Se trata de conclusiones ciertas que no podemos negar. Estas cosas suelen suceder en Egipto, incluso hoy. Así, la ciencia explica los acontecimientos del éxodo de forma natural y puede decir: no ocurrió nada extraordinario. Lo que hubo fue un intento humano bien logrado de liberación, como hubo otros muchos, antes y después de Moisés. Esta conclusión parece a primera vista desconcertante.

Pero el resultado de esta investigación histórica se sitúa en la categoría de la «fotografía», que la Biblia no niega, sino que supone, para poder sacar ella una radiografía que revela el otro lado de la medalla: ¡Dios estaba en medio de todo eso! La ciencia, a su vez, no puede negar sin más las conclusiones de la Biblia, ya que esa negación iría más allá de sus premisas y de la capacidad de sus instrumentos de observación. Los instrumentos científicos no consiguen registrar la acción de Dios. Su presencia sólo es percibida por aquel que se abre a Dios con fe. Dios está más acá y más allá de la observación científica.

Por eso, en la Biblia, hay una cierta despreocupación por el aspecto histórico material, ya que sus autores caen en repeticiones inútiles, en exageraciones y hasta en contradicciones,

aumentan y disminuyen, interpretan y cambian la perspectiva de los hechos. Todo esto no le importa mucho a la Biblia. Lo que le importa es comunicar el mensaje profundo de los hechos: Dios estaba presente y actuaba en aquel intento humano bien logrado de liberación. De esta manera, quiere abrir nuestros ojos sobre lo que está sucediendo, hoy, a nuestro alrededor. Los intentos humanos de liberación se multiplican por todas partes. No creamos que esto ocurre al margen de Dios o que Dios no tiene nada que ver con todo ello.

Con mis ojos no percibo los microbios, pero verifico sus resultados (la enfermedad) y, si tuviera un instrumento adecuado, podría ver los microbios. Con la simple razón no percibo nada de Dios en el éxodo ni en el mundo de hoy, pero compruebo los resultados: un pueblo más libre, más humano, más responsable, más consciente; y teniendo el instrumento apto de la fe, puedo percibir allí una señal de la presencia de Dios.

Lo que sucedió en aquel tiempo, sucede también hoy y ha sucedido siempre. Hay una tercera dimensión en los acontecimientos, que no es visible a los ojos. Ocurre que el que se deja marcar demasiado por un ángulo de visión de las cosas, pierde la sensibilidad por los demás. Si uno quiere ver sólo el lado «científico» de las cosas, se le atrofia la percepción del lado escondido de las mismas, que capta la poesía, el arte, el canto, la filosofía o la pintura. De este modo, la cerrazón del hombre dentro de sí y de sus propias conquistas científicas puede atrofiar en él la apertura a Dios y llevarlo a no conceder ninguna importancia a la dimensión divina de los hechos que revela la fe. Sin embargo, muchas veces la culpa no es de la ciencia, sino de los que profesan la fe, dado que, por la vida que llevan parecen dar una prueba de que la fe, de hecho, contribuye muy poco al progreso y al crecimiento de la vida humana.

La Biblia, analizada de este modo, puede ser una luz que nos ayude a descubrir esa dimensión escondida de nuestra vida. La narración del éxodo, en particular, puede revelar la presencia activa de Dios en determinados sectores de la vida humana, en donde comúnmente no buscamos esa presencia.

4. El hecho histórico del éxodo y su dimensión divina descubierta a la luz de la fe

En definitiva, para quienes observan y estudian el hecho del éxodo con criterios puramente humanos, hubo un intento logrado de liberación del yugo de la opresión que un hombre, el faraón, imponía a los demás. Hubo una búsqueda de libertad y de independencia. Hubo muchos grupos que antes y después de Moisés hicieron semejantes intentos. Los hombres siguen haciéndolos hasta el día de hoy, ya que el deseo de la libertad es el impulso que se impone con mayor firmeza.

Poniendo sobre todo esto la luz de la fe, la Biblia ofrece el siguiente mensaje: al relatar los acontecimientos históricos del éxodo y al insistir, no tanto en el aspecto material de los hechos, sino en la experiencia viva muy concreta y en la concepción firme e inquebrantable de que Dios estaba presente y actuando en aquel intento humano de liberación, la Biblia considera ese esfuerzo de liberación como una manifestación de la presencia de Dios entre los hombres y como un comienzo del camino que conduce a Cristo y a la resurrección. Por medio de esa descripción, la Biblia nos trae el mensaje que nos despierta y ayuda a percibir la dimensión divina de los hechos que hoy suceden: donde hay un esfuerzo sincero de liberación, bien sea en el plano individual o bien en el plano colectivo, allí podemos reconocer la voz amiga de nuestro Dios liberador que nos llama e interpela; por allí pasa, hasta el día de hoy, el camino que conduce a los hombres a Cristo y a la plena resurrección.

Aquí surge una dificultad. Esta visión que nos ofrece la Biblia sobre la liberación del pueblo hebreo de Egipto, ¿pudo haber sido el resultado de una autosugestión colectiva? Pudo ser que así fuera; pero ¿cómo explicar entonces sus resultados? Puedo negar la presencia de los microbios, pero entonces tengo que explicar los resultados (la enfermedad) de otra manera. Pues bien, los resultados que atestigua la historia son de tal naturaleza que no logra aclararlos satisfactoriamente ninguna otra explicación que no sea la de la misma Biblia. En ese caso, la imposibilidad de la ciencia histórica de reducir los resultados adecuadamente a una causa determinada cede en favor de la autenticidad de la interpretación que dio el mismo pueblo a los hechos que había vivido, en la hora de su liberación de Egipto.

El resultado que verifica la historia, sin conseguir darles una explicación satisfactoria, es éste: en la medida en que el pueblo iba caminando, se iba haciendo más libre, más responsable, más sensible a los problemas humanos, más consciente, más fraternal; tenía más fuerza y coraje para proseguir por el camino de la vida, para levantar la cabeza, hasta hoy, en donde otros habían sucumbido. Todo esto lo registra la Biblia y lo atestigua la investigación histórica. Este resultado aparece en la vida del pueblo que lo explica como una consecuencia del éxodo y que lo interpreta como fruto de la acción de Dios. Esta humanización progresiva de la vida consiguió imponerse, ya que el horizonte que, a partir del éxodo, se abrió hacia el futuro del pueblo superaba la simple visión humana y se relacionaba con Dios. Pues bien, si esta visión sobre la vida prestó un servicio tan grande al hombre, donde habían fracasado otras visiones, entonces merece confianza, y no conviene clasificar como autosugestión colectiva la experiencia de Dios que está en el origen del pueblo y que llevó al pueblo a conquistar su libertad.

5. El éxodo: comienzo de una larga historia de liberación

Hay dos movimientos que corren paralelos en la historia del pueblo elegido. Por un lado, existe la conciencia progresiva de la opresión: no es posible liberar a quien no tiene conciencia de la opresión en que vive. No sabría qué es la libertad, ni podría recibirla. Por otro lado, de forma paralela al progreso de la conciencia de la opresión surge la liberación progresiva: después de haber tomado conciencia de su situación, el pueblo despierta y emprende la acción liberadora como tarea irrenunciable. La Biblia nos hace saber que tanto lo uno como lo otro tienen que ver con Dios.

En este sentido el éxodo fue solamente un comienzo y no un punto de llegada. La toma de conciencia empezó por donde era más sentida la opresión: la opresión político-cultural. Pero, después del éxodo, prosiguió la acción concientizadora de Dios a través de unos líderes escogidos por él, hasta llegar a la raíz de toda opresión, que es el egoísmo: la cerrazón del hombre sobre sí mismo, que lleva a crear estructuras de opresión en

todos los niveles de la vida. Por otro lado, la tarea de liberación no se detuvo con la salida de Egipto; no hizo más que empezar y procuró, a continuación, llegar al desarraigo del germen de la opresión por medio del amor liberador que predicó Jesucristo. La verdadera libertad con que Dios sueña para los hombres es la que nace del amor a Dios y al prójimo. El éxodo comenzado por Moisés llega a su término en Jesucristo, que resucita de la muerte a la vida verdadera. Todo ello se resume en la frase del evangelio: perder la vida por amor para poder poseerla en plenitud (cf. Mc 8,35).

Dios no necesita de nuestra libertad ni le interesa dar la libertad, como si se tratara de un regalo. Dios es libre. Es el contacto con él lo que libera al hombre y lo que deposita en el corazón del hombre el germen de la verdadera libertad.

Este germen se depositó en el corazón del pueblo hebreo con ocasión del éxodo y comenzó desde entonces a crecer. El pueblo había vivido mucho tiempo en Egipto: 430 años (Éx 12,40), sin tener conciencia de la opresión que estaba sufriendo. Cuando la opresión llegó a los límites de lo tolerable, el pueblo tomó conciencia de ella y surgió en su interior el deseo de la libertad, expresada en la oración (Éx 1,1-2,25). Dios respondió a las súplicas del pueblo, llamando a Moisés para que llevara a cabo la liberación (Éx 3,7-10; 6,2-8).

A pesar de toda la exaltación de la acción de Dios que se advierte en la descripción del éxodo, hecha a la luz de una fe ulterior más iluminada, todavía se advierten en el texto las artimañas empleadas por Moisés para conseguir su objetivo. El pretexto que debía encubrir la huida era hacer una peregrinación, a tres días de viaje, en el desierto (Éx 5,1-3; 7,16; 9,1; 8,25-27). Para evitar combates peligrosos con el ejército del faraón, Moisés dirigió al pueblo por el camino del sur, en dirección al Mar Rojo (Éx 13,17-18). Consiguio atravesar el mar, debido a un viento fuerte y seco que hizo retroceder el agua (Éx 14,21) y que levantó una tempestad de arena en el desierto, hasta el punto de impedir la visibilidad a los egipcios (cf. Éx 14,19-20). Pero todo esto, que revela el esfuerzo y el cálculo de los hombres, no era lo más importante. Lo importante, para ellos y para nosotros, fue la fe nueva que nació en el pueblo, a partir de esta experiencia vivida, fe en Dios que caminaba con ellos y fe en la palabra de Moisés, como intérprete de Dios (Éx 14,31). La descripción del éxodo intenta provocar esa fe en los lectores, sus-

citar en ellos el mismo esfuerzo de liberación y llevarlos a celebrar entre sí esta presencia liberadora de Dios en medio de ellos: «¡Cantad al Señor, por la gloria de su victoria!» (Éx 15,21). De esta manera, la descripción del éxodo ilumina un camino que comenzó allí en Egipto y que no ha acabado todavía. Es el camino que vamos recorriendo todos nosotros hacia la tierra prometida, donde reina la plena libertad, nacida de Dios.

Con esta visión de la vida, adquirimos unos ojos nuevos para observar y percibir el verdadero alcance de los hechos que hoy suceden. Es en el esfuerzo vivido y calculado por la liberación donde Dios se dejó encontrar y donde sigue dejándose encontrar todavía por los hombres, para poder llevarlos a Cristo. Hoy, este esfuerzo tiene los más variados aspectos: vencer las limitaciones personales por el estudio, vencer el vicio que deprime, hacer el psicoanálisis que libera de complejos y condicionamientos; el médico libera a los pacientes de la opresión de los males del cuerpo; el maestro contribuye a eliminar el analfabetismo, enseña cómo practicar la higiene y cómo hay que plantar el huerto; los pueblos se esfuerzan en ser libres del colonialismo y del imperialismo; se intentan vencer las distancias que son una forma de opresión; los obreros se unen para defender sus derechos que no son respetados; las naciones elaboran juntas la declaración de los derechos de la persona humana; se ven cen sobre todo las formas de egoísmo; se denuncian las injusticias y las torturas que se practican contra las personas humanas; se promueve el desarrollo de los pueblos. Son millares las formas de este esfuerzo gigantesco de liberación.

A través de todo esto, la humanidad va recorriendo su penoso camino, su penoso *éxodo*, hasta conquistar su plena libertad. Cada uno tiene su propio éxodo: el simple crecimiento humano desde la niñez hasta la vida adulta como forma de vencer las limitaciones y de afirmarse en la vida; cada grupo, cada pueblo, tiene su éxodo. La humanidad entera está implicada en el éxodo o, como dijo el concilio, está radicalmente comprometida en el «misterio pascual de Cristo». En todo esto hay una brecha por donde Dios entra, se hace presente y actúa en favor de los hombres, y por donde el hombre pueda salir a encontrarlo. Los que miran desde fuera, no ven ni perciben nada, pero la visión de fe puede llevar a descubrir allí, por la experiencia vivida y sufrida, esa dimensión más profunda de Dios.

¿Hay que concluir entonces que todas las acciones, hechas en nombre de la libertad, llevan la marca de Dios? Esta conclusión va más allá de las premisas. Hay movimientos, llamados de liberación, que en vez de conducir a la liberación, conducen a una opresión mayor, en la medida en que conducen al odio y a la cerrazón egoísta dentro del grupo. ¿Cómo lograr, entonces, el debido discernimiento?

6. La historia del éxodo como criterio de discernimiento

Moisés fue educado en la corte del faraón (Éx 2,5-10). En aquel tiempo se acostumbraba formar a algunos muchachos de los países ocupados en las escuelas de Egipto, para que más tarde pudieran servir a los intereses de Egipto. Pero Moisés no siguió este camino, ya que la sangre fue más fuerte que la carrera. Se rebeló contra la situación humillante en que se encontraba su pueblo y mató a un guardia (Éx 2,11-12). Aquel hecho se relaciona probablemente con un intento fracasado para conquistar la libertad. Tuvo que huir (Éx 2,14-22). En el destierro Dios se le acerca de nuevo y le manda volver a liberar a su pueblo (Éx 2,23-4,18). Después de muchas resistencias, Moisés obedeció y asumió su misión. La libertad por la que va a luchar no se define ya por su aspecto puramente negativo —quedar libre de la opresión política del faraón—, sino que recibe un contenido positivo. El que lucha tan sólo por quedar *libre* de algo, sólo sabe lo que no quiere y camina de espaldas al futuro; no tiene criterio alguno para orientar su acción hacia adelante. La libertad que ahora se asoma en el horizonte de Moisés forma parte de un proyecto que Dios tiene a la vista: Dios quiere liberar al pueblo de Egipto para hacer de él «su pueblo» y para poder ser el «Dios del pueblo» (Éx 6,6-8). El pueblo tiene que ser *libre para* poder constituirse como pueblo de Dios; sabe lo que no quiere porque sabe lo que quiere en la vida; tiene criterio para orientar su acción hacia adelante. Este objetivo es el que va a orientar la actuación de Moisés y la del pueblo a través de toda su historia y el que va a dar contenido y sentido a la libertad que anhelan. Lo que no contribuye a ese fin, no contribuye a la libertad. Se percibe entonces que la entrada de Dios en la vida de los hombres es una luz que orienta y corrige al

mismo tiempo. La primera corrección o conversión se dio en la cabeza de Moisés: de vengador se convierte en concientizador.

No todo lo que se hace en nombre de la libertad conduce a aquella libertad que Dios quiere para su pueblo. Por otro lado, no siempre el esfuerzo de liberación se hace de manera pacífica, sin violencia. En efecto, la primera reacción provocada por la actuación de Moisés fue un endurecimiento de la opresión por parte del faraón (Éx 5,1-18) y una rebelión del pueblo hebreo contra Moisés, el libertador, por haber despertado el odio del faraón y haber colocado la espada en manos de los egipcios, a fin de matar a los hebreos (Éx 5,19-21). En vez de libertad, vino una opresión mayor. Moisés se queja (Éx 5,22-6,1); el faraón se cierra más todavía y resiste a la llamada que se le hace (Éx 7,13.22; 8,15-19; 9,7.12.35; 10,20.27).

Moisés tenía que vencer el miedo y la apatía del pueblo. Tendría que convencer al pueblo de que el endurecimiento del faraón suponía que Dios estaba ya actuando, preparando la liberación (Éx 7,3-5; 9,35; 10,20.27). La actuación de Moisés consistía fundamentalmente en hacer que el pueblo tomara conciencia de su opresión y se decidiera a asumir el esfuerzo de liberación como una tarea impuesta por Dios. Interpretaba los acontecimientos como señales y llamadas de Dios en favor de su pueblo. Hacía que los hechos hablaran. Al final, el faraón cedió y el pueblo partió (Éx 12,37). Comenzó la marcha hacia la libertad como la marcha que Dios quería del pueblo. Pero se trata siempre de una marcha crítica y ambigua. En el umbral de la libertad, todo parece fracasar. Acorralado entre el mar y el ejército egipcio, el pueblo se desanimó y volvió a rebelarse contra Moisés (Éx 14,11-12). Moisés apeló a la fe, el pueblo continuó, nació la libertad (Éx 14,30). En todo esto se revela la fe del líder en la causa que defiende y promueve. Él la considera victoriosa. No fue Moisés el que provocó la violencia. Fue el faraón, que no quiso dejar partir al pueblo hacia la libertad. Para él era más cómodo tener a su servicio un pueblo de esclavos.

7. Celebrar la liberación que Dios concede

La gran experiencia del pueblo fue: ¡Dios nos ha liberado! ¡Somos el pueblo de Dios! (Éx 19,4-6). Por este motivo, todo lo que acontecía se veía a la luz de esa fe fundamental. Dios

estaba presente en todo, orientándolo todo hacia el bien de su pueblo. Así se vio la orientación de Dios en la astucia humana que llevó al pueblo a escoger el camino menos peligroso en dirección al Mar Rojo (Éx 13,17-18). Se vio el dedo de Dios en el viento fuerte que sopló toda la noche, levantando una nube oscura de arena (Éx 14,20-21) y facilitando así la huida, ya que la marea era más baja y la tempestad funcionaba como una especie de cortina de humo que protegía la retirada. Las plagas de la naturaleza que suelen ocurrir en Egipto ayudaron a crear un clima general de confusión que favoreció la huida hacia la libertad. Vistas a la luz de los rayos X de la fe, se convirtieron para Moisés y para los hebreos en una revelación de la acción liberadora de Dios. El pueblo y su líder supieron captar los «signos de los tiempos» y corresponder, con toda su fidelidad, usando incluso artificios y artimañas estratégicas, a la realización del objetivo de Dios.

Todo esto sucedió en la noche de pascua. La fiesta era una pascua de los pastores en primavera: se untaban las puertas con la sangre de un cabrito para defenderse de la influencia de los malos espíritus. Con ocasión de esta fiesta o para celebrarla en el desierto, salieron de Egipto. Por eso, en los años siguientes, la pascua dejó de ser una fiesta contra los malos espíritus y se convirtió en un «memorial» de la liberación: se recordaba lo que Dios había hecho, se ofrecía al pueblo una oportunidad continuamente renovada de «comprometerse», año tras año, en el proyecto de liberación en marcha y se mantenía en el pueblo la esperanza de la liberación total en el futuro. Por eso, la vida de los que creen en Dios y en su promesa se llama a veces «vida pascual», es decir, una vida que pasa sucesivamente de la opresión a la libertad. La pascua de Cristo fue la verdadera pascua, en cuanto que pasó de la muerte a la vida que dura siempre junto a Dios, en donde, en contacto con él, existe la verdadera libertad.

El esfuerzo de liberación y la preocupación por celebrar esta victoria fue lo que más caracterizó a la historia de aquel pueblo.

4

Sansón y Dalila: ¿Folclore o algo más?

1. Algunas dificultades en torno a la historia de Sansón y Dalila

La historia de Sansón y Dalila ocupa un lugar relativamente importante en el libro de los Jueces: capítulos 13 al 16, es decir, casi una quinta parte del total. Trata del nacimiento de Sansón (c. 13), de su matrimonio (c. 14), de sus luchas y proezas contra los filisteos (c. 15) y de su final trágico y glorioso (c. 16). Es una de esas historias de la Biblia sobre las que no se sabe bien qué pensar.

Las actitudes de Sansón no se compaginan con las normas de la moral y de la ética. Por otra parte, Sansón no sigue ninguna norma. Se limita a seguir sus impulsos. Le gustaban las mujeres. La Biblia nos habla de tres de ellas. Mataba sin escrúpulos. Molestaba a todo el mundo, tanto a los enemigos como a sus compatriotas, con sus hazañas y peleas, ocasionadas casi siempre por una historia amorosa. Hace lo que le parece y actúa como quiere. ¿Y ve en todo ello la Biblia una actuación de la fuerza del Espíritu de Dios?

¿Qué pensar de esta historia? ¿Sirve solamente como material para un fin escabroso? No es posible imitarlo; sería peligroso e inconveniente. Sin embargo, hasta hoy, la Iglesia sigue leyendo esta historia. ¿Qué utilidad tiene para nosotros?

2. La perspectiva del autor que describe la historia de Sansón

El libro de los Jueces, escrito muchos años después de aquellos acontecimientos, es como una colcha hecha de varios reta-

zos. Con los ladrillos viejos, el autor hizo una casa nueva. Vivió en el siglo VII antes de Jesucristo. Es un tiempo en el que todos hablan de la necesidad de hacer reformas profundas en la vida de la nación. Si no se hacen las reformas, vendrá el caos*. El rey Ezequías (716-687) intentó reformar la vida de la nación, pero todo fracasó y fue de mal en peor, bajo el reinado de Manasés (687-642) y de Amón (642-640). El año 640 subió al trono un rey joven, Josías, que contaba con las simpatías del pueblo. Era un líder decidido a reanudar el trabajo interrumpido de la reforma urgente de la nación. Contaba con el apoyo de todos. Además de eso, se suavizó la tensión internacional con la decadencia de Asiria. Surgió entonces un movimiento nacionalista en el que coincidían el gobierno, el clero y los profetas, con el apoyo de la simpatía popular, dirigido a una profunda reforma, basada en la aplicación de la Constitución, que era la Ley de Dios, ahora en una nueva edición, elaborada en el libro del Deuteronomio, que data de esta época o de un poco antes.

* * *

En esta revisión general y colectiva, un hombre tuvo una idea genial: procuró aprovecharse de todas las tradiciones populares del pasado para poder llevar a cabo el movimiento reformista. Su tesis era la siguiente: todo el que reforma la vida, o contribuye a ello, prepara y garantiza un futuro mejor. Pensaba que la situación de malestar generalizado provenía precisamente de la negligencia en la observancia de los derechos y deberes, expresados en la Ley de Dios. El pueblo tenía que tomar conciencia de ello. Con esta finalidad, escribió su libro, que es el actual libro de los Jueces, donde encontramos la historia de Sansón.

Recoge en él todas las tradiciones antiguas del tiempo de los Jueces y las ordena dentro de un esquema fijo, que pone de relieve su tesis o mensaje fundamental: 1) cuando el pueblo, en aquellos remotos tiempos de los Jueces, dejaba de seguir la Ley de Dios, perdía su libertad y era oprimido por el poder extranjero (Jue 2,1-3.11-15; 3,7-8.12-14; 4,1-2; 6,1-2; 10,6-8; 13,1); 2) cuando a continuación se arrepentía, volviéndose a Dios y reformando su conducta, Dios suscitaba siempre un líder, sobre

* Sobre esta reforma, cf. el capítulo 6, *La historia de una reforma*.

el que bajaba la fuerza del Espíritu de Dios, para liberar al pueblo (Jue 3,9-10.15; 4,3s; 6,7s; 10,10s); 3) el resultado era un período de paz y de tranquilidad en posesión de la libertad (Jue 3,11.30; 5,31; 8,28; 15,32); 4) luego el pueblo abandonaba de nuevo la Ley de Dios, volvía la opresión y se repetía el mismo proceso. De esta manera veía este autor la historia de los jueces. Los jueces eran los líderes carismáticos, suscitados por Dios, como respuesta a la buena voluntad del pueblo.

Pues bien, esta constancia con que se repetía infaliblemente la intervención liberadora de Dios, después de la «conversión» o reforma del pueblo, era para el lector una garantía de que esa intervención era posible también ahora. Bastaba con prepararla y provocarla mediante una reforma profunda de la vida nacional, ya que Dios no había cambiado desde entonces. La fuerza del mismo Espíritu de Dios garantizaría también ahora el éxito del intento reformista que hiciera el pueblo. Visto y presentado de esta manera, aquel lejano pasado de los Jueces empezaba a revivir y a tomar dimensiones muy actuales; si desean que la situación mejore, ¡que hagan lo que habían hecho sus antepasados!

En este contexto general de su libro, el autor inserta la historia, ya existente, de Sansón. Para hacer que cuadrara con la perspectiva y el objetivo general de su libro, añadió una breve introducción: «Los israelitas ofendieron de nuevo al Señor con su conducta, y el Señor los entregó en poder de los filisteos...» (Jue 13,1), y la conclusión: «Sansón actuó como juez en Israel durante veinte años en la época de los filisteos» (Jue 15,20; 16,31). De esta manera, una historia ya vieja, sin perder nada de su colorido popular, comenzó a tener una función mucho más actual: ser una invitación para encararse con la situación con el mismo realismo de fe y para preparar la manifestación de la fuerza de Dios. Los llevaba a preguntarse: «¿Quién es hoy nuestro Sansón, que merezca nuestro apoyo y en el que se manifieste la fuerza de Dios?»; y la respuesta, que el autor deja en manos del lector, era: «¡El joven rey Josías!».

3. Apuntes al margen de la historia de Sansón

La pregunta que se plantea es ésta: «Pero ¿y la historia de Sansón? ¿Aconteció de verdad? ¿Es verdad que Dios aprobó

todo aquello? ¿De qué sirven esas historias melindrosas y dudosas de asesinatos y amoríos?». ¿Qué sucedió en realidad? ¿Podemos saberlo?

Aquí hay que señalar dos cosas: se trata de una literatura muy popular y de unas narraciones que surgieron en circunstancias particulares de opresión por parte de los filisteos.

Pues bien, la literatura popular no sigue las leyes de un reportaje periodístico ni se interesa por dar una versión fotográfica de las hecho; se muestra muy sensible a las peripecias que aumentan los hechos según el interés del momento. Además de eso, al ser una literatura que surgió en un situación de opresión, la narración expresaba lo que deseaba el pueblo: derrotar a los fariseos y conquistar de nuevo la libertad. Tenemos algunos ejemplos de este tipo de literatura en la última guerra. Bajo la presión de los nazis, el movimiento de resistencia hizo explotar un pequeño puente. El pueblo comentaba el hecho y se lo contaban unos a otros. Era un gozo poder contar todo aquello. Aliviaba la tensión y mantenía la esperanza. Hacía ver que existían fuerzas que actuaban en favor de la libertad que todos anhelaban. Pero a medida que la historia del puente corría de boca en boca, el puente crecía en tamaño y tomaba dimensiones fenomenales.

Así, en Israel, los filisteos lo invadían todo y el pueblo sufría. Surgió un movimiento de resistencia para reconquistar la libertad. Hubo héroes de la resistencia. Uno de ellos era un tal Sansón, que marcó época. Hombre fuerte y valiente que, con su bravura brutal consiguió mantener en el pueblo la esperanza y preparar la escalada al poder por obra de David, que derrotó definitivamente a los filisteos, muchos años después. Como la historia del puente, Sansón entró en la leyenda. Su historia crecía a medida que corría de boca en boca. No es posible ahora saber exactamente lo que hizo, como tampoco es posible saber exactamente el tamaño que tenía el puente.

La historia que se forjó en torno a la persona de Sansón, aunque tenía una base sólida en la historia, no nació con la finalidad de ser una narración informativa sobre las cosas que sucedieron. Nació de otra fuente y tenía otro objetivo: nació como un medio para expresar la esperanza y alimentarla; funcionaba como una especie de válvula de escape para que el pueblo pudiera respirar. Era como si el pueblo dijese: queremos

vivir; no queremos morir así, enseguida; podemos esperar, tener coraje y resistir, porque está con nosotros una fuerza mayor, que es la fuerza del Espíritu de Dios. Este objetivo concreto provocó un aumento del carácter fabuloso y maravilloso de los hechos y nos hace saber que la esperanza del pueblo no conocía límites. Es una narración más patriótica que histórica. Era un medio para hacer que creciera el nivel de conciencia del pueblo y para mantenerlo unido. El pueblo no podía resignarse ante la fatalidad de los hechos.

4. La historia de Sansón en cuatro cuadros

Nacimiento de Sansón (c. 13)

La descripción de su nacimiento hace prever que el niño será grande: el padre se llama Manoh, es decir, *Tranquilo*. La madre es estéril (Jue 13,2). A pesar de eso, nace un niño que es *fuego*. De este modo se sugiere que el que está por detrás es el Señor. Por eso, se describe cómo el nacimiento fue anunciado previamente por el «ángel de Dios», que pide que el niño sea consagrado enteramente a Dios. Para ello la madre tiene que seguir ciertas observancias (Jue 13,4) y el niño no podrá cortarse nunca el pelo (Jue 13,5). Se hace vislumbrar ya así el destino de Sansón y el origen de su fuerza: reside en su entrega total a Dios, que permitió la manifestación de su Espíritu en él. En la Biblia, el anuncio previo del nacimiento forma parte del esquema por el cual se enseña que el niño que va a nacer tiene una misión muy especial en la realización del plan de Dios: Jacob (Gn 25,21-26), Samuel (1 Sm 1,1-28), Juan Bautista (Lc 1,5-25), Jesucristo (Lc 1,26-37).

Matrimonio de Sansón (c. 14)

Sansón siguió un camino irregular. Le gustó una filisteo, enemiga del pueblo, y se casó con ella. Nadie consiguió disuadirle (Jue 14,1-3). Más tarde se vio en ello la mano misteriosa de Dios que dispone todas las cosas para bien de su pueblo, ya que ese matrimonio fue el que ocasionó una lucha victoriosa contra los filisteos (Jue 14,4). En otras palabras, «Dios escribe derecho con renglones torcidos». Los versículos 5 al 20 son, evidentemente, una fabulación legendaria en torno a un

hecho que ya no podemos concretar: matar a un león, sin que lo sepan sus padres; proponen un acertijo durante la fiesta de bodas y pierde la apuesta debido a la insistencia de su mujer; tiene que pagar el precio de 50 túnicas y para ello entra en una ciudad filisteo, mata a 50 hombres, les quita las túnicas y paga lo que debe. Y la Biblia dice que en aquel momento de matarlos «el Espíritu del Señor lo invadió» (14,19). Al final de la historia, Sansón se volvió muy irritado a la casa de su padre. El suegro le dio su hija a otro.

Pelear con los filisteos (c. 15)

Cuando más tarde Sansón fue a ver de nuevo a su mujer, se dio cuenta de que el suegro le había engañado, al darle su hija a otro. De rabia, cazó trescientas zorras, las ató de dos en dos con una antorcha encendida en el rabo y las soltó por medio de las mieses de los filisteos. Se quemó todo (Jue 15,4-5). La venganza de los filisteos consistió en matar por el fuego a la mujer y al suegro de Sansón. Sansón replicó «causándoles grandes estragos y a continuación fue a esconderse a una cueva» (Jue 15,6-8). Aquello fue motivo de una incursión general de los filisteos contra los hebreos. Los paisanos de Sansón, para evitar más dificultades, mandaron un pelotón de 3.000 hombres a prender a Sansón y entregarlo a los filisteos. No querían que les molestasen. Sansón dejó que lo prendieran y lo entregaron a los enemigos de su pueblo. Pero en el momento de la entrega, la fuerza del Espíritu de Dios vino sobre él (Jue 15,14). Sansón reventó las cuerdas, cogió una quijada de asno y mató a mil filisteos. Cansado y sediento después de aquella hazaña, pidió a Dios que le diera agua; se abrió una roca y empezó a manar agua. ¡Acaba de matar a mil hombres y Dios le premia con un milagro!

Final glorioso y trágico de Sansón (c. 16)

Sansón fue a Gaza, ciudad de los filisteos, y entró en una casa de prostitución. Los filisteos pensaban que lo podrían atrapar. Cerraron las puertas de la ciudad. Pero Sansón salió, arrancó las puertas de las murallas y se las llevó hasta Hebrón. Un viaje de varias leguas (Jue 16,1-3). Más tarde se enamoró de Dalila, una mujer también filisteo. Los filisteos pensaron en una estratagema para matarlo. Dalila sería la persona clave.

Tenía que descubrir el secreto de la fuerza de Sansón. Por tres veces, Sansón la engañó (Jue 16,4-14). La cuarta vez, Sansón cayó en la trampa y reveló que el secreto estaba en el pelo largo que llevaba: siete trenzas enormes que nunca habían sido cortadas, como señal de su consagración a Dios. Le cortaron el pelo durante el sueño, prendieron a Sansón y él no tuvo fuerzas para resistir. Le sacaron los ojos y lo metieron en la cárcel. Cuando el hombre deja que se entrometa un tercero entre él y Dios, desviándolo de Dios, pierde toda su fuerza y su coraje y se convierte en juguete de la malicia humana. Se preparó entonces una gran fiesta en honor del dios Dagón. Pero entre tanto el pelo había crecido de nuevo y Sansón había recobrado su fuerza prodigiosa. El día de la fiesta, Sansón derribó el templo y mató a más filisteos que durante toda su vida anterior (Jue 16,30).

5. Sansón y Dalila: ¿folclore o algo más?

Quien lee estas historias, no puede menos de sentir repulsa y admiración: repulsa, por los crímenes cometidos, que la Biblia no encubre ni justifica; admiración, por la bravura y autenticidad de Sansón: no miente, es sincero, es enteramente libre; desafía los convencionalismos; derrota a los traidores, a sus paisanos que querían entregarlo; no soporta la doblez ni la conformidad con la situación.

La Biblia no aprueba los crímenes y las debilidades de Sansón, sino que se limita a describir lo que el pueblo contaba sobre él y muestra el camino que llevó de la opresión a la libertad. Entre tanto, acentúa la constante que marca el camino desde el principio hasta el fin: sinceridad y amor a la libertad. Y nos da además un aviso muy actual: no hay que dejarse llevar por las conversaciones con mujeres frívolas, ya que esto sólo sirve para crear conflictos y puede derrotar a un hombre de la fuerza de Sansón.

Estas historias son populares; son de un pueblo agradecido que no ignora los errores, pero que sabe perdonar: Sansón fue un bandido, pero vivía y encarnaba un ideal que era el ideal del pueblo, un ideal sagrado, el amor a la libertad. Contribuyó a que la libertad fuera reconquistada plenamente en tiempos de David. Por eso, mirando hacia atrás, a una cierta distancia de

los hechos, el pueblo ve la mano de Dios en aquella historia extraña y se convence de que Dios consigue escribir derecho con renglones torcidos.

Por consiguiente, hay mucho de folclore en la historia de Sansón y Dalila. Pero no por eso deja de tener valor. El «algo más» está precisamente en el folclore exuberante que deja asomar dónde está el interés y el juicio del pueblo en relación con aquella historia: 1) expresión de la esperanza de un pueblo que tiene un futuro, apoyado en el poder de Dios; 2) expresión del amor a la libertad y a la sinceridad; 3) expresión de la fe firme de que Dios camina con el pueblo en todas las circunstancias; 4) desaprobación de los que prefieren el conformismo y que, por eso, intentan eliminar al hombre verdaderamente libre.

6. Conclusiones ulteriores

La reflexión sobre la historia de Sansón y Dalila nos abre una ventana sobre el problema de cómo surgió y se formó la Biblia. No fue de un día para otro. Surgió por un proceso lento que seguía el lento abrirse de la conciencia del pueblo, que iba percibiendo cada vez mejor su responsabilidad a la luz de Dios. Así, ocurre que en la Biblia, incluso dentro de un mismo libro, hay diversas capas, que proceden de diversas épocas. En nuestro caso, tenemos la historia de Sansón, vista, por un lado, con los ojos del escritor que vivió en tiempos del rey Josías y, por otro lado, con los ojos del pueblo que había vivido algunos siglos antes bajo la opresión de los filisteos. El libro de los Jueces da la impresión de ser una construcción nueva, hecha con ladrillos antiguos. El estudio de este libro de la Biblia muestra que el interés de la Biblia no está en conservar simplemente las historias antiguas, sino en conservarlas de tal manera que puedan ofrecer al pueblo una visión actualizada de fe sobre el presente que se está viviendo. El objetivo de la Biblia es mantener al pueblo unido, consciente de su responsabilidad.

La historia de Sansón revela además la sinceridad con que el pueblo presentaba su propio pasado: no oculta nada. Sin aprobar los errores cometidos, percibe lo que hay de bueno en todo aquello. En este punto es donde la Biblia sigue hoy teniendo razón. Basta con mirar la historia humana: toda la acción

humana es ambivalente, mezcla de bien y de mal. A veces, el mal existe en la raíz de la acción, mientras que la superficie da la impresión de ser buena. Jesús condenó esta actitud como farisaica, ya que lo exterior no refleja lo interior. Otras veces el mal existe en la superficie, mientras que la raíz es buena. Es ésta una actitud que agrada más a Dios que la primera, ya que Jesús acoge a los pecadores, a los publicanos y a las prostitutas. Sansón era un hombre con mucha maldad en la superficie, pero en la raíz había en él algo muy valioso: sinceridad, autenticidad, amor a la libertad. En otro terreno hemos de reconocer que la misma historia de la Iglesia es una mezcla de bien y de mal. En nombre de Dios se han hecho cosas horribles: ciertas actitudes que se tomaron en las Cruzadas o en tiempos de la Inquisición, o en la persecución a los heterodoxos a comienzos del siglo XX. No tenemos ningún derecho a condenar las actitudes de Sansón. Al contrario, estas actitudes provocan una confrontación con nuestra conciencia. Finalmente, cada uno, examinando su vida y la concatenación de sus actos, se da cuenta de que la mezcla del bien y del mal es cosa de cada día. Pero no por eso Dios está ausente de nuestra vida. Pues bien, la Biblia quita la máscara y dice con claridad: «¡Nosotros somos así!». No disimula ni justifica, sino que reconoce y confiesa, intentando «reformular» y «convertir».

Al mundo no le gustan los hombres libres, los hombres que no siguen la ley de la mayoría, que desafían a todos y resultan molestos a los amigos y a los enemigos, como lo hacía Sansón. Pero muchas veces son ellos los que, como Sansón, están preparando un futuro mejor. Pueden tener muchos errores como Sansón y tantos otros que hoy están luchando por un futuro mejor. Pero desconocer lo positivo y la llamada de Dios en esas figuras, tanto de ayer como de hoy, equivale a cometer lo que Jesús llamaba «pecado contra el Espíritu Santo». De él dijeron que tenía el demonio en el cuerpo, porque Jesús molestaba y sacaba a muchos de su tranquilidad. Para justificarse atribuían al adversario mayor de Dios lo que Dios estaba haciendo para liberar a los hombres por medio de Jesucristo (cf. Mc 3,23-30). Este pecado no tiene perdón, porque cierra el conducto por donde podría venir el agua para lavar y purificar el error que existe en nuestra vida. Equivale a cortar de raíz cualquier intento de «reforma», con el pretexto de querer hacer reformas y renovaciones.

Profetas: ¿Dónde está el Dios en quien creemos?

1. Preguntas y nociones preliminares sobre los profetas

¿Cómo sabe el profeta que Dios manda hacer esto o aquello? ¿Cómo nace la vocación de un profeta? ¿Cómo distinguir a un profeta verdadero de un profeta falso, si los dos dicen que están hablando en nombre de Dios? ¿Cuál es la misión de un profeta? ¿Cómo actúa? ¿Qué es lo que enseña sobre Dios? ¿Hay profetas en nuestros días? Son preguntas que se plantean cuando uno lee los libros de los profetas.

En el Antiguo Testamento hay 16 libros que se atribuyen a los profetas. De ellos, cuatro son llamados «mayores»: Isaías, Jeremías (junto con las Lamentaciones y Baruc), Ezequiel y Daniel. Los otros doce son «menores»: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. La división entre «mayores» y «menores» se debe a la cantidad de escritos que se les atribuye. En la Biblia hay otros profetas, de los que no se conserva ningún escrito, por ejemplo Elías y Eliseo.

Muchos de estos hombres son realmente nombres extraños para nosotros. No es posible saber quiénes fueron, cómo vivieron y cómo lucharon. Sin embargo, el estudio crítico de los escritos y de la historia extrabíblica permite actualmente reconstruir sobre algunos de ellos el entramado complicado de las situaciones humanas en que tuvieron que actuar y realizar su misión.

«Pro-feta» y «pro-fecía» son palabras que evocan para nosotros la «previsión del futuro». Pero en realidad, «profeta» quiere decir «el que habla en nombre de». Son personas que «hablan en nombre de Dios» y que *saben* que hablan en nombre suyo.

2. ¿Cómo nace la vocación de un profeta?

Es difícil penetrar en la intimidad de alguien y levantar el velo del misterio de la vida que transcurre entre él y Dios. La vocación del profeta se sitúa en esa esfera del misterio impenetrable de la vida. Pero reflexionando sobre las indicaciones que nos han dejado ellos mismos en sus profecías, es posible llegar a formarse una idea de cómo nace la vocación de un profeta. Veamos dos ejemplos.

El profeta Amós era un hombre sencillo del pueblo, labrador y pastor (Am 7,14). Vivía en una época de progreso económico, promovido por el rey Jeroboán (783-743), pero conseguido a base de un egoísmo colectivo de los grupos. Esto provocaba una división injusta de clases y oprimía a gran parte del pueblo (Am 5,7; 2,6-7; 3,10). El pueblo que Dios había liberado se había hecho esclavo de nuevo y, esta vez, esclavo de sus propios hermanos. Amós vivía profundamente integrado en la vida del pueblo; por eso su fe y su sentido común le decían que esa situación de las cosas iba en contra de la voluntad de Dios. Una paradoja que se convirtió en problema para él y que no le permitía pensar ya en otra cosa. Todo le hacía recordar que la injusticia se había instalado en el país y le hacía prever el castigo divino que esto iba a provocar: un albañil, al nivelar unos ladrillos, le recuerda que Dios va a nivelar el pueblo; una cesta de fruta madura le recuerda que el tiempo está maduro para el castigo; el fuego en los abrojos le recuerda que Dios va a acabar con las injusticias (cf. Am 7,7-9; 8,1-3; 7,4-6). Son los hechos los que comienzan a hablar. Todo se convierte en llamada. Así, poco a poco, va creciendo una conciencia en Amós. Y al final decide: Dios quiere que yo hable. «Ruge el león: ¿quién no temblará? Habla el Señor: ¿quién no profetizará» (Am 3,8). «Déjalo todo y vete. Ve a profetizar a mi pueblo» (cf. Am 7,10-17).

Del profeta Oseas se dice: «Comienzo de las palabras que el Señor pronunció por medio de Oseas. El Señor dijo a Oseas: "Cásate con una prostituta..."» (Os 1,2). La interpretación más probable es la siguiente: Oseas se casó y, aunque feliz en su matrimonio, su esposa lo abandonó y se dedicó a la prostitución. Oseas siguió amándola. El amor de Oseas, fiel y desinteresado, despertó en su mujer la conciencia de su valor y volvió a ser espo-

sa. De este modo, Oseas descubrió que era dueño de la fuerza regeneradora del amor. Viviendo integrado en medio de su pueblo, se da cuenta de que esa experiencia suya, dolorosa pero rica, tenía un significado más amplio. El pueblo abandonaba a Dios, considerado como «esposo del pueblo», y se prostituía con otros dioses. Allí percibió todo el alcance de su experiencia personal: Dios sigue amando al pueblo con un amor fiel y desinteresado, capaz de regenerar al pueblo y capaz de hacerle volver a ser el «pueblo de Dios», la «esposa fiel de YHWH». Tomó conciencia de su misión: anunciar al pueblo el amor no retribuido de Dios, para provocar así una conversión sincera. Por eso, sus profecías son tan violentas, ya que el celo es una de las cosas más violentas que pueden existir en el hombre.

Estos dos ejemplos demuestran que el profeta era un hombre en el que culminaba la conciencia del pueblo de Dios en una conciencia personal e individual. Es una persona que percibe la llamada de Dios a través de su situación personal dentro del pueblo. La percepción clara de las exigencias de Dios le lleva a tener una percepción igual de lo que debería ser la vida del pueblo. Es «hombre de Dios» y «hombre del pueblo» al mismo tiempo. Siente su compromiso con Dios y con el pueblo y piensa que no le es posible ya guardar silencio. Habla con autoridad, ya que habla a partir de Dios y a partir de la conciencia y de la tradición secular del pueblo. Su vocación nace de la confrontación entre la situación real y la situación ideal.

Hay castigos muy severos reservados a los que pretenden hablar en nombre de Dios sin ser enviados por él (Dt 18,20). Para autenticar su misión, el profeta predice el futuro. Se trata de «profecías» a corto plazo. La realización de esa previsión es la prueba de que Dios está con él (Dt 18,21-22; Jr 28,9; Ez 33,33). Así se distingue lo falso de lo verdadero.

3. Misión y actuación del profeta: lo que enseña sobre Dios

La misión y la actuación del profeta están siempre condicionadas por la situación concreta del pueblo al que dirige su mensaje. De parte de Dios, es enviado al pueblo a fin de ser instrumento en las manos de Dios, para hacer que el pueblo camine en dirección al objetivo con que se había comprometido

delante de Dios en la alianza. El profeta es, por así decirlo, el hombre que viene a cobrar del pueblo el compromiso que había asumido libremente con Dios y consigo mismo. Por eso, para poder comprender la misión y la actuación del profeta, conviene describir brevemente aquella parte de la vida del pueblo que condicionaba su actividad y que provocaba su reacción en nombre de Dios.

Por el éxodo, aquel grupo que había salido de Egipto tomó conciencia de ser el «pueblo de Dios», que tenía la responsabilidad de realizar con Dios un proyecto de liberación. Esta conciencia de ser el «pueblo de Dios» es el dinamismo que hace que el pueblo siga caminando, sin pararse jamás, abriendo continuamente un camino en dirección al futuro, con la garantía del poder y de la fidelidad de Dios. En la base de esta actitud fundamental de coraje, de fe, de esperanza, de entrega y de amor, está la experiencia y la convicción inquebrantable: «Dios está con nosotros como el que nos llama en cada momento. Estamos comprometidos con él y él con nosotros». Esta conciencia o experiencia de amistad profunda, llamada también *alianza*, se estructura en comportamientos y actitudes: la ley, el culto, las instituciones, las fiestas, las celebraciones, las costumbres, como por ejemplo las peregrinaciones al templo: tradiciones que conservan y transmiten el pasado como memoria actual; las imágenes y las representaciones, como por ejemplo el arca de la alianza y el becerro de oro; el profetismo, el sacerdocio, la monarquía, las oraciones, la sabiduría popular, etc. A través de todo esto corría la vida intensa del pueblo y se transmitía a las generaciones posteriores la conciencia de ser el «pueblo de Dios» y se repetía la llamada de Dios a la fidelidad.

Todos estos comportamientos o estructuras surgían en el pueblo a partir de su fe particular en Dios. Eran instrumentos para mantener viva la fe, la esperanza y la entrega. No eran una finalidad en sí mismos, sino medios para alcanzar el fin, del que recibían orientación y crítica. El día en que, por un motivo o por otro, uno de esos comportamientos no conseguía ya ser expresión de aquella vivencia profunda y, por consiguiente, dejaba de transmitir ya el valor para cuya comunicación fue suscitado, ese comportamiento era corregido, criticado o eliminado. El criterio utilizado en la eliminación o en la corrección era siempre el proyecto original que Dios tuvo ante la vista y para el cual creó a su pueblo.

Estos comportamientos y estas estructuras de la vida eran creaciones del hombre, que de esta manera intentaba dar expresión a su fe. Pero el mal del hombre fue siempre su deseo justo e inveterado de seguridad, tanto individual como nacional. Una vez que, después de buscar mucho, encontraba una forma de vivir que expresaba su convicción, consideraba eso como una conquista y encontraba en ello su seguridad. Poco a poco se daba entonces el siguiente fenómeno: esas formas de vivir la amistad con Dios, en vez de seguir siendo la expresión de una búsqueda constante que dinamizaba y empujaba a caminar siempre hacia el futuro, pasaban a ser expresión de una búsqueda de seguridad humana, perdían su contacto con la fuente (la conciencia de ser el Pueblo de Dios) y dejaban de ser vehículo de vida. Disminuía la vivencia interior y permanecía inalterable la estructura o el comportamiento exterior, dando la impresión de que no había cambiado nada. Pero en realidad todo el tinglado externo de la fe, las estructuras y los comportamientos, estaban ya minados en su base, debido a la falta de vida real. El comportamiento exterior empieza a ser interpretado entonces por los que se agarran a él como a una especie de billete de entrada que da derecho a la ayuda de Dios. Se convierten entonces en meros convencionalismos sociales, en fachada sin una casa para vivir en ella; se sigue dando la impresión y la ilusión de estar bien con Dios, cuando en realidad la planta está cortada por la raíz por falta de vida. Frágiles por naturaleza, esos convencionalismos sociales presentaban una defensa cerrada y violenta contra cualquiera que los ataque.

Aquí es donde los profetas entran en acción: su misión y su actuación nacen casi siempre de este cortocircuito entre la vida y el comportamiento. Denuncian la falsa seguridad tras la que se esconde el pueblo, muchas veces de manera inconsciente. Desinstalan al pueblo y lo envían a buscar nuevas formas de comportamiento que sean de nuevo expresión y estímulo para su vida y para su fe. Condenan las formas que mantenían al pueblo en su inmovilismo. La reacción inmediata es la seguridad del pueblo, que se ve privado de aquello donde encontraba una cierta tranquilidad de vida y de conciencia.

El profeta siempre actúa en nombre de Dios. Hace ver que el concepto de Dios, que se revela en esas formas y comportamientos de la vida del pueblo, no es el del Dios verdadero

que se reveló a los padres en el desierto, cuando los liberó de Egipto. Los profetas consiguen tener esa visión clara que les da condiciones para poder denunciar lo que está equivocado y es defectuoso, porque son hombres de Dios. No sólo enseñan cosas *sobre* Dios, sino que lo revelan en sus propias actitudes, mostrando que Dios es siempre diferente, mayor de lo que el pueblo se imaginaba. Dios no se deja domesticar por ninguna forma, por muy religiosa que sea. Veámoslo concretamente.

4. Crítica del concepto de Dios por los profetas

El becerro de oro: A la salida de Egipto, se hicieron la imagen de un pequeño becerro de oro con la finalidad de dar al pueblo una forma concreta de la fuerza con la que Dios los había liberado (cf. Éx 32,4). Pero esta imagen encerraba un serio peligro: identificar a Dios con los otros dioses, representados igualmente por la imagen de un toro o de otros animales; identificar a Dios con la imagen misma, visualizar y localizar demasiado la fuerza divina, que no puede limitarse a ningún instrumento o imagen. Más tarde, de hecho, cuando Jeroboán volvió a introducir esa imagen del toro (1 Re 12,28), para dar un cuño religioso a la revolución religiosa que había hecho, esa imagen fue motivo de apostasía. Por eso, en la Biblia, la imagen del becerro de oro recibe las más vehementes condenaciones: no es apta para expresar la fe en Dios (1 Re 12,31-13,2).

Los altos lugares: Al entrar en la tierra prometida, el pueblo empezó a adorar a Dios en los llamados «altos lugares» o «altozanos», bajo árboles frondosos. Creía que la fuerza de Dios estaba allí más concentrada, ya que lograba hacer que crecieran árboles de enorme tamaño en un lugar desierto. Así, Salomón adoró a Dios en el «altozano de Gabaón» (cf. 1 Re 3,4), sin que viera en ello nada inconveniente. Pero esta forma de adorar a Dios encerraba un peligro: identificar a Dios con los otros dioses que eran adorados de la misma manera en los mismos lugares; localizar demasiado la acción de Dios y el lugar de encuentro con él. Por eso, cuando ese peligro se convirtió en una realidad, surgieron los profetas para condenar con vehemencia esa forma de piedad. La llamaron «prostitución debajo de los árboles» (cf. Jr 3,1-2.7; Is 1,29-31; Os 2,6-7). En vez de expresar y de dinamizar la

amistad con Dios, el culto en los altozanos llevó a una degeneración de la vida. Era preciso criticarlo y condenarlo.

El rey y la monarquía: En la persona del rey se personalizó la gran promesa que decía: «Seréis mi pueblo; yo seré vuestro Dios». Ahora se dice a propósito del rey: «Seré para él un padre y él será para mí un hijo». (2 Sm 7,14). De esta manera, el rey era la concreción visible de la amistad de Dios para con el pueblo y el instrumento para hacer valer la voluntad de Dios. Pero, poco a poco, la presencia del rey se convirtió en pretexto para acomodarse: desde que el rey está en medio de nosotros, Dios está obligado a ayudarnos, ya que él mismo prometió mantener siempre a un rey en el trono de David (1 Sm 7,16). Por eso aparecieron los profetas: el trono de David será una cabaña destruida (Am 9,11), nadie de su estirpe ocupará el trono (Jr 22,30), el rey de Israel desaparecerá para siempre (Os 10,15). El hecho de tener un rey no era un salvoconducto para nadie.

El templo: Era el lugar el encuentro del pueblo con Dios: «¡Qué deliciosa es tu morada, Señor todopoderoso! Me consumo suspirando por los atrios del Señor» (Sal 84,2-3). Las peregrinaciones, las romerías, los salmos, los cantos, las preces, todo estaba vinculado al templo, a la morada de Dios. Si tenemos el templo, Dios está con nosotros, comprometido con nuestra causa: ¡cuidemos bien del templo! La preocupación por el templo hacía olvidar la obligación más grave de vivir de la fe, de la que el templo era solamente una expresión. Por eso, Jeremías ataca frontalmente el templo (Jr 7,1-15) y dice: «Robar, matar, cometer adulterio, jurar en falso, incensar a Baal..., y luego venir a presentarnos ante mí, en este templo consagrado a mi nombre, diciendo: “¡Estamos seguros!” y seguir cometiendo las mismas abominaciones... Yo trataré a este templo como traté a Siló» (Jr 7,9-10.14). Todos sabían que el templo de Siló había sido totalmente destruido. El templo en sí mismo no daba ninguna seguridad de tener garantizada la protección de Dios.

El culto: El culto era el centro de la vida de la nación: recordaba el pasado y lo hacía presente, ofreciendo a cada generación la posibilidad de comprometerse con el proyecto de Dios y tomar conciencia de sus derechos y deberes. Pero el culto se cosificó en el rito y, desligado de la fuente viva que era la vivencia de la presencia de Dios, se convirtió en una prestación a un plazo cierto, para comprarse la protección divina. De ahí la enorme atención a las ceremonias, pero no a la vida. Son los

profetas los que perciben la falsedad de esa fachada: ese culto no sirve para nada: «¿De qué me sirven todos vuestros sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros y de grasa de becerros... Cuando extendéis las manos para orar, aparto mi vista; aunque hagáis muchas oraciones, no las escucho, pues tenéis las manos manchadas de sangre» (Is 1,11.15). El culto *en sí* no garantiza la protección de Dios.

Jerusalén: Jerusalén es la Ciudad de la Paz, cantada en tantos salmos, como símbolo de la fuerza y de la presencia activa de Dios en la vida del pueblo (cf. Sal 122; 137; 147). Era el corazón de la vida de la nación, la «Montaña santa». Pero de nada servía aquella gloria, ya que no llevó al pueblo a la práctica de la justicia. Por eso, Jerusalén será abandonada por Dios (Ez 11,22-25). Quedará totalmente destruida, como si fuera una ciudad cualquiera (Is 3,8-9). Residir en Jerusalén no ofrece ninguna garantía.

La tierra: Abrahán se puso en camino hacia la tierra prometida, conquistada más tarde por Josué. La conquista de la tierra era una señal de que Dios cumplía sus promesas. Por ello, viviendo en esta tierra, podemos tener la certeza de que Él está con nosotros. El pueblo encontraba en ello su seguridad y vivía como si ya hubiera llegado al punto final. Los profetas deshacen y desenmascaran esa presunción como si se tratara de una pura ilusión: todos serán llevados al destierro, tendrán que dejar la tierra (Jr 13,15-19), que quedará totalmente devastada (Jr 4,23-28).

El día de Yavé: Se vivía de la esperanza. Algún día llegaría Dios a manifestar su justicia: destruir a los malvados, exaltar a su pueblo. Sería un día de luz. Se vivía en esa dulce e ilusoria esperanza, descuidando todo lo demás. Amós dice entonces: «¡Ay de los que anhelan el día del Señor! ¿Sabéis qué será para vosotros el día del Señor? Será tinieblas, y no luz» (Am 5,18-20). Ni siquiera el futuro ofrece la seguridad tranquila de Dios.

El pueblo elegido: El origen del pueblo estaba en el hecho de que Dios lo había sacado de Egipto y había hecho con él una alianza. Era el título honorífico de donde brotaba todo lo que era dinamismo y fuerza para caminar. Pero poco a poco se convirtió en motivo para que los que pertenecían a él se consideraran unos privilegiados, que confiaban más en ese privilegio que en la fidelidad que exigía de ellos este privilegio y esta elec-

ción. Amós dice entonces: «¿No sois vosotros para mí como cusitas, hijos de Israel?... ¿No saqué yo a Israel de Egipto, a los filisteos de Creta y a los arameos de Quir?» (Am 9,7). En términos de hoy esto sonaría para nosotros: «Hijo mío, Jesucristo murió tanto por vosotros, católicos, como por los comunistas. Para mí, no sois mejores vosotros». Los arameos y los filisteos eran los mayores enemigos del pueblo de Dios. Dios cuida de ellos lo mismo que de los que creen en él. El simple hecho de pertenecer al pueblo elegido no da ninguna preferencia o seguridad.

Los hijos de Abrahán: Abrahán fue el gran amigo de Dios, cuya intercesión podía salvar ciudades enteras (cf. Gn 18,16-33). Era un título de gloria poder decir: «¡Nosotros somos descendientes de Abrahán!» (Jn 8,33). Pero para muchos esto se quedó en un mero título, sin las obras de Abrahán. Juan Bautista, el último profeta del Antiguo Testamento, hizo saber que, delante de Dios, los hijos de Abrahán y las piedras son la misma cosa: «No andéis diciendo: “Somos descendientes de Abrahán”. Porque os digo que Dios puede sacar de estas piedras descendientes de Abrahán» (Lc 3,8). Un nuevo apoyo que se viene abajo.

La Ley de Dios: Dios dio la ley, y el que observa la ley se salvará (cf. Jr 8,8). Por eso, fue preciso explicar bien la ley, para saber exactamente lo que ella quería y garantizar de este modo, cada uno para sí, la salvación. La ley se convirtió entonces en instrumento para obligar a Dios. San Pablo dice que tanto los paganos (los griegos) sin la ley como los judíos con la ley, todos están bajo el pecado (Rom 3,9): «Nadie alcanzaba la salvación divina por el cumplimiento de la ley» (Rom 3,20).

Los profetas van quitando todos los apoyos, van abriendo todos los escondrijos y ponen la luz de la verdad en todos los puntos oscuros. Cortan los hilos de todos los teléfonos que establecían una comunicación con Dios, destruyen todos los puntos de contacto con Dios. Lo vacían todo, roturan el campo y dejan una inseguridad casi radical. Lo derriban y lo critican todo por ser falso, no ya en sí, sino porque ha dejado de ser llamada de Dios que invita a caminar en dirección hacia el futuro de la promesa y por haberse convertido en expresión de acoso y hasta de opresión en nombre de Dios. Hoy, quién sabe, los profetas dirían lo mismo y harían la misma crítica de muchas cosas que nosotros consideramos como santas e inatacables.

Y como en aquel tiempo, tampoco hoy sería reconocido el profeta, sino que se le rechazaría en nombre de Dios. El mismo Jesucristo fue rechazado en nombre de Dios y de la tradición: «Éste no puede ser un hombre de Dios, porque no respeta el sábado» (Jn 9,16). Ni la asistencia a misa, ni el rosario, ni la rosa de oro, ni la catedral bonita, ni la pascua, ni el agua bendita, ni la vela, ni la promesa, nada puede, *por sí mismo*, forzar y obligar a Dios. El que se agarra a esas cosas, se agarra a una proyección suya, que ya no es Dios, sino un mito que no existe. Ciertamente, no es el Dios vivo y verdadero que los profetas conocen de cerca y a quien ellos adoran. En esta tierra no existe palanca alguna que, por sí misma, pueda mover los cielos. El profeta critica todo eso y hace saber al hombre que insistir en esas formas, como si tuvieran fuerza en sí mismas para forzar a Dios, sería lo mismo que dialogar con el eco de la propia voz.

Se entiende entonces que el profeta tuviera que enfrentarse con resistencias muy fuertes, ya que sacudía los apoyos más fuertes de la seguridad humana. Léanse, por ejemplo, las consideraciones de la Carta a los Hebreos sobre el sufrimiento de los profetas perseguidos (Heb 11,32-38).

Toda esta crítica de los profetas, aparentemente tan negativa, se hacía a partir de la visión de Dios que poseían y que contrastaba profundamente con los comportamientos y las estructuras de la vida, tal como las vivía el pueblo. No permitían la alienación del hombre de la realidad de la vida y la huida al mundo de la religión, entendida como rito, ceremonia y culto. Eso sería lo mismo que dejar el rito, la ceremonia y el culto sin contenido alguno. Si hubieran vivido hoy, ellos serían los primeros en decir que ese tipo de religión es realmente «el opio del pueblo». Basta leer y meditar un poco sus escritos, para convencerse de ello.

Nos queda por examinar ahora cuál es el lado positivo de esta crítica tan radical de los profetas.

5. El Dios vivo y verdadero de los profetas

Entonces, según la visión de los profetas, ¿estaba todo equivocado? Aunque destruían todos los puentes, levantaban uno, capaz de establecer un contacto real entre Dios y el

hombre y de dar al hombre una garantía de la presencia de Dios: la fe. ¿Qué quiere decir esto?

Los profetas viven profundamente la presencia de Dios. Son hombres de Dios. Dios está por encima de todo. No puede ser captado, canalizado, colocado como animal de carga el frente de los deseos de los hombres. No es posible domesticar a Dios. El hombre no debe querer invertir el orden: en vez de servir a Dios, querer que Dios sirva al hombre utilizando como instrumento el rito y el culto que, en ese caso, no dejarían de ser magia bautizada.

Para los profetas, Dios es una presencia enteramente *gratuita*, que ofrece su amistad a quien quiera recibirla. Pero quiere que se le respete en esa amistad. El amigo que ofrece su amistad, quiere que el otro confíe y no intente garantizarse los bienes de la amistad por unos medios escondidos y espurios. Sería una falta de confianza, un motivo para negarle la amistad en el futuro. Junto a un amigo, el otro, para poder obtener el apoyo de la amistad, nunca tiene que apelar a los regalos que ya le hizo y a los bienes que ya le ofreció, sino que debe apelar simplemente a su amistad: «Tú me dijiste que eras mi amigo. Pues bien, confiando en eso voy a emprender esta o aquella obra, en la que sé que estás interesado y en la que me puedes ayudar». Se apela a la amistad y al compromiso que el otro hizo consigo mismo en nombre de la amistad.

Así es Dios. Se comprometió con los hombres, al ofrecerles su amistad. Quiere ser respetado en esta amistad. Exige fe y confianza, como condición primera e inicial para cualquier otro entendimiento. Su presencia en medio de los hombres está garantizada y es segura, ya que él mismo lo afirmó. Pero él es tan fuerte que puede sustraerse a cualquier otra aproximación indebida, donde falte la fe y la confianza: el becerro de oro, los altozanos, el rey, el templo, el culto, Jerusalén, la tierra, la ley, el pueblo elegido, el hijo de Abrahán, el día de Yavé, el rosario, la vela, la promesa, la procesión, la asistencia a misa, la pascua, los siete primeros viernes, la oración a santa Rita, la catedral, todo es relativo. No tienen poder adquisitivo en sí mismos, y el día en que se convirtieran en medios para «comprar el cielo» y para garantizar sin más ni más la salvación, merecerían la crítica y la condenación de los profetas, también hoy. No son cosas en sí. Pueden ser útiles, buenas y *necesarias*, cuando se usan como medios de expresar la fe y la

confianza, que se exigen como condición primera para cualquier contacto con Dios. Son solamente flechas que apuntan hacia Dios. Pero Dios siempre está *más cerca*, por su amistad, que cualquier expresión de amistad. Esas cosas son buenas como hilos de teléfono, pero no contienen ni obligan a aquel con el que hablo por teléfono. Éste puede colgar el teléfono y dejar que siga hablando con el eco de mis propios deseos. Pero si son expresión de fe, entonces alcanzan a Dios y él no cuelga el teléfono. En nombre de su propia fidelidad, seguirá estando en comunicación con el hombre, apoyándole y ayudándole.

Aparentemente, los profetas lanzan al hombre a la más completa inseguridad, pero en la realidad asientan la base para la seguridad más firme que el hombre puede tener: la certeza absoluta de que Dios sigue allí. Su nombre es Enmanuel, o sea, Dios con nosotros, poderoso, fiel y amigo. Pero él nos desborda, es siempre el Otro. No es domesticable. Sus relaciones con el hombre son libres y soberanas, y pueden sustraerse del dominio del hombre. El mismo hombre es débil y no consigue sustraerse al dominio que otros le imponen. Esta actitud de Dios, al mismo tiempo tan cerca y tan lejos, es un desafío y una acusación. Le recuerda al hombre sus límites: hay al menos *uno* que consigue eludir sus garras de dominación. Critica así las relaciones de dominio que el hombre ejerce sobre el otro hombre y despierta en los dominados la voluntad de ser respetados en su dignidad. La actitud que Dios toma de este modo delante de los hombres es la que provoca en nosotros la actitud que debemos tomar ante los demás: el único medio eficaz que existe para vincular a una persona con uno mismo es la fe, la confianza y el amor desinteresado. En efecto, cuando el hombre sabe colocarse en su lugar debido ante Dios, entonces Dios se siente en la obligación de ayudarlo. Dice el salmo: «Lo libraré, porque se acogió a mí; lo protegeré, pues conoce mi nombre» (Sal 91,14). En otras palabras: Voy a tener que ayudarlo, porque me está tomando en serio. Esto exige del hombre un paso en la oscuridad, un voto de confianza, una actitud de fe de quien deja al otro ser lo que es; deja que Dios sea Dios en su vida.

Esto es lo que nos enseñan los profetas sobre Dios. La síntesis de todo esto queda expresada en el nombre mismo que Dios quiso para sí: *Yavé*, o sea, *Yo estaré presente*. Este nombre debe entenderse como la abreviatura de «Yo soy el que soy»

(Éx 3,14), que quiere decir: «Con toda seguridad estaré ahí presente para ayudar; pero, el *cómo* y el *cuándo* de mi presencia, eso es algo que yo mismo determino. ¡Podéis contar conmigo!». Su nombre es una invitación a la fe. Y Dios dio pruebas de su presencia liberadora: la primera gran prueba fue el éxodo; la última prueba, todavía en marcha, es la venida de Jesucristo, Enmanuel, Dios con nosotros (Mt 1,23).

Este Dios, percibido y vivido de este modo en la vida concreta, es el núcleo de donde parte toda la acción profética. Es al mismo tiempo una visión nueva sobre el hombre. Por eso los profetas, en medio de las mayores desgracias, anunciadas a veces por ellos mismos, no pierden nunca la esperanza. Por más crítica que pueda parecer su actuación en la vida del pueblo, en el fondo su mensaje es de esperanza. La crítica viene cuando la forma concreta de vivir amenaza con estrechar la vida de tal manera que mata la esperanza en el corazón del pueblo, sobre todo en el corazón de los pobres.

6. ¿Existen hoy profetas?

Los profetas generalmente no llevan etiqueta, ni hacen figurar su misión de profetas en la tarjeta de visita. Hoy, el movimiento profético en la Iglesia y en el mundo es muy fuerte. La crítica de estructuras y de comportamientos obsoletos, que ya no son expresión de nada, comenzó y fue puesto en marcha por el concilio Vaticano II.

Como en aquellos tiempos el movimiento profético, además de ser un movimiento de fe dentro del pueblo elegido, era igualmente un movimiento cultural, así también hoy el profetismo es un dato cultural que, dentro de la Iglesia, asume una dimensión particular de fe. No son solamente los cristianos los que critican los comportamientos y las estructuras, por ser incapaces de expresar la vida que brota y fluye. Los cristianos se sitúan en medio de este panorama y participan de él, orientándose por su fe en Dios.

Hoy existen, dentro de la Iglesia, personas que intentan neutralizar la alienación en que viven muchos cristianos, perdidos en prácticas y observancias que no son ya expresión de la amistad con Dios, sino simple expresión de una búsqueda de seguridad humana. El mantenimiento rígido de esta situación, tanto

en la Iglesia como en la sociedad, no proviene sólo del pueblo, sino también de los que ejercen la autoridad. Por eso la crítica de los profetas, tanto ayer como hoy, se dirige también contra los que tienen el poder. Es lo que hizo Jesucristo, criticando a los fariseos y a los líderes religiosos. Del pueblo tuvo compasión, porque eran ovejas sin pastor. Por eso, la misión profética es una misión peligrosa, nada agradable para los que tienen conciencia de ella, como el profeta Amós u Oseas. Antes de hablar, tendrá que pensárselo dos veces. Y como Moisés (Éx 3,11-4,13) y Jeremías (Jr 1,6), buscará motivos y pretextos para librarse de esa misión tan difícil. Pero ayer como hoy, a pesar de la prohibición de los demás, los profetas seguirán hablando: «Habla el Señor: ¿quién no profetizará?» (Am 3,8).

6

Del rey Ezequías al rey Josías: La historia de una reforma

«He encontrado el libro de la Ley en el templo del Señor» (2 Re 22,8). Este grito fue como una piedra que cayó en el lago tranquilo: al poco tiempo, toda la superficie se puso en movimiento. Fue como una cañonazo en el silencio del valle; en pocos segundos, el eco llenó el valle, como si fuera el estallido de millares de cañones. Hay situaciones en la historia en las que todo converge hacia un punto determinado que nadie conoce, que queda más allá del horizonte. El aire está preñado. Algo está a punto de suceder. Nadie sabe qué, pero todos lo sienten: algo va a ocurrir. Y cuando ocurre, es como la fuerza de una central eléctrica que finalmente llega y que en la oscuridad, a media noche, ilumina de pronto todas las luces de la ciudad, ya que la red estaba preparada, como si aguardara la llegada de la luz. ¡Todo cambia!

Eso fue lo que sucedió cuando el sacerdote Jelcías encontró el libro de la Ley en el templo de Yavé y dio aquel grito. Era el año 18º del reinado del rey Josías (2 Re 22,3), es decir, el año 622 a.C. No se conocen bien las circunstancias históricas de este descubrimiento de la Ley, ni se sabe cómo fue a parar al templo. Pero se conoce el movimiento que provocó. Y esto es lo que aquí nos interesa.

Los movimientos históricos son como los árboles grandes, cuyas raíces nacen humildes y escondidas en los siglos precedentes. Por eso, son irreversibles. Nadie consigue cambiarlos. Son más fuertes que los individuos. Pero los individuos pueden influir en ellos, tanto para bien como para mal. Pueden hacer que aquella fuerza de la central eléctrica que llega supere la capacidad de la red. Y entonces todo se estropea. Eso fue lo que aconteció. ¡Las cosas empeoraron desde entonces!

1. Las raíces de las que nació el árbol

Exactamente cien años antes, el 721 a.C., tuvo lugar una catástrofe en el reino de Israel, que quedaba al norte de Palestina. Salmanasar, rey de Asiria, la gran potencia mundial de aquellos tiempos, invadió el territorio (2 Re 17,3-5), destruyó la capital Samaría (2 Re 17,6), arrasó el interior del país, deportó al pueblo (2 Re 17,6.20.23; 18,11) y desplazó hacia allá a otras poblaciones (2 Re 17,24). De esta manera acabó con toda posibilidad de revuelta o sublevación. Se acabó la historia del reino del Norte (2 Re 17,18). Pero la guerra continuó. Los ejércitos de Asiria prosiguieron su marcha hacia el sur, rodeando las montañas del reino de Judá y fueron a combatir contra los egipcios de la zona de Gaza.

La destrucción de Samaría fue un aviso muy serio para el pequeño reino de Judá que, en esa guerra de las dos grandes potencias, Asiria y Egipto, quedó totalmente aislado, acorralado en lo alto de la sierra. El pueblo del norte se desintegró y dejó de existir, por haber abandonado el centro unificador de la vida nacional. Había dejado de ser fiel a la alianza y había dejado de lado la Constitución del país, que era la ley de Dios (2 Re 17,7-18; 18,12). Pero en Judá existía la misma infidelidad, el mismo cáncer de descomposición (2 Re 17,19). Se debió más a la suerte que a sus merecimientos el que no se viera invadido su territorio. Se salvó porque, poco antes, el rey Ajaz se había hecho amigo de los poderosos. No quiso entrar en la alianza de Israel contra Asiria (2 Re 16,5-6) y fue a buscar personalmente al rey Salmanasar, pagándole un fuerte tributo, para que viniera a ayudarle contra las amenazas de Israel (2 Re 16,7-18).

Pero ¿qué hacer ahora? ¿Qué posición tomar? ¿Ser amigo de Asiria? No; eso sería negar todo un pasado de fe y de lucha. Por otra parte, Asiria, aunque ayudaba a otros, sólo buscaba su propio interés, su dominio y su seguridad. Así pues, por fuera crecía la amenaza de Asiria y por dentro nacía un vacío sin resistencia. Ajaz era un líder impotente. No sabía cómo arrostrar una situación dramática. El profeta Isaías había intentado ya reanimarlo con la fe en el futuro que Dios reservaba para su pueblo (Is 7,1-25), pero no encontró eco en aquel hombre mediocre que, en un momento de desesperación, llegó hasta el

punto de sacrificar a su propio hijo, para obtener así la protección de otras divinidades (2 Re 16,3). Ya no había ningún espíritu de lucha; faltaba la esperanza y la capacidad de resistir. Se había perdido el sentido de la existencia. El vacío interior se hacía cada vez mayor. Isaías tenía razón: «Si no creéis, no subsistiréis» (Is 7,9). ¿Cómo suscitar esa fe?

Ajaz murió. Ezequías, joven aún, pero hábil político, tomó el mando a los veinticinco años de edad. Reinó casi treinta años (2 Re 18,2). Era un hombre de fe, que «puso su confianza en el Señor» (2 Re 18,5). Tenía fe en el futuro de Dios y supo comunicar esa fe a los demás. Despertó entonces un anhelo general de reforma, del que se hizo portavoz e instrumento de ejecución. Un soplo de vida nueva pasó por el país, animando a todos. Se venció la apatía y se llenó el vacío. Empezó a surgir una nueva mentalidad, unas nuevas ideas sobre Dios, sobre el culto, sobre el pasado, sobre el destino de la nación. Solamente unas ideas, pero fuertes y calurosas, que iban cobrando fuerza y que empezaban a hacer mella en la cabeza del pueblo. Es aquí, en este movimiento de renovación, provocado por Ezequías, y en esas nuevas ideas, donde está la raíz de aquella ley que se descubrió en el templo casi cien años más tarde, por obra del sacerdote Jelcías.

2. Los primeros pasos de la reforma

La reforma empezó a imponerse y entró en todos los sectores de la vida nacional: la fe se fue purificando y se combatieron todos los focos de magia y de superstición (2 Re 18,3-4; 2 Cr 29,3-11); las injusticias fueron eliminadas y se introdujo de nuevo la ley de Dios como Constitución del país, en la solemne celebración de la Pascua (2 Cr 30,1-27); se recibieron y coleccionaron las tradiciones antiguas (Prov 25,1); Jerusalén fue restaurada y se prepararon sus murallas para cualquier eventualidad (2 Cr 32,1-5); Ezequías se preocupó del abastecimiento de agua en caso de asedio o de ataque a la ciudad y excavó un túnel en la roca viva, que todavía nos impresiona hoy (2 Re 20,20); combatió y venció a los filisteos, enemigos tradicionales de los judíos (2 Re 18,8); purificó el templo (2 Cr 29,12-17), reformó el culto y el sacerdocio (2 Cr 31,1-21).

De las cenizas empezó a renacer un pueblo nuevo. Ezequías descubrió el punto neurálgico por donde entrar, a fin de crear una nueva esperanza en un pueblo desanimado y desesperado. El eje de esta reforma fue la renovación espiritual y religiosa del pueblo. Fue una verdadera vuelta del pueblo al centro generador de su vida nacional, a su vida con Dios, tan viva en el recuerdo que tenía de su propio pasado (cf. 2 Cr 30,5-9.13-20). Renació la esperanza y la voluntad de luchar y de vivir, sobre la base de esta nueva fe. Ezequías consiguió abrir la puerta del futuro, amenazada de un cierre definitivo. Y lo consiguió, sobre todo, porque a través de la reforma litúrgica –verdadera expresión de la vida del pueblo– abrió una vía de acceso a las fuerzas vivas del pueblo e hizo posible de este modo que volviera a encontrar su propia identidad de Pueblo de Dios. De ahí su gran mérito, que siempre se recordará: «No hubo en Judá rey como él, ni entre sus sucesores ni entre sus predecesores» (2 Re 18,5).

Pero su actuación no se detuvo en las fronteras de su propio país. Como buen político, oteó el horizonte de la situación internacional, ya que no era posible, en aquella situación, que un pequeño país como Judá viviera un nacionalismo cerrado. En Egipto, el faraón Sabaka había conseguido rehacerse de la derrota que había sufrido; reunificó las fuerzas de la nación y restableció de este modo el equilibrio internacional, alterado anteriormente por el avance de los asirios. Inmediatamente, en toda aquella zona surgió de nuevo el intento de formar un frente internacional anti-asirio, apoyado y fomentado por Egipto. Dentro del gobierno de Ezequías creció la tendencia pro-egipcia, que quiso forzar al rey a tomar parte en esa jugada. El profeta Isaías, consejero del rey para asuntos religiosos y políticos, que ya antes había desaconsejado a Ajaz apoyarse en Egipto, seguía manteniendo aún esa línea política. Egipto no merecía ninguna confianza (Is 30,1-7; 31,1-3). Pero Ezequías no escuchó su consejo. Entró en la jugada y participó activamente en ella (2 Re 18,21). Asiria no se quedó con los brazos cruzados: intervino y aplastó a la resistencia; invadió a Judá y fue tomando sus ciudades, una a una (2 Re 18,13). Sólo quedó Jerusalén, cuya defensa había preparado Ezequías cuidadosamente, durante largos años, trabajando en silencio. Y no se sabe por qué, pero el hecho es que Jerusalén no fue tomada. Ni siquiera la atacaron. Ezequías salió victorioso. Como siempre

ocurre cuando hay un combate, las dos partes en conflicto dan cada una su propia versión de los sucesos y cada una intenta interpretarlos en su propio favor. Así, según la Biblia, ocurrió lo siguiente: Senaquerib, el general asirio, vino con 400.000 hombres, causó una gran consternación entre el pueblo, pero una intervención del ángel del Señor diezmó el ejército enemigo y el general tuvo que batirse en retirada (2 Re 18,13-19,37; 2 Cr 32,9-23). La versión del mismo acontecimiento, encontrada por los arqueólogos en la ciudad de Nínive, indica otra causa. En todo caso, la retirada de Senaquerib fue un motivo de gran euforia, que llegó a contaminar al mismo rey Ezequías: entró de lleno en el juego político de la conspiración internacional contra Asiria (2 Re 20,12-19). El pueblo sintió una confianza mayor en sí mismo y en sus propios esfuerzos y no cabía dentro de sí por tanta felicidad (2 Cr 32,23). Este hecho contribuyó a la renovación interna del país.

3. Las fuerzas contrarias levantan la cabeza y paran el movimiento

Pero el viento de la suerte puede girar y giró de hecho. El sucesor de Ezequías, su hijo Manasés, fue una frustración para el pueblo y una nulidad en el gobierno. Hombre incapaz, no contribuyó en nada a la hora de llevar adelante la reforma, que se había iniciado con tan buena voluntad y con tantas esperanzas. Entregado a la politiquería, no se interesó por la religión ni por la justicia. Todo se volvió para atrás (2 Re 21,1-16). Y esto duró más de cincuenta años. Manasés comenzó a reinar a los doce años de edad y murió siendo ya viejo, a los sesenta y siete años (2 Re 21,1). A pesar de esto, en el pueblo siguió en pie la añoranza del pasado y la conciencia de que, cuando todos lo quieren, hay algo que puede y debe hacerse, como van a mostrar enseguida los hechos.

La pequeña política se apoderó del gobierno. No había ningún interés por la ley de Dios y por el pueblo (2 Re 21,16). Y sucedió lo que era de esperar. Amón, el sucesor de Manasés, fue asesinado (2 Re 21,33). Se quería eliminar al rey y poner en el gobierno a alguien que defendiese mejor los intereses de un grupo de militares, oficiales del propio Amón (2 Re 21,23). Aquel asesinato fue la gota de agua que hizo rebosar la copa.

El pueblo se rebeló, ya que, a pesar de los reveses y desilusiones que había sufrido con los reyes, todavía se sentía identificado con la monarquía de la familia de David. Quien la tocara, tocaba al pueblo y podía esperar una réplica inmediata. El pueblo hizo justicia: prendió y condenó a los militares que habían conspirado contra el rey y se habían hecho indebidamente con el poder (2 Re 21,14). Así se evitó la caída del régimen. Se puso de nuevo en el trono al descendiente legítimo de David, un niño de ocho años, Josías (2 Re 22,1). La regencia la ocupó, al parecer, el sacerdote Jelcías, hasta que el niño tuvo edad suficiente para tomar personalmente las riendas en la mano. Era el año 640 a.C.

4. Volvió el empeño por hacer las reformas, y volvió redoblado

Este hecho violento despertó al pueblo y le dio una nueva conciencia de su poder. Fue como un comenzar de nuevo. Se recuperó el retraso que habían sufrido por culpa de Manasés. Volvió el empeño por hacer las reformas oportunas, las reformas de base, y volvió redoblado. Todo contribuía a crear este ambiente, tanto fuera como dentro del país.

Fuera del país: Asiria era gobernada por Asurbanipal, desde hacía más de veintiocho años. Aquel tirano dio al mundo la paz, pero la paz del cementerio. Hizo que los pueblos callaran ante su agresividad asesina: matanzas, deportaciones, torturas, derramamiento de sangre, a millares. Por eso, en la segunda mitad de su gobierno, pudo disminuir la censura y la vigilancia y dedicarse tranquilamente al estudio y a la caza. Dejó a la posteridad una biblioteca colosal, descubierta recientemente, y altorrelieves con escenas de caza de admirable belleza. El apogeo que alcanzó este monarca fue el comienzo de una derrota irreversible. Lentamente Asiria empezó a apagarse, por exceso de poder. A su vez, Egipto, aunque comenzó a rebelarse de nuevo, no representaba todavía un peligro real. Babilonia, la tercera potencia mundial de aquel tiempo, no había crecido aún lo bastante para representar una amenaza y era vista con simpatía por los pueblos oprimidos. Ezequías, en su tiempo, había mantenido ya conversaciones secretas con un emisario de Babilonia (2 Re 20,12-15).

Dentro del país pudo nacer entonces un movimiento nacionalista. Con la violenta eliminación de los conspiradores y asesinos del rey Amón, todos se habían puesto en bloque al lado del nuevo rey, niño todavía, criatura del pueblo. Al mismo tiempo aparecieron dos grandes profetas, Jeremías y Sofonías, animando al pueblo a la reforma y al cambio. Por todo ello, se impuso el movimiento renovador y empezó a tomar medidas. Contaba con el apoyo del país. Todos lo veían con simpatía y, en el marco internacional, parecían realizables sus proyectos.

Comenzó la marcha: el rey al frente y todos detrás. Pero comenzó sin saber bien cómo orientarse. Todo estaba dispuesto, pero faltaba algo. Según el libro de los Reyes, habían pasado ya dieciocho años sin que se hubiera dado el ataque definitivo (2 Re 22,3). El libro de las Crónicas menciona algunos intentos anteriores (2 Cr 34,3-7). La red eléctrica estaba preparada, pero faltaba la fuerza de la central, que no acababa de llegar. Un callejón sin salida. Era como el agua que tiene que esperar a los cien grados de temperatura para empezar a hervir. Pero, si hay fuego por debajo de la vasija, nada puede impedir que el agua llegue hasta ese punto. Y fuego había. La espera duró hasta el momento en que se oyó el grito: «He encontrado el libro de la ley en el templo del Señor» (2 Re 22,8). Fue entonces cuando la ciudad se iluminó, porque había llegado la corriente. Fue el estruendo del cañón en el silencio del valle. Se encontró la parte que faltaba. Se dio el estallido y comenzó el movimiento. Se había abierto de repente un camino claro, y todos entraron por él: el rey, los profetas, los sacerdotes, los funcionarios y el pueblo. Se abría un futuro de gran optimismo. Era el año 622 a.C., exactamente cien años después de la caída de Samaría en manos de los asirios.

5. La carta de la reforma encontrada en el templo: su historia

La ley encontrada en el templo era la antigua ley de Dios, pero ahora en una nueva edición, revisada y aumentada, adaptada a los nuevos tiempos. Las ideas lanzadas por Ezequías y reprimidas durante el largo gobierno de Manasés encontraban en ella una formulación concreta y operacional. Aquellas ideas no habían desaparecido, sino que fueron rumiadas por

algunos idealistas que las conservaron, formularon y fijaron por escrito; unos idealistas que pensaban en el futuro y que no se dejaban abatir por el marasmo político y religioso, provocado por la incapacidad de Manasés. Aquel escrito fue a parar al templo, no se sabe cómo ni por qué. Y allí fue encontrado por Jelcías, con ocasión de las reformas que se estaban haciendo en la construcción (2 Re 22,3-10).

Llevado al rey y leído en su presencia, el libro provocó una reacción inesperada de miedo y confusión: «Tiene que ser grande la ira del Señor contra nosotros, porque nuestros antepasados no han obedecido las palabras de este libro ni han cumplido lo que está escrito en él» (2 Re 22,13). De repente, al parecer, se levantó la niebla, el horizonte se aclaró. El libro iniciaba el camino que todos deseaban ver, pero que nadie conseguía definir. La ley encontrada en el templo decía *cómo* había que actuar. Formulaba con precisión lo que existía vagamente en las aspiraciones de todos. Les ofrecía una estrategia de acción. Todos tomaron conciencia de la crisis en que se encontraban (cf. 2 Re 22,14-17). Inmediatamente se convocó al pueblo, se leyó la ley en una asamblea plenaria y todos asumieron el compromiso de cumplirla (2 Re 23,1-3). La reforma tenía ahora su *carta*. Podía comenzar el trabajo. Todo el pueblo se adhirió fervoroso (2 Re 23,3). El objetivo era la aplicación íntegra de las exigencias de Dios en la nueva situación en que vivían.

Realmente era más que necesaria una reforma drástica de la vida nacional. Todo el mundo se daba cuenta. La religión, tal como se practicaba, estaba llena de supersticiones. Una de las causas de ello era la infiltración y la mezcla de elementos paganos en el culto a Yavé y la abundancia de pequeños santuarios, diseminados por todo el país, en donde se practicaba un culto que no se diferenciaba en nada del culto mágico de los cananeos. Los profetas no se cansaban de denunciar esta situación. Pero lo cierto es que conseguían poco o quizás nada. Bastó, por ejemplo, que Ezequías muriese para que Manasés volviera a introducir todo el aparato pagano en el culto (2 Re 21,3-7). Señal de que existía una búsqueda y un vacío escondido en la vida del pueblo, que sólo encontraba una respuesta concreta en esos elementos mágicos. El peligro más grave que se encerraba en todo aquello era la perversión lenta y progresiva de la noción de Dios con la consiguiente perversión del sentido de la vida de la nación. Fue así como, cien años atrás, había comen-

zando la derrota de Samaría. Todos se acordaban todavía y temían que volviera a acontecer lo mismo con ellos. El pueblo del norte se desintegró y fue a la ruina, por no saber ya quién era ni para qué existía. Mejor era prevenir que remediar. Pero no había rey ni profeta que consiguiera exterminar la plaga de raíz. Le faltaba al pueblo una conciencia clara de su identidad. El problema era demasiado complejo.

Desde el año 722, en que fue destruida Samaría, los teóricos del régimen comenzaron a analizar más de cerca el problema y llegaron a conclusiones prácticas y radicales de gran alcance para la vida del pueblo. Redactaron un documento o manifiesto en el que describían cómo habría de ser la aplicación de la ley de Dios. Allí expusieron su plan de acción. Fue eso lo que encontró más tarde Jelcías en el templo.

6. La carta de la reforma encontrada en el templo: su contenido

He aquí las líneas principales de ese manifiesto o ley, que hoy se encuentra en el libro del Deuteronomio.

El documento presenta a Moisés hablando al pueblo, poco antes de tomar posesión de la tierra prometida. En realidad, el pueblo al que hablaba no era aquel que había vivido en tiempos de Moisés, alrededor del año 1200 a.C., sino el que paseaba por las calles de Jerusalén y el que vivía en las aldeas de Palestina, un pueblo entregado a la superstición, en tiempos de Manasés y de Josías. Moisés presenta la ley de una manera muy directa y personal, en forma de discurso. De este modo intenta llegar a la conciencia del pueblo y hacerle comprender su responsabilidad en el momento histórico que estaba viviendo. A través de la lectura de este manifiesto, el pueblo debería descubrir de nuevo su identidad de Pueblo de Dios, su compromiso insoslayable con ese Dios y las exigencias que se derivaban de ese compromiso para su vida. Junto con el rey, el manifiesto alcanzó su objetivo. Basta con ver su reacción, cuando acabó de escuchar su lectura (2 Re 22,13).

El raciocinio del Deuteronomio sigue esta línea de pensamiento: para el pueblo no puede haber más divinidad que Yavé, el único Dios y Señor del pueblo (cf. Dt 6,4-25). Todo lo demás que lleva el nombre de Dios, no pasa de ser una nulidad sin valor

alguno. Tiene que ser eliminado del país (Dt 6,14-15; 7,25-26). Este compromiso del pueblo con Yavé no se basa en lo que el pueblo había hecho por el Señor, sino en aquello que el Señor había hecho por el pueblo (Dt 6,20-7,6): es un deber de gratitud y de amor (Dt 7,7-11). Escogidos por Yavé, todos deben por eso mismo observar lo que él mandó, para poder algún día tomar posesión de las promesas que les había hecho. Esta idea de base ocupa toda la primera parte del libro del Deuteronomio (capítulos 1 al 11). Sigue luego la aplicación práctica de esta nueva visión de la vida nacional.

Expresión de fe en la unidad de Dios será la unidad del santuario. Todos los demás lugares de culto tienen que ser destruidos (Dt 12,2-3). Yavé, el Dios del pueblo, sólo puede recibir culto en el sitio que él mismo escogió para ello (Dt 12,5). Se entiende que este sitio es Jerusalén. Allí es donde deben presentar sus ofrendas y holocaustos (Dt 12,6-7). Se determina hasta los últimos detalles todo lo que se refiere al culto. Todo queda centralizado. No se deja nada a la improvisación o a la iniciativa personal. Tiene que acabar la situación en la que «cada uno hace lo que le parece bien» (Dt 12,8). En todo ello, la gran preocupación es la de configurar la liturgia de tal manera que quede excluida definitivamente la práctica de la magia (cf. Dt 12-18).

Una de las normas concretas más importantes era la de que todos tenían que hacer tres peregrinaciones al año al templo de Jerusalén, en las tres grandes fiestas nacionales del año (Dt 16,16). Aquello sería un instrumento eficiente para poder promover la conciencia de unidad nacional y una buena oportunidad para instruir y actualizar al pueblo en el respeto a Dios y las exigencias de la ley.

Conviene leer el libro del Deuteronomio para hacerse una idea de la llamada vibrante que hacía, y sigue haciendo todavía, por medio de su estilo directo y sugestivo, a la conciencia del pueblo, y para percibir la rigidez de aquella reforma litúrgica que no dejaba nada a la casualidad.

7. El problema de la sustentación del clero: piedra de tropiezo en la renovación

Ligado a este problema de la reforma del culto estaba el de la sustentación y actualización del clero del interior. Todos aque-

llos santuarios, bien de los dioses falsos, bien del Dios verdadero, tenían sus sacerdotes. Aquella pobre gente encontraba en los santuarios su único medio de subsistencia. Al decretar la eliminación de los santuarios, el clero de Jerusalén estaba decretando el hambre y la miseria de sus colegas del interior. Parecía un problema insoluble y un círculo vicioso. Ya Ezequías había intentado una reforma del clero, pero no había conseguido nada (2 Cr 31,2). Todo volvió para atrás en el reinado de Manasés. Y sin una solución razonable del problema concreto del clero, cualquier otra solución para promover la reforma sería un injerto en una rama muerta. A nadie le gusta morir de hambre, por muy bonitas que sean las ideas que le conviden a hacerlo.

Los que habían elaborado el libro del Deuteronomio se encararon con el problema del clero y le dieron la siguiente solución, tal como muestra la acción emprendida por el rey Josías: parte del clero del interior se trasladó a Jerusalén, donde obtuvo un empleo de segunda categoría en el servicio del templo (2 Re 23,8; cf. Dt 18,6-8); a otra parte se le prohibió establecerse en Jerusalén (2 Re 23,9) y quedó encomendada a la caridad del pueblo (cf. Dt 14,27-29). Se vislumbra aquí la rivalidad entre los dos cleros y la lucha entablada entre ellos por obtener una mayor influencia ante el pueblo. El clero de la capital buscaba una influencia mayor en el país y deseaba centralizar el culto en sus manos. Había motivos para ello, pues era grande el peligro de caer en la magia. Por otra parte, el traslado de todo el clero a la capital podría convertir al clero que ya vivía en la capital en una pequeña minoría.

De esta manera, el clero del interior se vio privado de sus recursos normales. Encomendado a la caridad del pueblo reducido a un empleo de segunda categoría en el templo, no veía con buenos ojos la acción centralizadora de sus colegas mejor situados en Jerusalén. No les resultaba muy agradable establecerse allí, sin más, en la misma categoría que «el emigrante, el huérfano y la viuda» (Dt 14,29). La previsión social del clero era ya un problema en aquel tiempo, un problema crucial para el éxito de la renovación o de la reforma que se deseaba emprender.

Toda esta legislación, al parecer, correspondía a los términos de la problemática, tal como la sentía y la vivía el personal de la coordinación central de Jerusalén, gente que llevaba ya

mucho tiempo reflexionando y que tenía una conciencia mucho más clara de las cosas. No era la expresión del problema tal como lo sentía y lo vivía, en la base, el pueblo y el clero del interior. Y aquí es donde reside el germen del fracaso que vendría poco después.

8. La ejecución de la reforma y su trágico final

El rey Josías asumió la reforma como misión personal. Hizo todo lo posible para llevarla a cabo. Recorrió el país entero, de norte a sur (2 Re 23,4-14). Penetró hasta en el territorio de Israel (2 Re 23,15-20). Estaba decidido a acabar con todos los santuarios, bien sea de Yavé, bien de los otros dioses, purificando de este modo a la religión del cáncer de la superstición y de la magia. Empleó la violencia y llegó a matar a los sacerdotes de los falsos dioses, quemándolos junto con sus altares (2 Re 23,20). Hizo la reforma del clero (2 Re 23,8-9). Fue muy elogiado por todo ello: «Agradó con su conducta al Señor e imitó el comportamiento de su antepasado David, sin desviarse ni a un lado ni a otro» (2 Re 22,2).

Es difícil juzgar el movimiento de la reforma ejecutado por Josías. Su muerte prematura e inesperada impidió que se realizase toda su obra. Después de él asumieron el gobierno unos hombres incapaces. Todo se quedó a medias. Josías destruyó la casa antigua, pero no tuvo tiempo para construir la nueva. Y una vez más fue la situación internacional la que influyó en la marcha de las cosas internas del país y le dio un rumbo imprevisto.

Nabopalasar, rey de Babilonia, la tercera potencia mundial de aquel tiempo, heredó de sus antepasados el espíritu de lucha y de independencia y empezó a rebelarse contra el poderío secular de los asirios. Por medio de batallas-relámpago consiguió destrozar en pocos años aquel poder inmenso construido durante siglos. A Asiria le había llegado la hora. El año 612, o sea, diez años después del descubrimiento del libro de la ley en el templo, cuando Josías recorría el país destruyendo los santuarios y trasladando al clero, Nínive, la gran capital de los asirios, fue tomada por los babilonios y quedó totalmente destruida. Aquel acontecimiento es algo así como la explosión de la primera bomba atómica de Hiroshima: final de una época

y comienzo de otra. Asiria se retiró hacia el norte, a la actual Siria, con las pocas tropas que le quedaban, y se atrincheró allí en un último intento de defenderse contra lo inevitable. Es lo que ocurre cuando China se hace más fuerte, pero América y Rusia se hacen amigas; así Egipto, eterno enemigo de Asiria, se puso al lado de esta última en la lucha por el equilibrio del Medio Oriente. Mandó un ejército de refuerzos para socorrer a los supervivientes del ejército asirio, que se había atrincherado en Siria. Aquel ejército egipcio tenía que pasar por las tierras de Josías.

Fue aquél el momento en que Josías, quizás un poco presuntuoso, creyó que podría contribuir con algo positivo en el terreno de la política internacional. Reunió a sus soldados y fue a esperar a los egipcios detrás del desfiladero de Meguido, en el monte Carmelo. Quería impedirles el paso y de este modo acelerar la derrota tanto de los asirios como de los egipcios. Abrió fuego contra el faraón y quiso vencerlo en la batalla. Calculó mal las cosas y se vio derrotado en el primer combate (2 Re 23,29). Mortalmente herido, fue retirado del combate y llevado a Jerusalén, donde murió y fue enterrado en medio de un lamento universal del pueblo, que veía en él a un gran amigo (2 Cr 35,23-24). Se cuenta que el mismo profeta Jeremías hizo el elogio fúnebre de aquel joven rey, cuya muerte mató las esperanzas últimas que le quedaban al pueblo (2 Cr 35,25). Josías no tenía más que treinta y nueve años cuando murió (cf. 2 Re 22,1).

Era el año 609. Terminaron doce años de intenso trabajo de reforma con una muerte estúpida e inesperada. El faraón, al regresar de su expedición militar al norte de Siria, pasó por Jerusalén y sometió al reino de Judá, poniendo en el gobierno al hombre que él quería (2 Cr 36,1-4). De aquí en adelante, todo empezó a venirse abajo. Veintidós años más tarde, el año 587, la ciudad de Jerusalén fue tomada por Nabucodonosor, sucesor de aquel a quien Josías había prestado su apoyo pagándolo con la muerte. Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó la ciudad, la destruyó por completo y acabó para siempre con la independencia de aquel pueblo, que no volvió ya a reconquistarla hasta el año 1947 después de Cristo, con la creación del estado de Israel, teniendo que sostener hoy las mismas luchas, en el mismo juego de la política internacional de las grandes potencias.

9. Balance de la reforma

La reforma murió con la muerte del que había sido su promotor. ¿Cómo se explica esto? ¿Dónde estaba el error? ¿A qué atribuir la causa? ¿A la política internacional? ¿A la incompetencia de los sucesores de Josías? ¿Al propio Josías? ¿A la «carta de la reforma»? Si la reforma había sido promovida precisamente para poder librarse del desastre que ocurrió, ¿por qué no consiguió evitar el camino que la conducía hacia él? ¿Fue la reforma demasiado débil o demasiado fuerte? ¿Fue un esfuerzo inútil sin un mañana? Se da un hecho curioso en medio de todo esto. Jeremías, la gran figura religiosa de aquel tiempo, que estuvo acompañándolo todo desde el principio, que predicó la conversión, que lloró amargamente la muerte del joven monarca, no consta en sus profecías que diera un apoyo integral a todo lo que se hacía en nombre de la reforma. No se identificó con el movimiento de la reforma, llevado hasta sus últimas consecuencias por el rey Josías. ¿Por qué? ¿Apresuró o atrasó la reforma aquella catástrofe que vino tan rápida, en cuestión de sólo unos veinte años, en un tiempo en que los cambios se hacían con mucha más lentitud de como ocurre hoy en día? Es difícil juzgar de todo esto, ya que nos faltan elementos de juicio. Intentaremos dar una opinión, ya que el hecho está ahí, pidiendo una explicación; y esta cuestión nos interesa, ya que hoy también la Iglesia está metida en un gigantesco esfuerzo de reforma, marcada por acontecimientos de todo tipo, tanto internos como externos, tanto nacionales como internacionales.

Ante una obra de arte se pueden hacer diversos estudios para medir todo el alcance del mensaje que intenta comunicar. No siempre el mensaje que capta el crítico de arte coincide con el del artista. Pero el esfuerzo que hace el crítico está dentro de las perspectivas del artista; éste quiere que su obra despierte la reflexión de los hombres y los enfrente con su propia conciencia. Así, en la explicación de la Biblia y de los hechos que se narran en la Biblia, lo importante no es la palabra del exegeta. Ésta es muy relativa. Lo importante es que el exegeta conforme sus capacidades de intérprete, libere la fuerza y la luz de la Palabra de Dios, a fin de que pueda actuar sobre las conciencias de los hombres. Quizás éstos lleguen a otras conclusiones, distintas de las que les había propuesto el exegeta. Poco

importa. Lo que importa es que se detuvieron, que reflexionaron, que confrontaron su vida y su actividad con la Palabra de Dios, que optaron y aclararon para ellos mismos, a la luz de Dios, el porqué de sus posiciones.

10. El error de cálculo que hizo que se hundiera el edificio en construcción

La forma nueva de vivir la fe, sintetizada en el Deuteronomio bajo la forma de un proyecto concreto de acción, era realmente una respuesta nacida de la exigencias de la realidad, pero a aquella altura era solamente la expresión de una minoría que quiso imponérsela demasiado aprisa a los demás. No era todavía la expresión del pensamiento de todos, aunque todos quisiesen la reforma. Se adelantó cuando el semáforo estaba aún en rojo y, por eso mismo, contribuyó a acelerar la ruina que quería evitar. Es necesario esperar a que el semáforo esté en verde, aunque tarde un poco; sobre todo, cuando se trata de llevar al pueblo a que reformule su mentalidad y sus prácticas religiosas. De lo contrario, se producen desastres. La reforma drástica, que seguía al pie de la letra el planteamiento hecho por los teólogos de Jerusalén, aunque incidía profundamente en la vida del pueblo, no pasaba de ser una teoría que, en la práctica, no funcionó, a no ser mucho tiempo más tarde, en la época posterior al destierro.

No dejó de ser una reforma impuesta desde arriba hacia abajo, según un esquema establecido de antemano. El pueblo, con sus aspiraciones, no se identificaba con la reforma promovida con tanto ardor. Por eso, no la asumió ni la hizo suya. Por eso mismo la reforma murió con el hombre que la promovía, sin dejar rastro. El pueblo no razona con tanta facilidad ni se deja convencer con argumentos sólo de cabeza, por muy claros y limpios que sean. Cuando un problema de fe se plantea en aquellos términos tan prácticos como se planteaba en el caso de la reforma de Josías, entonces la teoría, aplicada drásticamente, no trae la solución. Sólo tiene valor a largo plazo, como factor de concienciación. No funcionan las soluciones drásticas que sin más aplican un proyecto, a partir de la teoría, sin una visión de la realidad, dado que esas soluciones no son comprendidas ni asumidas por el pueblo. Más pronto o más tarde, acaban fracasando.

En efecto, el rey Josías parece ser que no actuó con mucha comprensión por la situación concreta del clero del interior y del pueblo. Seguía las normas establecidas de un planteamiento ya hecho, sin preguntarse si era viable en los términos en que se ejecutaba. Una carreta pesada, cuando se la empuja repentinamente con precipitación, aunque lleve mucho tiempo esperando a que alguien la empuje, no se mueve de su sitio, pues los ejes están oxidados. En la respuesta que el rey daba al problema, no se preocupó de consultar mucho al pueblo, aunque en realidad el éxito de la reforma dependía de la colaboración del mismo. Era el pueblo el que tenía que sustentar al clero, el que tenía que pagar los diezmos para el templo, el que tenía que hacer los tres viajes a Jerusalén, el que tenía que observar todo lo que estaba prescrito.

Toda forma de veneración pública a Dios se centralizó en Jerusalén. Los demás sitios se prohibieron y se controlaron severamente. Se planificó todo, hasta los más pequeños detalles. Aunque bien intencionada, esta reforma brusca privó al pueblo, de repente, del único apoyo que todavía tenía en la vida, en aquellos tiempos tumultuosos, el apoyo tradicional que le ayudaba a encontrarse consigo mismo y con Dios, por más espurio que fuese. Los que desde aquel día siguieran practicando todavía otras formas de culto, se sentían como personas fuera de la ley, metidas en un camino equivocado. Privados de este modo de su manera concreta de adorar a Dios, con la que se habían identificado durante siglos de vida, e ignorando el raciocinio de la nueva forma de adorarlo, el pueblo no se encontraba ya ni consigo mismo ni con Dios. En la práctica, no siempre era posible ir a Jerusalén, y las tres visitas al año no bastaban para salir al encuentro del intenso deseo religioso de aquel pueblo. Mucho más tarde, la institución de la sinagoga local suplió esta grave carencia y posibilitó la ejecución de la reforma, que había presentado el libro del Deuteronomio.

El resultado fue que el pueblo si vio situado al margen del culto oficial. Se creó un gran vacío y no se pensó en nada para sustituirlo, a no ser, tal vez, en una idea. Su vida se vio reducida a una vida sin Dios, al menos ante la ley oficial. Allí estaba sin orientación alguna, en medio de la confusión religiosa y política de aquellos tiempos desastrosos. El impacto de la reforma fue demasiado grande y no había ningún criterio ni apoyo para que el pueblo pudiera soportar con buenos resultados la

aplicación religiosa de aquellas novedades. El pueblo se sintió engañado. La muerte prematura del rey abrió las compuertas y volvieron las prácticas paganas, más todavía que antes, para llenar el vacío que había creado la reforma.

Es significativo que Jeremías, hombre del pueblo y gran líder religioso de aquel tiempo, tal como nos indican los estudios hechos sobre él, no prestase una cobertura total a aquel movimiento. Si hubo alguien que tuvo coraje para criticar los abusos en la religión, éste fue Jeremías. Pero, en un tiempo en que todo estaba tan confuso, no siempre era fácil tomar una posición clara y definida, para saber decir con certeza cómo había que proceder. Es como si un país basase toda su economía en un solo producto. Por muy rico que sea, en el momento en que se dé una crisis de ese único producto, el país cae en la pobreza. ¿De quién es entonces la culpa? En un tiempo así, siempre es más fácil y certero decir cómo no han de ser las cosas que cómo han de ser, excluyendo oficialmente cualquier otro camino, intento o experiencia.

No se trata de ser fiel solamente a Dios. La fidelidad a Dios exige ser también fiel al pueblo. Esto quiere decir que la preocupación principal de Dios es el bienestar y la felicidad de los hombres, su crecimiento y su realización plena. Reducir esta preocupación a una preocupación legalista por las normas, en nombre de la pureza de la fe, por muy bonita y exacta que sea, no siempre es lo que Dios desea. Al padre le importa, ante todo, no que el hijo tenga ideas exactas sobre el padre, sino que tenga éxito en la vida y sea feliz. Siendo feliz, gracias a la bondad del padre, tendrá ideas acertadas sobre el padre. El honor de Dios no está separado de la felicidad de los hombres. No basta preguntar solamente *qué es lo que Dios desea* que yo haga. Conviene preguntar además *cómo quiere Dios* que yo realice las cosas que él desea de mí. Las faltas mayores se cometen generalmente, no contra la primera exigencia, sino contra la segunda. Somos fieles a la doctrina abstracta, pero no seguimos la actitud de Dios en la manera de vivirla y de ponerla en práctica. La ley del Deuteronomio contenía y sigue conteniendo la doctrina cierta, ya que la Biblia la conserva y los cristianos la siguen leyendo hasta hoy. Pero el modo con que los hombre ejecutaron y aplicaron aquella ley impidió de hecho su ejecución y su aplicación. Todos actuaron con la más buena intención, dentro de una obediencia perfecta; pero esto no siempre basta.

11. Conclusión

Vemos así cómo la Biblia, al traer hasta nosotros esta complicada historia de la reforma, suscita una luz muy grande de orientación y de crítica. Deja ver cómo la Palabra de Dios se inserta de tal manera en la historia de los hombres que acepta la dependencia de las libres decisiones humanas, asumiendo incluso el riesgo de no alcanzar su objetivo. Y aquí reside el gran misterio de la historia, que la Biblia registra, pero no explica. En la Biblia existe una fe inquebrantable de que la historia, informada, dinamizada y orientada por la Palabra de Dios, es una historia victoriosa. Esta certeza lleva al pueblo a tomar decisiones y a actuar. Por otro lado, esas decisiones y esas acciones humanas llegan a oscurecer a veces la presencia de la Palabra y a anular su efecto; al menos, esto es lo que nos parece dentro de las posibilidades de nuestra limitada observación y de nuestra falible manera de pensar. Lo que ocurrió en tiempos de Josías es el preludio de aquello que ocurrirá cuando la «Palabra hecha carne» sea eliminada de en medio de los hombres, muerta en una cruz, manifestando en esa derrota su fuerza invencible. Todo esto sirve para aumentar en los que creen en Dios su sentido de responsabilidad.

Esta historia tan complicada de una reforma que comenzó bien y que terminó mal, por una falta de respeto al pueblo, muestra cómo aquel pueblo tuvo una historia igual a la historia de cualquier pueblo. En medio de aquella confusión generalizada, con sus angustias y esperanzas, caminaron los profetas, tanteando, escrutando los horizontes, para descubrir las llamadas de Dios. No siempre acertaron; no siempre pudieron ver con claridad. Pero en su conjunto el pueblo siguió caminando, a través de altibajos, y llegó hasta el punto adonde Dios quería llevarlo. Aquel pueblo no tenía una línea telefónica que lo pusiera en comunicación directa con Dios. Pero tenía la convicción de que, en medio de todo lo que acontece, Dios estaba presente. Su historia atormentada es una impresionante búsqueda de Dios.

7

Jeremías: La huida nunca es una solución

Aunque vivió en unas circunstancias históricas totalmente distintas de las nuestras, hay algo que nos une a este hombre. Nos despierta a algunos aspectos de nuestra realidad, en los que no solemos percibir o escuchar las llamadas de Dios. Presentado aquí como un hombre concreto, Jeremías deja de ser un personaje del pasado y se hace muy actual. La gente puede tropezar con él en cualquier esquina. ¡Cuidado!

1. La realidad: la situación humana del pueblo en tiempos de Jeremías *

Situación internacional: Es el tiempo que va desde la muerte del rey Josías (609) hasta la destrucción de Jerusalén y la deportación del pueblo para el destierro en Babilonia (587). El cuadro de la política internacional cambió por completo: las dos grandes potencias mundiales, Asiria y Egipto, perdieron su hegemonía colonialista. El año 612, Babilonia destruyó la capital asiria, Nínive. Fue un impacto internacional parecido a lo que sería una bomba atómica china sobre Washington. El pequeño pueblo de Judá vio con buenos ojos este cambio y procuró ofrecer su propia contribución al mismo (¡para su propio provecho!). El rey Josías, en el año 609, mandó su ejército a impedir el paso del faraón de Egipto, Neco, que iba a socorrer a los últimos restos de las fuerzas de Asiria (enemiga en tiempos anteriores, pero ahora amiga debido a la amenaza de Babilonia), que se habían refugiado en el norte de Siria. Josías

* Véase una descripción más amplia de esta situación en el capítulo 6.

fue derrotado y perdió la vida en el combate (luto nacional). Las fuerzas aliadas de Egipto y de Asiria fueron derrotadas y desbaratadas. A partir del año 609, quedaba el camino abierto para el avance de Babilonia.

Repercusión de la situación internacional en el plano nacional: Había dos corrientes políticas en el gobierno de Judá: unos en favor de Babilonia, otros en favor de Egipto. Así, tres meses después de la muerte de Josías (pro-Babilonia), el faraón de Egipto logró derrostrar al sucesor pro-babilónico), Joacaz, y poner un nuevo rey, Joaquín (609-598), que gozaba del favor de Egipto. Por eso, Babilonia se convirtió entonces en el gran peligro. Con la victoria de Babilonia sobre Neco, el año 605, Judá tuvo que ser vasallo de Babilonia. Las intrigas de los pro-egipcios llevaron a una rebelión contra Babilonia, que pronto quedó aplastada. Desde aquella rebelión (602) hasta la destrucción (587), la situación fue de una gran confusión. Se creó lentamente una verdadera psicosis anti-Babilonia, calificada como «el peligro del Norte» (cf. Jr 1,14-15). Intrigas, politiquesos, sabotajes. Nadie veía claro. Se proponían soluciones absurdas para eludir el peligro.

Situación nacional: La muerte inesperada y prematura del joven rey Josías, líder querido del pueblo, fue un golpe muy duro, que mató las esperanzas en el corazón de mucha gente. La reforma que había iniciado (véanse los capítulos 4 y 6) no siguió adelante. Comenzó el desconcierto. Reyes incapaces ocupaban el trono. En medio de la incertidumbre general, cada uno se defendía como podía, y crecía la injusticia de la manera más nefasta. Se buscaba la seguridad en las alianzas militares con Egipto; era la política del avestruz, silenciando o ignorando el peligro; se decía: «Todo va bien; todo va bien, pero nada iba bien» (Jr 6,14). Sólo se hablaba de felicidad para disimular las heridas del terror (cf. 8,11). Y se intentaba encubrir esa política débil y falsa con el manto protector de la religión oficial. Se pensaba encontrar la raíz de la seguridad en el cumplimiento de la liturgia, con sus fiestas y ceremonias: «Estamos seguros» (7,10). Y no era difícil encontrar profetas y sacerdotes para legitimar esa manera de proceder, confirmando a los dirigentes en sus supuestas soluciones a la crisis (8,10). La religión se convirtió así en un verdadero opio para el pueblo, que creía en esos falsos profetas cuando decían: «Gozaréis de prosperidad... No os pasará nada malo» (23,17). Pero

no se lucha contra un ejército con ritos vacíos, con ceremonias sin vida y con promesas sin garantía. La desgracia se iba aproximando inexorablemente. La religión se utilizaba para defender los intereses de los grupos.

2. Reflexión crítica sobre la situación: nace la vocación del profeta

En la aldea de Anatot, a unos 6 kilómetros al norte de Jerusalén, vivía un muchacho, Jeremías, de estirpe sacerdotal (Jr 1,1), probablemente descendiente de Abiatar, sumo sacerdote de los tiempos de David y privado por Salomón de sus derechos (cf. 1 Re 2,26-27). Era, por tanto, un muchacho con la tradición del pueblo en su sangre, que vivía el drama de la nación con una intensidad muy grande y que veía el engaño de las soluciones oficiales, que no atacaban a la raíz del problema.

Por lo que puede deducirse de los escritos posteriores del profeta, él veía la situación con unos ojos críticos a partir de las exigencias de su fe en Dios. Era una visión muy sencilla, casi simplista, elemental, pero de un alcance muy grande. La situación actual era una prueba evidente de que el pueblo había dejado el camino de Dios. La injusticia se encontraba instalada en el poder, empezando por el propio rey (cf. Jr 22,13-19). Jeremías llegó incluso a dudar de que hubiera todavía en Jerusalén una sola persona que practicase la justicia (5,1). «Van de maldad en maldad, sin conocer al Señor» (9,2). Por todo ello habían abandonado a Dios (2,13). En vez de servir a Dios, que quería la práctica de la justicia (7,5-6), cada uno seguía a su propio Dios. Había tantos dioses cuantas eran las ciudades de Judá, y tantos altares cuantos eran las calles de Jerusalén (11,13). Por eso la nación se encaminaba hacia su total desintegración.

En una situación por el estilo, de nada servía la política del avestruz, de nada servía eludir la propia responsabilidad y buscar la protección y la seguridad en una religiosidad vacía de sentido o en unas alianzas militares dudosas. Lo importante era atacar el mal en su raíz: «Administrad justicia cada mañana, arracad al oprimido del poder del opresor, no sea que estalle como fuego mi ira y arda sin que nadie pueda apagarla» (21,12). Todas las demás soluciones no serían más que injertos sobre

una rama seca. En vez de alejar el «peligro del norte», esas soluciones lo acercaban cada vez más. Excavaban su propia sepultura. Nadie parecía estar consciente de que, en el esfuerzo equivocado por solucionar la crisis, lo que hacían era aproximar la desgracia.

La visión crítica de la realidad hizo despertar en Jeremías su responsabilidad. Era preciso hacer algo. Dios así lo quería. Era un problema que lo obcecaba. Un día, en la cocina, vio que la olla se ponía a hervir: «Veo una olla hirviendo, que se derrama desde el norte» (1,13). Y aquello empezó a preocuparle, creyendo que estaba relacionado con el problema que le inquietaba: «Desde el norte se abatirá la desgracia sobre todos los habitantes de la tierra» (1,15).

Nace así la vocación. Percibe con una conciencia muy clara que Dios lo llama para decir la verdad al pueblo. Percibe que es ésa su misión, para la que había sido destinado desde el seno de su madre (1,5). Y siente miedo: «¡Ah, Señor, mira que no sé hablar, pues soy un niño!» (1,6). Pero el miedo tiene que desaparecer, ya que la fuerza de Dios estará con él: «No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para librarte» (1,8). Tendrá que ser como una «plaza fuerte, una columna de hierro y una muralla de bronce» (1,18), es decir, nadie podrá con él, pues es él el que tiene la verdad y la razón. Es invencible. «Ellos lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte» (1,19). Jeremías siguió adelante. Asumió la misión que había ido madurando en él, lentamente, como una convicción personal inalienable y cierta, venida de Dios, el Señor de su pueblo.

3. Actuación del profeta Jeremías

En medio de la angustia generalizada, Jeremías conserva la cabeza fría. Denunciaba con claridad la hipocresía de la política oficial; no se preocupaba de lo que decían los profetas oportunistas (28,1-17; 23,9-40), sino que seguía su camino, desmascarando uno a uno los puntos esenciales de aquella falsa seguridad, creada por el miedo del pueblo y por la presunción de los líderes.

El culto: no le agrada a Dios, aunque se haga con incienso comprado en el extranjero (6,20). Es un culto falso, tributado

por personas deshonestas (7,21-26). No ofrece protección alguna. El templo: es un engaño trágico querer apoyarse en la existencia del templo. Dios ya no habita en él, sino que se ha convertido en un extranjero dentro de su propia tierra (14,8) y el templo va a ser destruido como una casa cualquiera (7,12-14). Dios no quiere saber ya nada de los israelitas (7,15). La circuncisión (9,24), los sacrificios (14,12), el ayuno (14,12), la oración (11,14), todas esas cosas en las que confiaban, no sirven para nada. Ni siquiera los grandes hombres del pasado, Moisés y Samuel, podrán hacer que Dios tenga piedad del pueblo (15,1). La ley ya no protege, dado que por medio de la mentira han hecho de la ley de Dios un instrumento de opresión y de engaño (8,8-9). El rey, que era en otros tiempos la niña de los ojos de Dios, se ha vuelto ineficiente: «Lo juro por mi vida, oráculo del Señor: aunque fuera un anillo en mi mano derecha, yo lo arrancaré de ella» (22,24). No tendrá descendencia (22,30). Conclusión lógica: Dios ha dejado de morar en Jerusalén (8,19). No sirve de nada gritar: «Todo va bien», porque nada va bien (8,11). No sirve de nada pensar que Egipto tiene interés en socorrerlos (37,7): «Con Egipto quedarás tan confundida como quedaste con Asiria. También de allí saldrás con las manos en la cabeza» (2,36-37) (esto es, prisionero). Cualquier solución no será más que una simple huida. Y la huida nunca es la solución. Es apresurar el peligro, más bien que apartarlo.

Entonces, Jeremías, tú que lo criticas todo, ¿cuál es la solución que ofreces? – ¡No hay solución! ¡Todo está podrido!; esa institución que está ante la vista tiene que desaparecer: «Vosotros, habituados al mal, ¿podréis hacer el bien?» (13,23). Es tan imposible la conversión del pueblo como que un negro se vuelva blanco (13,23). El pecado lo ha invadido todo (17,1-2). Aunque se quiera, no se consigue cambiar de vida (18,11-12). La fidelidad ha desaparecido de en medio del pueblo (7,27-28); por eso, «yo romperé este pueblo y esta ciudad como se rompe una vasija de arcilla, que ya no puede recomponerse» (19,11). Entonces, «¿adónde iremos?» – «A la muerte los destinados a la muerte, a la espada los destinados a la espada, al hambre los destinados al hambre, al cautiverio los destinados al cautiverio» (15,2). La única posibilidad de escapar con vida de esta terrible amenaza que acecha, es entregarse al enemigo que se acerca (27,12; 38,17-18). ¡Ese era el consejo que daba Jeremías a quien quería oírle!

Los demás consejos, sobre la necesidad de practicar el bien y la justicia, parecían caer en el vacío. Un hombre que hablaba de ese modo era peligroso y revolucionario. Sus discursos promovían la rebelión, desmoralizaban al pueblo y minaban el entusiasmo de los soldados, que ya no tendrían ánimos para luchar contra Babilonia (cf. 38,4). Un hombre así tenía que ser eliminado (38,4). Sólo hablaba de terror (20,10). Prepararon la cosa y, una tarde de relativa calma, después de un asedio prolongado de Jerusalén por parte de los babilonios, Jeremías, al salir de la ciudad, fue apresado (37,11-16): «¡Tú te pasas a los caldeos (esto es, los babilonios)!» – «¡Mentira: no me paso a los caldeos!» (37,14). De nada sirvieron sus explicaciones. Fue apresado, golpeado y metido en la cárcel (37,15). Un calabozo que le daba miedo, pues temía morir en él (37,20).

Pero la cárcel no resolvió nada. Un hombre como Jeremías siempre resulta molesto, tanto si está preso como si está libre. En vez de mejorar, la situación se agravó más todavía, ya que su encarcelamiento causó la división entre los mismos dirigentes del pueblo (véanse capítulos 37-38). Bien a favor, bien en contra, todos tenían miedo de él, como se deduce con claridad de la entrevista secreta del rey con Jeremías. Pide que nadie se entere de que lo había llamado para conversar con él (38,24-26).

Jeremías era una persona para la que «la fe en Dios» no era alienante: era vivir bien esta vida humana. Veía la llamada de Dios en los acontecimientos, tanto nacionales como internacionales. Hacía que los hechos hablaran, «interpretaba la vida». Dado que todos decían que tenían fe en Dios, Jeremías les echaba en cara este compromiso y les mostraba las inconsecuencias entre su fe y su vida. Por eso mismo, su palabra dolía. No querían ver la luz de la verdad que les ofrecía Jeremías con palabras y con gestos claros e incisivos. Querían ahogar su voz a toda costa.

4. Las consecuencias del compromiso: sufrimiento y persecución

Vista de lejos, resulta admirable una figura como la de Jeremías. Vista de cerca, desconcierta por la violencia de su sufrimiento y por la fidelidad imperturbable a una misión que nunca

había deseado, pero que nació y creció en él como una llamada del mismo Dios (cf. 20,7-9). Es preciso haber sufrido mucho para poder llegar a decir: «¡Maldito el día en que nací; el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito!... ¿Por qué no me hizo morir en el vientre? Mi madre habría sido mi sepulcro y nunca me habría dado a luz. ¿Para qué salí del vientre?» (20,14-17).

Fue víctima de conspiraciones y atentados (18,18), «hombre de pleitos y contiendas con todo el mundo» (15,10). Luchó y trabajó durante veintitrés años seguidos, sin obtener el más mínimo resultado (25,3). Es trágica su queja: «Abandono mi casa, rechazo mi heredad, entrego a la amada de mi alma (su madre) en manos de sus enemigos. Mi heredad es para mí como un león en la selva: ha lanzado contra mí sus rugidos» (12,7-8). Se quedó aislado y solo con su sufrimiento. Todos estaban contra él: sus hermanos y su propia familia lo traicionaron (12,6); sus paisanos de Anatot intentaron matarlo (11,18-21); los sacerdotes, los demás profetas y el pueblo entero se lanzaron contra él gritando: «Morirás por esto» (26,8). Finalmente, lo echaron a un aljibe enfangado y maloliente, de donde lo sacaron luego por intervención de uno de sus pocos amigos (38,1-13). Y todo esto parecía un sufrimiento absurdo e inútil, ya que 23 años de trabajo sin resultados desaniman a cualquiera.

Pero en medio de todo este sufrimiento lo sostenía una fuerza que ningún hombre podía vencer y que lo convertía en «plaza fuerte, en columna de hierro y muralla de bronce» (1,18). Era la certeza: «El Señor está conmigo como un héroe poderoso» (20,11). Por muy dura que fuese su suerte y por mucho que se rebelase contra ella, en el fondo lo quería así y lo aceptaba con gusto. Sabía que era ése su camino. Y por mucho que le hiciera sufrir su misión, recuerda con alegría el momento de su vocación, cuando dice: «Tú me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir; me has violentado y me has podido» (20,7). La gente se deja *seducir* por algo que le parece agradable.

Jamás honrado en su vida, ese hombre, después de muerto, se convertiría en imagen del futuro Mesías: «Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8,17; Is 53,3-4). Siempre sucede lo mismo: el que durante su vida parecía apagar la esperanza de los demás, después de muerto se convierte en símbolo de la esperanza universal.

5. La contribución de Jeremías a la realización del proyecto de Dios

Jeremías, al no tener en su vida nadie con quien desahogarse, se desahogaba con Dios. Contribuyó de este modo a la interiorización de la religión e hizo que ésta se hiciera una religión «del corazón», es decir, algo muy personal en lo más íntimo del hombre y no solamente algo que influye sólo en unos cuantos actos exteriores. Jeremías hizo eso no tanto con su enseñanza, como con su vida. Para poder vencer en la vida, para poder superar y enfrentarse con las dificultades de su misión, tuvo que sufrir. Y venció porque, en el sufrimiento, supo aplicar a su vida personal todos los valores colectivos de la fe del pueblo. El sufrimiento lo llevó a interiorizar la religión e hizo crecer al hombre.

En la oración, tan frecuente en su libro, era totalmente sincero, diciendo todo lo que se le ocurría. Decía exactamente todo lo que le venía del corazón: venganza, desesperación. Llegó incluso a maldecir el día en que nació. En ese drama personal, en esa vida de soledad (no se casó para poder ser fiel a su misión), fue madurando en la vivencia de su fe. Todos los valores del pasado fueron asimilados por él de una manera muy personal.

Conviene leer los trozos más significativos, llamados «Confesiones de Jeremías» en 11,18-12,6; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18; 12,7-13. De este sufrimiento surge la conciencia personal del hombre ante la conciencia colectiva. El hombre se encuentra consigo mismo, ya que se encuentra con el Yo absoluto de Dios. En Jeremías, la oración pasa a ser más adulta. Con él empieza el movimiento renovador de los llamados «Hasidim» y de los «pobres de Yavé», de los que formarían parte la virgen María y santa Isabel.

Otro punto que destaca en los escritos y en la vida de Jeremías es el aspecto concreto de la religión: el coraje que tenía aquel hombre para señalar las llamadas de Dios en la vida. La religión no era para él un sistema, sino unos hombres que caminan animados por una fe, en dirección a un futuro. Se percibe aquí el coraje de señalar las llamadas de Dios incluso en los acontecimientos internacionales: revela su fe en que Dios tiene en las manos el mundo y su destino. Se percibe además la convicción de que el mundo será lo que los hombres hagan de él con

su libertad: demuestra que no sirve de nada invocar a Dios como si se tratara de un pretexto para justificar el malestar. Este aspecto concreto de su misión nos hace ver que de ningún modo se quedaba «en la sacristía», como se pretende hoy, a veces, que hagan los cristianos.

Finalmente, como ya hemos visto, la figura de Jeremías, discutida durante toda su vida, se convirtió en símbolo de esperanza. Cuando Isaías, más tarde, describe la figura del futuro Mesías en Is 53, la imagen que tiene ante la vista es la vida de Jeremías.

Sabiduría: Ansia de vivir – necesidad de morir

En este capítulo entramos en un sector nuevo del Antiguo Testamento. Hemos visto algo de los libros *históricos*, en los capítulos 1 al 4, y hablamos de los libros *proféticos* en los capítulos 5 y 7. Nos queda por ver el significado de los llamados libros *sapienciales*.

El título *Ansia de vivir – necesidad de morir* centra solamente nuestra reflexión en torno a un tema que preocupaba a los autores de los libros sapienciales, desde el principio hasta el fin. Otro de los temas que preocupaban al pueblo de Israel era el del sufrimiento y la maldad que existen en el mundo. Se discutirá en el capítulo 9, cuando hablemos del libro de Job.

Pero antes de hablar del tema específico es necesario pensar un poco en el origen de los libros sapienciales.

1. Origen, naturaleza y sentido de los libros sapienciales

En la Biblia existe una sección de libros llamados *sapienciales*. Son los siguientes: *Proverbios*, *Eclesiástico* (o *Sirácida*), *Eclesiastés* (o *Qobélet*), *Cantar de los Cantares*, *Job* y *Sabiduría*. Algunos incluyen en esta lista el libro de los *Salmos*. Pero de los *Salmos* hablaremos por separado, en el capítulo 10.

Hay una diferencia muy grande entre los libros históricos y proféticos, por un lado, y los libros sapienciales, por otro. Aquéllos representan la expresión de un pensamiento nuevo que los líderes religiosos intentaban comunicar al pueblo e injertar en su vida, a fin de transformar, por medio de él, la existencia humana. Éstos representan la expresión del pensamiento del

pueblo ya existente, que se verbaliza y se organiza en ellos, con vistas a mejorar la vida. Se trata de dos maneras distintas de pensar: una, que razona de fuera hacia dentro, de arriba hacia abajo; otra, que razona de dentro hacia fuera, de abajo hacia arriba.

Este doble movimiento del pensamiento humano existe también hoy. A los libros proféticos corresponde la doctrina de la Iglesia expuesta y formulada en los catecismos y en los documentos conciliares y pontificios, que la gente recibe y aprende, para orientar y transformar la vida con ella. A los libros sapienciales corresponde la búsqueda del hombre de hoy que, a partir de los datos de la realidad de la vida, intenta encontrar un camino para mejorar su existencia: la antropología, la psicología, la sociología, la economía, la filosofía, la medicina, etc., o, en forma menos elaborada, la sabiduría popular y la experiencia de la vida.

Hasta hoy, los libros sapienciales son los que más agradan al pueblo y los que menos estudia el clero. Quizás el prejuicio inconsciente de clase es el que ha llevado al clero, al que pertenecen los exegetas y los teólogos, a preferir los libros históricos y proféticos, escritos casi todos por colegas del mismo «status», a los libros sapienciales, que surgen en medio del pueblo. Y esto resulta perjudicial para el conocimiento total de la revelación divina, que se expresó también en el pensamiento del pueblo y se recogió en los libros sapienciales. Hoy, sin embargo, se advierte una recuperación de los estudios de los libros sapienciales.

La *Sabiduría*, contenida en los libros sapienciales, forma parte de un fenómeno cultural de todo el Oriente Medio antiguo. Lo mismo que el pueblo de la Biblia, también Egipto, Asiria, Babilonia y los demás pueblos tenían su literatura sapiencial. La Sabiduría no indica, en primer lugar, una virtud intelectual, un conocimiento, sino la aptitud que uno tiene de dirigir bien la vida y de obrar con sensatez. Puede compararse con lo que hoy se llama una «filosofía de la vida». Representa una determinada actitud ante la vida, común a todos aquellos pueblos, que de suyo tenía poco que ver con la religión, lo mismo que en nuestros días las raíces del pensamiento del antropólogo o del economista tienen poco que ver con las convicciones religiosas de ambos. Si uno sabe calcular mejor o cuidar mejor de su finca, eso no se debe al hecho de que sea creyente o católi-

co. La convicción religiosa no influye en las raíces del pensamiento de esos hombres. Pero puede influir en la manera de poner la estaca al lado de la planta que van haciendo crecer. En este sentido, la fe influye de hecho, tanto en nuestro mundo como en el mundo de la Biblia. Así es como se explica el rumbo diferente que tomó la Sabiduría en la Biblia, así como la aplicación diferente de los resultados de la ciencia por un capitalista o por un socialista. En este punto, el pueblo de la Biblia es igual a los demás pueblos y reflexiona sobre la vida con los mismos criterios. Incluso a veces llega a tomar prestados algunos trozos de la sabiduría de Egipto (Prov 22,17-23,11).

En el origen de la *Sabiduría* está el pueblo, que reflexiona sobre la vida y busca una respuesta para las preguntas: ¿Cómo vivir? ¿Qué hacer para tener éxito en la vida? ¿Cómo hay que comportarse? Son preguntas que revelan la preocupación de alguien que desea saber cómo dirigir en concreto su vida, para no verse derrotado por ella. La búsqueda de la *Sabiduría* es la búsqueda de los valores y de las leyes que rigen la existencia humana: se desea descubrir esos valores y esas leyes, integrarlos en la vida y, de este modo, progresar y mejorar. Esta búsqueda es al principio muy humilde; se hace junto al pueblo sencillo, a través de los proverbios, como los que también nos encontramos hoy por los caminos. Pero llega a alcanzar una forma muy complicada y científica, tanto en los libros de Job y de la Sabiduría, como en los proyectos y resultados complejos de la ciencia moderna.

La preocupación principal de la *Sabiduría* es la de arrostrar los males de la vida, formar a las nuevas generaciones que van creciendo y contribuir de este modo al *gobierno* de la vida. La Sabiduría se caracteriza por su método de inducción. Sólo acepta las soluciones cuya viabilidad se verifica en la práctica de la vida. Se encuentra un ejemplo típico de esta actitud en el libro del Eclesiastés, que nos ofrece un verdadero retrato de cómo procede el sabio en sus investigaciones.

El ambiente original de esta *Sabiduría* es la educación familiar: les toca a los padres hacer que los hijos abran los ojos a la realidad y vean, de manera objetiva, las cosas de la vida. Representa un caudal de experiencias acumuladas a través de generaciones continuas, que se van transmitiendo de padres a hijos dentro de un método pedagógico muy interesante. *Sabio*, inicialmente, era aquel que podía formular mejor una experien-

cia determinada de la vida en un proverbio vigoroso. Así surgen los proverbios o refranes populares, que eran como otros tantos pedazos de vida y que representaban unos valores descubiertos por la gente del pueblo.

He aquí algunos ejemplos de estos proverbios contenidos en la Biblia:

«Corazón alegre hace bien al cuerpo,
espíritu abatido seca los huesos» (Prov 17,22).

«El que responde sin escuchar
es necio para su mal» (Prov 18,13).

«El pobre habla suplicando,
el rico responde con dureza» (Prov 18,23).

«La riqueza multiplica los amigos,
al pobre lo abandonan los vecinos» (Prov 19,4).

«Para el afligido todos los días son malos,
pero el corazón feliz siempre está en fiesta» (Prov 15,15).

«El necio que calla es tenido por sabio,
por inteligente, el que no abre sus labios» (Prov 17,28).

«El perezoso mete su mano en el plato,
pero es incapaz de llevarla a la boca» (Prov 19,24).

«Anillo de oro en hocico de puerco,
es la mujer hermosa, pero sin seso» (Prov 11,22).

Y otros muchos por el estilo. El proverbio expresa una experiencia elemental de la vida, transmitida en forma de *mashal* (esto es, comparación). Estos proverbios hacen pensar al pueblo y descubrir los valores de la vida. Pertenecen todos al sentido común y nacen donde está el corazón de la vida, en el ambiente familiar, en la educación de los hijos, en el corro de amigos. Son informales y sirven como normas de orientación para los hijos, no en el sentido de darles unas recetas ya preparadas y unos preceptos claros, sino en el sentido de que apuntan hacia unos valores. Son las cosas de la vida, del comportamiento y de las relaciones con los demás lo que les preocupa, es decir, los intereses inmediatos. No hay en ellos mucha especulación filosófica, pero tienen la profundidad que caracteriza a la sabiduría popular, sea cual fuere su origen. He aquí, por ejemplo, algunos de los asuntos con que nos encontramos en el libro del Eclesiástico, en los que transmiten su experiencia en

forma de proverbio: la paciencia, la limosna, la falsa seguridad, la lengua y su control, la amistad, el luto, la libertad, las relaciones sociales, el respeto a la mujer, el temor de Dios, el comportamiento en la mesa, saber desconfiar, prudencia con los poderosos, empleo de las riquezas, el vino y las mujeres, la lujuria y el adulterio, la malicia de la mujer, el secreto que han de mantener los amigos, los préstamos, la educación de los hijos, etc.

2. Institucionalización de la Sabiduría y formación de los libros sapienciales

Poco a poco esta *Sabiduría*, así acumulada, se va extendiendo y va afectando a todos los sectores de la vida humana. Sale del círculo estrecho de la familia, se convierte en objeto de investigación, pierde un poco su espontaneidad y su aspecto casi informal y se convierte en una institución, al lado de las instituciones del sacerdocio y del profetismo, con vistas a la organización de la sociedad.

Esta institución de la Sabiduría se convierte ahora, en manos del rey, en un instrumento de gobierno y empieza a asociarse a la figura del rey Salomón, el sabio por excelencia (cf. 1 Re 4,27-54). Así como antes la sabiduría contribuía a la organización y al gobierno de la vida personal y familiar, ahora contribuye a la organización y al gobierno del pueblo.

Con este cambio —salida del ambiente familiar al ambiente oficial del gobierno— la sabiduría empieza a ser objeto de profundización y de estudio. En vez de proverbios cortos y populares, surgen tratados y estudios profundos sobre el mismo tema. El aspecto concreto cede su lugar a las reflexiones y se empieza a investigar la filosofía y la concepción de la vida que estaban por detrás del movimiento sapiencial. Pasa lo mismo hoy: durante siglos los hombres habían estado practicando la política; pero sólo en nuestros días se empieza a estudiar la política en sí misma y empiezan a surgir escuelas de ciencias políticas.

Hubo, sin embargo, una evolución en la práctica de la Sabiduría, que puede constatarse en los diferentes libros sapienciales, contenidos dentro de la Biblia. Registran las épocas y los diversos aspectos de esta evolución.

Proverbios. Este libro contiene una recopilación de proverbios antiguos muy populares. Pero los recopiladores escribieron una especie de prólogo (capítulos 1 al 9), donde explican lo que es la Sabiduría y cuál es su origen. Los nueve primeros capítulos son muy posteriores y, por eso mismo, mucho más teóricos y mucho más profundos que el resto del libro, que procede de los círculos familiares, es decir, de los padres preocupados por la educación de los hijos y de los problemas de la vida.

Cantar de los Cantares. Por lo que puede verse, se trata aquí de una recopilación de cantos populares que hablan de amor. Uno de los sabios creyó que estos cantos podrían muy bien servir para expresar, de forma concreta, el amor de Dios a los hombres y el de los hombres a Dios. Juntó doce de esos cantos populares y compuso el libro que está ahora en la Biblia y que ha sido siempre uno de los más comentados.

Eclesiástico. Representa la práctica de la Sabiduría cuando ésta estaba saliendo todavía del ambiente familiar. Contiene muchos pequeños tratados sobre los más diversos asuntos. Se advierte una sistematización de los proverbios en diversas categorías. Pero en este libro no se ha llegado aún a la reflexión filosófica sobre el origen de la sabiduría. Es lo concreto lo que predomina en todos los sectores.

Eclesiastés. Lo compuso uno de los sabios oficiales del gobierno, que expresa aquí su profunda frustración ante las diversas actitudes que toman los hombres ante la vida. Ninguna de esas actitudes le satisface. Lo examinó todo y llegó a la conclusión de que todo es absurdo. De vez en cuando inserta unos proverbios sobre la acción de Dios en la vida de los hombres, para revelar que no había perdido del todo su fe en la vida y en Dios, autor de la vida.

Job. Es la sabiduría en su más alta expresión literaria, donde se trata uno de los puntos que más preocupaba a los sabios: el problema del sufrimiento del hombre justo. No tiene ya nada de los antiguos proverbios, sino la forma casi clásica del drama. Representa la experiencia vivida de un hombre que sufre y no sabe por qué.

Sabiduría. Es el último de los libros sapienciales, escrito alrededor del año 60 a.C. Es el tratado más profundo sobre el ori-

gen de la Sabiduría que nace de Dios. Sufrió mucho la influencia de la cultura griega, al menos en su manera de expresarse. Se escribió en Egipto.

3. Menaje de los libros sapienciales

Quien lee los libros de la Sabiduría, sobre todo los que contienen el material más antiguo (Proverbios y Eclesiástico), hace espontáneamente esta observación: hablan poco de Dios y casi sólo hablan de la vida. Hace además el siguiente descubrimiento: la mayor parte de lo que allí está escrito podía haberlo escrito cualquiera que reflexionase un poco sobre la vida. No parecen contener nada extraordinario. Sólo hablan de las cosas ordinarias de la vida cotidiana. ¿Con qué finalidad los recogió la Biblia? ¿Para qué se tomó Dios el trabajo de inspirar esas cosas? En los libros de sabiduría de Egipto y de Babilonia hay muchas cosas parecidas y, a veces, hasta más bonitas que las cosas que refiere la Biblia. ¿Cuál es el sentido de todo esto?

Este ambiente de sabiduría determinaba la mentalidad y el modo de pensar del pueblo, lo mismo que hoy la mentalidad científica empieza a determinar de nuevo la mentalidad del pueblo. Es en esa tierra, marcada por la sabiduría, donde se plantó la semilla de la Palabra de Dios y donde fue creciendo el árbol de la Revelación. Los sabios tardaron mucho en darse cuenta del valor de la revelación para su propia sabiduría. Mas no por eso dejaron de ser hombres de fe. Sin embargo, la fe no influía en las raíces y en los esquemas de la investigación que hacía la sabiduría en torno a la vida. Hoy, un antropólogo puede ser un hombre de mucha fe, pero su convicción religiosa no influye en los principios de su ciencia.

Pero poco a poco, en la medida en que la Sabiduría iba tomando conciencia de los límites de las soluciones que proponía para los problemas humanos, se iba abriendo cada vez más a la Palabra de la Revelación, transmitida por los profetas y por los sacerdotes y contenida en los libros proféticos e históricos. Los sabios comenzaban de este modo a percibir el valor de la revelación para sus investigaciones en torno a la vida y a asumir la Palabra de Dios como factor e instrumento para descubrir la Sabiduría. De esta manera, sin sacrificar sus propios princi-

pios de pensamiento, la sabiduría recibió una influencia muy profunda de los profetas y de los sacerdotes para la orientación de su reflexión sobre el origen y el objetivo último de toda la Sabiduría que rige la vida humana. No era un dios cualquiera, sino el Dios de Abrahán, el Dios de los padres, el que desde el comienzo orientó la historia del pueblo. Ese mismo Dios estaba en el origen de las leyes y de los valores que rigen la vida. Entonces todo se volvió transparente. La ley y la sabiduría se identificaron. Una expresión de esto es el Salmo 119. Se amplía el campo de investigación. Ya no es sólo la vida presente con sus problemas la que merece ser analizada, sino también la historia del pasado, donde ese mismo Dios dejó huellas de su Sabiduría. Aparecen entonces consideraciones sobre la historia en los libros del *Eclesiástico* (cc. 44-50) y de la *Sabiduría* (cc. 10-19).

Es la historia, vista ya, no con los ojos del profeta o del sacerdote, sino con los ojos característicos del pueblo, que son unos ojos marcados por la mentalidad de la sabiduría. San Juan sintetiza este pensamiento en el prólogo de su evangelio, donde muestra cómo la Palabra creadora, que está en el origen de la vida, es la Palabra salvadora, que orienta la historia. Las dos tienen la misma raíz en Dios y encuentran su expresión concreta en Jesucristo, «palabra encarnada» (Jn 1,1-14).

Este descubrimiento de Dios, como origen y fin de la sabiduría, coloca bajo una luz nueva los proverbios antiguos. Ahora se les ve como si fueran el primer peldaño, humilde y sencillo, de esa larga escalera que sube desde la vida hasta Dios. De esta manera, los libros sapienciales que contiene la Biblia atestiguan una visión optimista de la vida: para el que tiene ojos para ver, la vida y toda la realidad puede convertirse en espejo de Dios. Esos libros son el testimonio perenne de que el lugar de encuentro del hombre con Dios se encuentra en la vida, en lo ordinario de cada día, en las cosas que surgen de la más profunda experiencia humana. Revelan que el gran valor que posee todo hombre es la vida que vive. Son una invitación a no buscar a Dios fuera de la vida, en las velas, en las promesas, en las romerías, en los ritos o en las ceremonias, sino en la vida ante todo. A partir de la vida vivida de este modo, el rito y la ceremonia, la promesa y la romería pueden tomar un sentido real. Son, además, una llamada a no dejarse derrotar nunca por las contradicciones de la vida: son las bifurcaciones en el camino que puede llevar hasta Dios.

El sentido de todo esto es también el siguiente: aquel pueblo fue subiendo, reflexionando sobre la vida y descubriendo sus valores y antivalores. Los sintetizó en proverbios y los transmitió a los demás. Estos otros ahondaron en las raíces de esa experiencia y así, poco a poco, llegaron hasta Dios, como autor de todo aquello que poseían y que vivían. Por eso los libros posteriores son más profundos y hablan más de Dios que los primeros. Pero en todos se palpa el mismo contacto constante con la vida. Así como los libros históricos y proféticos registran el camino hacia Dios recorrido a través de la historia, los libros sapienciales registran el camino hacia Dios hecho a través de una profundización progresiva de la propia vida. No es posible hacer un camino sin el otro; el uno completa al otro.

Finalmente, aunque la sabiduría de los hebreos era en muchos aspectos igual a la de los demás pueblos, a medida que avanzaban en la reflexión sobre sus raíces, se iban distanciando de los demás. La Palabra venida de fuera orientaba a la búsqueda de la Palabra nacida de dentro. Esto explica la originalidad de la Sabiduría de este pueblo. No cayó en el fatalismo o en el dualismo que marca la actitud de los sabios de los otros pueblos.

En resumen, podemos decir: en los libros de la Sabiduría es la *voz del pueblo* la que habla. Es el pueblo que reflexiona sobre su experiencia de vida. Es el pueblo que expresa su voluntad de saber y de vivir, negándose a ser derrotado por la vida. El pueblo revela de ese modo toda su inmensa riqueza, su búsqueda de Dios y su encuentro con la Verdad. En el movimiento de la Sabiduría, la Revelación divina, por así decirlo, no viene de arriba abajo, sino de abajo arriba: partiendo de las raíces de la vida, los hombres supieron, descubrieron quién era su Autor y lo adoraron.

Esto nos ilumina en un posible camino que podemos seguir hoy, un camino que ya fue válido entonces: hacer que el pueblo piense, que reflexione, que hable y que diga lo que siente: dejar que el pueblo participe y encuentre su camino hacia la Verdad, hacia Dios. No imponer, sino orientar y «educar», dejar que descubra su riqueza y su experiencia de vida. Hacer que funcione el motor y no llevarlo a remolque como si no tuviera albedrío ni opinión propia. Recordar siempre que la síntesis final de la historia de la salvación, contenida en los

libros del Eclesiástico y de la Sabiduría, se hizo con criterios no clericales, sino de Sabiduría, esto es, populares. Con esta visión de la historia de la salvación transpusieron el umbral del Nuevo Testamento. Hoy eso significaría que hay que fundir la verdad revelada en las categorías que usa el pueblo y con las que el pueblo orienta y gobierna su vida, y no en las categorías del clero. Ésa sería la más alta realización de la función del clero dentro del pueblo.

4. Ansia de vivir – necesidad de morir

Por lo que hemos podido verificar hasta ahora, la característica de esa gente de los libros de la sabiduría está en su reflexión sobre la vida. El acento recae sobre el sentido común y sobre el realismo. Por eso mismo se comprende que el problema de la muerte (que acaba con la vida) y del sufrimiento (que dificulta la vida) ocupase una gran parte de la reflexión de los sabios.

Se encaran con la muerte con esta mentalidad realista. Inicialmente, el ideal de vida era el siguiente: vivir largos años, tener muchos hijos, conocer a los nietos. La muerte tranquila del anciano realizado era la coronación de la existencia. No había problemas. Esa muerte se aceptaba con naturalidad, como un dato que formaba parte de la vida. El problema de la muerte surgía con la muerte prematura y violenta que truncaba la vida y dejaba inacabada la existencia. Era algo frecuente. *Cain* seguía matando a *Abel*. ¿Por qué? En el capítulo sobre el paraíso terrenal vimos ya cómo resolvió este problema su autor, que formaba parte de los círculos sapienciales: la muerte violenta entró en el mundo, el hombre mata a su hermano, porque ya se había separado antes de Dios.

Pero poco a poco es la muerte como tal la que se convierte en problema, un problema que pide una solución. ¿Por qué tiene que morir el hombre, si en él existe la voluntad indomable de vivir y de vivir siempre? El motivo de esta nueva problemática es que, concienciado por la larga y secular reflexión sobre la vida, el sabio empezó a tomar una actitud crítica ante la realidad y no aceptaba ya las cosas con aquella naturalidad inicial. Además de eso, la reflexión sobre las cosas de la vida hizo ver que ni siquiera la muerte tranquila des-

pués de una vida larga y feliz podía considerarse como algo natural y como la suprema realización del hombre.

Es sobre todo el autor del libro del *Eclesiastés* el que da un paso enorme en la historia de esta reflexión. Ante las cosas que observa, el autor desconfió de todo lo que se decía antiguamente (más o menos como sucede en nuestros días). Pensó que nada valía la pena. Todo era «vanidad, vanidad de vanidades», o sea, en términos populares: la vida es una tontería («vanidad») enorme, que no vale la pena vivir (cf. Ecl 1,2).

Para él la vida era un tormento, precisamente por culpa de la muerte. ¿De qué sirve trabajar mucho y matarse de cansancio, si un día va a tener que morir y dejar a los demás las cosas que acumuló, sin saber lo que va a ocurrir con lo que conquistó con tantos sudores (Ecl 2,18-19)? «Según salió del vientre de su madre, así volverá; tan desnudo como vino, y nada se llevará del trabajo de sus manos» (Ecl 5,14). Va sometiendo a una crítica cerrada todas las soluciones que se dan al problema de la vida. En esta tierra nada prospera y, después de la muerte, de nada vale lo que se ha hecho: «porque una misma es la suerte de los hombres y la de los animales: la muerte de unos es como la de los otros, ambos tienen un mismo hálito vital, sin que el hombre aventaje al animal, pues todo es vanidad. Todos van al mismo lugar: todos vienen del polvo y vuelven al polvo. ¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube arriba y el espíritu del animal baja al fondo de la tierra?» (Ecl 3,19-21). Nadie sabe lo que va a suceder después de la vida, en la hora de la muerte.

En estas reflexiones, el autor del libro del *Eclesiastés* despertó hacia un posible futuro después de la muerte. Estaría bien que así fuese. Pero, por su ironía y escepticismo, él mismo apagó a continuación la esperanza de poder encontrar algo en el más allá. El ansia de vivir se ve enfrentada con la barrera de que la vida carece de sentido y de que la muerte arrebatara todas las esperanzas.

Aquí la Sabiduría tropieza con sus limitaciones, se encuentra ante un problema insoluble. Dejándose guiar solamente por los resultados de sus conclusiones empíricas, llega necesariamente a la constatación de lo absurdo. Pero la desesperación de lo absurdo, provocada por el *Eclesiastés*, despertó en el hombre el deseo de saber algo más sobre la muerte y la vida. El *Ecle-*

siastés creó problemas donde antes ninguno los veía (más o menos como nuestro pueblo: una vez concienciado sobre los problemas de su vida, empieza a ver la realidad de su situación con otros ojos y ya no se conforma).

5. La fe en Dios rasga el velo que cubre el futuro

Crece entonces la conciencia crítica ante la realidad. Y el problema se agrava: ¿qué futuro nos espera?; ¿la muerte o la vida? Las promesas del pasado que se habían dirigido a Abraham se concretaban en formas de felicidad terrena: un pueblo, una tierra, una bendición (Gn 12,1-3). Dios lo prometió así y nadie dudaba de su fidelidad en el cumplimiento de su promesa. Pero la realidad decía lo contrario: en vez de obtener el futuro prometido por Dios, los justos sufrían cada vez más la opresión (Ecl 4,1-2), mientras que los que desobedecían a Dios pasaban una buena vida (Ecl 8,10). La situación real de cada día parecía negar la justicia de Dios y contradecir su fidelidad. El *Eclesiastés* parecía tener razón. ¿Para qué seguir creyendo en ese Dios? El conflicto que se planteaba entonces entre la fe y la realidad los amenazaba con una desesperación total. Lo ponía todo en cuestión: la vida, la muerte, la fe en Dios...

El problema era el siguiente: los bienes presentes no totalizaban ni colmaban el deseo de vida y de felicidad que había despertado en ellos la promesa. En vez de vida y de felicidad, la promesa no trajo más que frustraciones y desilusiones. La expresión de esta crisis se encuentra vivamente descrita en el *Eclesiastés*. Pero la situación conflictiva entre la fe y la realidad, verbalizada y aumentada por las reflexiones del *Eclesiastés*, llevó a una nueva conquista. La crisis resultó positiva, ya que les obligó a buscar nuevas soluciones.

La nostalgia de Dios y la fe en su fidelidad y en su justicia fueron más fuertes que la aparente contradicción de la realidad. Si Dios les prometió algo, tenía que haber una forma de realizarse su promesa. Si la vida presente niega esa promesa, por causa de las contradicciones y de la muerte, entonces Dios tiene que ser más fuerte que la muerte y tiene que tener la fuerza suficiente para mantener la vida de los hombres, a través de la muerte. De este modo, la osadía de su fe los llevó a romper la barrera de la muerte que estaba apagando la esperanza.

De este modo, por causa de su fe en Dios fuerte y fiel, consiguieron romper el círculo cerrado de sus propias reflexiones y despertaron a la realidad más amplia de una vida con Dios para siempre, garantizada por el poder y por la fidelidad de Dios. Nace así la fe en una resurrección de los muertos y en una vida con Dios después de la muerte. La revelación de estas verdades no se hizo por decreto, sino a través de la dolorosa reflexión del hombre, desde los tiempos de Abraham hasta los últimos siglos antes de Jesucristo.

Las primeras tímidas expresiones de la esperanza en una vida sin fin en la presencia de Dios aparecen en los Salmos 11,7; 17,15; 23,6; 27,4. Es sobre todo el Salmo 73 el que trae una formulación más clara de lo que empezaba a esbozarse en la mente de los sabios: «Cuando la amargura me invadía el corazón, cuando me torturaba en mi interior, era un estúpido y no lo comprendía, era como un animal ante ti. Pero yo estaré contigo siempre; tú me tomas de la mano, me conduces según tus planes, y después me llenas de gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos? Si estoy contigo, ya no encuentro gusto en la tierra. Aunque todo mi ser se consuma, Dios es mi heredad y mi roca para siempre» (Sal 73,21-28). Es el coraje de la fe el que se enfrenta aquí con la realidad, con pretensiones aparentemente absurdas, pero que al final lograron imponerse: hay esperanza, puesto que Dios resucitará al hombre. La expresión clara de esta verdad de fe se encuentra en el libro de la Sabiduría, en los cinco primeros capítulos dedicados al tema de la Sabiduría y del destino del hombre: «Las manos de los justos están en las manos de Dios, y ningún tormento los alcanzará. Los insensatos piensan que están muertos, su tránsito les parece una desgracia..., pero ellos están en paz. Aunque a juicio de los hombres han sufrido un castigo, su esperanza estaba llena de inmortalidad... Dios los puso a prueba y los halló dignos de él» (Sab 3,1-3.5). Se trata de una conquista de gran alcance para la orientación en el camino de la vida.

Más tarde, en el Nuevo Testamento, Cristo vendrá a completar lo que habían enseñado los sabios sobre la vida después de la muerte, sobre la vida que no muere, sino que vence por la fe y la esperanza. Por la fe está ya presente esa vida que no muere y que vence a la muerte. Ese futuro está actuando ya, está transformando ya la historia, está haciendo resurgir al mundo y a la humanidad de los desastres del mal y de la

muerte. Creer en la vida que no muere es creer en la posibilidad de la *renovación* del mundo: tiene que dejar de ser viejo y hacerse nuevo.

6. Consideraciones finales

En todo esto se vislumbra una experiencia humana muy profunda y muy nuestra. Nadie consigue vivir solo. Todo hombre tiene la necesidad de conseguir que su Yo dependa de alguien que lo mantiene y que le da la sensación de que vale algo y de que está haciendo algo útil. Esto activa sus energías. Muchos hacen que su Yo dependa de la fuerza de la amistad, que «educa», o de la fuerza del amor humano. Pero pensándolo un poco mejor, el hombre se da cuenta de que el otro, algún día, tendrá que morir. Si cae el apoyo, cae lo que se apoya en él. La amistad y el amor humano no son tan fuertes que sean capaces de vencer a la muerte.

Los que toman conciencia de esta limitación, intentan hacer que su Yo dependa de algo que pueda superar la muerte y que les haga sobrevivir: 1) en el trabajo y en la contribución al bien común, ya que la aportación que se presta entonces, sigue existiendo después de la muerte; de esta manera se sobrevive, pero el Yo desaparece en la colectividad del grupo y se acaba. Así pensaban ya antiguamente los egipcios; fue esta fuerza de una esperanza de sobrevivir en la obra realizada lo que los llevó a construir las pirámides que todavía existen. Se trata, sin duda, de una forma de sobrevivir. 2) En una racionalización, que declara que la vida es un absurdo y que le exige al hombre aceptar ese absurdo; sería realmente hombre aquel que llegó a conformarse con el absurdo de la vida y que aceptó vivir para desaparecer enseguida, pura y simplemente, en la hora de la muerte. 3) En los hijos, que prolongan la vida y el *nombre* del padre; es una forma de supervivencia, pero en ella también desaparece el Yo; esta forma de conquistar la vida a través de la procreación llegó a degenerar en el culto a la fertilidad en los pueblos palestinos de la antigüedad.

Todas estas formas de mantener al Yo, de darle continuidad y de darle así un sentido a la vida van dejando de ilusionar con el tiempo, ya que el Yo, la persona que interroga y que quiere vivir, termina desapareciendo.

En la Biblia se rompe este círculo cerrado dentro del cual el hombre no encuentra salida para su supervivencia. Una *Voz* gratuita llega hasta el hombre, una voz que viene de una esfera de la vida que no está sujeta a la muerte, que no pertenece a este círculo cerrado donde impera la muerte. Una voz de amor, que establece un diálogo. En esa voz de Dios, que llama a cada uno por su nombre, que despierta al hombre, éste intuye una fuerza que le hace vivir y que es capaz de restituirle la vida en la hora de la muerte. Es la fuerza del amor y de la amistad, que llama al otro por su nombre y que le da un valor; esta fuerza actuará siempre, ya que el amor que se percibe y se vive es un amor para siempre. El hombre entró en una conversación con Dios, que despertó en él la voluntad de vivir y, una vez despertado y dinamizado por el amor de Dios, quiere ir más allá de la muerte y vivir para siempre. Se trata de un deseo cierto y exacto, comprobado más tarde por la resurrección de Jesucristo. Esta amistad y este amor es lo que da un valor de eternidad a todo amor y amistad humana. No se pierde nada. Todo es expresión de esa fe y de esa esperanza que hacen vivir para siempre.

Una introducción al libro de Job: El drama de todos nosotros

El drama va a comenzar. En la sala, el público guarda silencio. Pero el telón no se levanta. Permanece caído. Sale un narrador e introduce el asunto. Pone al auditorio, al lector, al corriente del problema que se va a discutir y profundiza en el drama que viene a continuación, el problema concreto de la vida de un hombre y de su destino.

1. El papel del narrador

El narrador comienza contando la siguiente historia: «Había en el país de Hus un hombre llamado Job. Era un hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal» (Job 1,1). Era piadoso, rico, célebre, estimado por todos, feliz (Job 1,2-5). El narrador prosigue y lleva al auditorio por detrás de los bastidores del destino de los hombres, donde se decide el porqué de las cosas que suceden en la vida y que nosotros no conocemos, ya que no están al alcance de nuestro saber.

Se imagina una reunión en lo más alto del cielo. Describe cómo Dios convoca a la corte celestial, para discutir y decidir sobre el destino de los hombres. Satanás era uno de los participantes de aquella asamblea (Job 1,6). Satanás es el que ejerce el papel de «abogado del diablo» en el proceso de la humanidad, es decir, el promotor que acusa a los hombres ante Dios. Cuando le toca al turno a Satanás, Dios le llamó la atención sobre la vida ejemplar de Job: «Es un hombre íntegro y recto que teme a Dios y se guarda del mal» (Job 1,7-8). Pero Satanás no se lo cree. Se pone a discutir. Él cree que aquello no era más que la consecuencia del bienestar y de la riqueza que

poseía: «¿Crees que Job teme a Dios desinteresadamente? ¿Acaso no lo rodeas con tu protección, a él, a su familia y a sus propiedades? Bendices todo cuanto hace y sus rebaños llenan el país» (Job 1,9-10). La piedad tan elogiada de Job no pasaba de ser una fachada aparente. «Extiende tu mano y quítale todo lo que tiene. Verás cómo te maldice en tu propia cara» (Job 1,11). Dios aceptó el desafío: «Puedes disponer de todos sus bienes» (Job 1,12). Satanás obtuvo permiso para ir a probar la honradez y la rectitud de Job. Podía hacer lo que quería: todo, menos tocar a su persona. Y así, de repente, sin que Job supiera por qué, empezaron a caer desastres y más desastres sobre sus bienes. Lo perdió todo de una vez. Sólo quedó él y su mujer. Hasta sus hijos murieron todos en medio de una tempestad (Job 1,13-19).

¡Era demasiado! Desesperado, Job rasga la ropa que cubría su cuerpo y grita: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí» (Job 1,21). Pero, a pesar de todo, Job no se rebeló contra Dios: «Job no pecó ni maldijo a Dios» (Job 1,22). Al contrario, su reacción fue: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!» (Job 1,21).

Por eso, en otra reunión, Dios le hizo ver a Satanás que estaba engañado sobre Job (Job 2,1-3). No era una fachada. Era una verdadera virtud. Pero Satanás no se convenció: «El hombre es capaz de dar todo cuanto tiene por su vida. Extiende tu mano y daña sus huesos y su carne. Verás entonces cómo te maldice en tu cara» (Job 2,4-5). Dios le dio permiso para herirle en su cuerpo: «Lo dejo en tus manos» (Job 2,6). Le exigió solamente que no lo matara. Pero podía hacer todo lo demás. Satanás puso su plan en práctica. Y así, de repente, sin saber por qué, Job se quedó leproso. Se quedó horrible (Job 2,7). Un cascote le servía para rascarse. Fue a parar a un estercolero (Job 2,8). Su propia mujer no quiso saber ya nada de él; le repelía incluso el aliento de Job, por la noche, en la cama (Job 19,17). Llegó a instigarle a que renegase de Dios: ¿para que seguir siendo fiel a un Dios que no le protegía y que le castigaba de ese modo?: «¿Todavía perseveras en tu rectitud? ¡Maldice a Dios y muérete!» (Job 2,9). Job respondió: «Hablas como una mujer estúpida. Si se acepta de Dios el bien, ¿no habremos de aceptar también el mal?» (Job 2,10). Y Job, a pesar de todos sus sufrimientos, no se rebeló contra Dios (Job 2,10).

Job lo perdió todo. Su dolor era grande, inimaginable. Y lo peor es que no sabía por qué estaba sufriendo todo aquello. No había asistido a aquellas asambleas, donde se decidía el destino de los hombres, ni sabía nada de su existencia. Sólo sentía el efecto doloroso de las decisiones tomadas. En la opinión del pueblo de aquellos tiempos tanto dolor y tanto sufrimiento no tenían más que una explicación: ¡castigo de Dios! ¡Job tenía que ser un gran pecador!

Tres amigos de Job oyeron hablar de las desgracias que habían caído sobre él y vinieron de lejos a compartir su dolor, a traerle algún consuelo y a mostrarle su simpatía y su solidaridad (Job 2,11). Pero Job estaba tan cambiado que casi no lo reconocieron (Job 2,12). Se quedaron asombrados de tanto dolor. Se sentaron, lloraron con él y no le dijeron nada. Un silencio de «siete días y siete noches, sin dirigirle la palabra, pues veían que su dolor era muy grande» (Job 2,13). ¿Quién es capaz de explicar el sufrimiento del justo?

¡El sufrimiento del justo! Ése es el problema que se va a discutir en el drama. El narrador ha presentado un caso muy concreto, uno entre otros muchos que podrían haber sacado a colación. Una vez cumplida su misión, desaparece el presentador. Todos esperan...

2. Tema del drama: ¿quién explica el sufrimiento del justo?

El silencio de siete días y siete noches se prolonga e invade al público en la sala, invade al lector. El telón, bajado hasta entonces, sube lentamente. Y allí está Job, encima de un montón de basura. A su lado, los tres amigos. No habla nadie... Se prolonga el silencio del dolor durante siglos, invade al mundo y nos alcanza hoy a nosotros, en el momento en que leemos el libro de Job. Este silencio, expresión de nuestra incapacidad de explicar el sufrimiento, envuelve a todos y los une en una misma actitud de búsqueda: a Job, a los tres amigos, al público de la sala, al lector, a nosotros hoy, a todos los hombres. Nadie habla...

De repente, un grito horrible rasga el silencio. Una amarga queja. El público se estremece y al mismo tiempo se alegra, ya que Job tiene la valentía de gritar a los cuatro vientos lo que

siente el justo cuando sufre sin saber por qué. En su grito, Job se hace portavoz de los muchos que le escuchan: «¡Desaparezca el día en que nací y la noche que dije: “ha sido concebido un hombre”! ¡Que ese día se convierta en tinieblas, que Dios desde su morada no lo recuerde más, que la luz no brille sobre él! ... ¿Por qué no quedé muerto desde el seno? ¿Por qué no expiré recién nacido? ¿Por qué me acogió un regazo y unos pechos me dieron de mamar? Ahora dormiría tranquilo y descansaría en paz... ¿Por qué alumbró con su luz a un desgraciado y dio vida a los que están llenos de amargura?... No tengo paz, ni calma, ni descanso, y me invade la turbación» (Job 3,3-4.11-13.20.26).

Job comenzó el debate. Puso el problema sobre el tapete. Empezó el arduo camino del hombre en busca de un sentido para las cosas que suceden en la vida, en busca de un sentido para el dolor y el sufrimiento que le rodean. Allí en la escena está, en toda su desnudez y crudeza, el problema de los hombres, el de todos nosotros, identificado en la persona de Job, personaje central en el drama que se va a presentar; nacemos sin haber pedido nacer y, sin embargo, había allí gente para acogernos; nacemos, y es para sufrir y morir, estúpidamente, sin saber el porqué de la vida o del sufrimiento. Allí están también en la escena los intentos que hacemos para explicar el porqué del sufrimiento, identificados todos ellos en los tres amigos de Job y en el cuarto amigo, joven, que entrará más tarde en la escena (cc. 32-37). Ni ellos ni Job saben nada de las deliberaciones que hubo entre Dios y la corte celestial; desconocen el porqué de lo que está sucediendo. Son como el público en la sala, que trajo consigo su dolor y que lo ve estampado en la persona de Job, intentando explicar de nuevo, cada día, mediante raciocinios de todo tipo, su sufrimiento y su dolor, a fin de hacer la vida un poco más soportable.

Los tres amigos de Job son también los amigos del público, porque encarnan las explicaciones que se dan tradicionalmente a los sufrimientos de la vida. Pero en Job el público va a tener que admirar el coraje de quien discute lo que los demás consideran como santo y sagrado; el coraje de quien, partiendo de su experiencia de la vida, se enfrenta y derriba toda una tradición secular que, al querer defender a Dios, no dice más que mentiras sobre la vida humana (Job 13,7-8).

A medida que se va desarrollando el drama, el público asiste a lo que valen sus argumentos, sus consuelos y sus simpatías.

Va a ver hasta dónde sus pensamientos son capaces de explicar el dolor, si son capaces de resistir los ataques violentos que nacen de la conciencia angustiada y realista de un hombre que sufre, como Job. Los tres amigos, que habían estado callados durante siete días y siete noches, van a presentar y defender los argumentos que el pueblo suele usar; van a querer defender al pueblo y la tradición contra la argumentación de Job. No van a permitir que un hombre desengañado y dolorido ataque la solidez de la piedad tradicional y eche por tierra aquello que fue siempre la seguridad de su vida. ¿Quién va a ganar? ¿La tradición o la conciencia?

El diálogo entre Job y sus tres amigos es también el diálogo interior que todo hombre entabla consigo mismo, cuando se enfrenta con el dolor y el sufrimiento. Es el diálogo que hoy se entabla entre las generaciones antiguas y las nuevas generaciones: la generación vieja se apega más a lo que recibió de sus antepasados, mientras que la generación nueva piensa a partir de la experiencia de la vida y no encuentra ya en la tradición de los antiguos una explicación para sus problemas y una respuesta a sus preguntas.

3. El problema existencial que provocó el libro de Job y que se expresa en él

Durante mucho tiempo, la situación cultural del pueblo había sido la siguiente: vivía dentro de una estructura tribal, donde todo era de todos, donde cada uno participaba del destino de los demás, donde todos eran o pobres o ricos, donde no había diferencias, donde había un gran sentido de solidaridad tanto en el bien como en el mal. Dentro de este nivel cultural creían que era perfectamente natural que uno sufriera por el mal cometido por otros (cf. Jos 7,1-26). Había incluso un proverbio que decía: «Los padres comieron los agraces y los hijos sufren la dentera» (Ez 18,2). Además, por aquellos tiempos, no sabían todavía nada sobre el futuro. Creían que, después de morir, el destino era igual para todos, buenos y malos (Ecl 9,1-2): una supervivencia en un lugar, llamado *sheol*, que solían situar por debajo de la tierra.

Viviendo dentro de esta cultura, el pueblo intentó dar una expresión a su fe en un Dios personal y justo, que castiga a

los malos y recompensa a los buenos: todos los males que ocurren tienen que considerarse como un castigo, infligido por Dios. Si uno sufre, aunque sea justo, su sufrimiento es un castigo por los pecados y transgresiones que otros han cometido. Si uno lo pasa bien, su felicidad es una recompensa de Dios por su justicia o la de los demás. No se les ocurría pensar en una recompensa o castigo después de la muerte.

Esta explicación satisfacía al pueblo y resolvía el problema del sufrimiento del justo. Era una explicación natural, de acuerdo con la cultura, la única que les podía dar una idea de lo que podría ser la justicia de Dios.

Pero al pasar de ser un pueblo nómada a ser un pueblo agrícola, se produjeron profundos cambios. Creció la conciencia individual. Al vivir en aldeas y ciudades, al cultivar cada uno su campo, al participar activamente en el comercio, superaron el concepto anterior de solidaridad en el bien y en el mal. Se dieron cuenta de que cada uno tiene lo que se merece. Todo es fruto del propio trabajo. Ya no toleran la idea de tener que sufrir por el mal que otros han cometido. El profeta Ezequiel intenta expresar la justicia de Dios dentro de estos nuevos conceptos culturales (Ez 18,2s): ya no puede decirse que Dios castiga a los hijos por los pecados de los padres; cada uno recibe de Dios lo que merece. De lo contrario, Dios sería injusto.

¿Pero qué ocurre? Se intenta expresar los datos nuevos dentro del criterio anterior: el mal es castigo de Dios. Si uno sufre, y si no sufre por el castigo infligido por los pecados de los demás, entonces no queda más que una explicación: uno sufre porque *él* es pecador. La riqueza y la felicidad son signos de la recompensa divina: el rico es justo. La pobreza y la desgracia son signos del castigo divino: el pobre es pecador. Así fue como la teología intentó salvar los datos de la tradición sobre la justicia divina. Job tenía razón: para defender a Dios, decían mentiras sobre la vida humana (Job 13,7-8).

De ahí es de donde nació el problema existencial que provocó el libro de Job y que se expresa en él. El libro es la expresión de la angustia de un hombre que sufre. La tradición, o sea, toda la estructura de la vida organizada, toda la mentalidad reinante, él mismo, Job, en cuanto formado dentro de esa mentalidad, decía: tú eres un pecador, tú eres un ser rechazado por Dios; la magnitud de tu sufrimiento revela la magnitud de

tus pecados. Y al mismo tiempo la conciencia le decía: soy inocente (Job 6,29); Dios es cruel, al tratarme de esa manera (Job 30,21). Es motivo de una gran angustia el sentirse rechazado por Alguien a quien se amaba y a quien se intentó servir con toda fidelidad (Job 16,17). Dios, por lo visto, se apartó de Job porque lo consideraba pecador, siendo así que Job, en realidad, dando vueltas a su cabeza y haciendo un examen de conciencia, no descubriría nada que pudiera haber ofendido a Dios (Job 27,5-6; 31,1-40). ¿Por qué lo trataba Dios así? «El Poderoso ha clavado en mí sus flechas» (Job 6,4). En su corazón nace un sentimiento de rebeldía contra Dios (Job 23,2). Por otro lado, cree en la justicia de Dios. Dios es justo, más justo que el hombre. Por tanto, tenía que haber un motivo para que Dios lo castigara de ese modo y lo tratase como a un enemigo (Job 19,11). Pero la conciencia le decía lo contrario. ¿Quién tenía razón: Dios, tal como la tradición y el mismo Job lo concebían, o la conciencia? Allí estaba la última causa del problema que suscita el libro de Job: ¿cómo ser fiel a la conciencia y a Dios al mismo tiempo?

En la experiencia de la persona que escribió el libro de Job, la crisis colectiva del pueblo que se arrastraba y que provocaba en todos un malestar, derivó en una crisis personal. Job expresa y pone de manifiesto lo que estaba vagamente en el alma de todos. De ahí la fuerza enorme que tenía aquel libro como factor de concientización.

4. La técnica del drama: hacer participar y llevar a descubrir

Ésta es la técnica del drama: Job y sus amigos no saben lo que ya sabe el público, puesto que no habían oído al narrador. El público tiene así en sus manos un criterio para acompañar y juzgar la exactitud de los argumentos que van a utilizar los personajes del drama, en esa búsqueda impresionante del porqué del sufrimiento.

En la discusión que viene a continuación, Job representa la *conciencia* nueva que nace, los amigos representan la *tradición* que quiere defender los valores recibidos de los antepasados. El público encuentra un eco de sus anhelos, tanto en Job como en los tres amigos.

Job representa al público, en la medida en que éste desea rebelarse contra la situación. Los amigos representan al público, en la medida en que en todos existe un deseo de seguir el modo de pensar de todo el mundo, a fin de no crear nuevos problemas. Job es amigo del público, en cuanto que tiene el coraje de expresar y de criticar lo que a todos les gustaría decir y criticar. Y es enemigo del público, en cuanto que amenaza con deshacer los esquemas de seguridad tradicional, que les daba una cierta paz, aunque ficticia; es enemigo, en cuanto que desenmascara la falsedad tras de la cual se esconden los hombres. Los amigos de Job son amigos del público en cuanto que defienden la tradición; y son enemigos suyos, en cuanto que representan la dominación de las conciencias e impiden su crecimiento, y en cuanto que son capaces, en nombre de Dios y de la tradición, de «apostar la vida del huérfano y de vender a su propio amigo» (Job 6,27).

La discusión entre Job y los tres amigos es lenta y en ella el hombre se manifiesta tal como es: frágil y altivo, débil y orgulloso, ignorante y consciente, desamparado y seguro. La reflexión del drama va avanzando poco a poco, para volver luego al punto inicial. Así es la discusión de la vida: lenta, dolorosa. Va y viene, hasta que allá lejos, en el horizonte, se enciende una lucecilla, lo suficiente para reavivar la llama de la esperanza de un hombre como Job, que sufre desesperado porque, según la opinión de la época, se sentía como condenado por Dios, castigado por sus numerosos pecados, de los que él no se acordaba ni tenía la menor conciencia. El público ya sabe que, en el caso de Job, no podía aplicarse la opinión tradicional. Pero Job no sabe nada de eso. Puede haber otros muchos casos como el de Job. Quizás sea el caso de alguno de los que están en la sala, asistiendo al drama. De este modo, aplicar invariablemente el criterio de la tradición sería la mayor de las injusticias y de las mentiras que podrían imaginarse. Pero ¿cómo deshacer los argumentos de la tradición? Es lo que se propone el autor, al presentarnos a Job y a sus tres amigos. La lucha de Job consiste en deshacer los argumentos de la tradición, basándose en el testimonio de su conciencia. Job no tiene a nadie que lo defienda; no tiene la protección de la estructura ni de la sociedad. Sólo tiene el testimonio y la voz de su propia conciencia. ¡Nada más! A pesar de eso, a medida que avanza la discusión, la conciencia va ganando ventaja sobre la tradición y reduce los

argumentos presentados por los tres amigos a «argumentos de polvo y réplicas de barro» (Job 13,12), a «palabras vacías» (Job 16,3) y engañosas (Job 6,15-18). «Instruídme, que yo me callaré; indicadme dónde está mi falta» (Job 6,24). «Vosotros sois la voz del pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría. Mas yo también sé pensar, como vosotros; en nada me aventajáis, pues, ¿quién no conoce estas cosas?» (Job 12,2-3).

5. La raíz del problema: la idea equivocada que el hombre se hace de Dios

Pero el autor no se contenta con deshacer los argumentos de la tradición. El problema es mucho más profundo. No se trata solamente de decir cómo no es. Se trata de encontrar una salida, que no se ha encontrado aún con la simple refutación de los argumentos de los demás. El problema real se sitúa en otro nivel. El verdadero conflicto de Job no es un conflicto con los tres amigos o con la tradición, sino con el mismo Dios: «Lo sé también como vosotros, en nada me aventajáis. Pero yo quiero hablar al Poderoso, frente a Dios quiero defenderme» (Job 13,2-3). «Vosotros lo encubristis todo con mentiras; sólo sois médicos de pacotilla. ¡Ojalá os callarais de una vez! Daríais una prueba de sabiduría... ¿Vais a defender a Dios con falsedades, a luchar por su causa con mentiras? ¿Es así como lucháis a su favor? ¿Es así como tratáis de ser sus defensores?... ¡Guardad silencio y dejadme que hable yo, venga sobre mí lo que viniera! Sé que arriesgo mi vida, que me juego el todo por el todo. Dios me puede dar la muerte; pero no me queda otra esperanza que defender mi causa ante él. Y esto sería ya mi salvación, pues un impío no resiste en su presencia» (Job 13,4-5.7-8.13-16). A continuación, Job se pone a argumentar con Dios: «Deja ya de castigarme, aparta de mí tu terror. Cítame luego, y yo responderé, o bien hablaré yo y tú responderás. ¿Cuántos pecados y culpas hay en mí? ¡Hazme saber mis ofensas y pecados!» (Job 13,21-23). Antes de hablar, ya había dicho: «Mirad: he presentado mi causa, porque sé que tengo razón» (Job 13,18).

El drama es una especie de juicio simulado. Se entabla un proceso en el que comparecen Dios y el hombre para manifestar sus diferencias y poner en claro el conflicto que entre ellos exis-

te. Job quiere entablar un proceso contra Dios, exponer sus argumentos y defender su causa (Job 23,4), seguro de quedar definitivamente absuelto (Job 23,7). No bastan las opiniones de los tres amigos, ni a favor ni en contra; Dios mismo tendrá que juzgar entre el hombre y Dios (Job 16,21). Con esta posición suya, Job se desliga de los amigos, de la sociedad y de todo lo que determinaba su vida anterior. Es un camino nuevo y arriesgado, un camino solitario. Pero él sigue adelante. Con tal de no dejar sin solución ese problema que le aflige y que, por ser un problema humano, es el problema de la presencia de Dios en la vida de los hombres. Y Dios acepta la propuesta de Job.

La voz de Dios se deja oír en un largo discurso sobre la Sabiduría divina que llena toda la amplitud de la tierra (Job 38-41). Job interrogó a Dios y le expuso el problema de su vida. Ahora es Dios quien interroga a Job: «Si eres valiente, prepárate: yo te preguntaré y tú me responderás» (Job 38,3). Viene a continuación la descripción de las maravillas del universo, donde hay tantos misterios que Job no conoce ni sabe explicar, pero que tienen, todos ellos, un sentido y un lugar en el conjunto, gobernado por la sabiduría divina.

Job, al final de todo aquello, resume así la cuestión: «Te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento, cubierto de polvo y ceniza» (Job 42,5-6). Se deshace, cae hecha pedazos, una imagen de Dios, recibida del pasado de oídas. Y nace una nueva imagen de Dios en la mente de Job, a partir de su propia experiencia. Job encontró la luz en el horizonte de la vida. Volvió la paz y la tranquilidad. El problema de la vida no nacía de Dios, sino de una imagen equivocada de Dios, que se había formado en la cabeza de Job de oídas. Al derribar la falsa imagen, recibida del pasado y de la tradición por su reencuentro con Dios, Job abrió un nuevo horizonte a la vida, para sí mismo y para los demás.

El autor no dice exactamente cuál fue la solución que encontró Job, pero ofrece al lector y al público todos los elementos para que ellos mismos puedan llegar a la solución que Job llegó. Ésta es la técnica del drama, típica de los sabios; no les interesa enseñar una solución abstracta; lo que les interesa es hacer participar al lector de su búsqueda y conducirlo a que descubra él mismo la verdad. El público, el lector, tienen que

pensar y reflexionar, para ver si consiguen identificarse con Job y descubrir, cada uno para sí mismo, la solución que Job descubrió.

Finalmente cae el telón. Vuelve el narrador y pronuncia el veredicto: los amigos de Job han perdido en la discusión. Interpretando el pensamiento de Dios, dice a los amigos de Job: «No habéis hablado bien de mí como lo ha hecho mi siervo Job» (Job 42,7). Al defender con argumentos viejos una posición ya superada, se han equivocado y tienen que pedir ahora disculpas a Job, que tuvo el coraje de enfrentarse con Dios, con la realidad y con la tradición, apoyándose únicamente en el testimonio de su conciencia (Job 42,7-9). El narrador termina diciendo que Job recobró la felicidad, expresando así la paz interior que había vuelto a encontrar en su reencuentro con Dios (Job 42,10-17).

6. Conclusión

El drama que nos presenta el libro de Job es el camino que alguien recorrió en su vida y que nos ofrece ahora como el resultado de su propia búsqueda y experiencia. Lo ofrece como un posible camino para que otros puedan arrostrar, como él, el misterio del dolor, eliminando visiones antiguas que ya no resisten a la realidad y a la nueva conciencia que está naciendo. Job y sus amigos son la humanidad que camina por el sendero de la vida y del dolor, discutiendo, abrumada y doblegada por el sufrimiento que ha caído sobre ella. Es el conflicto permanente entre la revelación y la realidad: la revelación, tal como está encarnada en los pensamientos de la cultura humana, y la realidad, tal como se presenta, en cada época, a la conciencia de los hombres, cuestionando las cosas que proceden del pasado. También hoy el poder de la conciencia se nos presenta en la escena del mundo, sobre un montón de basura, marginado de mil maneras, discutiendo con tres amigos que defienden la aposición tradicional y que tienen en sus manos el poder. El público asiste al drama, en los periódicos y en la televisión. La discusión camina con lentitud, va y viene, pero en conjunto hay que reconocer que progresa: la conciencia es más fuerte.

Al final, quien defendió y preservó el verdadero valor de la tradición, no fueron los tres amigos, sino el mismo Job, ya que abrió otra vez el camino para un nuevo encuentro con Dios, que había quedado cerrado por los esquemas de la tradición, encarnada en los amigos. El libro de Job echó por tierra una teología, dejó desbrozado el terreno. Pero no resolvió el problema total. No era ésa su pretensión. Lo único que quería era quitar del camino una piedra que impedía el paso. Y esto sí que lo consiguió. Los tres amigos se quedaron sólo con la cáscara. Job descubrió y conservó el meollo de la tradición.

El libro de Job revela y muestra cómo el pueblo de Dios tiene realmente necesidad de crítica y de contestación. Y Job no tuvo miedo de poner las cosas en discusión, cuando se dio cuenta de que la conciencia no conseguía ya aceptar y asimilar la posición tradicional. Excluir la posibilidad del cuestionamiento y de la crítica o querer encauzarla y orientarla equivale a socavar las mismas posiciones que se quería defender contra la crítica. Donde la conciencia no consigue licencia para expresarse, ella misma lo exige y manda que los demás se callen: «¡Guardad silencio y dejadme que hable yo, venga sobre mí lo que viniere! Lo sé tan bien como vosotros, en nada me aventajáis» (Job 13,13.2). Los tres amigos de hoy tienen que acordarse siempre de que, al final, Dios dio la razón a Job, por haber hablado correctamente de Dios, a pesar de que ellos creían que Job estaba equivocado.

El libro de Job representa una gran apertura humana. El hombre que escribió aquel libro, miembro del pueblo elegido, escondió su experiencia con el Dios de su pueblo en la figura legendaria de Job, que no pertenecía al pueblo de Dios, sino que era una figura internacional. Es lo mismo que si hoy un cristiano describiera su experiencia con Cristo, escondiéndola en la figura, ya legendaria, de Gandhi.

El libro de Job es la expresión típica de la actitud que los sabios tomaban ante la vida. El punto de partida de su reflexión era la conciencia, la voluntad de no ser derrotado por la vida. El asunto es siempre la vida y sus problemas. El objetivo y el método son: no imponer, sino hacer pensar, hacer descubrir un camino. Su característica es el realismo. El ambiente en que se tiene la discusión es el corro de amigos. En el escenario hay un grupo de cinco personas: Job, los tres amigos, y más tarde Elihú, el cuarto amigo, un joven: una

reunión de *sabios*, de esas que se tenían siempre, y en todas partes, para discutir sobre los problemas de la vida.

El libro de Job es difícil de entender, porque su lenguaje literario es complicado y extraño para nosotros; pero el problema discutido está tan cerca de nosotros y se vive hoy con tanta intensidad que, a pesar de esa falta de comunicación en el nivel literario del lenguaje, la comunicación que se establece en el nivel de la vida es más fuerte que nunca.

Resumen del Antiguo Testamento: Los salmos. La certeza en la frente, la historia en la mano

Los salmos son como un resumen de todo el Antiguo Testamento, no ya en el sentido de que contengan de todo un poco, sino en el sentido de que allí se encuentra expresada, de todas las formas posibles, aquella actitud que tiene que caracterizar al hombre que se dispone a vivir la vida como una respuesta a la llamada de Dios: caminar con la certeza en la frente y la historia en la mano.

1. Algunas dificultades que encontramos en la oración de los salmos

Los salmos hablan de Dios como de Alguien que se manifiesta en cualquier momento, que está en comunicación directa con los hombres, que interviene en los momentos críticos de la vida, que vence las guerras, que cura las enfermedades, que conduce al pueblo llegando incluso a alterar el curso normal de las cosas para poder realizar su plan con los hombres. Pero hoy Dios no se aparece. Su acción se escapa de toda observación empírica. Para los hombres de hoy, sobre todo para los que viven en las grandes ciudades, Dios no es ya un factor natural en la vida, sino que se ha convertido para muchos en una hipótesis innecesaria. El ateísmo es una actitud práctica que cada vez discute menos la mayor parte de la gente. Son como dos mundos totalmente distintos. Parece imposible rezar los salmos y, al mismo tiempo, tomar en serio la vida y la realidad de hoy.

Rezar es de suyo difícil. No es fácil recogerse delante de alguien que es invisible. Ya el simple contacto con los demás resulta penoso y difícil. Cuesta mucho llegar a una apertura real y hacer que se calle todo lo demás para atender a aquel con quien hablamos. Nuestros contactos son generalmente superficiales. Son conversación y no diálogo. Mucho más difícil resulta este contacto cuando el Otro es invisible.

Los salmos se nos presentan además como oraciones antiguas, formuladas en otra cultura; su lenguaje nos parece extraño. Frases incomprensibles, simbolismos e imágenes que no dicen nada en la actualidad. Desconocemos los hechos históricos a los que se refieren. Tratan de situaciones que nosotros no hemos vivido. Por eso resulta difícil reconocerse uno a sí mismo, con su vida y sus problemas, dentro de los salmos.

2. Los salmos y el movimiento secular de la oración de los hombres

No hay que considerar a los salmos como la expresión más perfecta de la oración. Hay salmos bonitos y salmos imperfectos. Hay salmos que literariamente son un primor y salmos que no pasan de ser un plagio.

No hay que considerar a los salmos como un bloque monolítico que cayó ya hecho del cielo. El libro de los salmos no surgió de un día para otro. Es el libro que tardó más tiempo en escribirse. Su composición comenzó alrededor del año 1000 a.C. (en tiempos de David) y terminó, al parecer, en torno al año 300. E incluso después de la conclusión del libro de los salmos, no se secó la fuente de donde manaban esas oraciones. Por ejemplo: 1) En la traducción griega del Antiguo Testamento (los Setenta) se encuentran 14 salmos u «odas» que no están en el original hebreo. 2) En los escritos del Mar Muerto (descubiertos entre 1947 y 1956), que datan de los años 100 antes de Jesucristo hasta más o menos el 60 después de Cristo, se encontró un gran número de salmos que no están en el libro de salmos de la Biblia. 3) En otros muchos lugares de la Biblia, tanto en los libros históricos como en los sapienciales y proféticos, hay salmos y oraciones que no están registrados dentro del libro de los salmos.

Por eso mismo, el libro de los salmos solamente registra y transmite algunas de las oraciones que se rezaban. Es un marco limitado en el movimiento secular de la oración, una muestra de lo que se rezaba y cantaba. No excluye otras oraciones, sino que las suscita y orienta hacia ellas. Lo más importante no son los salmos en sí, sino el movimiento de oración de donde brotaron y hacia donde quieren llevar.

En los salmos se refleja la historia milenaria de la lenta ascensión del hombre hacia Dios y de nuestra progresiva liberación por el contacto con Dios. Conservan todo lo relativo a esta ascensión, lo registran todo, tanto las perfecciones como las imperfecciones.

Las imperfecciones (venganzas, odio, autosuficiencia, etc.) desaparecen a medida que va caminando el hombre. Son más claras en los salmos antiguos. Así, los salmos atestiguan el esfuerzo del hombre que quiere ser fiel a Dios y a sí mismo. Se trata de oraciones de personas que, como nosotros, caminan hacia el fin ofrecido por Dios.

Las imperfecciones muestran que Dios acepta aquellas oraciones de las que es capaz el ser humano. De lo contrario, no las habría inspirado. Lo importante es que la oración sea sincera.

3. El origen de los salmos y la lenta formación del libro de los salmos

El libro de los salmos es un conjunto artificial de 150 salmos reunidos en un solo libro para fines litúrgicos. El título hebreo es *Sefer Tebillim*, es decir, «Libro de los Himnos», a pesar de que, según los subtítulos* de cada salmo, sólo hay un salmo caracterizado como *Tebilla*, «Himno» (Sal 145). El título más frecuente es «Libro de los salmos». «Salmo», en hebreo *Mis-mor*, es una manera determinada de cantar». Lo mismo que nosotros hoy tenemos el pasodoble, la samba, el chotis, el vals, etc., también ellos tenían «himnos» (*Tebillim*), «salmos» (*Mis-mor*), «cánticos» (*Shirim*), etc.

Se observa aquí cierta confusión: un título dice «himnos» y otro «salmos». Lo cierto es que el libro contiene himnos, sal-

* No todas las traducciones traen los subtítulos.

mos, cánticos, lamentaciones y otras muchas formas de cantar y de rezar. Es una señal de que no se sabe bien cómo clasificar su contenido. En esto se refleja el origen diverso de los elementos que componen el libro de los salmos. Siempre resulta difícil unificar la *vida* bajo un denominador o título único.

Son 150 salmos. Es un número artificial. Se creyó que era un número redondo.

Antes de que surgiera el Libro de los Salmos, había varias colecciones de cantos y de oraciones, como existen hoy, por ejemplo, colecciones de cantos para la Misa, para las procesiones o para la bendición del Santísimo. Había así una colección de cantos o salmos para «peregrinaciones» (Sal 120-134), llamados también «salmos graduales». Había otra colección de cánticos que se rezaban durante la cena pascual, llamada el grupo «Hallel» (Sal 105-107; 111-118; 135-136; 146-150). Había colecciones de diversos autores, lo mismo que hoy hay discos de Roberto Carlos, de Plácido Domingo, Gloria Estefan, etc. Así, al final del salmo 72 se lee: «Fin de las plegarias de David, hijo de Jesús». No todos los salmos son de David, ni siquiera el salmo 72. Hay salmos que se atribuyen a Salomón, a Moisés, a los hijos de Coré, etc.

Al final se intentó hacer una sola colección de todo lo que existía en el mercado de la canción. Se recogió de todas partes lo que se podía encontrar. Esto explica por qué existen repeticiones: el salmo 14 es lo mismo que el 53; el salmo 40, 14-18 se repite en el salmo 70. Algunos salmos figuran en dos colecciones con pequeñas variantes. Se juntó todo aquello, con la consiguiente confusión. Por ejemplo, al final del salmo 72 se lee: «Fin de las plegarias de David, hijo de Jesús», pero hay salmos no davídicos antes del 72 y salmos davídicos después del 72.

El autor de la redacción final lo juntó todo y compuso 5 colecciones, que terminan todas de la misma manera: «¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, por los siglos de los siglos! ¡Amén, amén!» (véase el final de los salmos 41; 72; 89; 106). El salmo 150, el último de todos, es una elaboración prolongada de esta aclamación.

Por consiguiente, la misma historia de la formación del salterio revela su aspecto popular. Son cantos que brotaron de la vida y que reflejan la vida. Supieron polarizar y canalizar el

interés del pueblo de Dios. El pueblo veía en aquellos cantos un reflejo de su propia vida. Por eso fue el libro más divulgado y conocido.

4. El modo popular de rezar y de cantar los salmos

Otro punto importante para conocer el lugar exacto que ocupaban los salmos en la vida del pueblo es la manera concreta de como se rezaban y cantaban. También aquí se da un gran parecido entre lo que hacemos hoy nosotros y lo que entonces se hacía.

Muchos salmos tienen pequeños títulos con una breve explicación sobre cómo surgieron y sobre cómo había que cantarlos: 1) Muchos iban acompañados de instrumentos. El salmo 150 describe algunos de esos instrumentos y muestra que se usaban instrumentos populares. Serían lo que hoy son para nosotros el pandero, el violín, la guitarra, etc. 2) El pueblo participaba de una forma primitiva y sencilla con aclamaciones: «Amén, amén» o «Aleluya». *Amén* (cf. Sal 106,48) quiere decir: «¡Aprobado!» o «¡Que quede en pie!». *Aleluya* o *Halelú-ya* significa: «Alabad a Yavé». 3) Hay un salmo en forma de letanía; en vez de decir, como hoy nosotros: «Ruega por nosotros», el pueblo decía: *Chi ad olam besdô*, es decir: «Porque es eterno su amor» (Sal 136). 4) A veces la participación del pueblo era como una réplica, repitiendo de forma rítmica y aplaudiendo el nombre de Dios: «Yahú, Yahú, Yahú» (cf. 1 Cr 29,20).

En cuanto a la melodía, se hacía como hoy: «Este canto tiene que cantarse con la melodía de la canción XX». Así, por ejemplo, el salmo 22 tenía que cantarse «sobre la melodía *La cierva de la aurora*», un canto popular muy conocido en aquella época. Existía un canto llamado *No pierdas*, cuya melodía servía para recitar en el templo los salmos 57; 58 y 59 (cf. además los títulos de los salmos 18; 45; 46; 53; 56; 60; 68; 75; 80; 81; 84). Si hoy se componen nuevas letras para las melodías de ciertas canciones, ¡no hemos inventado nada nuevo! ¡Era algo que se hacía ya en aquellos tiempos!

Los subtítulos nos dan también algunas normas para el coro. Algunos salmos tenían que ser entonados por el «maestro de coro» (cf. Sal 14; 21; 31; etc.). El salmo 88 tenía que cantarse de un modo triste. El salmo 6 tenía que cantarse con arpas, «una octava abajo».

Todas estas informaciones, dadas por el mismo libro de los salmos, revelan su origen popular.

5. ¿David, autor de los salmos?

Según el texto hebreo, de los 150 salmos, hay 73 de David, 12 de Asaf, 11 de los hijos de Coré, 1 de Hemán, 1 de Etnán, 1 de Moisés, varios de Salomón, y 35 son anónimos. La traducción griega atribuye 85 salmos a David.

Las frecuentes relaciones que se establecen entre los salmos y David y la atribución del Salterio en bloque a dicho rey tiene un significado teológico más bien que histórico. No se puede negar que David compuso muchos salmos, pero no todos son suyos. Lo mismo que Moisés está en el origen de la legislación y Salomón en el comienzo de la Sabiduría, también David está en el principio del movimiento de oración. Fue una personalidad muy marcada, que por su piedad sincera promovió e intensificó la oración.

Poder atribuir un salmo a David y ponerlo en relación con él era lo mismo que decir que ese salmo ocupaba un lugar oficial en la liturgia. En esto se expresaba el valor del salmo para la vida.

6. El estudio actual de los salmos y su interpretación

Siempre se rezaron los salmos a través de toda la historia de la Iglesia. Siempre ha habido personas que intentaron explicarlos e interpretarlos para el pueblo. Uno de los comentarios más famosos es el de san Agustín. Su preocupación era la siguiente: interpretarlos de tal manera que su pueblo (siglos IV-V) pudiera encontrar en los salmos una reflexión sobre su vida y sobre su fe. Así pues, Agustín partió de las exigencias concretas de la vida de los fieles e intentó darles una respuesta a través de los salmos.

Al nacer la época moderna surgió una separación entre la vida y la fe. Los salmos habían llegado a situarse a veces al margen de la vida, para apoyar una fe frecuentemente irreal. Por eso la exégesis entró por nuevos caminos intentando salir al encuentro de esta problemática, para ayudar de este

modo a que la fe se reintegrara en la vida. Un exegeta alemán, llamado Hermann Gunkel, aplicó a los salmos el método de los «géneros literarios» e intentó descubrir cuál era el lugar que ocupaban los salmos en la vida del pueblo. Antes de él, los salmos se presentaban en bloque como un gran río compacto sin mucha diversificación. Gracias a los estudios de Gunkel fue posible remar río arriba y llegar a los afluentes que, todos juntos, forman el río. En otras palabras, aquel bloque monolítico de 150 salmos se dividió en varios tipos de oraciones (géneros literarios): himnos, lamentaciones, súplicas, etc. Cada tipo supone un ambiente determinado, lo mismo que el estudio de la «samba», por ejemplo, revela todo un ambiente de vida.

Con ese estudio se dio un paso enorme, ya que los salmos empezaron a reflejar aspectos concretos de la vida del pueblo. Pero los afluentes no son todavía la fuente. Por muy importante que sea ese estudio, no se puede uno detener en él. Es curioso el hecho de que cuando, en sus diversos comentarios, los exegetas intentan catalogar los diversos tipos de salmos, no se ponen de acuerdo entre sí. ¿Por qué? Porque, a nuestro juicio, la vida es anterior a esas formas o tipos de oración y no siempre las respeta. La vida no se deja clasificar. Es preciso ir más allá de esas formas literarias y subir hasta los afluentes y alcanzar la fuente misma de donde brotan los salmos. Y esa fuente está más cerca de nosotros de lo que pensamos o sospechamos. Es nuestra misma vida humana, iluminada por la llamada de Dios que nos interpela. Ahondando en los salmos, descubrimos la vida, esa misma vida que nosotros vivimos, y en ellos encontramos algo de nosotros mismos; de esta manera los salmos podrán llegar a ser una expresión auténtica de lo que pasa en nuestra alma. Los salmos, entendidos de esta manera, nos enfrentan con la vida cruda y desnuda, tal como brota de nosotros mismos; nos lleva a cuestionarnos sobre ella, a hacer que sintamos sus alegrías y sus tristezas, sus esperanzas y angustias y, de este modo, a preocuparnos, consciente y deliberadamente, con aquella inquietud de que nos habla san Agustín: «Tú nos has hecho para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti».

De esta forma los salmos alcanzan el fin para el que fueron inspirados: nos hacen descubrir quiénes somos y cuál es nuestra responsabilidad; al desinstalarnos, nos dan esperanza y

nos hacen caminar siempre en dirección hacia el fin que Dios nos propuso. Son espejo fiel de la vida y reflejan críticamente nuestra verdadera identidad.

7. Dificultad principal y exigencia prioritaria en la interpretación de los salmos

La dificultad principal en el rezo de los salmos, que está en el origen de las otras dificultades señaladas anteriormente, es la siguiente: los salmos, por lo motivos ya enumerados, quedan fuera de nuestro horizonte de intereses. Parece como si no tuvieran nada que decir sobre *nuestra* vida: unos problemas distintos, un lenguaje distinto, una cultura distinta, unas situaciones distintas, una historia distinta... Al fallar ese contacto de connaturalidad en el plano de la vida, todas las discusiones y explicaciones que se den de los salmos caen en el vacío y no consiguen presentarse a nosotros como un verdadero valor ni despertar nuestro interés real. No encienden una luz dentro de nosotros. Nos dejan a oscuras sobre nosotros mismos, porque no hablan ya de nosotros y, por eso mismo, nos dejan igualmente a oscuras sobre el Dios que allí habla.

Pero esta dificultad se basa en un equívoco. En primer lugar, no profundizamos suficientemente en nuestra propia vida y por eso no somos capaces de sentir la vibración de la vida, presente en los salmos. En segundo lugar, no profundizamos suficientemente en nuestro conocimiento de los salmos y por eso no descubrimos en ellos nuestra vida humana, como la única fuente de donde brotan todas esas oraciones. Si excavásemos hondo tanto en los salmos como en nuestra vida, veríamos que se trata de dos vasos que se comunican entre sí y que tienen la misma raíz: el hombre que busca un sentido para la vida y el hombre enfrentado con el problema del Absoluto, que se refleja en la problemática tan diversificada de su vida de cada día.

No conseguirá excavar y descubrir la raíz de los salmos, no conseguirá rezar los salmos aquel que, al mismo tiempo, no intenta tomar conciencia de que él mismo, dentro de sí, tiene la misma raíz. A pesar de ser extraños a nosotros, los salmos han nacido de las más variadas situaciones existenciales que siguen siendo las nuestras: la alegría, la gratitud, la tristeza,

la angustia, la desesperación, la frustración, el abandono, la derrota, la victoria, la duda, la crisis, la paz, la guerra, la incompreensión, la fidelidad, la amistad, la traición, la enfermedad, la vejez, la persecución, la injusticia, la opresión, la experiencia de la aparente contradicción y del carácter absurdo de la vida.

Quien no haya vivido antes estas situaciones no podrá comprender realmente los salmos y difícilmente llegará a hacer de ellos *su* oración.

Por eso, la exigencia primordial para una buena interpretación de los salmos es la vivencia de la propia vida en toda su extensión y profundidad, con todos sus problemas y sentimientos. Es el puente que nos une, en el tiempo y en el espacio, con aquel que escribió los salmos. Los salmos podrán convertirse entonces para nosotros en una auténtica expresión de nuestra vida. Tomarán hoy de nuevo, para nosotros, su vigor de expresión humana dirigida a Dios. Y nos podrán inspirar la creación de nuevas oraciones, vigorosas y sinceras, que mantienen, en una ascensión progresiva, el movimiento de vuelta del hombre hacia Dios en busca de Paz: «¡La Paz es todo cuanto deseo!» (Sal 120).

8. Los salmos: expresión de la búsqueda de Dios en la vida

Hoy, a los ojos de muchos, Dios da la impresión de ser algo superfluo. No saben qué hacer con él en la vida. Creen que existe. Pero está solo. No saben bien para qué sirve. El problema no es tanto el de la existencia de Dios como el «sentido que tiene Dios para nuestra vida».

En la Biblia existe el mismo problema. Se cree que Dios existe. Pero se quiere saber dónde encontrarlo y se cuestiona su presencia salvadora: «¿Hasta cuándo, Señor, me tendrás olvidado? ¿Cuándo volveré a sentir tu mirada?» (Sal 13,2). «Ahora nos rechazas y permites que se burlen de nosotros... Vendes a tu pueblo a bajo precio: bien poco ganas con su venta» (Sal 44,10.13). El estado de abandono al que a veces se vería reducido el pueblo era una prueba de la ausencia de Dios y un motivo de horribles crisis de fe: «Además de verme colmado de tanta aflicción, encima me insultan mis adversarios, repitiéndome

todo el día: ¿Dónde está tu Dios?» (Sal 42,11). Hoy las madres dicen muchas veces: «Ya no sé qué decir sobre Dios a mis hijos».

«¿Dónde está entonces tu Dios?» (Sal 42,4.11; 79,10; 114,10), es la pregunta que sigue dando vueltas y a la que los hebreos, como nosotros muchas veces, no encontraban respuesta. Tener un Dios y no poder indicarlo en concreto es algo que molesta y resulta incómodo. ¿Qué tipo de Dios es ése? ¿Ése es el problema: el de ellos y el nuestro!

La Biblia no es otra cosa sino una respuesta viva a esta problemática que, en último análisis, es la problemática del hombre moderno. Hoy son muchos los que prescinden del planteamiento teórico, pero plantean el problema práctico: ¿Qué significado tiene Dios para mi vida? Y al ver que el concepto de Dios heredado del pasado no ofrece, según su manera de pensar, nada substancial para su existencia, en la actualidad, ponen a Dios al margen como algo que no «interesa», como opio, como algo que va en contra del progreso, como un motivo de alienación, como algo que no debe existir ya para él: Dios ha muerto (para él). ¡Viva el hombre!

Es un problema ya viejo, pero que siempre resulta nuevo: «¿Qué tiene que ver Dios con todo esto, si de veras sabe lo que pasa con nosotros?» (Sal 73,11). Muchos sacaban la conclusión: «¡Dios no existe!» (Sal 14,1). Por tanto, «¡rompamos las cadenas con que él nos tiene presos y librémonos del dominio que pesa sobre nosotros!» (Sal 2,3). «¿Quién puede con nosotros? Estamos por encima de todos; triunfaremos con nuestra lengua sobre los que nos acusan» (Sal 12,5). ¡Que cada uno viva para sí y se las arregle como pueda! (cf. Sal 11,1-2).

De hecho, sin Dios, la vida parece más fácil. El hombre se libra de una angustia inútil y se siente más expedito para progresar y crecer: «Así es como vive esa gente sin Dios: feliz y tranquila, incrementando continuamente su capital» (Sal 73,12), mientras que los que se cargan con el problema de Dios parecen unos infelices. Es preciso tener mucha fe para poder resistir la tentación de dejarlo todo: «En definitiva, ¿de qué me sirve vivir honradamente? ¿De qué me sirve mantener mis manos limpias? ¡Sólo pare recibir injurias todo el día y acepar recriminaciones cada mañana! Muchas veces estuve a punto de decir: “¡Ahora es la mía! ¡Voy a seguir su ejemplo!”» (Sal 73,13-15). Pero hay algo que le decía que esa actitud no resolvería nada, que sería solamente una huida: «Hablar así sería romper conti-

go, Señor, y renegar de la fe de mis hermanos» (Sal 73,15). Prefiere cargar con el problema contradictorio de Dios. No acepta llevar una vida más fácil y más de acuerdo con los criterios de la mayoría.

¿Por qué? Es que ese Dios tan extraño tiene algo que ver con la vida humana. Sin él la vida no tendría ningún sentido: «¡Lejos de ti es imposible vivir! La infidelidad contigo es lo mismo que empezar a morir. Yo encuentro la felicidad en mi camino hacia el Señor. La seguridad de mi vida es Dios por siempre» (Sal 73,27-28). Se trata del problema de la seguridad, que todos buscan durante toda su vida. El autor del salmo parece haber encontrado una seguridad tan grande que es capaz de vivir tranquilo y sereno en medio de las inseguridades e incertidumbres de la vida: «Me pueden atacar y hasta despedazar mi corazón. Pero mi vida tiene otro fundamento. ¡El futuro que me espera es Dios eterno!» (Sal 73,26). Dios, como *fundamento* y como *futuro* de la vida, le confiere una independencia, una firmeza, una libertad y una seguridad de tal categoría que raras veces pueden encontrarse, pero que en el fondo constituyen el deseo secreto y el ideal supremo de todos. Un Dios así tiene realmente algo que ver con la vida de los hombres.

La humanidad, el realismo y el testimonio de vida que se vislumbran en los salmos confirman que *este Dios* no es fruto de una autosugestión, sino que es una realidad gratuita para el bien del hombre. A partir del contacto con ese Dios surgen grandes cualidades humanas:

1) Coraje de vivir: «Mi vida tiene su fundamento en el Señor: ¿quién podrá derribarme? Aunque vengan con todo un ejército, no tendré miedo alguno. Aunque entablen batalla conmigo, no dejaré de confiar» (Sal 27,1.3). Es la actitud del hombre maduro que sabe lo que quiere. Encontró en Dios su seguridad.

2) Tranquilidad que da envidia a los demás: «La alegría que invadió entonces mi corazón es mayor que la suya, en medio de sus grandes riquezas. Tranquilamente me acuesto y me duermo enseguida, porque la paz de mi descanso sólo viene de ti, Señor» (Sal 4,8-9).

3) Percepción nítida de las exigencias de la justicia: «¿Quién puede acercarse de veras a ese Dios? ¿Qué es lo que se exige para vivir en su santa presencia? Tener las manos limpias y el corazón puro, no fijarse en las apariencias ni jurar en falso.

Quien así proceda, tendrá la bendición del Señor» (Sal 24,3-5). «Señor, ¿quién podrá ser huésped en tu casa? El que camina íntegramente, el que realiza la justicia, el que dice la verdad, el que no calumnia, el que no hace daño al prójimo, el que no insulta al vecino, el que desprecia a los que Dios desprecia y honra a los que lo temen, el que jura y no se retracta, ni siquiera en perjuicio propio, el que no presta dinero con usura, el que no acepta el soborno contra el inocente» (Sal 15).

4) Coraje para denunciar las injusticias de los grandes: «¡Jefes de los pueblos! ¿Creéis que estáis haciendo justicia y que gobernáis a los hombres con rectitud? ¡Todo lo contrario!... Tramáis cuidadosamente la maldad, hacéis pesar sobre la tierra la violencia de vuestras manos» (Sal 58,2-3).

5) Percepción clara de la justicia de Dios que inspira confianza en relación con la suerte de los malvados: «¡Que se queden tranquilos los justos! La justicia quedará vengada, los culpables pagarán por lo que han hecho. Y todos dirán: "Sí, el justo no se quedará sin recompensa, porque hay un Dios que juzga a los hombres!"» (Sal 58,11-12).

6) Rechazo de una negación hecha sólo de ritos y de enseñanza vacías: «¿De qué te sirve saber de memoria mis mandamientos y pasarte el día entero hablando de religión? ¿Tú, que no asumiste tu compromiso de vida y dejaste de lado mis invitaciones?» (Sal 50,16-17).

Conocer a este Dios y convivir con él es el don más precioso que el hombre puede recibir: «Tu amistad es para mí mejor que mi propia vida» (Sal 63,4); ya que, debido al contacto con este Dios, el hombre empezó a despertarse a los verdaderos valores de su propia vida. Recobró la vida a la luz de una nueva experiencia y alcanzó la fuente secreta de donde mana espontánea la oración verdadera en himnos, acciones de gracias, alabanzas y súplicas. Se comprende entonces aquella exclamación: «¿Qué puede dejarme satisfecho en el cielo o en la tierra, si estoy lejos de ti, Señor?» (Sal 73,25). El eje de su vida es el camino constante en dirección a ese Dios: «Mi felicidad consiste en estar caminando hacia el Señor» (Sal 73,28).

* * *

Todo lo que hace el hombre en este sentido es respuesta a una llamada que brota desde lo más profundo de su ser: «En

mi interior una voz me decía: "Sigue buscando la presencia de Dios". Por eso te sigo buscando, Señor, ¡no te escondas de mí!» (Sal 27,8-9). Atender a esta voz conduce al hombre hacia unas cotas que no sabe ni puede prever. Dios es siempre sorprendente e imprevisible. La consecuencia inmediata de su venida es la oscuridad. Sólo crece y progresa el que tiene el coraje de aceptar a este Dios en su vida, sin desistir, con la firme confianza de que él es mayor que cualquier crisis, de que es capaz de sostenerlo y de hacerle superar las dificultades: «Es grande mi confianza en el Señor; espero de él una palabra amiga» (Sal 130). «¡Ay si no tuviera la certeza absoluta de poder experimentar algún día la bondad del Señor en la tierra de los vivos...!» (Sal 27,13). Cuando todo se viene abajo, sólo queda el apoyo de Dios que está con nosotros, invisible por ahora, pero presente de hecho: «¡Tú eres mi refugio, Señor; todo lo que me queda en la vida!» (Sal 142,6). El hombre camina con esta certeza, dando tiempo al tiempo, esperando poder oír algún día de nuevo la voz amiga de su Dios. Mientras perdura la crisis, su actitud es la que está expresada en el salmo 63: «Me agarro a ti, Señor, y tú me coges con tus manos» (Sal 63,9). El hombre sabe y percibe experimentalmente la ley de la existencia: «Aunque iban llorando al llevar la semilla, vuelven contentos, trayendo las gavillas» (Sal 126,6).

El que no camina, no se da cuenta de nada. Caminando, «con la certeza en la frente y la historia en la mano», es como se percibe, a la luz de Dios, la relatividad de todas las cosas y de todas las formas de vida, sus incertidumbres, sus límites e inseguridades. Esto es necesario para que el hombre deje todo lo que es un apoyo falso y una certeza engañosa, y despierte a los verdaderos valores, buscando su apoyo y su seguridad en el *fundamento* y en el *futuro* de su vida, que es Dios. Los que han encontrado este fundamento y este futuro, han encontrado la verdadera paz, la paz de Dios, y podrán decir: «En mi interior todo se aplacó. Todo se llenó de paz y de serenidad. Lo mismo que el niño después de mamar, ahora duermo tranquilo en brazos de mi madre» (Sal 131).

Esto es lo que los salmos nos dicen sobre Dios y sobre nosotros mismos. Tocaban el núcleo de la problemática humana. Cuando se les traduce como es debido, pueden ser asumidos verdaderamente como expresión real de nuestra esperanza. Pue-

den incluso a ayudarnos a despertar a ciertos aspectos de la vida, en los que hoy no ponemos la suficiente atención.

9. El material para la oración

¿Dónde encontrar material para la oración? Hay una palabra que expresa la respuesta total: en la VIDA, en la vida que se vive. Para los autores de los salmos las cosas de la vida funcionaban como un *despertador*. Viendo y viviendo la vida, se acuerdan de otra cosa. Se acuerdan de Alguien que está por encima de todo: Dios. Así, para ellos, la vida con todo lo que tiene de hermoso y de triste, la naturaleza con todas sus bellezas y amenazas, la historia y la vida con todas sus peripecias, en fin, todo lo que da motivos para reír o para llorar, todo se ha vuelto transparente como el cristal, al revelar y al recordar al Dios amigo que llama, que cuestiona, que anima y que critica. Y, casi sin saberlo ellos mismos, esas cosas de la vida se convirtieron para ellos en material y en tema de conversación cara a cara con ese Dios amigo. Así nacieron los salmos. Surgieron *de la vida con Dios*.

Si no se establece esta vinculación con la vida, toda la conversación sobre los salmos resulta inútil. Sería lo mismo que instalar un buen aparato de televisión, sin enchufarlo a la red eléctrica. No sirve para nada, a no ser como mueble de lujo; pero la televisión no se ha hecho para eso. Los salmos servirían tan sólo como documento de cómo se rezaba antiguamente; pero los salmos no se inspiraron para servir de documentos de archivo. Fueron inspirados para ser rezados y para despertar a la oración.

11

Origen de los cuatro evangelios: Del «evangelio» a los cuatro «evangelios»

1. ¿De qué sirve investigar el origen de los evangelios?

Posiblemente un diccionario reflejando el pensamiento del pueblo definiría así la palabra *evangelio*: 1) doctrina de Cristo; 2) cada uno de los cuatro libros principales del Nuevo Testamento; 3) trozos de estos libros que se leen en la celebración de la Misa; 4) cosa que se tiene por verdadera; 5) conjunto de preceptos por los que se rige una secta. Según estas indicaciones, la palabra *evangelio* significa o puede significar: *doctrina, escrito, ceremonia o rito, verdad, código moral*. ¿Cuál de estas acepciones es la acertada? Además, muchas veces identificamos *evangelio* con *vida de Jesús* y, en ese caso, evangelio viene a ser lo mismo que *historia*, en cuanto que nos da informaciones sobre Jesús, sobre las cosas que él dijo o hizo.

¿Por qué esta divergencia tan grande? ¿Está la causa en los evangelios o en nuestra manera de ver? ¿Pensaban quizás los primeros cristianos de la misma manera? ¿Existía ya entre ellos la misma confusión que entre nosotros?

En efecto, es muy diferente para la práctica de la vida considerar los evangelios como meros *escritos* o como simples *historias*; o bien como norma de *moral*, como criterio de *verdad* o como conjunto de *doctrina*; o bien como una simple lectura que se hace durante una *ceremonia* de la Misa. ¿O será, tal vez, otra cosa, que es algo así como la raíz de donde brotan estos diversos aspectos?

Por todo ello resultará muy útil investigar brevemente cómo nacieron los evangelios, cuál fue su origen. Este estudio nos podrá ayudar a tener una visión más exacta de los mismos.

Pasamos por encima de muchas cosas que están escritas allí, porque no tenemos los ojos bien abiertos. Si sabemos mejor cómo surgieron los evangelios, seremos capaces de descubrir y de corregir ese fallo. Será un enriquecimiento posible, hoy, para nuestra vida.

2. Algunas preguntas cuyas respuestas revelan otra mentalidad

Hacemos a continuación una serie de preguntas, cuyas respuestas tienen que buscarse en los evangelios. El resultado de esta investigación será sorprendente: ninguna pregunta tendrá una respuesta cierta. Es raro que se dé un acuerdo total entre los cuatro evangelios respecto al mismo asunto.

1. ¿Cuántos años duró la vida apostólica de Jesús, desde el bautismo de Juan Bautista?

2. ¿A quién se apareció primero Jesús, después de su resurrección, y dónde sucedió?

3. ¿Cuáles fueron las palabras exactas de la consagración del vino, que se usaron en la última cena?

4. ¿Cuáles fueron las palabras del centurión, al pie de la cruz, después de la muerte de Jesús?

5. ¿Cuál fue la ruta que siguió Jesús, en sus viajes a través de Palestina?

6. ¿Cuántas bienaventuranzas pronunció Jesús, al principio del Sermón de la Montaña?

7. ¿Cuántos días pasó Jesús en la tierra, después de su resurrección, hasta subir a los cielos?

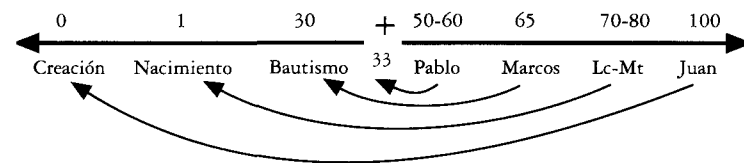
Las respuestas deberán buscarse simultáneamente en los cuatro evangelios. El que se tome este trabajo descubrirá que, según sea el evangelista, la vida apostólica duró menos de un año, más de dos años o hasta tres años. Verá que Mateo dice una cosa, Marcos otra, Lucas otra y Juan otra. Se dará cuenta de que, en ciertos asuntos, sólo uno o dos de los cuatro nos informan de algo. De este modo sigue habiendo dudas sobre las cosas más importantes: las palabras de la última cena, el Padrenuestro, la duración de la vida de Jesús, el recorrido de sus viajes, sus apariciones, sus discursos, sus hechos y sus milagros.

Todo esto da la impresión de que a los evangelistas no les preocupaban las mismas cosas que nos preocupan hoy a nosotros. Parece que no se interesan por dar una descripción minuciosamente exacta de las cosas, puesto que, de lo contrario, no habría tanta divergencia en materias tan importantes. Al escribir las cosas de la vida de Jesús, tenían una mentalidad distinta de la que nosotros solemos tener, cuando leemos los evangelios. Por eso resulta que no descubrimos todo el mensaje que ellos pusieron dentro del texto, ya que no nos colocamos en el mismo ángulo de visión que ellos, ante el contenido de los evangelios.

3. Comparación que nos revela otra dimensión en los cuatro evangelios

Los evangelios se escribieron varios años después de las cartas de san Pablo. Para que la gente conozca bien un escrito, tiene que conocer un poco el ambiente en que surgió. El ambiente en que surgieron los cuatro evangelios es aquel del que nos hablan las cartas de san Pablo, esto es, el que constituyen las comunidades fervorosas de cristianos que vivían en Palestina, en el Asia Menor, en Grecia o en Italia. Más o menos como la música popular: para que la gente llegue a comprender una música determinada, conviene conocer la época y la región donde se hizo. Es de lo que vamos a hablar ahora.

En este gráfico intentamos establecer una comparación entre las cartas de san Pablo y los cuatro evangelios. Se advierte cierta evolución en las cosas:



Las cartas de san Pablo se centran sobre todo en el «misterio pascual», es decir, en los acontecimientos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Hablan de Jesús y del evangelio casi en cada página. Pero dicen poco de las cosas que le sucedie-

ron a Jesús antes de su pasión, muerte y resurrección. Hablan de Jesús como de *Alguien* que está en medio de los fieles, como de *Alguien* que está *vivo*. Esta presencia viva y activa de Cristo, en medio de la comunidad, es para ellos el «evangelio», la gran «buena nueva». El fundamento de esta presencia es la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

El evangelio de san Marcos se interesa ya por las cosas que ocurrieron con Jesús antes de la pasión, puesto que empieza su narración con el bautismo de Juan Bautista, es decir, al comienzo de la vida apostólica de Jesús.

Los evangelios de Mateo y de Lucas, redactados después del de Marcos, extienden ya su interés y comienzan con la infancia y con el nacimiento de Jesús.

El evangelio de san Juan, el último, se remonta al comienzo del mundo y empieza con la frase: «Al principio ya existía la Palabra...» (Jn 1,1). Esta Palabra o Verbo de Dios es Jesucristo, que se hizo carne (Jn 1,14).

Por tanto, a medida que se va avanzando hacia el futuro, el interés por Jesucristo retrocede cada vez más hacia el pasado. De todo esto se saca la siguiente conclusión: la raíz del interés de los evangelistas no es la *doctrina*, ni la *historia*, ni la *verdad*, ni la *moral*, ni el *escrito* o la *ceremonia*. Su interés está en la persona de Jesús resucitado, vivo en medio de ellos. Para los primeros cristianos, Cristo no fue uno que murió, que resucitó y que luego se marchó a los cielos. Ellos, los primeros cristianos, cuando hablaban de Cristo, no miraban al pasado. Para ellos Cristo estaba allí, con ellos, en la vida, vivo como ellos, y ellos vivos gracias a él. El interés primordial estaba allí: en esa presencia amiga de Cristo en la vida. «Para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21). Si, a continuación, se intentó informar en los evangelios escritos sobre las cosas, los hechos, los discursos que ocurrieron y tuvieron lugar en el pasado, fue para dar, por medio de esas informaciones, un conocimiento mayor de Jesucristo, vivo en medio de ellos.

Es como cuando una persona traba amistad con otra. Lo que le interesa es la persona del otro. Pero a medida que va creciendo su amistad, surge el deseo de conocer mejor al amigo. Y esto se hace de manera muy natural, entrando en contacto con su familia, con sus padres, intentando conocer la vida que vivió, los estudios que hizo, la infancia que tuvo. Todo esto

no tiene más que una finalidad: conocer mejor al amigo, sus exigencias y aspiraciones, y profundizar en la amistad con el *hoy*. Así, las cartas de san Pablo y los Hechos de los Apóstoles, que nos describen la actitud que tomaron los primeros cristianos, desde el comienzo, ante Jesucristo, muestran cómo ellos se interesaban por Cristo y por su presencia en medio de ellos. Les bastaba esa presencia viva y amiga, que se había apoderado del corazón de todos. Eso era la buena nueva, el «evangelio».

Pero a medida que iba ahondando en ellos esa vivencia de la fe en Cristo, fueron queriendo saber más sobre él y empezaron a investigar su pasado y las cosas que dijo, hizo y enseñó. Les forzaban a ello las dificultades de la vida cristiana, ya que el encuentro con Cristo vivo había dado un nuevo rumbo a su vida, transformándolo todo, provocando en ellos una «conversión». Tenían que saber cómo portarse en la vida nueva que llevaban. Empezaron entonces a buscar en el pasado, no por causa del pasado en sí mismo, sino por causa del presente, donde ellos se las tenían que ver con sus dificultades y donde convivían con Cristo. Querían saber mejor lo que ese Cristo deseaba de ellos, quién era, de dónde venía, qué es lo que prometía. Este mirar al pasado alcanzó su punto más alto en el evangelio de san Juan, que retrocedió hasta antes de la creación del mundo (Jn 1,1), iluminando así el significado de Jesús, vivo en medio de ellos, no sólo para los cristianos, sino también para todos los hombres y para el universo entero.

Por consiguiente, el que se pusiera a leer los evangelios sólo para encontrar en ellos *historia*, *doctrina*, *verdades*, *moral* o algunos elementos para las *ceremonias*, no leería los evangelios con los mismos ojos con que fueron escritos. La lectura de los evangelios supone algo en aquel que los lee, a saber: una convicción de amistad con Cristo vivo hoy, en el siglo XX. Tenemos que leer los evangelios para conocer a ese Cristo y para saber lo que él pide hoy de nosotros.

El evangelio, la «buena nueva» no es, en primer lugar, doctrina, ni ceremonia, ni un libro; no es moral ni historia; no son verdades. Es Alguien, Jesucristo. «Para mí la vida es Cristo». Esto es la raíz; lo demás es sólo ramas y hojas. Sin raíz, lo demás se seca y se pudre. Pero la raíz tampoco existe sin ramas ni hojas.

La *doctrina* sólo tiene sentido en la medida en que guarda relación con la persona de Cristo, de quien nace. De lo contrario, se convierte en un conjunto abstracto de verdades muy bonitas, sin que la gente sepa para qué sirven.

La *moral* cristiana sólo tiene sentido y sólo es cristiana, en la medida en que guarda relación con ese amigo vivo y presente en nuestra vida. De lo contrario, se puede convertir en un conjunto de prescripciones odiosas. Por estar comprometido con Cristo es por lo que el cristiano hace las cosas que tiene que hacer.

La *historia* sólo despierta interés porque habla de una persona amiga. ¿Quién está interesado en querer enseñar a todo el mundo la historia, por ejemplo, de Julio César?

Las *ceremonias* sólo tienen sentido cuando existe amistad con la persona a las que se dirigen. No se celebra el cumpleaños de una persona desconocida. Pero, cuando se trata de un amigo, no falta nadie.

El *libro* sólo tiene sentido en la medida en que habla de la persona. No se conservan fotografías de personas que no se conocen.

Finalmente, la *verdad* sólo tiene sentido porque hace saber algo sobre el amigo. Es una expresión de la convicción que me liga con él.

La raíz y el tronco de donde todo procede es la persona de Jesucristo. Él es quien provoca el interés. Sólo la persona es capaz de llevar a una conversión y a una transformación; no la pura doctrina. El evangelio, antes de ser un libro escrito, es una realidad viva y personal. Los escritos, compuestos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, lo único que desean hacer es iluminar este Evangelio vivo. Si no hubiera este evangelio vivo en la vida, los cuatro evangelios servirían de muy poca cosa. Serían como las cuerdas de un violín sin la caja de resonancia, como el mapa geográfico que traza los contornos de una región que no existe. Serían algo ficticio.

Quizás sea ésta una de las causas de la crisis actual: nos falta la vida de la raíz, insistimos demasiado en las ramas, cuya vinculación a la raíz no acaba de verse con claridad. Una «noticia» se hace «buena», cuando corresponde a una expectativa que existe dentro de nosotros. El que lo tiene todo, el que no siente la falta de nada, el que vive totalmente satisfecho, no recibe ninguna buena noticia, ya que no espera nada. En él

no existe nada que pueda vibrar. Por eso, tal vez, el hecho de vivir tranquilos y bien acomodados, en una religión que nos agrada, creyendo que todo está bien, es el motivo de que haya dejado de ser «buena noticia» para nosotros la «noticia» de que Cristo vive en medio de nosotros. Hasta se ha vuelto «incómoda», porque despierta nuestra atención sobre los fallos y los límites de nuestra vida personal y social que a nosotros nos gustaría ignorar. En ese caso, esta «buena noticia» se vuelve contra nosotros y se convierte en motivo de juicio, como lo fue para los fariseos (cf. Jn 3,19-21).

4. Comparando los cuatro evangelios entre sí

Existe otro aspecto curioso en los cuatro evangelios que merece nuestra atención y que puede ayudarnos a comprender mejor su finalidad en relación con nuestra vida. Muchas de las frases, discursos, hechos y milagros de Jesucristo se narran al mismo tiempo en los cuatro evangelios o, al menos, en los tres evangelios llamados *sinópticos* es decir, en Mateo, Marcos y Lucas. Comparando bien estas descripciones, se advierten algunas diferencias, como señalábamos anteriormente. He aquí algunos ejemplos:

El Padrenuestro: san Mateo lo pone como parte del Sermón de la Montaña (Mt 6,9-13), mientras que san Lucas lo pone en otra ocasión (Lc 11,1-4). ¿Quién tiene razón? Mateo tiene una preocupación catequética; escribe, por así decirlo, para ayudar a los profesores de religión; por eso facilitó las cosas y juntó en un solo discurso todo lo que se refería al tema de la oración (Mt 6,5-15).

La parábola de la oveja perdida es presentada por Mateo como expresión del celo apostólico (Mt 18,12-14) y por Lucas como expresión del amor misericordioso de Dios, que va en busca de los pecadores (Lc 15,3-7).

La transfiguración: Mateo habla del rostro resplandeciente como el sol y de la nube luminosa (cf. Mt 17,2.5). Esto recuerda a Moisés, cuando en el monte Sinaí, envuelto por la nube luminosa, se le puso el rostro resplandeciente y dio la antigua ley al pueblo. Mateo quiere presentar entonces a Jesús como un nuevo Moisés, que da la nueva ley a los hombres. La ley es el mismo Jesús, presentado por el Padre que dice: «Éste es mi

Hijo amado, en quien me complazco; escuchadlo» (Mt 17,5). Por su parte Lucas, al hablar de la transfiguración, dice que Elías y Moisés hablaban con Jesús sobre su pasión y muerte (Lc 9,31) y menciona el sueño de los apóstoles (Lc 9,32): está pensando en la agonía del huerto, donde Jesús se enfrenta con su pasión mientras los apóstoles dormían (cf. Lc 22,40-46). La pasión de Cristo empezó en el momento en que él decidió sufrir, con ocasión de la transfiguración*.

Así podríamos seguir multiplicando los ejemplos. Lo que importa saber es lo siguiente: a los evangelistas no les interesa transmitir materialmente las palabras de Jesús. Eso les interesa sobre todo a los lectores que van a leer las palabras de Jesús. Lo que hay que hacer es captarlas en la vida. Por eso, cada evangelista presenta las cosas de la mejor manera que puede, para que sean captadas más fácilmente en la vida. La consecuencia es patente: no podemos leer los evangelios como si no tuvieran nada que ver con nuestra vida. No nos podemos limitar a explicar los textos y a pararnos en ellos. Es necesario vincularlos a la vida que vivimos.

Hay personas que piensan que la fidelidad consiste en conservar la verdad tal como está, sin cambiar nada. Y entonces se limitan a repetir las cosas. Si la verdad corresponde a las exigencias de la vida o no, eso es algo que les interesa muy poco. Lo que les interesa es que se mantenga la ortodoxia de la verdad. Se pierden en discusiones a veces inútiles. Pero todo esto sirve de poco, si no hay una reflexión de la verdad en la vida. Para los evangelistas, tener la fe verdadera significaba lo siguiente: estar dispuesto a transformar la vida para que fuera conforme con lo que Jesús pedía. La *fidelidad* no se limitaba tanto al contenido del «credo» que se profesaba como a las exigencias vitales de la misma. Por eso los evangelistas no se preocupan tanto de copiar exactamente, según el tenor verbal, las palabras y los hechos de la vida de Jesús, sino que lo presentaban de tal manera que el lector pudiera percibir que este hecho o esa palabra tenía algo que ver con su vida.

Los que leen los evangelios solamente para instruirse y no para vivir, están fuera del objetivo del evangelio. La primera preocupación de los evangelistas era: insertar el mensaje de

* Sobre la transfiguración, cf. el capítulo 15.

Cristo en la vida de los lectores. Dado que los lectores de Asia eran diferentes de los lectores de Italia o de Palestina, cada evangelista presentaba las cosas de la vida de Jesús de manera diferente. Su preocupación no era la historia o el pasado, sino la vida presente de los cristianos. No parece que tuvieran mucho escrúpulo en modificar un poco el tenor verbal de las palabras de Jesús, con tal que el mensaje fuera percibido por los lectores.

Por eso establecieron una relación constante entre la «realidad de sus futuros lectores» y el «mensaje del evangelio»; por eso mismo, el que hoy lea los evangelios debe tener la misma preocupación: vincular la «realidad del lector» con el «mensaje expresado en los evangelios». Si así no lo hacemos, seremos como la persona que «escucha estas palabras y no las pone en práctica» (Mt 7,26).

5. Origen de los evangelios: del evangelio a los cuatro evangelios

Después de todo lo que hemos visto hasta ahora, podemos describir con más facilidad el origen de los evangelios. No hemos de imaginarnos que cierto día el Espíritu Santo bajó y llamó a aquellos cuatro hombres para que escribieran lo que él les iba a dictar. Es todo lo contrario. Jesús no mandó escribir nada, sino que mandó predicar y anunciar la buena noticia de su muerte y resurrección: se hizo hombre como nosotros, amigo de todos, para conducir a todos por el camino de la vida y mostrar a todos el sentido verdadero de la vida humana que vivimos. Tenemos la certeza de que será así, porque él resucitó y vive en los que creen en él. Ésta es la buena noticia; éste es el evangelio.

Era esto lo que los apóstoles predicaban y anunciaban a todo el mundo: Cristo está vivo en medio de nosotros para ayudarnos en el descubrimiento de un sentido para nuestra vida. Esta predicación comenzó el día de Pentecostés. Basta leer un poco los Hechos de los Apóstoles para formarse una idea de cómo fue. Muchas personas fueron acogiendo este mensaje, adhiriéndose a la persona de Jesucristo que les abría una nueva perspectiva en la vida. Esto se manifestaba concretamente en la vivencia del amor y de la caridad. Surgían así en todas par-

tes comunidades fervorosas de personas, que se llamaron «cristianos» (Hch 11,26), porque creían en Cristo.

Esta gente «cristiana» llevó a cabo un cambio radical en la manera de arrostrar la vida. Por eso tuvieron que plantearse un montón de problemas y de necesidades: ¿cómo comunicar esa fe a los demás (puesto que el que descubre algo bueno, se lo quiere comunicar a los demás)?; ¿cómo justificar su fe ante las acusaciones de los otros, judíos y paganos?; ¿podemos y debemos seguir observando la ley antigua?; ¿cómo resolver los problemas internos de la comunidad?; ¿tendremos que recurrir en esos casos a los tribunales civiles?; ¿cómo organizar nuestro culto?; ¿cómo celebrar en común estas cosas que nos animan y que siguen constituyendo la alegría de nuestra vida? ¿Cómo deben ser las relaciones dentro de la comunidad? Y, sobre todo, después de haberse adherido a Cristo, nació en todos ellos un gran amor a su persona y un deseo de conocerlo mejor a él y la función que representaba en el plano de Dios.

Querían respuestas a todas estas preguntas tan concretas que se referían a su vida cotidiana. Recurrían a los apóstoles y éstos les recordaban las cosas que había dicho y hecho Jesús. De esta manera, empezó a circular dentro de la comunidad de los cristianos un gran número de narraciones sobre Jesús: trozos de discursos, relatos de milagros, descripciones de los hechos de su vida, frases sueltas dichas por él en diversas ocasiones.

Con estas narraciones, obtenidas de los apóstoles como respuestas a sus preguntas, los cristianos intentan orientarse en su vida nueva. Poco a poco, como siempre ocurre, algunos empezaron a hacer colecciones de frases de Jesús, para facilitar de esta manera su memorización y su conservación. Otros hacían colección de sus milagros; otros intentaban catalogar las discusiones que surgieron entre Jesús y los fariseos (ya que servían para resolver las discusiones que tenían ellos mismos con los judíos).

Cuando, finalmente, los apóstoles empezaron a desaparecer, muriendo uno tras otro, nació entre los cristianos el deseo de fijar por escrito todo aquello que corría de boca en boca sobre la vida de Jesús, que les habían transmitido los apóstoles. Y así, finalmente, cuatro personas, en lugares y en épocas diferentes, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, decidieron coleccionar en una obra, cada cual por su cuenta, lo que pudieron recoger y

recordar sobre Jesús (cf. Lc 1,1-4). En todo aquel trabajo nuestra fe reconoce la acción del Espíritu Santo, hasta el punto de ver en la palabra de esos evangelios la Palabra de Dios.

Todo esto demuestra que los evangelios no solamente describen las cosas de la vida de Jesús, sino que reflejan igualmente la preocupación de los primeros cristianos de encontrar respuestas para sus problemas de cada día, relacionados con la vivencia de su fe. Si no hubiera existido este interés de los primeros cristianos por vivir la fe en la práctica de la vida, jamás se habrían escrito los evangelios.

6. Respuesta a la pregunta inicial

¿Tendría razón o no la definición que nos habría ofrecido ese supuesto diccionario? ¿Cómo definir el evangelio? ¿Como doctrina, como escrito, como ceremonia, como moral, como verdad o como historia? Ya hemos dado la respuesta, que podría presumirse de la siguiente manera. El evangelio es ante todo una nueva *vida*, nacida en el hombre por su adhesión a Jesucristo. Ésta es la gran *verdad*, que provoca una conversión, que tiene a su vez como consecuencia un nuevo comportamiento *moral*. Reflexionando sobre esta realidad se descubre la *doctrina*; fijándola por escrito surgió el *libro*; y celebrando esta vida comunitariamente surge el culto con la *ceremonia* de lectura de los evangelios. El fundamento de todo esto es la *historia* de Jesús de Nazaret, que nació y vivió más o menos durante 33 años, fue asesinado y resucitó. Ahora sigue estando presente y activo en aquellos que se abren a él en la fe. La historia es el fundamento, pero no sólo la historia de Jesús. También lo es nuestra historia de hoy. Ésta tiene que mostrar la veracidad del evangelio en el que creemos. De nada sirve hablar mucho, si nada de eso aparece en la vida, si no resucitamos nosotros a una vida nueva, visible para todos.

El Sermón de la Montaña: ¿Consejo, ley o ideal?

1. Algunos datos para situar el discurso de Jesús

El llamado «Sermón de la Montaña» se encuentra en los capítulos 5 a 7 del evangelio de Mateo. Se le llama Sermón de la *Montaña*, porque, según Mateo, Jesús utilizó como púlpito un montículo que había allí. Dice el evangelio: «Al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó, y se le acercaron sus discípulos. Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras» (Mt 5,1). De esta manera tan sencilla, el evangelista describe el telón de fondo donde va a aparecer el letrero luminoso de las palabras revolucionarias del Sermón de la Montaña, para que todos lo lean, lo escuchen y lo mediten.

El Sermón de la Montaña es el primero de los cinco grandes discursos de Jesús en el evangelio de san Mateo. Mateo reúne en él todo lo referente a la entrada en el reino de Dios: quién puede entrar en el Reino, cuáles son las condiciones, qué comportamientos hay que adoptar dentro de ese Reino. Los otros discursos hablan respectivamente de la difusión del Reino a través de la predicación de los apóstoles (Mt 10), del «misterio del Reino», presentado por medio de parábolas (Mt 13), de la convivencia mutua dentro del Reino (Mt 18) y de la realización final del Reino (Mt 24-25).

El Sermón de la Montaña se divide en tres partes: 1) Las bienaventuranzas (Mt 5,1-12), que indican cuáles son los miembros del reino de Dios; 2) las actitudes que han de tomar los hombres que forman parte del Reino (Mt 5,13-7,12); 3) conclusiones finales (Mt 7,13-27), donde Jesús insiste fuertemente en la acción y no solamente en la mentalidad o en la intención.

En cuanto a las actitudes que se describen en la segunda parte, pueden dividirse de la siguiente manera: 1) la función de los miembros del Reino en el mundo: ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5,13-16); 2) el espíritu que los anima debe ser diferente del espíritu que anima a los fariseos (Mt 5,17-20); 3) por medio de seis ejemplos-contrastes, Jesús define la actitud del cristiano ante el Antiguo Testamento (Mt 5,21-48); 4) Jesús define con qué espíritu hay que practicar los tres grandes ejercicios de piedad: la limosna, la oración y el ayuno (Mt 6,1-18); 5) Jesús explica cuál debe ser la actitud ante los bienes de este mundo (Mt 6,19-34); 6) describe cómo han de ser las relaciones con los demás (Mt 7,1-5), con los que no aceptan el evangelio (7,6), con Dios (7,7-11). Termina con la llamada «regla de oro» (Mt 7,12).

2. Tres dificultades que surgen al que lee el Sermón de la Montaña

1. Da la impresión de que Jesús lo pone todo patas arriba: para él, la felicidad está con los pobres, con los tristes, con los humildes y perseguidos (Mt 5,3-12); dice que viene a completar la ley (Mt 5,17), pero manda observar cosas que parecen imposibles (cf. Mt 5,22.48).

2. Si el Sermón de la Montaña indica el camino que conduce a la felicidad, entonces deberemos pretender: no enfadarse con nadie (Mt 5,22), no insultar al hermano (5,22), marcharse de misa cuando alguien tiene algo contra mí, si no me he reconciliado antes (Mt 5,23-24), no mirar nunca a la mujer con deseo de poseerla (Mt 5,28), no jurar nunca (Mt 5,34), no mentir nunca y decir siempre la verdad (Mt 5,37), no resistir al que nos abofetea en una mejilla, sino presentarle la otra (Mt 5,39), entregar hasta la camisa al que quiere quitarme el chaleco (Mt 5,40), amar al enemigo (Mt 5,44), perdonar siempre (Mt 6,12), no hacer nunca nada para ser bien vistos por los demás (Mt 6,1), tener una confianza tan grande en Dios que hasta las palabras de la oración se vuelvan secundarias (Mt 6,5-8), no acumular dinero (Mt 6,19), escoger entre Dios y el dinero (Mt 6,24), no preocuparse de la comida, de la bebida o del vestido, y vivir como los pajarillos, sin angustiarse por nada (Mt 6,25-31), no juzgar nunca a nadie (Mt 7,1-2), portarnos con lo demás

lo mismo que nos gustaría que ellos se portasen con nosotros (Mt 7,12), y ¡hasta ser perfectos como es perfecto nuestro Padre celestial! (Mt 5,48). ¿Es posible observar todo esto? ¿Es posible que alguien llegue hasta el punto de poder decir: «¡Yo he hecho todo esto! ¡Soy perfecto como es perfecto Dios Padre!»?

3. San Lucas nos ofrece una versión de este mismo discurso. Pero es muy diferente del que figura en el evangelio de Mateo. Se encuentra en Lc 6,20-49: 1) No lo pronuncia Jesús en la montaña, sino en el llano (Lc 6,17); 2) no tiene más que cuatro bienaventuranzas, y no ocho como Mateo (Lc 6,20-22); 3) además, tiene cuatro maldiciones, que están ausentes en Mateo (Lc 6,24-26); 4) omite muchas de las cosas que se dicen en Mateo, por ejemplo: no registra el Padrenuestro (lo deja para otra ocasión), no trae ninguno de aquellos ejemplos-contrastes, no dice nada de la sal de la tierra y de la luz del mundo (lo dice en otro lugar), etc. ¿Se trata realmente del mismo discurso? Y en ese caso, ¿cuál de los dos evangelistas tiene razón?

3. Soluciones ya propuestas

En cuanto a la primera dificultad: «Jesús lo pone todo patas arriba», esto no vale sólo para el Sermón de la Montaña, sino para otras muchas de las cosas que dijo: los últimos serán los primeros y los primeros serán últimos (Mc 10,31); el menor es el mayor (Lc 9,48); para poder ser el mayor, hay que hacerse servidor de todos (Mt 23,11); perder la vida para poder ganarla, pero pierde la vida quien quiere ganarla (Mt 16,25); los pecadores, los publicanos y las prostitutas tienen preferencia sobre los fariseos, los justos, para entrar en el Reino (Mt 21,31), etc. Estamos tan acostumbrados a estas palabras, que ni siquiera nos fijamos en el peligro que encierran para nuestra seguridad, que se apoya en unas cosas y en unos valores que nosotros mismos hemos construido y asentado. ¡Las hemos oído ya tantas veces! ¡Y son tan pocas las personas que las toman en serio!; dan la impresión de que ni siquiera son serias. Conservamos las palabras de Jesús de la misma manera como se conservan en algunos museos las espadas y los cañones: muy bonitos para ver y observar, pero ya no ofrecen ningún peligro. Quedaron neutralizados. Pasa como con el crucifijo en muchos países. Está en todos los rincones de la casa, en las tiendas, en

los quioscos, en las gasolineras, en el parlamento, en los juzgados, en las escuelas... Forma parte del conjunto, como forma parte de la comida el café que la gente se toma tras los postres. Ya no nos damos cuenta de que se trata de un hombre torturado y legalmente asesinado por causa de un ideal que él defendió con su vida. Así también, es como si las palabras del Sermón de la Montaña estuvieran enmarcadas en un cuadro muy bonito y conservadas en medio de algodones. La palabra de Dios, esa espada de dos filos (Heb 4,12), ya no corta. Su acción ha quedado controlada y neutralizada. Ya no molestan a nuestra conciencia. Hacemos con las palabras de Cristo lo mismo que hace hoy la prensa con las ideas nuevas que surgen: se apodera de ellas y se las tira al mundo. En ese momento, la idea nueva dejó de molestar, porque empezó a servir a los intereses de los que no quieren verse molestados por ella. Esa solución, frecuente y fácil, reduce la palabra de Cristo al tamaño de la nuestra.

En cuanto a la segunda dificultad: «¿Es posible observar el Sermón de la Montaña?». Ya hace tiempo que los cristianos se plantearon este problema e intentaron darle alguna solución. He aquí algunas de las soluciones propuestas desde el pasado hasta hoy:

1. *El Sermón de la Montaña es sólo para una pequeña élite.* Hay gente que piensa de la siguiente manera: «Lo que Jesús manda en el Sermón de la Montaña no puede ser para todos. ¡Es imposible!». Por eso piensan que el Sermón de la Montaña debe entenderse, no como una ley universal, válida para todos, sino como un *consejo*, destinado a los más esforzados que sientan la vocación para eso. Esta pequeña élite se compondría de los obispos, sacerdotes y religiosos y de algún que otro laico. Para el pueblo común bastarían los diez mandamientos, ¡que ya es bastante! No se podría exigir a todos los laicos lo que Jesús afirma en ese discurso. Esta opinión es muy común entre los católicos, si no como teoría oficial, al menos como práctica.

2. *El Sermón de la Montaña debe ser explicado y observado como cualquier ley.* Jesús es un doctor de la ley. Habría venido a codificar de una forma nueva los mandamientos de la ley de Dios. Por otro lado, él mismo dijo que no había venido a abolir la ley, sino a completarla (Mt 5,17). Por consiguiente, el Sermón de la Montaña es una *ley* y debe explicarse como cualquier otra ley. Pues bien, ante una ley, no sirve de nada lamen-

tarse y decir: «¡Esta ley es demasiado difícil para mí!». Delante del tribunal no vale la disculpa: «Yo no conocía la existencia de esa ley», o: «No observé esa ley porque la considero imposible para mí». Todo ciudadano tiene que actuar de tal manera que esté siempre dentro de la ley o que la ley esté a su favor. Entonces, el juez no puede hacer nada contra él; y él, por la observancia fiel de la ley, puede defenderse contra el juez. De esta manera, la observancia del Sermón de la Montaña empezó a ser, para muchos, un medio para defenderse contra Dios, el legislador. Empezaron a hacerse estudios profundos: ¿qué hacer para que los cristianos no se sientan condenados por lo que está escrito en este discurso?, ¿qué hacer para que lo que allí se ordena sea observado en su totalidad?, ¿qué hacer para que el cristiano pueda tener siempre la conciencia tranquila de estar siempre dentro de la ley y de tener la ley a su favor? La exageración de esta postura hizo que no pocos cayeran en lo que se llama legalismo y casuística. El Sermón de la Montaña sería como aquel programa de la televisión que dice: «¡El coche es suyo! ¡Lléveselo ahora mismo», o sea: «¡El reino de Dios es suyo! ¡Felices vosotros, los pobres!» (Mt 5,3). Pero en los dos casos, las condiciones son tan difíciles que ni el coche ni el Reino saldrán nunca del escaparate. ¡Todo queda en promesas y nada más!

3. *El Sermón de la Montaña es para provocarnos a la penitencia.* Lutero intentó observar el Sermón de la Montaña como si fuera una ley. Pero no lo consiguió y se preguntó: «En definitiva, ¿para qué vino Cristo? ¿Para facilitar o para dificultar la salvación? ¿Para abrir una esperanza o para hundirnos en la desesperación?» Lutero se dio cuenta de que nunca sería capaz una persona de observar lo que Cristo manda en ese discurso, por mucho que se esforzase. Pero entonces, ¿para qué hizo Cristo el Sermón de la Montaña? Lutero ofreció la siguiente respuesta: Por el Sermón de la Montaña Jesús intentó convencer a los hombres, de una vez para siempre, de que nosotros, por nosotros mismos, jamás conseguiremos realizar lo que Dios debería exigir de nosotros. Si Dios fuera a exigir todo eso, podríamos desistir y comprar billete directo hacia la condenación, ida solamente. Para que esto se grabase bien en nuestra mente, Cristo expuso este ideal divino en el Sermón de la Montaña.

Allí se describe lo que deberíamos ser, pero que no somos ni conseguimos ser. Jesús habría propuesto lo imposible a pro-

pósito. El Sermón de la Montaña serviría para quebrar el orgullo del hombre ante Dios. Su finalidad sería doble: primero, ante tales exigencias el hombre tiene que desesperar de poder alcanzar la salvación por su propio esfuerzo; tiene que reconocer su debilidad y su incapacidad radical para subir él solo la escalera del cielo. Y en segundo lugar, el Sermón de la Montaña debe llevar al hombre a echarse en brazos de la misericordia de Dios y decir, junto con el publicano: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador» (Lc 18,13). El hombre tiene que esperar su salvación únicamente de Dios y no de su propio esfuerzo. Dios la *prometió* y con ella se *com-prometió*. Dios no falla. Por eso, no hemos de fiarnos de nuestras propias fuerzas, ya que éstas no tienen ningún poder adquisitivo. El Sermón de la Montaña serviría solamente para conducir al hombre a Cristo y para que reconociera en él a su único Salvador.

4. *Jesús no dio una ley, sino que enseñó una mentalidad.* Se trata de una opinión que hoy va siendo aceptada por muchos. Por medio de una enseñanza concreta, utilizando ejemplos y hechos, Jesús estaría enseñando una nueva mentalidad. Por ejemplo: «Todo el que se enfade con su hermano será llevado a juicio» (Mt 5,22), no sería una ley coercitiva, ni siquiera llegaría a ser ley, sino sólo una manera concreta de decirnos que los que creen en Jesús deberán tener tal mentalidad que será inconcebible la más pequeña falta contra la caridad.

Es muy diferente considerar el Sermón de la Montaña como *ley*, como *consejo*, como *mentalidad*, o como *exigencia real pero imposible*. Esta divergencia de opiniones muestra por sí misma que no se trata de un problema fácil de resolver. Más adelante veremos qué hay que pensar de todo esto. Pero estas opiniones han tenido mucha influencia en la vida de los cristianos y todavía hoy siguen influyendo en la vidas de muchos.

Dijeron: «¡Es una ley!». Y el resultado fue toda aquella serie infinita de reglas y observancias, impuestas en nombre de Cristo, que dejaron a muchas personas angustiadas, con rabia durante toda su vida, sin entender nada del amor de Dios y del sentido de la vida. Para esas personas, el Evangelio —es decir, la «buena noticia»— solamente tenía de «buena» noticia el nombre y nada más. En vez de paz y tranquilidad, causaba y sigue causando angustia y desesperación de conciencia. Por eso hay muchos que no quieren saber ya nada de la religión.

Dijeron: «¡Es un consejo!». Y el resultado fue aquella actitud tan común de hablarle al pueblo solamente de la moral de los diez mandamientos. El pueblo se quedó sin saber nada o sabiendo muy poco del reino de Dios. No se sentía atraído por la promesa del evangelio. Actuaba más bien por interés y por miedo. No quería perderse el cielo, después de la muerte.

Dijeron: «¡Es un medio para provocar el arrepentimiento!». Y el resultado fue aquella actitud del cristiano que no ve delante de sí el terreno que pisa y que sólo mira hacia el cielo, esperando que ocurran las cosas sin participar para nada en ellas. Dios tenía que hacerlo todo; la acción del hombre no servía para nada. Muchos cristianos dejaron de percibir la vinculación entre el evangelio y la vida con vistas a la transformación del mundo. Para ellos, el mundo no cuenta, no sirve de nada, no da para comprar el cielo.

No lo dijeron, pero lo pensaron: «¡Son solamente palabras bonitas!». Y el resultado fue que la religión y la fe se convirtieron tan sólo en un adorno bonito alrededor de la vida. Se quedaron al margen sin molestar realmente a la conciencia de los hombres. La fe se separó de la vida y la vida se separó de la fe.

Dijeron: «¡Se trata de una mentalidad!». Y el resultado fue aquella actitud vaga e indefinida: cada cual sigue su impulso, con plena libertad. Se niega la necesidad de estructuras y de normas; nada de eso pertenecería al evangelio.

No es fácil encontrar el ángulo de visión desde el que sea posible apreciar y percibir toda la profundidad del mensaje que encierra el Sermón de la Montaña.

En cuanto a la tercera dificultad: «¿Por qué Lucas presenta un discurso tan diferente?». La respuesta se dio ya, en parte, en el capítulo anterior. Bastarán algunas observaciones. Mateo escribe para los judíos convertidos. Por eso, juntó frases y pronunciamientos de Jesús que ofrecieran una síntesis del mensaje del evangelio, accesible para todos. Así se comprende la continua confrontación entre lo antiguo y lo nuevo, en el capítulo 5. Les interesaba a todos los judíos convertidos.

Lucas escribe para los paganos convertidos. A éstos no les interesaba tanto la confrontación entre la moral de Jesús y la moral del Antiguo Testamento. Por eso Lucas la omite por entero y conserva tan sólo lo que interesa a sus lectores. Hace como Mateo: sintetiza el pensamiento de Jesús, no para los judíos

convertidos, sino para los paganos convertidos. Unos y otros desean ser fieles al evangelio: el evangelio quiere «convertir», provocar un cambio de vida. Por eso, la fidelidad al evangelio implica que el mensaje de Cristo se presente de tal manera que toque a la persona en su vida concreta. Pues bien, la vida concreta de los paganos convertidos era distinta de la de los judíos convertidos. Por eso, la fidelidad exigía que las palabras de Jesús se presentasen de manera diferente a aquellas dos categorías de personas. Además, como ya hemos visto, conviene señalar que Mateo pensaba en los «profesores de religión». Generalmente, los profesores de religión no tienen tiempo ni posibilidad de hacer una síntesis de la materia. Siempre andan buscando un manual, donde poder encontrar reunidas las cosas que se refieren a un mismo asunto. Mateo se encargó de esta tarea y presentó, en forma de discurso, todo lo relacionado con el comportamiento necesario para que uno pudiera formar parte del Reino.

4. La vida de una persona explica y da sentido a las palabras que pronunció

En medio de tantas opiniones divergentes, no resulta fácil determinar cuál fue exactamente el pensamiento de Jesús. El exegeta corre siempre el peligro de presentar sus propias ideas como si fueran las de Jesús. Entre tanto necesitamos obtener algunos criterios que nos ayuden a ver con claridad, a fin de que podamos orientar nuestra vida. Para que lo que vamos a exponer no sea solamente un pensamiento nuestro, sino que corresponda a lo que nos dice el evangelio sobre Jesús, creo que es preciso situar el Sermón de la Montaña dentro del ambiente general de la vida de Jesús y ver cómo vivió y practicó él mismo lo que enseñó y mandó. Su vida es la que nos va a dar la clave para abrir esta puerta de entrada en el Sermón de la Montaña.

Por ejemplo, Jesús dijo que no hemos de enfadarnos (Mt 5,22), pero él mismo se enfadó en varias ocasiones (Mc 3,5). Llegó hasta el punto de hacer un látigo de cuerdas y expulsar a los comerciantes del templo (Jn 2,15). Dijo que nunca había que insultar a los otros; pero él mismo los insultó y usó palabras muy fuertes contra los demás: «hipócritas» (Mt 23,13.15),

«sepulcros blanqueados» (Mt 23,27), «hijos de asesinos» (Mt 23,31), «serpientes, raza de víboras» (Mt 23,33). Dijo que había que ofrecer la otra mejilla, cuando alguien abofetea la derecha (Mt 5,39). Pero él mismo, cuando recibió una bofetada durante su comparecencia ante Anás (Jn 18,22), no ofreció la otra mejilla, sino que, al contrario, protestó con energía y reaccionó con firmeza: «Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Jn 18,23). Dijo que no había que preocuparse de la comida, de la bebida o del vestido, pero él mismo tenía el grupo de los doce apóstoles que cuidaban de ello (Mt 16,7), y había un grupo de señoras que «le asistían con sus bienes» (Lc 8,3). Dijo que no había que juzgar a los demás (Mt 7,1), pero él mismo juzgó a los otros, cuando dijo al pueblo a propósito de los fariseos: «Obedecedles y haced lo que os digan, pero no imitéis su ejemplo, porque no hacen lo que dicen» (Mt 23,3).

Pues bien, no podemos ignorar estas actitudes de la vida de Jesús a la hora de explicar las palabras que pronunció. Es la vida la que nos va a poder explicar el sentido verdadero de las palabras. La vida vivida y la palabra hablada son como la caja de resonancia y las cuerdas del violín: forman una unidad inseparable, la unidad del violín que transmite la música y el mensaje del Sermón de la Montaña hasta nosotros.

Por otra parte, sucede hoy con el Sermón de la Montaña lo mismo que sucedió con la persona de Jesucristo: muchas opiniones, y de las más divergentes, pero ninguna parece expresar la realidad. Todo el mundo da su opinión, pero ninguno acierta: no es una ley, no es para una élite, no es para hundirnos en la desesperación, no es sólo un cuadro para enmarcar, no es sólo una mentalidad... Pero entonces, ¿qué es?

Lo mismo sucedió con Jesús. Todo el mundo lo conocía, había oído hablar de él y daba su opinión sobre él. Algunas opiniones eran incluso muy bonitas, pero muy parecidas a las pompas de jabón: estallan cuando se las toca. Una vez reunió Jesús a sus discípulos para hacer un análisis de las opiniones del pueblo sobre él: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Mc 8,27). Un resultado decepcionante: nadie acertó. Unos decían que era Juan Bautista o Elías, otros opinaban que se trataba de un profeta (Mc 8,28). Y recogiendo las opiniones diseminadas por los evangelios y otros escritos del Nuevo Testamento se advierte la gran variedad de juicio emitidos sobre Jesús y sobre

su mensaje: «un hombre de Dios» (Jn 3,2), «un agitador que alborota al pueblo» (Lc 23,2), «el profeta Jeremías» (Mt 16,14), «el profeta prometido que tenía que venir» (Jn 6,14), un peligro para la seguridad del pueblo (cf. Jn 11,47-50), un destructor de las sagradas tradiciones (Mt 26,61), «un hombre que no viene de Dios, porque no observa el sábado» (Jn 9,16), «locura y escándalo» (1 Cor 1,18.23), «un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11,19), «el Mesías o el Cristo» (Mc 8,29). En el fondo, todos juzgan a Cristo a partir de lo que ellos mismos saben, de lo que son o quieren ser. Lo reducen al tamaño de sus propios pensamientos. Y Cristo no cabe allí dentro. No cabe dentro de los esquemas que nos montamos nosotros mismos. Más pronto o más tarde acaba rompiendo todos los esquemas: él es la total novedad.

Como se ve, con Jesús sucedió lo mismo que está sucediendo con el Sermón de la Montaña. ¿Cómo es que ninguno acertó? Quizás nos ayude a comprender el problema un ejemplo vulgar: una persona del campo fue a la ciudad y allí vio por primera vez un avión, «una caja de hierro, con alas, que se levantaba ella sola del suelo y se ponía a volar». Al volver a su aldea, donde nunca habían visto un avión ni habían oído hablar de ello, intentó explicar a los demás qué era un avión. Luego, cada uno se puso a preguntar, para ver si había comprendido bien: «¿Vuela?» – «Sí que vuela, pero no bate las alas» – «¿Hace ruido?» – «Sí que hace ruido, y mucho; pero el ruido no le sale del pico» – «¿Tiene pico?» – «Sí que lo tiene, pero no lo abre» – «¿Come y bebe?» – «Bebe una cosa que se llama gasolina, pero no tiene estómago?» – «¿Hace la digestión?» – «Parece que la hace, porque toda la bebida se mete dentro de él, pero no tiene tripas» – «¿Sube él solo?» – «Sube solo, pero no tiene vida» – «¿Pero cómo es eso, señor Pepito?» Nadie fue capaz de hacerse una idea del avión. El señor Pepito intentó comparar el avión con cosas que su pueblo conocía. Pero el avión era una cosa tan nueva que no cabía en sus cabezas ni podía entrar dentro de las categorías familiares del pueblo. Solamente viendo y tocando el avión de cerca, se podría entender y comprender lo que eran aquellos aviones de los que hablaba con tanto entusiasmo el señor Pepito.

Eso mismo ocurrió con Jesús y sigue ocurriendo con el Sermón de la Montaña. Lo que apareció en la tierra, en la persona, en la vida y en las palabras de Jesús era tan nuevo y tan diferente,

que no cabía dentro de la cabeza del pueblo de aquel tiempo ni cabe dentro de la nuestra. Intentaron y seguimos intentando compararlo con cosas y personas que nos son conocidas: Juan Bautista, un profeta, un hombre de Dios, la ley, un motivo de desesperación, un consejo, una mentalidad, un marco... Pero estas ideas y estos conceptos nuestros no son capaces de llegar a la raíz, desde la que piensa, actúa y habla Jesucristo. No hay manera de comprender quién es Cristo y cuál es el sentido del Sermón de la Montaña, si sólo usamos los pensamientos que brotan de nosotros mismos. Damos una opinión y no acertamos. Es que, antes de Jesús, Dios no llegó nunca a hacerse tan humilde, tan cercano, tan humano, tan escondido en la vida. Era tan nuevo, que solamente viendo y tocando de cerca al mismo Cristo, conviviendo con él, podría haber cabido aquello en la cabeza del pueblo, para comprender quién era y cuál es el sentido del Sermón de la Montaña. Allí estaba y aquí está la clave para comprender y entender el Sermón de la Montaña. ¿Qué viene a ser entonces esa novedad que aparece en la vida de Jesús?

5. La novedad que aparece en la vida y en la palabra de Jesús

Vamos a analizar tres aspectos que podrán darnos alguna idea del ambiente dentro del cual hay que situar el Sermón de la Montaña.

1. La llegada de Jesús: Energía de Amor que transforma

Con la llegada de Jesús a los hombres, cambió algo. Estaba sucediendo algo nuevo. Jesús llega como si fuera el dueño: expulsa al usurpador (Lc 11,22), barre la casa (Lc 11,25), desbroza el terreno (Mt 3,12). La familia humana vuelve a encontrar la paz y el bienestar: los ciegos comienzan a ver y los cojos a andar, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen (Mt 11,5), la alegría de la felicidad vuelve a asomar en el rostro de los pobres (Lc 6,20-21), los marginados –las prostitutas, los pecadores y los publicanos– son admitidos de nuevo en la convivencia humana (Mc 2,16; Lc 7,36-50), las enfermedades se curan (Mt 8,16-17; Mc 6,56), la naturaleza deja de ser una amenaza (Mt 8,23-27) y sirve a los hombres (Lc 5,4-7), el hambre es vencida (Mc 6,30-44) y los hambrientos se sacian (Lc 6,21),

los muertos resucitan y desaparece la tristeza del luto (Lc 7,11-17; Mc 5,41-43), los pecados son denunciados (Mt 23,13-31; Jn 16,8-9) y perdonados (Mc 2,5; Lc 7,48), los débiles son acogidos sin recelo (Jn 8,1-11), se afianza la justicia (Mt 5,10-20; 6,33), se proclama la sinceridad (Mt 6,1-6; Mc 7,17-23), se anuncia la verdad (Jn 8,46), caen las barreras, los hombres se unen, un soplo de amor da nuevo aliento a la vida (Jn 13,34-35; Mt 11,28-30) y hace resucitar los huesos resecaos (cf. Ez 37,1-14). Como la tierra seca del desierto que renace bajo la lluvia, así la humanidad se renueva bajo la acción benéfica de Jesucristo. Algo cambió. Y cambió radicalmente: el pecado y el error son expulsados del mundo (Jn 1,29), cortados de raíz, ya que la culpa es reconocida (cf. Mc 1,5) y perdonada. Se quiebra y agoniza la fuerza del mal, herido mortalmente, ya que es expulsado el demonio (Lc 11,20; Jn 12,31; Hch 10,38; etc.). Los hombres quedan libres de toda forma de opresión (Lc 4,18) y renacen al bien, cuya victoria ya se hace vislumbrar (Jn 16,33). La venida de Jesús fue realmente una alegría para todo el pueblo (Lc 2,10). Todo esto comenzó a existir entre los hombres con la llegada de Jesús. Era la luz verde, esperada desde hacía siglos. Era la prueba de que había llegado el *reino de Dios* (Lc 11,20; 17,21; Mc 1,15).

2. La llegada de Jesús: Luz que confunde y provoca

Juntamente con el bien y el amor, aparecen también el mal y el odio. Jesús llega y divide a los hombres (Jn 7,43; 10,19). Todos se sienten afectados por su presencia y toman posición. Nadie es neutral (Lc 11,23). Su llegada es como un juicio (Jn 3,19-21): los que se enfrentan a la vida sin prejuicios ni intereses egoístas, los que aman la verdad, éstos se declaran a favor suyo y reconocen en él la voz de Dios (Jn 8,32; 18,37; Mt 11,25). Pero en los que falta este amor a la verdad, la voz de Cristo encuentra resistencias (Jn 8,43-44), se ve amordazada (cf. Jn 11,57), orillada (cf. Jn 9,22) y finalmente ahogada en la sangre de un asesinato, ratificado oficialmente por la ley (Jn 19,7).

Delante de Jesús, los hombres se definen. Jesús no hace nada para provocar su resistencia; es solamente una presencia humilde y firme de la verdad y del amor (Jn 8,39-40), y hace brillar esta luz sobre todos los escondrijos en que se ocultan los hombres. Revela así todas las flaquezas y todos los fallos y

denuncia sobre todo la falta de autenticidad y de sinceridad (Jn 8,45-47; 3,19-21; 12,46-50). Él despierta en los hombres la voz de la conciencia, adormecida bajo tantas leyes y prescripciones humanas. Los que tienen miedo de su conciencia reaccionan e intentan ahogar la voz de Cristo. Los que son sinceros, aceptan el juicio de Cristo y se adhieren a él (Jn 3,21; 6,68). Las aguas se van aclarando por una división más nítida entre buenos y malos. El juicio está en marcha (Lc 22,51; Mt 10,35). A pesar de la resistencia contra Jesús, él no se ve tocado ni vencido por los ataques de sus adversarios que lo llevan a la muerte: él sigue siendo soberanamente libre (cf. Jn 10,18).

3. La llegada de Jesús: Exigencia de cambio radical en la vida

Jesús provoca reacciones porque no pide licencia para actuar y para hablar, sino que obra y habla con una libertad desconcertante. Se presenta realmente como dueño de la situación. Viene con unas exigencias que jamás tuvo hombre alguno el coraje de presentar a los demás. Se sitúa a sí mismo como norma, criterio y fin de todo el obrar humano. Sólo él tiene la llave de la vida que lleva a la felicidad. Y no sólo tiene esa llave, sino que él mismo pretende serlo. Basta analizar sus afirmaciones: «Yo soy la puerta» (Jn 10,9); no existe otra puerta para la salvación. «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12); fuera de él no hay más que tinieblas. «Yo soy la verdad» (Jn 14,6), el resto es mentira (Jn 8,44). «Yo soy la vida» (Jn 14,6); no hay otro camino para evitar la muerte (Jn 11,25-26). «Yo soy el camino» (Jn 14,6); sin él la gente se pierde (Lc 11,23). «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,35); sin él la gente pasa hambre (Jn 6,35). Él es la fuente de agua (Jn 7,37-38); sin él la gente no logra apagar su sed (Jn 4,13-14).

Por amor a él, los hombres tienen que dejarlo todo (Lc 14,33); de lo contrario, no es posible ser discípulo suyo. Por amor a él, los hombres tienen que perder su vida (Mc 8,35); de lo contrario, no pueden poseer la vida. El que vaya tras él, tiene que cargar la cruz de cada día (Lc 9,23). Él está por encima de los padres y de los hermanos y no permite que nadie prefiera la familia a él (Lc 14,26). Dice que sólo él sabe algo sobre Dios (Mt 11,27) y que nadie puede llegar a Dios sin pasar por él (Jn 14,6). Y el mayor pecado consiste en no creer en lo que él dice (Jn 16,9). Al presentar estas exigencias, él no se explica ni se justifica. Cuando le piden una explicación, no

responde (Mc 8,11-12). Habla con autoridad (Mc 1,27), sin ser autoritario, puesto que siempre es «sencillo y humilde de corazón» (Mt 11,29).

6. El Sermón de la Montaña en la vida de Jesús

Quien quisiera explicar el Sermón de la Montaña sin tener en cuenta todo lo que hemos constatado en la vida de Jesús, no podrá comprender nada. En las cosas que acabamos de ver, se comprueba que en Jesús apareció algo nuevo entre los hombres, algo radicalmente nuevo. Era tan nuevo que los judíos, con todo el Antiguo Testamento, no consiguieron comprenderlo.

Jesús define esta novedad diciendo que se trata del *reino de Dios*. «El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15). Este *evangelio*, esta *buena nueva*, no consiste sólo en palabras, ni siquiera en las palabras del Sermón de la Montaña, por muy bonitas que sean. En él es donde está el REINO DE DIOS, o sea, *en él Dios es rey*. En él aparece lo que ocurre entre los hombres cuando alguien se abre a Dios y deja que Dios sea Dios en su vida. Allí cambia todo. Y cambia radicalmente en algo mejor. Esto es lo que hizo Jesús. Mostró con su vida que el hombre sólo puede ser *hombre*, sólo puede ser plenamente *humano*, cuando deja que Dios sea Dios en su vida, cuando se abre al reino de Dios, porque sólo entonces el hombre será plenamente lo que debe ser, según la intención de aquel que lo creó. Sólo Dios sabe lo que hay en el hombre y sólo él consigue hacer que *funcione* el hombre en su más alta potencialidad. Hizo esto por medio de Jesucristo. Por eso Jesús es *buena noticia* para todos los hombres, ya que corresponde exactamente a lo que los hombres desean.

Los que ven y escuchan estas cosas hacen nacer en su interior un deseo espontáneo: les gustaría participar de esto: ¿cómo debo obrar?, ¿qué debo hacer en este caso? La respuesta a esta pregunta se da en el *Sermón de la Montaña*, donde Mateo recogió todo lo que Jesús dijo en concreto sobre la vivencia y sobre el comportamiento de aquel que se decide a dejar que Dios sea Dios en su vida y que entra incluso a formar parte del *reino de Dios*. El Sermón de la Montaña es la expresión concreta de aquella *exigencia de cambio radical*, con la que se presenta Jesús; el

Sermón de la Montaña muestra hasta dónde puede llegar el hombre, cuando la *energía del Amor* empieza a transformar efectivamente su vida; el Sermón de la Montaña es la expresión de aquella *luz que confunde y provoca*, al confrontar a los hombres con su conciencia y al hacerles ver dónde está la causa de sus males. Por eso provoca las opiniones más antitéticas.

El Sermón de la Montaña es la expresión de la *novedad* que comienza a existir en la vida de los hombres cuando se abren a Dios. Es la expresión concreta de la conversión que se lleva a cabo en los que se adhieren a Jesucristo. Lo que se dice en el Sermón de la Montaña, nadie consigue observarlo con sus propias fuerzas, como nadie consigue entrar en contacto con Dios con sus propias fuerzas. Pero ¿de qué sirve, entonces, proponer una cosa imposible, que yo no puedo observar? Lo aclara una comparación. Nuestra vida es como el auto que compra la gente y en el que está escrito: kilometraje máximo, 200 por hora. El comprador entra en el auto e intenta alcanzar los 200 por hora, pero no lo consigue ni siquiera en recta cuesta abajo, pisando el acelerador hasta el fondo. No le es posible alcanzar el límite máximo indicado en el auto. Está hecho para 200 por hora, pero apenas consigue alcanzar los 140.

Lo mismo pasa con la vida. En el Sermón de la Montaña se indica el kilometraje máximo de la vida: «Ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Pero nosotros, con toda nuestra buena voluntad, pisando el acelerador hasta el fondo, corriendo en cuarta, en una bajada recta y larga, apenas conseguimos llegar a los 140 por hora. Nos convencemos de que es imposible llegar a los 200, que nos señala el Sermón de la Montaña. Pero entonces, ¿de qué sirve escribir en el coche de la vida: «velocidad máxima, 200 por hora»? Es que, cuando Dios mismo entra en la vida del hombre y cuando el hombre se abre a Dios y se pone en contacto con Jesucristo, adhiriéndose a él, entonces, por así decirlo, el hombre descubre que su automóvil tiene una quinta marcha, que le permite correr más deprisa que antes y alcanzar algún día los 200 por hora. Dentro de los hombres hay unas posibilidades y unas fuerzas dormidas que ni siquiera nosotros conocemos. Dios, que nos conoce, cuando entra en la vida, consigue elevar la capacidad del hombre hasta el máximo de sus posibilidades. Aquello que, humanamente hablando, parecía imposible —y de hecho era radicalmente imposible— se convierte ahora en una posibilidad real.

Algo semejante ocurre todos los días. Una sencilla amistad puede hacer que una persona descubra dentro de sí unas fuerzas y unas posibilidades que antes desconocía por completo y que jamás descubriría si no hubiese aparecido en su vida aquella amistad. Así, en el contacto de la amistad con Cristo, es decir, entrando en el reino de Dios, el hombre horada el suelo rocoso de su conciencia y llega a otras capas de petróleo dentro de sí, que ofrecerán una nueva y desconocida energía. La vida se dinamiza y adquiere un nuevo sentido. Se crea un ambiente nuevo. El Sermón de la Montaña pertenece a este nuevo ambiente de vida. Dentro de ese ambiente es donde puede leerse, explicarse y comprenderse, ya que sólo se observa allí dentro. Los que viven fuera de ese ambiente no entienden nada y se equivocan en sus opiniones, lo mismo que los judíos se equivocaron respecto a Cristo.

Por eso, a nuestro juicio, es absurdo exigir la observancia del Sermón de la Montaña a una persona que no sabe *quién* es Jesucristo, para el que Jesucristo y el santo ángel de la guarda son la misma cosa, para el que Jesús es tan sólo una idea. Sólo puede observar y sólo consigue observar el Sermón de la Montaña el que conoció a Jesucristo y se adhirió a él, es decir, el que tiene fe de hecho. Y lo mismo que una amistad es algo dinámico, también la transformación que produce la fe en la vida, los nuevos descubrimientos que va revelando y las fuerzas nuevas que despierta poco a poco, todo eso será algo progresivo y dinámico. El Sermón de la Montaña no es algo que se observa de un día para otro. Es un programa de vida. Es la expresión, cada vez más clara y nítida, de una adhesión interior que el hombre hizo a Jesucristo. Al adherirse a Jesucristo, él abre una puerta por la que se llega a Dios; y con el poder de Dios la vida se va transformando de acuerdo con lo que está escrito en el Sermón de la Montaña.

7. Discusión de las opiniones

El Sermón de la Montaña, entendido de este modo y visto dentro del ambiente total de la vida de Jesús, *no es una ley*. De una ley se informa la persona, intenta estudiarla, explicarla y observarla. En este sentido, el Sermón de la Montaña no es ley. De nada sirve estudiarlo y explicarlo, porque no es posible

observarlo como se observa una ley cualquiera. De nada sirven el juridicismo y la jurisprudencia, de nada sirven el legalismo y la casuística, tan apreciados por los fariseos. Eso desvirtuaría el Sermón de la Montaña y lo reduciría a ser una ley humana que habría que observar con un esfuerzo meramente humano. Desaparecería en ese caso todo el dinamismo de la *novedad*, del reino de Dios, que está en su raíz. Además de eso, el Sermón de la Montaña se convertiría en un peso insostenible. Y esto no es posible porque el mismo Jesús afirmó: «Mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,30). Jesús condenó a los fariseos que explicaban la ley de Dios como si fuera una simple ley humana (cf. Mt 23,4). Si así fuera, serían unos desgraciados los pobres y los ignorantes que no conocen la ley ni saben explicarla. Sin embargo, él llamó a los pobres «felices» y declaró que habrían de poseer el Reino (Mt 5,3).

No se puede admitir que aquel que dijo: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré; cargad con mi yugo y aprenden de mí, que soy sencillo y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras vidas» (Mt 11,28-29), haya dado a los hombres una ley que, en vez de descanso, no traería más que preocupaciones, angustias y escrúpulos. La preocupación, la angustia y el escrúpulo nacen donde el Sermón de la Montaña se desliga de la persona de Cristo y de su amistad, para ser explicado y observado como cualquier otra ley, con una mentalidad puramente jurídica. Sin embargo, no por eso Cristo puso las cosas fáciles en la vida. Todo lo contrario. Cristo supo llegar hasta el hombre tal como éste quiere ser tocado en su vida, abriendo un nuevo horizonte, despertando como respuesta el amor, el coraje, la capacidad de resistir, la esperanza, la iniciativa y la creatividad.

El Sermón de la Montaña *no es para provocar la desesperación* y para echarnos en brazos de la misericordia de Dios, como lo entendía Lutero. Pero la verdad es que el Sermón de la Montaña nos da una conciencia clara de nuestros límites y de nuestras debilidades. Muestra que, nosotros solos, somos incapaces de hacer lo que Dios quiere de nosotros. Pero, visto el contexto general de la vida de Jesús, el cristiano, detrás del Sermón de la Montaña y en su raíz, ve y encuentra a la persona de Jesucristo, percibe su amor y su amistad y descubre que, adhiriéndose a él, podrá llegar a observar lo que manda el Sermón de la Montaña. Y aquí faltan los criterios humanos para juz-

gar, como faltan los criterios humanos para explicar la vida de Jesús tal como la veíamos antes. Dios tiene otros criterios que confunden. Por otra parte, si fuera éste realmente el objetivo del Sermón de la Montaña, Cristo podría haberlo expresado con un poco más de claridad, ya que nada de eso se vislumbra en las palabras que hay allí. En ningún lugar se dice que el discurso sea para hundirnos en la desesperación y para arrojarnos en brazos de la misericordia de Dios, desconfiando de todo lo que hacemos. ¿Acaso Cristo quiere tratar a los hombres como aquel señor que mandó a sus empleados seguir un camino muy difícil y casi intransitable, hasta que cayeran desanimados y oyeran a continuación: «¿No veis que no podéis nada solos? ¡Subid al coche, que yo los llevaré hasta el destino final!».

El Sermón de la Montaña *no es para una pequeña élite* de curas y de frailes y de algún que otro laico muy esforzado. Es para todos. Jesús no habló sólo para los apóstoles, sino para «la gente» (cf. Mt 5,1-2). Jesús no pensó nunca en una religión elitista. En la medida en que todos van saliendo de su antiguo testamento y van encontrando a Cristo, irán cruzando el umbral del Sermón de la Montaña. La cuestión es saber si están ya todos en condiciones de entrar en el Nuevo Testamento. No es cuestión de decir: «Vamos a facilitar las cosas para el pueblo y dejar que observe sólo los 10 mandamientos». No tenemos ni derecho ni poder para eso. La cuestión es ayudar al pueblo a que se sitúe en el camino que los lleve de los 10 mandamientos al Sermón de la Montaña, mediante su adhesión a Cristo. Y en este sentido todos seguimos estando con un pie en nuestro antiguo testamento, intentando salir, bien o mal, para hacer que nazca en nosotros aquella planta nueva que nadie consigue explicar, porque viene de Dios, pero que todos desean en el fondo. Todos vamos caminando hacia la perfección: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

El Sermón de la Montaña *no es solamente para comunicar una nueva mentalidad*. El cristianismo no está hecho de ideas y mentalidades. Es «conversión», es decir, acción concreta. Sobre todo en el final del Sermón de la Montaña, Jesús insiste mucho en la necesidad de la acción. En vez de hablar de una mentalidad nueva, quizás fuera mejor hablar de una «fuerza nueva». El evangelio es como las perforadoras del suelo que buscan petróleo. Cuando uno encuentra una bolsa, el petróleo brota por sí solo, haciendo funcionar los coches y las máquinas. Así tam-

bién, el evangelio perfora el suelo de nuestro *yo* y hace descubrir, allí en el fondo, fuerzas nuevas de energías imprevisibles. Brotan, transformando la vida y haciendo funcionar la máquina de la sociedad hacia algo mejor. Esta perforación se hace mediante la «concienciación». La concienciación, en este caso, es la percepción del propio valor que tiene lugar cuando el hombre descubre la llamada de Dios dentro de sí. La llamada de Dios es como las raíces de los grandes árboles: se pierden en ramificaciones infinitas en el interior de la tierra, vasos capilares de gran fragilidad; pero, juntas todas ellas, hacen nacer el tronco que se enfrenta con las tempestades más fuertes. La llamada de Dios se hace, muy humildemente, en el sendero diario de de cada día.

8. Pistas generales para la interpretación del Sermón de la Montaña

De todo lo que llevamos dicho hasta ahora podemos sacar algunas conclusiones para entender mejor el Sermón de la Montaña.

El Sermón de la Montaña es el juicio que pronuncia Jesús sobre la vida humana: la vida humana, bien vivida, debería ser así. Es el ideal que él propone. Un ideal no se observa. La gente camina hacia él, intenta alcanzarlo. Será juzgado, no por el hecho de haber alcanzado el ideal, sino por haber caminado hacia él, con toda fidelidad.

La confrontación con el Antiguo Testamento (Mt 5,21-48) muestra lo siguiente: la ley del Antiguo Testamento, los 10 mandamientos, son los primeros pasos por un camino que, si la gente sigue caminando por él, la conducirá al tipo de vida que nos describe el Sermón de la Montaña y que, al final, termina en Dios.

Para el hombre que está todavía en el Antiguo Testamento, la exigencia de Dios se impone ya con la misma insistencia. Pero la diferencia con el Nuevo Testamento está en la percepción del alcance de esa exigencia para la vida. En el Antiguo Testamento, la exigencia divina se imponía como «no matar» (Mt 5,21). Si el hombre camina fielmente por ese camino de «no matarás», Dios se hará más cercano y se manifestará más, y el hombre, debido a esa percepción más clara de la amistad

de Dios con él, sentirá mejor las exigencias del «no matarás» para su vida humana y acabará reconociendo que Dios se le impone, con la *misma* insistencia, pidiéndole que «no se enfade». O sea, percibirá que sólo observa plenamente el «no matarás» aquel que supo arrancar del corazón la raíz del asesinato, que es la ira. Éste es el sentido de las frases difíciles de Mt 5,21-23 y de las siguientes. En Jesús, Dios llegó tan cerca de los hombres que quedó plenamente de manifiesto el alcance completo de las exigencias divinas para la vida humana. Y estas exigencias se resumen en el nuevo mandamiento del amor. Los 10 mandamientos son 10 pistas abiertas en la vida humana que quieren educar al hombre en el amor y en la entrega de sí mismo (Mt 7,12).

Las bienaventuranzas (Mt 5,1-12), que dan la impresión de ponerlo todo patas arriba, muestra que los criterios de Dios son distintos. Derriban y transforman nuestro mundo tan bien organizado según los criterios de nuestra seguridad personal y colectiva, criterios nuestros, nacidos en parte de la desconfianza fundamental de unos contra otros, de una nación contra otra. Por eso, los que ríen, los ricos, los grandes, todos los que tienen ventajas gracias a la organización terrena de este mundo, éstos, para Dios, no valen lo que se cree que valen ante el mundo. Cuando aparezca lo *nuevo*, todo cambiará. Por eso, «dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará; dichosos los humildes, porque heredarán la tierra; dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará; dichos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios». Las bienaventuranzas son la mayor amenaza que nunca se pronunció contra la humanidad cerrada en sí misma, preocupada de su seguridad. La mayor producción del mundo actual es la marginación. Y son precisamente esos marginados por la sociedad los que son declarados dichosos. Señal de que, cuando llegue el Reino, habrá cesado esa injusticia que hoy produce tantos marginados.

En el Sermón de la Montaña las relaciones con Dios se asientan en otras bases. No se fundamentan ya en lo que nosotros hacemos por Dios, sino en lo que Dios hace por nosotros. Por eso, en la limosna, en la oración, en el ayuno, la actitud tendrá que ser radicalmente distinta (Mt 6,1-18). El que crea que todo depende sólo de él, ése hará cuanto pueda por multiplicar las oraciones, creyendo que las palabras y las acciones tienen una

fuerza para mover a Dios. Pero el que percibe que está siendo sostenido gratuitamente por Dios, ése hará todo lo posible para mostrar su gratitud y pondrá su empeño no tanto en hacer obras como en atender al compromiso que Dios asumió consigo mismo de sostenerlo hasta la vida eterna. Le presenta a Dios el compromiso que Dios asumió. Y Dios no puede resistir esto. Por eso, su oración será siempre escuchada (Mt 7,7-11).

Estas nuevas relaciones con Dios llevan consigo unas nuevas relaciones con los bienes materiales (Mt 6,19-21.24). Es una cuestión de perspectiva o de ojos con los que se mira la vida y el mundo (Mt 6,22-23). Esta perspectiva, o estos ojos, ahora son otros, puesto que a la luz de Dios el hombre percibe mejor el sentido de su vida. Sabrá dar su justo lugar a las preocupaciones por la comida, por la bebida y por el vestido. Son preocupaciones más que necesarias en la vida, pero ya no son lo más importante (Mt 6,25-34).

Jesús no vino a reformar alguna que otra pared de la casa, no vino a cortar alguna que otra rama seca o podrida del árbol. Vino a sanear la raíz del árbol, a mejorar los fundamentos de la casa. Al mejorarlo, toda la casa mejora. Sí, el Sermón de la Montaña llega a la raíz de las acciones humanas: exige sinceridad radical ante Dios, ante la propia conciencia y ante los demás. Esta sinceridad radical sólo es posible en la medida en que la persona va descubriendo quién es. ¡Hay tantos afeites sobre nuestro yo que ni siquiera nosotros nos conocemos! Por eso, el proceso de conversión o de transformación que exige el Sermón de la Montaña, en orden a la sinceridad radical, es un proceso doloroso que tropieza con muchas resistencias, tanto dentro de nosotros mismos, como dentro de la sociedad. Se le rodeará con toda clase de celos, que no son más que una forma de defensa individual o colectiva.

Las parábolas: Revelar el sentido divino de lo humano

1. Dificultades e incertidumbres a propósito de las parábolas

Una de las mayores dificultades viene de los sermones de ciertos predicadores. Cuando el evangelio del domingo trae una parábola, entonces da la impresión de que Jesús estaba hablando de nuestra gente del siglo XX, con una precisión matemática: la cizaña (Mt 13,25) son las modas modernas; el enemigo que siembra la cizaña es la gente que hace lo contrario de lo que manda la Iglesia; la oveja perdida y encontrada de aquel rebaño de cien ovejas es un determinado individuo que se convirtió (Lc 15,4); el buen samaritano (Lc 10,33) es aquel buen católico que hace obras de caridad. Y así por el estilo. ¿Cómo lo saben? Es la pregunta que se hace el pueblo al oír esas explicaciones. ¿Es un acierto o un error interpretar así las parábolas?

La explicación de la parábola del «administrador sagaz» es muy difícil (Lc 16,1-8). El hombre hizo una serie de chanchullos (vv. 5-7) y luego se dice que Jesús «alabó a aquel administrador inicuo, porque había obrado sagazmente» (v. 8). ¿Cómo puede Jesús elogiar un comportamiento semejante? ¿Acaso para que lo imitara la gente?

Jesús usaba las parábolas como manera de enseñar al pueblo, pero casi nunca las explicaba. El pueblo parecía no entenderlas, ya que hasta los apóstoles preguntaban por el sentido de esas parábolas (cf. Mc 4,10). Se dieron cuenta de este problema y se lo expusieron: «¿Por qué les hablas por medio de parábolas?». Jesús respondió: «Por eso les hablo por medio de parábolas, por-

que aunque miran no ven, y aunque oyen no escuchan ni atienden» (Mt 13,11-13). Entonces, ¿hablaba Jesús en parábolas para engañar al pueblo? (cf. Mc 4,11-12).

¿Cuál es el sentido de todas esas parábolas que él no explica?

2. Dos ejemplos concretos de nuestra vida

Una *parábola* es una especie de comparación o de imagen, sacada de la realidad de la vida, para iluminar otra realidad, relacionada con el reino de Dios. Hay dos maneras de usar comparaciones e imágenes, para iluminar algún punto oscuro a los demás. Esas dos maneras se dan en los evangelios. Pero antes de hablar de las comparaciones usadas en los evangelios, conviene aclarar este problema con dos ejemplos sacados de la vida ordinaria.

Primer ejemplo

Uno preguntó: «¿Qué tal vas, amigo?» – Éste respondió: «La gente pisa el acelerador para ir a ciento, pero sólo va a ochenta. En las rectas se va deprisa, sin especial dificultad. En las subidas la cosa es más dura. Pero en las curvas es donde se pasa peor».

Para los que conocen la vida de hoy, esta respuesta, aunque enigmática, es clara. Se insinúa que están hablando del *coche*, pero en realidad están pensando en la *vida*: se quiere ir a ciento, pero sólo se va a ochenta: o sea, no va como debería ir; se habla de *rectas*, pero se piensa en los *días fáciles* de la vida, cuando todo marcha bien; se habla de *subidas*, pero se piensa en los *contratiempos*; se habla de *curvas*, pero se piensa en las *crisis de la vida*. A buen entendedor, pocas palabras bastan.

En este ejemplo concreto, *se habla* de las cosas de la carretera, pero *se piensa* en otra cosa; *se habla* del coche, pero *se piensa* en una forma determinada de vivir la vida. Del mismo modo, Jesús usa unas comparaciones en las que habla del sembrador, de la semilla que cae por el camino, sobre las piedras, en medio de las espinas y en la tierra buena. Pero él *piensa* en el evangelista o en el predicador (el sembrador), en la palabra de Dios (la semilla), en los corazones duros (la piedras), en los corazones superficiales (el camino), en los corazones seducidos por los

placeres de la vida (las espinas) y en los corazones abiertos, dispuestos y sinceros (la tierra buena) (cf. Mt 13,3-8; 13,18-23).

En este tipo de comparación o de parábola, puedo preguntar sobre *cada uno de los elementos* de la comparación: «¿Cuál es su significado?».

Segundo ejemplo

Hablando a un grupo de hombres casados, uno les decía: «Cierta individuo, casado, solía levantarse temprano, preparaba el café para los demás miembros de la familia, dejaba la casa en orden y salía a trabajar al campo. Se pasaba todo el día trabajando, descansaba poco, sudaba mucho y se esforzaba hasta altas horas de la noche. Volvía a casa, contento y tranquilo, por haber pasado un día más dedicado a su familia».

En este ejemplo o comparación, la gente no puede preguntar: «¿Qué es lo que significa levantarse temprano, preparar el café, dejar la casa en orden, trabajar en el campo? ¿Qué quiere decir con “volver tranquilo y contento”?». Estas preguntas no son aquí de recibo, evidentemente, ya que los diversos elementos de la comparación no significan nada, o sea, no tienen un significado propio e independiente. Es todo el conjunto de la comparación empleada la que tiene un *solo sentido*: se desea acentuar la laboriosidad y la dedicación de aquel individuo a su familia, a fin de invitar a los hombres casados, que escuchan aquella exposición, a observar una actitud idéntica.

En el primer ejemplo, *cada* elemento tenía un sentido propio, relacionado con aquella manera determinada de vivir la vida. En el segundo, cada elemento tiene la función de contribuir a iluminar el sentido global de la comparación. De esta manera, Jesús utiliza muchas comparaciones o parábolas en las que no se puede preguntar: «¿Qué significa esto o aquello?». No se puede preguntar: «¿A quién quiere designar con la oveja perdida? ¿A quién representa el buen samaritano? ¿Qué es en este caso la cizaña y qué es lo que quiere designar con el grano de mostaza? ¿Quién es el hombre que sigue dormido mientras crece la semilla? (Mc 4,27). ¿Y qué son las migajas que se caen de la mesa?» (Lc 16,21). En la mayor parte de las comparaciones que usa Jesús, es todo el conjunto el que constituye un *único sentido*. De nada sirve querer saber el sentido de cada uno de los elementos, ya que éstos no tienen ningún sentido propio.

3. Aplicación concreta:

«el sagaz administrador» y «la viña abandonada»

La parábola que plantea más dificultades es la del *administrador sagaz* (Lc 16,1-8). Plantea dificultades precisamente porque nosotros intentamos descubrir un sentido propio en cada elemento de la comparación, siendo así que sólo existe un sentido para todo el conjunto. Lo que resulta más difícil de explicar es la frase donde se afirma que Jesús elogió al administrador poco honrado, por haber actuado con sagacidad. ¿Cómo entender esto?

En otra ocasión Jesús dijo: «Sed astutos como serpientes y sencillos como palomas» (Mt 10,16). San Pablo dice que «el día del Señor vendrá como un ladrón en plena noche» (1 Tes 5,2; cf. Mt 24,43-44; 2 Pe 3,10). Nadie saca de esto la conclusión que el Señor sea un ladrón, aunque se haya comparado con un ladrón. Nadie dice: tengo que ser paloma y serpiente. En estos tres casos se hace la comparación, evidentemente, entre una cualidad que caracteriza a la acción del ladrón y que marca la actitud de las serpientes y de las palomas. El ladrón no anuncia su venida, sino que viene cuando menos se le espera; así será la venida del Señor al final de los tiempos. La sencillez y la astucia son dos cualidades que se presentan para imitar, cuando se propone el ejemplo de la paloma y de la serpiente. Pues bien, lo mismo vale en la comparación del administrador sagaz.

La única diferencia es que, en el caso del administrador sagaz la comparación no se hace con una sola palabra (como en el caso del ladrón, de la serpiente y de la paloma), sino que se trata de toda una historia, inventada por Jesús, para acentuar una *única* cualidad que existe en ese administrador infiel. Es la cualidad que hay que imitar (lo mismo que el día del Señor imita la cualidad del ladrón que se presenta, sin que nadie lo espere, a media noche). ¿Cuál es ese aspecto que Jesús quiere acentuar en la conducta de aquel administrador?

Para descubrirlo, hay que proceder a un examen minucioso de la comparación y ver dónde se centra su interés. En el cuadro de un pintor, todos los elementos convergen hacia un solo punto, donde se revela el mensaje que él quiere comunicar. Así también, las parábolas son como pequeñas pinturas

que, en unas cuantas pinceladas rápidas, caracteriza una situación. Al analizar la parábola del sagaz administrador, se percibe lo siguiente: de pronto, aquel hombre cayó en apuros, ya que el patrón descubrió el fraude que estaba cometiendo. Tendrá que presentar cuentas de su administración y, a continuación, lo despedirán de su trabajo. Perderá el empleo. El futuro se presenta muy oscuro y tendrá que cambiar radicalmente. Pero el administrador no pierde la calma, no se queda derrotado por los hechos, sino que se pone a pensar. Examina la situación y hace cálculos con toda frialdad. Analiza sus posibilidades: «Cavar ya no puedo... Pedir limosna me da vergüenza... ¡Ya sé lo que voy a hacer para que alguien me reciba en su casa, cuando me quiten la administración» (Lc 16,3-4). Ordena falsificar las cuentas de los deudores del patrón. De esa manera, una vez despedido, podrá llamar tranquilamente a la puerta de esos deudores. No podrán rechazarlo, ya que podría acusarlos y llevarlos a la justicia por fraude. De esta manera garantizó su futuro.

Éste es el punto que la parábola quiere acentuar: *aquel hombre supo obrar con eficiencia, no se dejó abatir por las circunstancias, sino que garantizó su futuro de forma sagaz y bien planeada*. Ésta es la cualidad que merece la atención de Jesús y que se dibuja con rápidos trazos en este episodio. El objetivo que tiene Jesús ante la vista es: «¿Por qué no hacéis vosotros lo mismo? ¿Por qué, en vuestro propio terreno, no obráis con la misma sagacidad y eficiencia?». De hecho, con la llegada de Jesús a la vida de alguien, el futuro de esa vida va a tener que cambiar radicalmente. No podrá seguir viviendo de la misma manera que antes. Jesús quiere que la gente no se cruce de brazos, sino que se encare valientemente con la vida, a la luz de la fe, que planifique debidamente las cosas y actúe con eficacia y sagacidad, para poder garantizarse el futuro nuevo de Dios que se abre a quien acoge a Jesucristo. No nos estimula a faltar a la honradez, sino que nos incita a ser eficientes en las cosas que hay que hacer en el terreno de la fe.

No hay que preguntar: «¿Qué significa «administración» en esta parábola? ¿Qué significan los cien barriles de aceite y los cien sacos de trigo?». Todo eso no significa nada. Sirve solamente, como en el caso del hombre que se levantaba temprano y hacía café, para poder resaltar mejor aquella cualidad de sagacidad y de eficiencia ante el futuro que se veía bastante

oscuro. Todo eso forma parte del cuadro, lo mismo que forma parte del cuadro el árbol florido al lado de una casa para resaltar la alegría que el artista quiere comunicar por medio de su pintura.

La parábola de la «viña abandonada» (Lc 20,9-19) es de otro tipo que, a veces, recibe el nombre de alegoría. Al oír hablar de la viña, los judíos se acordaban del canto de la viña del profeta Isaías (Is 5,1-7). Sabían que, aunque Jesús *hablaba* de viña, *estaba pensando* en el pueblo de Dios, por el que Dios sentía tanto cariño. *Habla* de arrendar la viña, pero *piensa* en la responsabilidad que el pueblo tiene de dar frutos. *Habla* de siervos y de empleados enviados por el dueño de la viña, pero *piensa* en los profetas que Dios mandó en el Antiguo Testamento y que fueron rechazados, azotados, despedidos con las manos vacías (Lc 20,10-12). *Habla* del hijo muy amado que mandó el dueño, pensando que lo respetarían más que a los otros enviados, pero *piensa* en él mismo, el último enviado de Dios a su pueblo, designado como hijo muy amado por los profetas. *Habla* del asesinato del hijo del dueño de la viña, pero *piensa* en su propia muerte. Y termina la comparación preguntando: «¿Qué hará, pues, con ellos el dueño de la viña?», respondiendo a continuación: «Vendrá, acabará con esos labradores y dará la viña a otros» (Lc 20,15-16). Los judíos comprendieron muy bien el sentido de esta respuesta y dijeron: «¡Eso no puede ser!», es decir: «¡Eso jamás!». Comprendieron el sentido de la comparación: Jesús les estaba amenazando con la transferencia del reino de Dios a los paganos.

La parábola, o alegoría, de la «viña abandonada» es una de las pocas en que la gente puede preguntar, a propósito de cada elemento o detalle: «¿Cuál es su significado?». A este mismo tipo de comparación pertenece la parábola del «buen Pastor» (Jn 10,1-18) y la de «la verdadera Vid» (Jn 15,1-8). Pero en las otras parábolas hay que buscar el sentido único en el que quiere insistir Jesús. Existen varios modos de descubrirlo.

En algunas parábolas, sacadas de la vida concreta de cada día, ocurren cosas curiosas que nunca acontecen en la vida de cada día: es raro encontrar a un pastor que abandona cien ovejas en el desierto, sólo para ir a buscar a una que se perdió (Lc 15,3-6); es raro encontrar a un padre que se queda aguardando al hijo ingrato que se marchó, sin darle ninguna satisfacción, y que incluso sale a su encuentro y le prepara una gran

fiesta (el hijo pródigo); es raro encontrar a una mujer que pierda una moneda, barre toda la casa y, después de encontrarla, llama a toda la vecindad para contarles lo ocurrido (Lc 15,8-10). La persona que oye esas cosas se extraña porque, a pesar de ser hechos de la vida, no suelen suceder. Esto es precisamente lo que pretenden estas parábolas: llamar la atención sobre algo extraño que allí acontece. Allí es donde se esconde el sentido único que Jesús quiere comunicar. Y allí es donde convergen los demás elementos de la comparación.

Pero muchas veces se da una mezcla de los dos tipos de comparación. Así, por ejemplo, cuando Jesús habla en sus parábolas del rey, del juez o del padre. Él *piensa* siempre en Dios. Cuando *habla* de los hijos del rey, en los empleados del rey en el rebaño o en la viña, *piensa* en los profetas y en el pueblo de Dios. Cuando *habla* de fiesta o de bodas, *piensa* en la alegría del reino de Dios. ¿Cómo lo sabemos? Porque Jesús hace lo que todos hacían en aquel tiempo. El método de usar parábolas era un método muy común de enseñanza. Los demás profesores de religión también lo conocían y lo usaban. Y según las reglas de este método, conocido por los estudios que se han hecho sobre él en los últimos tiempos, estas figuras tenían ya su significado establecido por todos. Jesús, en su enseñanza, utilizó el lenguaje del pueblo.

4. Las ventajas de la enseñanza en parábolas

Todas las parábolas son imágenes sacadas de la vida de cada día que todo el mundo conoce: las cosas de la vida que hacen reír o llorar, con las que la gente tiene que bregar desde la mañana hasta la noche. Jesús se mostró un gran pedagogo al emplear las cosas de la vida, para explicar con ellas las cosas invisibles del reino de Dios.

Yo puedo decir: «La renovación de la Iglesia es como los árboles de la avenida. Tenía ramas demasiado abundantes y hubo que podarlas, para permitir que el árbol creciera e impedir que el follaje excesivo absorbiese toda la savia y acabara matando el árbol». Cuando la persona que oye esto pasa luego por la avenida y ve podados los árboles, se acuerda de la comparación y los árboles empiezan a hablar y a convencerlo de que es verdad. La vida empieza a hablar de Dios y del reino de Dios.

Juntando los elementos de las parábolas de Jesús, se obtiene un mosaico curioso de las más variadas situaciones y aspectos de la vida: semilla, arado, luz, sal, pájaros, flores, cerdos, lirios, yerba, palomas, serpiente, fiestas, bodas, pan, vino, fermento, comercio, administración, guerra, construcción, torre, casa, camino, espinas, tierra buena, pescadores, red, niños, limpieza de la casa, joyas que se pierden, perlas que se encuentran, talentos, viña, ovejas, pastor, herencia, educación, salario, asaltantes, ricos y pobres, hijos ingratos, etc. Basta pasar los ojos por los evangelios. Todo esto tiene un gran sentido.

Casi nunca explica Jesús las comparaciones que usa. Algunas veces termina el ejemplo con estas palabras: «El que tenga oídos para oír, que oiga» (Mt 13,9). El sentido de esta expresión es: «¡Ahí está! ¡Tratad de entenderlo ahora vosotros!». Deja que el pueblo descubra el mensaje. Es un voto de confianza de Jesús en el hombre. Piensa que tiene inteligencia suficiente para descubrir, a partir de las cosas de la vida, el sentido de las cosas del Reino. No lo da todo masticado. En vez de resolver los problemas y de dar las respuestas, pone los problemas y las preguntas en la cabeza de los otros, obligándoles a pensar. A continuación, ellos mismos, pensando, viviendo y reflexionando, encontrarán la solución de los problemas que Jesús puso en su cabeza. Todas aquellas situaciones y todos aquellos aspectos tan variados de la vida, a los que se alude en las parábolas comienzan a hablar y a cuestionar al hombre. Arando en el campo o abriendo un surco, el labrador se acuerda de aquella palabra: «El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el reino de Dios» (Lc 9,62). Jesús hace la vida transparente. Da un nuevo sentido a las cosas de la vida. Las parábolas valen, no sólo por la enseñanza que ofrece cada una de ellas, sino también, y sobre todo, por la visión nueva que abren hacia la vida de cada día: todo tiene algo que ver con el reino de Dios y todo habla de él.

Jesús viene a problematizar, hasta cierto punto, a los hombres. Cuando el hombre vive demasiado tranquilo, esto es señal de que hay algo en su vida que no funciona. Viene a ponerle problemas y a suscitar preguntas, por medio de las parábolas, no para angustiarse, sino para ponerlo en la pista segura que lo lleve a Dios y a la felicidad.

Finalmente, una imagen o una comparación es mucho más rica en fuerza de comunicación y en poder de evocación que

la simple exposición teórica. Quizás sea más vaga y menos precisa, pero es mucho más profunda y está más cargada de sentido.

Al escoger el método de las parábolas, Jesús no siguió caminos nuevos. Asumió el método de enseñanza ya existente, renovándolo por dentro. Se situó más dentro de la línea de los sabios que en la línea de los profetas, al menos en su enseñanza al pueblo. Ante los fariseos, sin embargo, su predicación tiene más bien el aspecto de una denuncia profética.

5. Las parábolas y el reino de Dios

En el capítulo sobre el Sermón de la Montaña vimos qué es lo que significa el reino de Dios. Este Reino estaba presente y actuante en Jesús, en su persona y en su trabajo. Cuando introduce sus parábolas con las palabras: «¿Con qué compararemos el reino de Dios o con qué parábola lo expondremos?» (Mc 4,30), intenta iluminar ante el pueblo el sentido de su propia presencia en medio de ellos. Cada una de las parábolas intenta iluminar algún aspecto de este misterio. En otras parábolas, sobre todo en las que pronunció al final de su vida, Jesús piensa en el Reino que habría de realizarse, a través de su muerte y resurrección, y que iría creciendo lentamente, a través de la historia de los hombres, hasta el final de los tiempos.

Esta realidad invisible del Reino se explica con los elementos visibles de la vida de cada día. Surge aquí la dificultad que ya antes planteábamos: ¿Cómo podía decir Jesús: «Les hablo por medio de parábolas, porque aunque miran no ven, y aunque oyen no escuchan ni entienden» (Mt 13,12-15; Mc 4,11-12)? ¡Da la impresión de que la parábola, en vez de iluminar, se escoge precisamente para encubrir y que no se comprenda!

La respuesta a esa dificultad parece ser la siguiente: Yo puedo hablar de la vida usando las siguientes comparaciones: «Tenemos que abrir y ensanchar los horizontes, abrir una pista en esta selva tan cerrada, sintonizar en la frecuencia debida, tomar las curvas del camino, dejar bien anclada la barca, seguir firmes hasta que se disipe la niebla». Son imágenes que todos conocen, pero cuyo sentido no todos comprenden. Por ejemplo, el que cree que la vida es buena, clara y segura, no comprende por qué se habla de «tomar las curvas de la carretera»,

de «ensanchar los horizontes», de «abrir pistas en la selva cerrada», de «sintonizar en la frecuencia debida», etc. Estas imágenes indican que la vida no es tan segura y, al mismo tiempo, se vislumbra en ellas una concepción de la vida.

Así hizo Jesús. Utiliza imágenes que todos conocen, pues son de la vida cotidiana. Pero no todos llegan a comprender ese sentido nuevo y desconocido sobre la vida que él quiere comunicar por medio de esas imágenes accesibles a todos. Les falta la clave de comprensión. Y esta clave es el mismo Jesús. Mientras el pueblo no comprenda quién es Jesús, no llegará a comprender el sentido total de las imágenes que él utiliza. A los apóstoles se les «ha dado a conocer los misterios del reino de los cielos» (Mt 13,11), porque ellos se estaban abriendo a Jesucristo. No hacían como los fariseos y el pueblo, que querían que Jesús se portase como a ellos les gustaba; los apóstoles intentaban ser como Jesús quería que fuesen. Aceptaban a Jesús sin condiciones previas.

Esta actitud delante de Cristo era una luz que les podía revelar el sentido último y verdadero de las parábolas. Pero para los demás las parábolas eran solamente «preguntas en la cabeza». Obligaban a las personas a pensar, a fin de romper el esquema que llevaban dentro de sí y en el cual querían «encuadrar a Jesús». La parábola es como una lámpara que la gente pone en manos de alguien: empieza a examinarla y a ver cómo funciona, hasta descubrir que sólo se enciende cuando se le enchufa en la red eléctrica. La parábola sólo revela su sentido pleno y empieza a iluminar de hecho cuando la enchufamos en la persona de Cristo, por medio de una conversación sincera con él. Allí la persona empieza a ver claro el camino que ha de seguir. Pero la parábola, incluso antes de que la persona llegue a vincularla con Cristo, tiene una aptitud propia para llevar a los hombres a buscar, ellos mismos, cómo funciona y cómo puede empezar a encenderse y a iluminar el camino. Esta cualidad le viene del poder que posee la imagen o la comparación.

6. Respuestas a las dificultades

Muchas de las aplicaciones de las parábolas, en los sermones o en los libros, provienen más de la exuberancia de la imaginación del predicador que del texto. La imaginación, cuan-

do se usa de la forma debida, es un instrumento importante en la explicación de las imágenes empleadas. Pero es preciso que el oyente tenga sentido común y juzgue con criterio de lo que oye. Que haga lo que Jesús quiere que haga: pensar y buscar, hasta descubrir por sí mismo el sentido de las cosas.

Ya se explicó la parábola del administrador sagaz. Demuestra, además, que Jesús era más humano que nosotros y que estaba más metido en la vida que nosotros. No tiene miedo de utilizar un ejemplo, sacándolo de los hechos ruines que suceden todos los días. En todo lo que sucede, por muy malo que sea, siempre hay algo bueno que es posible aprovechar.

Los milagros de Jesús: Demostración gratuita del futuro que nos espera

1. Algunas dificultades que hoy nos plantean los milagros

Al subir a los cielos, Jesús prometió que los que creyeran en su nombre harían milagros (Mc 16,17-18). Según los Hechos de los Apóstoles, en la Iglesia de los primeros cristianos se hacían muchos milagros. ¿Dónde están hoy esos milagros, prometidos por Jesús? ¿En Lourdes? ¿En las salas de milagros de los grandes centros de peregrinación? ¿Dónde?

Según las estadísticas, se ha verificado una baja en el número de milagros en Lourdes. A medida que aumenta la investigación científica, disminuye el milagro. La ciencia consigue ya explicar hoy lo que antes no se explicaba. Ya no hay milagros. Entonces, ¿de quién depende el milagro? ¿De nosotros, de la ciencia o de Dios? ¿Quién podrá decirme si una cosa es milagro? Y lo que Jesús hacía, ¿era también milagro? Si fueran a aplicar-se a todo aquello los criterios de la ciencia, ¿qué quedaría?

Dice el Nuevo Testamento: «Lo seguía mucha gente, porque veía los signos que hacía con los enfermos» (Jn 6,2). «Sacaban los enfermos a las plazas y los ponían en camillas y parihuelas, para que, al pasar Pedro, al menos su sombra tocara a alguno de ellos. Un gran número de personas procedentes de las ciudades cercanas, acudían a Jerusalén, llevando enfermos y poseídos por espíritus inmundos, y todos se curaban» (Hch 5,15-16). ¿Hay alguna diferencia entre el pueblo que buscaba a Jesús y a los apóstoles y el que hoy busca el agua de Lourdes?

La impresión general que queda es ésta: el cristiano ilustrado y evolucionado no parece creer mucho en los milagros. Otros, que no son cristianos o que son católicos tradicionales, parecen creer en ellos. ¿Cómo explicar esto? ¿No creen ya en los milagros los cristianos modernos? ¿Qué es un milagro?

2. Nociones generales sobre los milagros

Nuestra noción habitual de milagro es la siguiente: algo que no tiene explicación natural, que va en contra de la marcha común de las leyes de la naturaleza y que es científicamente insoluble. El pueblo cree que el milagro es diferente y fuera de lo común, que no suele suceder y que nosotros no podemos realizar, por estar por encima de nuestras fuerzas. Cree que el milagro ocurre cuando estamos al cabo de nuestros recursos: «Ahora solamente Dios es el que puede echar una mano». ¡Como si Dios estuviera ausente cuando no lo necesitamos para solucionar nuestros problemas! ¡Como si Dios no tuviera nada que ver con lo que es común, normal, ordinario, humano, sin nada de extraordinario! Si así fuese, entonces tendrían razón los que dicen: «Algún día la ciencia lo explicará todo y se acabarán los milagros».

Por otra parte, el milagro es visto generalmente como un *beneficio* de Dios para la persona que lo ha recibido. Es una especie de regalo personal, que nos lleva a preguntar: «¿Qué conversión está Dios exigiendo de mí?». Se trata de un beneficio puramente particular, desligado de la Iglesia, desligado del plan de Dios con los hombres, desligado de todo.

Finalmente, la reacción más común de los hombres de hoy ante el milagro es ésta: «¿Será verdad?», o: «¡Qué estupendo sería eso para mí!».

La palabra *milagro* se deriva de «miraculum», es decir, algo *admirable*, algo que causa admiración. En la Biblia se habla mucho de las «cosas admirables» que Dios había hecho por su pueblo. Pero no todo es admirable. Por ejemplo, un niño de tres años que saltase cinco metros sería una cosa admirable, pero no recibiría el calificativo de *milagro*. Milagro es aquel hecho, aquel acontecimiento o aquella realidad admirables, donde el hombre percibe la presencia de Dios que se revela allí.

Un ejemplo de la vida ordinaria puede iluminar lo que la Biblia entiende por milagro. Un día, la señora María, la mujer de Pedro, puso una flor en la ventana, bonita y llena de color. Era para que Pedro la viera, se pusiera contento y supiera que María estaba contenta con él. Era un gesto de cariño. Cuando Pedro volvió del trabajo, le dio un beso y le dijo: «¡Gracias, María! ¡Eres maravillosa!».

Otros pasaron por la ventana, vieron la flor y no se dieron cuenta de nada. Tampoco necesitaban ver nada. La flor era para Pedro. Pedro la vio y aquello era suficiente. La flor se convirtió en *signo* de amor, de cariño, de amistad, de presencia, de fidelidad. La flor alcanzó el objetivo que María puso en ella. No tenían por que verlo los demás. Eso rompería el secreto del amor entre los dos. Para los demás, la flor no era un *signo*, no pasaba de ser una simple flor, como cualquier otra. Para Pedro y María, la flor significaba todo un mundo.

Así también, Dios pone muchas flores en la ventana de la vida de la gente. Unas flores están a la vista de todo el mundo, pues son para que todos las vean. Otras, más pequeñas, pero a veces mucho más bonitas, son solamente para ti. La vida está llena de esas flores, de esos *signos* de Dios, signos que revelan amor, cariño, amistad, presencia, fidelidad, poder, fuerza; signos que causan *admiración* y recuerdan al amigo. La flor causó la admiración de Pedro. Se quedó extasiado, por ver en ella la expresión del amor que María le tenía. Milagro es, como hemos dicho, todo lo que causa admiración por el hecho de que nos revela el amor y la llamada de Dios.

Así, en la Biblia, puede ser milagro la cosa más ordinaria y la cosa más fuera de lo común. Puede ser una tempestad, una puesta de sol, la belleza de la naturaleza y la gracia de un niño, el maná del desierto y las plagas de Egipto. Y puede ser también la resurrección de un muerto, la curación de un paralítico, la multiplicación de los panes. En todas esas cosas el corazón amigo percibió la mano del amigo, lo mismo que Pedro percibió la mano de María en la flor de la ventana. Los que no son amigos, pueden pasar, pero no ven nada. Por eso el milagro, para ser *milagro*, no depende de la ciencia. Esa *cosa admirable* no depende sólo de Dios, sino también de nosotros, de nuestra mirada. Donde no hay una mirada de amistad, ni siquiera Dios puede hacer algo. Así, Jesús no consiguió hacer ningún milagro en Nazaret, porque faltaba esa mirada, porque le fal-

taba fe a aquella gente (Mc 6,5-6). En las discusiones que hoy se tienen sobre los milagros se olvida a veces que, para poder percibir el mensaje de la flor, para poder percibir el milagro, hay que tener esa mirada de fe, de amor y de amistad.

3. Características del milagro, según la Biblia

Las palabras más usadas en la Biblia para designar lo que hoy llamamos milagro son: *signo, fuerza, cosa admirable*. La característica fundamental del milagro, en la Biblia, es la de revelar la presencia activa de Dios, la de ser una *fuerza* que actúa y que provoca una *cosa admirable*, llamando la atención y que, por eso mismo, se convierte en *signo* de Dios. No pertenece al milagro, en cuanto milagro, el hecho de estar en contra de la ley natural o de no tener explicación científica. Pertenece al milagro, en cuanto milagro, el hecho de ser *signo de la presencia activa de Dios en la vida*.

En la Biblia, el milagro es como una *palabra* que Dios le dice al hombre, para comunicarle algo y dirigirle una llamada. Así, la Biblia reconoce «milagros», «signos», «cosas admirables», «expresiones de fuerza», en la creación, o sea, en cosas que para nosotros no tienen nada de milagro: Dios envía la lluvia (Jr 5,24), manda que el sol ilumine el día y que la luz brille por la noche (Jr 31,35); él es el que regula la sucesión de los días y de las noches (Jr 33,20.25). «Los cielos proclaman la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos; el día al día le comunica el pregón, la noche a la noche le transmite la noticia. No es un pregón, no son palabras, no es una voz que se pueda escuchar; mas por toda la tierra se extiende su eco, y hasta el confín del mundo su mensaje» (Sal 19,2-5). «¡Oh Dios, qué numerosas son tus maravillas! ¡Qué incalculable su conjunto! Si las cuento, son más que la arena, y aunque terminara de contarlas, estaría ante un misterio todavía mayor, que eres tú!» (Sal 139,17-18).

La naturaleza era el gran libro en el que se revelaban los rasgos del rostro de Dios. Evidentemente, la concepción que se tenía de la naturaleza era limitada y pre-científica. No se sabía nada de las leyes que hoy conocemos, con una perfección cada vez mayor. Pero no por eso el progreso de la ciencia puede declarar que se ha superado la mirada que la Biblia tiene de

la naturaleza y negar los rasgos de Dios que en ella se manifiestan. Esto no depende de los instrumentos científicos de observación, sino de una visión de fe. Si la ciencia dijera: «Esa puesta de sol, la tempestad, la lluvia, la sequía, todo eso es la cosa más natural del mundo que se pueda imaginar, todo eso no tiene nada de extraordinario», ese juicio sería cierto y verdadero. La ciencia tiene razón. Pero no por eso se le prohíbe a mis ojos ver en todo ello una señal y un reflejo del Dios amigo y quedar admirados ante ello o, como diría la Biblia, ver allí dentro un *milagro*, una señal de Dios. En esa misma perspectiva, la Biblia ve los signos de Dios en la vida cotidiana, en las cosas más comunes de la existencia humana, en la historia del pasado. Basta leer los libros de los Proverbios y el libro del Éxodo. La mano de Dios está visible en todo, llenando la vida de un gesto de amigo, que tanta falta nos hace en la vida.

En la Biblia, podríamos decir, el milagro es bilateral: por un lado, supone una actuación de Dios; por otro, supone en el hombre una mirada de fe para poder captar el significado de lo que Dios realiza. De lo contrario, sería como una película muda. Nadie la entendería ni tendría sentido. No sería ya «milagro» en el sentido bíblico de la palabra. En la Biblia, la pregunta ante un milagro no es: «¿Será verdad?», sino: «¿Qué quiere Dios significarme con eso? ¿Cuál es su mensaje? ¿Qué quiere Dios de mí, de nosotros?».

Puede haber milagros «falsos» y «verdaderos». Hay algunos criterios para distinguirlos: tienen que estar dentro del conjunto del plan de Dios y estar de acuerdo con el resto de la revelación (cf. Dt 13,1-18). No basta con que aparezca algo maravilloso o prodigioso para que pueda decirse sin más: «¡Es de Dios!». El mismo Jesús dijo que algunos llegarían a hacer milagros muy grandes, pero advierte: «¡Tened cuidado con ellos!» (Mt 24,25). Dice además que en el juicio final habrá gente que diga: «¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?». Pero él les responderá: «No os conozco de nada. ¡Apartaos de mí, malvados!» (Mt 7,22-23).

El milagro no le dice nada al que no tiene fe. Quizás le lleve a plantearse el problema de Dios. El que tiene fe percibe allí la mano de Dios, porque está sintonizado con la frecuencia en que Dios emite su mensaje.

Estos criterios pueden ayudarnos a formular algún juicio sobre los «milagros» que hoy están sucediendo en muchos lugares.

4. La historicidad de los milagros de Jesús

Algunos han negado la historicidad de los milagros de Jesús. Los motivos que aducían eran: se trata de invenciones de los cristianos para «canonizar» a Jesús. También entre los paganos había dioses «milagreros» y Jesús tenía que poder competir con ellos. Había, además, hombres que hacían milagros en abundancia, como, por ejemplo Apolonio de Tiana. También entre los judíos había rabinos y otras personas que hacían milagros. Jesús no sería entonces más que uno entre otros muchos.

Hoy no se admite ya esta opinión. Los argumentos no valen. Generalmente se niegan los milagros, no tanto por causa de los argumentos aducidos, sino porque, antes de cualquier argumento, no se cree ya en la posibilidad de los milagros.

Los argumentos aducidos no valen, por los siguientes motivos: No es posible negar sin más el testimonio tan masivo de los evangelios. Además, en los milagros de Jesús no hay nada de magia, tan característica de los demás «milagreros» de la época. Si comparamos las relaciones de los demás con las de los evangelios, se advierte una gran diferencia: sobriedad, sencillez, ninguna explotación de los aspectos maravillosos. Jesús hace milagros por su propia autoridad, y no pidiéndoselos a Dios, como hacían los judíos.

En los llamados «libros apócrifos», escritos en su mayor parte después de comenzar el siglo II, se encuentran a veces informaciones sobre milagros sensacionales del niño Jesús, que carecen de todo fundamento histórico. Son más bien una expresión de búsqueda de la seguridad. Cuando el niño se da cuenta de que sus padres no están en casa, hace todo lo posible por sentirse seguro. Del mismo modo, atrofiado o perdido el contacto real de fe y de confianza en Dios, se busca la seguridad en ritos y en milagros. Entonces, éstos ya no valen por su significación, sino que tienen valor en sí mismos. Y en ese caso, cuanto mayor sea el aspecto sensacional y maravilloso, tanto mejor. Pero la Biblia no piensa de ese modo.

Puede ser que, aplicando todos los criterios de la ciencia actual, haya que concluir que algún que otro hecho de la vida de Jesús no fue quizás un *milagro* según los criterios que *nosotros* tenemos. Pero no por eso dejaría de ser un milagro (signo, fuerza, cosa admirable) en el sentido bíblico de la palabra: signo de la presencia activa de Dios en medio de los hombres.

5. Los milagros de Jesús como señales

Como veíamos en el capítulo 12, con la llegada de Jesús hubo algo que cambió en el mundo, y que cambió radicalmente. Debido a su palabra y a su actuación, todo se «re-orientó» y se «re-integró». Surgió una situación radicalmente nueva, que brotaba de Cristo como de una raíz: una humanidad nueva, un mundo nuevo. Los milagros forman parte de esa «re-novación» más amplia y son una «señal» de la misma. En los milagros se hace visible la «fuerza» que suscita ese «admirable mundo nuevo».

Si hacemos un análisis detenido, vemos que la acción milagrosa de Jesús llega a todos los sectores de la realidad: las enfermedades, el hambre, la ceguera, la naturaleza, la muerte, el pecado, el demonio, la voluntad, la tristeza. Es un ataque frontal contra todos los males que afligen a los hombres: 1) expulsa a los demonios, que están en el origen de los males; 2) perdona los pecados, que provocan los males; 3) domina las voluntades débiles de los hombres y las robustece, ya que le basta con decir: «¡Ven y sígueme!», para que un hombre como Leví deje de una vez el oficio de usurero con todas sus ganancias, para seguir a Cristo (Mt 9,9); 4) domina la naturaleza que constituye una amenaza contra los hombres, ya que calma la tempestad, camina sobre las aguas y provoca la pesca milagrosa; 5) elimina el hambre, multiplicando los panes; 6) cura todo tipo de enfermedades: cojos, ciegos, lunáticos, mudos, sordos, leprosos, etc.; 7) es superior a la fuerza de la muerte y resucita a tres muertos: Lázaro, el hijo de la viuda de Naín y la hija de Jairo; 8) su presencia fue motivo de una gran alegría y esperanza para el pueblo.

Su manera de hacer los milagros recuerda la acción creadora de Dios: le basta una palabra para curar a los enfermos, para expulsar a los demonios, para calmar las olas, para

resucitar a los muertos (cf. Gn 1,3). Nada de magia. Con la llegada de Jesús está en marcha una nueva creación.

Jesús no hace milagros sólo por hacerlos. No los hace para satisfacer la curiosidad humana, ni para promocionarse a sí mismo. Se los niega a Herodes, que deseaba verle hacer milagros (Lc 23,8). Se niega a hacer milagros en el desierto a petición del demonio (Lc 4,3-12). Se niega a hacerlos para sí mismo, cuando está en la cruz y le dicen: «Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él» (Mt 27,42). Nunca hizo milagros para jugar, como sugieren los apócrifos. Sus milagros son señales. ¿Señales de qué?

En varias ocasiones Jesús indica el significado de los milagros:

1) Juan Bautista mandó a preguntar: «¿Eres tú el que tenía que venir, o hemos de esperar a otro» (Mt 11,3). Jesús responde: «Id a contar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Mt 11,4-5). Los milagros que aquí se enumeran son los mismos que fueron anunciados por el profeta Isaías, como signos del tiempo mesiánico (cf. Is 35,5s). Por consiguiente, Jesús hacía esos milagros y apelaba a ellos para que los demás pudieran darse cuenta de que habían llegado los tiempos mesiánicos.

2) Los fariseos dudaban de las expulsiones de demonios que hacía Jesús. Les responde: «Si yo expulso los demonios con el poder de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11,20). La expulsión de los demonios se hace como signo de que ha llegado ya el Reino.

3) En otra ocasión, Jesús cura a un paralítico para probar que tenía poder para perdonar los pecados (Mc 2,10-12). En este caso, el milagro es una señal del poder que tenía de cortar la raíz de todos los males, que es el pecado.

4) El milagro de la tempestad calmada provoca la pregunta: «¿Quién es éste, que hasta el viento y el lago le obedecen?» (Mc 4,41). El milagro no es un hecho en sí, sino que llama la atención sobre Jesús, intentando revelar algún aspecto de su personalidad.

5) Cura al hombre de la mano atrofiada para demostrar que está por encima del sábado (cf. Mc 3,1-5; 2,27-28).

6) Los milagros están hechos para acreditar ante los demás las palabras y el mensaje que les dirige (cf. Jn 12,37; Lc 10,13-14).

7) Los milagros son signos para mostrar que Jesús está en el Padre y el Padre en él (Jn 10,38; 14,11).

Por consiguiente, los milagros no tienen sentido en sí mismos, independientemente de todo lo demás. Tienen una finalidad: revelar a los hombres algo sobre Jesús. Por medio de ellos, Jesús se presenta con una misión recibida del Padre.

Jesús no permite que el pueblo se detenga en los milagros, es decir, en los «beneficios», sin preguntarse más allá por el mensaje que Dios le quiere comunicar a través de ellos. Permite que el pueblo lo busque por causa de los milagros que hacía. Basta leer los evangelios para convencerse de ello. Pero enseguida intenta llevar al pueblo a no detenerse en los milagros y a buscar su significado. Así por ejemplo, el pueblo lo buscaba por causa de sus milagros (Jn 6,2) y se quedó tanto tiempo a su lado que hasta les llegó a faltar comida. Jesús multiplicó los panes (Jn 6,11-12). Más tarde, el pueblo lo busca de nuevo y Jesús dice: «No me buscáis por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta hartaros» (Jn 6,26). Se preocupaban sólo del «beneficio» y no se interesaban por la «señal», esto es, no les interesaba descubrir el significado y el mensaje. Jesús entonces les habló de una forma muy dura (Jn 6,60), distanciándose del pueblo, que quedó encerrado en sus intereses inmediatos, sin querer abrirse a un sentido más elevado de las cosas (cf. Jn 6,66).

Los milagros ocurren y existen a fin de ayudar al pueblo a abrirse al mensaje de Dios, a disponerse para adherirse a Cristo por la fe y a reconocer en él al Mesías y al hijo de Dios. Donde no se da esa apertura de fe, ni siquiera el milagro puede hacer algo. Así, por ejemplo, Jesús no consiguió hacer ningún milagro en Nazaret por causa de la falta de fe del pueblo (Mc 6,5-6). Los fariseos vieron todos los milagros, pero no creyeron (Jn 12,37), porque les faltaba aquella sinceridad y aquella apertura a la verdad (cf. Jn 18,37; 8,39-47). Sin esa apertura, el milagro no consigue nada.

6. Los milagros de Jesús: «demostración gratuita» del futuro

Además de ser signos de la llegada del Reino, los milagros son también el comienzo de la realización de este Reino, una «demostración gratuita» de lo que el poder y la fidelidad de Dios van a realizar en favor y a través de los hombres que creen. Por eso, los milagros, además de ser simples señales, suscitan también la esperanza, porque muestran el comienzo del futuro; suscitan la fe, porque muestran el poder que garantiza el futuro; suscitan la entrega y la capacidad de luchar y resistir, porque garantizan que la dedicación a la causa del Reino tiene plena validez y no se verá frustrada.

Bajo las manos de Jesús el futuro toma una forma concreta y comienza a existir entre los hombres el Paraíso, donde todo es orden, paz y armonía. El Paraíso comienza a existir porque en Jesús actúa una *fuerza* nueva, que es el Espíritu de Dios. Este Espíritu, que actuó en la creación (Gn 1,2), que infundió la vida a los hombres (Gn 2,7; Job 33,4), que realizó las grandes maravillas del pasado (Éx 15,10; Is 63,12-14), que llena la inmensidad de la tierra (Sab 1,7), que fue prometido para el futuro como el gran don de Dios (Jl 3,1-5), ese Espíritu creador (Sal 104,30) lo posee Jesús en plenitud (Is 11,2; Lc 4,18) y lo comunica a todos los que creen en él (Jn 16,12-15) y a todos los que se esfuerzan por vivir una vida humana digna (cf. Gál 5,22). Pero es necesario tener unos ojos de fe para poder verlo en acción. A veces, esta fuerza constructora de orden, que va a desembocar en el Paraíso, encuentra una mayor disponibilidad y actúa de una manera más condensada y prodigiosa en algunas personas: san Francisco de Asís, el papa Juan XXIII, los santos en general. Pero está siempre en todos: en la lucha contra el mal, en el esfuerzo por liberar al hombre de todo lo que le oprime, en el intento por establecer el orden, la paz y la armonía.

La primera finalidad del milagro es provocar la *conversión* y el *cambio* con vistas al establecimiento del Reino en la vida de los individuos y de la sociedad: «El reino de Dios está llegando. Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15). Quedarse sólo en la dependencia del milagro y pensar que el milagro en sí es una señal de la protección de Dios, que nos dispensaría

de nuestra actividad y de nuestro esfuerzo, es engañarse a sí mismo. Donde el milagro no consiguiese su objetivo de conversión, tendría un efecto contrario y se convertiría en motivo de juicio y de condenación (Lc 10,13-14; Jn 15,24). Y esto vale hasta hoy: pararse en el milagro y satisfacerse en él puede tener un efecto contrario a lo que se cree. El milagro es como la palabra de Dios: una espada de doble filo (Heb 4,12).

7. Jesús, la gran Señal o el gran Milagro

Los milagros son como las ventanas abiertas por Dios hacia el sentido de la vida, hacia los caminos de la salvación. Los milagros están ahí, sobre todo, para llamar nuestra atención sobre Jesucristo. Nos lo enseña el evangelio de san Juan con mucha claridad.

En el evangelio de san Juan se encuentran relativamente pocos milagros; apenas uno de cada categoría. Para Juan, el milagro no es sólo un beneficio a alguna que otra persona, sino al mismo tiempo revelación de algún que otro aspecto de la salvación que Cristo ha traído a los hombres: cambia el agua en vino para mostrar la superioridad del Nuevo Testamento sobre el Antiguo (Jn 2,1-11); cura al hijo de un oficial del rey, para mostrar que la fe de los hombres es el control remoto del poder de Dios (Jn 4,46-54); cura al paralítico un día de sábado, no sólo para darle la felicidad a aquel desgraciado, sino también para revelar que él no tiene horas para trabajar, ya que es como Dios que actúa siempre y en cualquier momento, para el bien de los hombres (Jn 5,1-17); multiplica el pan, no sólo para saciar el hambre de aquella gente, sino también para revelar que él mismo es el Pan de vida (Jn 6,1-59); cura al ciego de nacimiento y restituye la luz a sus ojos, no sólo para ayudar a aquel hombre, sino también para revelar que él es la Luz del mundo (Jn 9,11-7); resucita a Lázaro, no sólo para ayudar al amigo y para enjugar las lágrimas de Marta y María, sino también para mostrar que él es «la Resurrección y la Vida» (Jn 11,1-44).

Pues bien, todos los milagros no son más que una anticipación del milagro grande y definitivo de la resurrección, donde quedó de manifiesto quién era Jesús y cuál es el futuro que él quiere realizar. La fuerza de la resurrección actuaba ya

en Jesús y sigue actuando ahora en los que creen en él (cf. Ef 1,17-21), provocando, por medio de ellos, la conversión y la transformación de la vida y de las estructuras que impiden la realización del Paraíso.

8. Respuestas a las dificultades planteadas al principio

¿Milagro o ley de la naturaleza?

No hay oposición. Puede haber un «signo de la presencia activa de Dios» en la contemplación de una puesta de sol, en los acontecimientos de cada día, en la hermosura de un niño, en una curación obtenida por medio de una medicina. La ciencia podrá dar la explicación de todo esto, pero nunca llegará hasta el punto de que me prohíba decir: «¡Gracias, Señor! ¿Qué quieres de mí?».

Cada uno tiene *su* propia vivencia de la amistad con Dios y percibe los signos de la presencia de Dios a *su* modo. Puede decirse que cada uno tiene *sus* milagros en *su* vida. El criterio debe ser: conformidad con el evangelio; provocar un cambio de vida; no pararse en el beneficio, sino intentar captar la llamada de Dios que allí se revela; ofrecer un apoyo a la fe y no favorecer el gusto por los aspectos mágicos que oscurecen la presencia gratuita de Dios, vinculando el poder de Dios a elementos materiales que son incapaces de tener semejante poder. Es posible que llegue el día en que la ciencia consiga explicar todo lo que sucede en Lourdes. Pero no por eso podrá sacar la conclusión: «Dios no está ahí». Eso depende de otro instrumento de medición, que es la fe.

Si Pedro no hubiera tenido el amor que tenía por María, no habría visto nada en la flor que ella le había puesto en la ventana. Vería en la flor, en la ropa, en la comida, algo que María *debía* hacer por él, por ser su legítima esposa. Entonces la flor tendría el efecto de hacer aumentar en él la conciencia de que *él* era su marido, de ser aquel a quien la mujer tenía que obedecer. No crecería en él el amor. Al contrario, disminuiría su amor y caería en un egoísmo cada vez mayor. De la misma forma, mucha gente ve en los milagros algo que Dios *debe* hacer, por ser Dios, por ser el amo. El amo, así piensan, tiene la obligación de dar de vez en cuando una propina a sus emplea-

dos. Pero las da cuando, donde y como quiere. A la gente le toca pedírsela. Cuantas más propinas da el amo, tanto mejor es ese amo: es lo que piensan. Cuantos más *milagros* hace Dios, tanto mejor es. Ejerce entonces el papel de Dios. Pero eso haría que nosotros, sus empleados, pobres hombres, nos quedásemos siempre en la condición de empleados y de esclavos. Nunca llegaríamos a ser hijos de aquel de quien pedimos y recibimos limosnas.

Pero el milagro no es la limosna que da el amor. El milagro es una señal de amor que el padre ofrece a los hijos. Y hasta que no hayamos creado en nosotros la mentalidad de hijos, no tendremos la mirada apta para percibir el verdadero sentido del milagro.

Milagros hoy

El gran milagro, tan grande que la gente no lo ve por estar demasiado cerca de la vista, es la vida que se renueva por la fe en Cristo; es la vida que siempre encuentra nuevo coraje y que nunca se desanima; es la vida que aguanta la persecución, que llega a morir, pero que resucita siempre; es la vida que renueva a los otros con su simple presencia; es la vida que confunde por causa de su gran riqueza, a pesar de la pobreza en que se vive. Éste es el gran milagro, ambulante y continuo, provocado por la acción del Espíritu, presente en la vida de los hombres. Donde disminuye la percepción de esta fuerza de la vida y del Espíritu, allí nace la necesidad de «milagros» como apoyo para la vida. Donde los hombres pierden la sensibilidad por la presencia activa de Dios en medio de ellos, una presencia garantizada por la palabra de Dios, allí buscan otros medios para garantizarse esa presencia, y surgen los «milagros».

Es difícil hacer un juicio sobre los «milagros» que hoy están ocurriendo por todas partes mundialmente y que llenan las salas de milagros de los grandes santuarios. Muchos mueven la cabeza diciendo: «¡Pobrecillos!». Hay que acordarse siempre de aquella frase del evangelio: «Lo seguía mucha gente, porque veía los signos que hacía con los enfermos» (Jn 6,2). Y Jesús acogía a aquel pueblo: «sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor» (Mc 6,34). Llegó incluso a permitir que una señora, que llevaba doce años con hemorragias, le tocara su manto para curarse (Mc 5,25-34). Se trataba de una

actitud mágica y supersticiosa, pero Jesús no la condenó. Condenar la actitud del pueblo es relativamente fácil. Pero encontrar el vacío interior que lleva al pueblo a buscar los milagros es mucho más difícil. En vez de juzgar ligeramente el sentimiento del pueblo, quizás fuera más honrado hacer una revisión seria de nuestras actitudes: ¿estamos ofreciendo al pueblo un esperanza, algo que le abra la puerta de un futuro mejor y por lo cual valga la pena luchar? ¿No habrá que ver en esta creciente búsqueda de milagros en tantos lugares, una señal de que está aumentando la desesperación del pueblo que ha dejado de creer en todas las soluciones oficiales, tanto del gobierno como de la Iglesia? ¿No se tratará de «tener compasión de la gente, porque son como ovejas sin pastor» y de ofrecerle, en toda su plenitud, la «buena nueva» del Reino?

Y esto no vale solamente para el pueblo pobre y subdesarrollado. El horóscopo hoy tan de moda se encuentra hasta en periódicos «católicos». Aumenta en las religiones esotéricas el número de sus miembros en todas partes, gente instruida que tiene en la vida todo cuanto quiere. Lo que pasa es que no tiene la vida que quiere. También ellos caminan por los senderos de la vida como ovejas sin pastor, necesitados de una visión del futuro que pueda despertar una esperanza, una fe, un gran amor.

15

La transfiguración de Jesús: El sentido de las crisis de la vida

1. El objetivo de este capítulo

Generalmente, cuando oímos hablar de la Transfiguración, pensamos en un hecho determinado de la vida de Jesús. No lo situamos dentro del ambiente general de su vida. En realidad, la Transfiguración es un marco en la vida de Jesús. Se encuentra al comienzo de una fase nueva y diferente de su actividad. El objetivo principal de este capítulo es ilustrar, por medio de un estudio de la Transfiguración, este aspecto de la vida y de la actividad de Jesús, que nos va a revelar mejor el lado humano de su persona.

En general, cuando leemos los evangelios, sólo pensamos en las cosas que están escritas allí y no pensamos en los que las escribieron ni en las personas para las que fueron escritas. Es decir, no pensamos en los evangelistas ni en la situación concreta de los primeros cristianos. Pues bien, el relato de la Transfiguración es un ejemplo típico de cómo los evangelios hablan tanto de Jesús como de la vida de los primeros cristianos y de la intención de los evangelistas que la describieron. Otro de los objetivos de este capítulo es precisamente iluminar esta triple dimensión de los evangelios: Jesús, los primeros cristianos, los evangelistas.

El tercer objetivo es explicar el sentido del sufrimiento y de la pasión de Jesús, ya que a partir de la Transfiguración es cuando la pasión aparece en el horizonte de la vida de Jesús y cuando él empieza a hablar de la necesidad del sufrimiento para sus discípulos.

El presente capítulo podrá ayudar de este modo a levantar el velo sobre un aspecto de la vida de Jesús y de la vida cris-

tiana, que generalmente permanece cubierto. Intentará mostrar cómo se va realizando el plan de Dios a través de las peripecias de la vida de cada día que dependen de las libres decisiones de los hombres; muestra, además, cómo las crisis de la vida son otras tantas oportunidades concedidas por Dios para nuestro crecimiento y para la realización de su voluntad en nuestra vida.

2. Las diferencias entre las dos fases de la actividad de Jesús

Una vez, poco antes de su Transfiguración, Jesús reunió a sus discípulos y les preguntó: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (Mc 8,27; Mt 16,13; Lc 9,18). A partir de aquel momento, cambia el rumbo de los acontecimientos y se advierten profundas diferencias en la actividad de Jesús.

Disminuyen los milagros: En la primera fase de su actividad entre el pueblo, Jesús hacía muchos milagros. En la segunda fase, los milagros son casi una excepción. Marcos sólo refiere dos, contra las decenas de milagros de la fase anterior. Mateo tampoco conoce más que esos dos milagros y uno más (cf. Mt 17,14-21; 20,29-34; 17,24-27). Lucas sólo conoce cinco milagros, es decir, los dos conocidos por Marcos y Mateo, y otros tres. Sólo éstos. ¿Por qué tantos milagros en la primera fase y tan pocos en la segunda?

Comienza la alusión constante a la Pasión: En la primera fase sólo se habla de la Pasión alguna que otra vez como de una posibilidad futura. Ahora, en la segunda fase, la Pasión es una certeza y se habla de ella repetidas veces. Jesús llega incluso a hacer profecías sobre su Pasión (cf. Mc 8,31-32; 9,30-32; 10,32-34).

Cambia la actitud con el pueblo: Antes, la gran preocupación de Jesús era el pueblo. Ahora, en la segunda fase, su mayor preocupación son los discípulos y su instrucción. Muchas veces está solo con ellos y los va instruyendo (Mc 9,28.30.35; 8,27.31; 10,10.23-27.28-31; 9,38-41). Incluso hace un viaje al extranjero, a las tierras de Tiro y de Sidón, para estar a solas con los discípulos. Habla por primera vez de la Iglesia (Mt 16,18).

Comienza a hablar de la necesidad de la cruz para los discípulos: No sólo habla de su propia pasión, sino también de la nece-

sidad de que la gente sufra con él. Insiste en las exigencias duras para los que quieran ser discípulos suyos (cf. Mt 16,24-28; Mc 8,34-38; Lc 9,23-27; 14,27; 17,33; 12,9; Mc 10,28-31; etc.). Antes, en la primera fase, no se hablaba con tanta insistencia de la necesidad de sufrir con él.

La perspectiva de las parábolas es diferente: En la primera parte, Jesús usa muchas parábolas, para ilustrar con ellas el misterio del Reino, en cuanto que debe realizarse en el futuro, a través de la pasión y de la muerte.

Se hace patente la oposición de los fariseos: En la primera fase existía una cierta oposición velada contra Jesús por parte de los líderes del pueblo. Ahora, en la segunda parte, esta oposición se hace clara, abierta e irreversible.

Éstas son las diferencias que una lectura atenta de los evangelios descubre entre la primera ya la segunda fase de la actividad de Jesús. Esta divergencia pide una explicación. ¿Qué es lo que ocurrió para que la actividad de Jesús tomara un rumbo distinto?

3. Replanteamiento, revisión y cambio de actividad en la vida de Jesús

Jesús dejó Palestina, se fue a la región de Tiro y de Sidón; luego volvió de allí junto con los discípulos, llegó cerca de Cesarea de Filipo, se detuvo e hizo un replanteamiento de la situación real: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?». Los discípulos van dando la opinión del pueblo, que es la más variada posible: «Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas» (Mt 16,14; Lc 9,19; Mc 8,28). ¡Escaso resultado! Ninguno acertó. Todo el mundo se equivocó. No llegaron a descubrir quién era Jesús. Entonces Jesús preguntó a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro respondió en nombre de todos y confesó que Jesús era el Cristo, es decir, que era el Mesías, el Salvador prometido por Dios (Mc 8,29). Y Mateo añade: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Ellos sí que acertaron. Para ellos, la actividad de Jesús no había sido inútil. Una vez examinado el resultado de su actividad junto al pueblo, ¿cuál va a ser la reacción de Jesús ante esta realidad?

Jesús fue siempre obediente al Padre. Su vida estuvo caracterizada por su obediencia. San Pablo dice que fue obediente hasta morir (Flp 2,8) y que vino al mundo precisamente para hacer la voluntad del Padre (Heb 10,9). Lo afirmó varias veces el mismo Jesús: «Yo no hago nada por mi propia cuenta; solamente enseñé lo que aprendí del Padre... Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8,28-29). Pero esta obediencia no debe entenderse como si Jesús no necesitase analizar los hechos y los acontecimientos, como si para él todo estuviera claro. Él lee la voluntad del Padre en las cosas que acontecen, en la Biblia, en la situación concreta. Para eso se retira y reza al Padre, en la soledad, durante noches enteras (Lc 6,12; 9,18; 5,16). Varias veces, la situación concreta lo lleva a cambiar su comportamiento (cf. Jn 4,31-34). La carta a los Hebreos llega a decir que Jesús «aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer» (Heb 5,8). En este punto Jesús fue realmente hombre, «en todo semejante a sus hermanos», «excepto en el pecado» (Heb 2,17-18; 4,15). Y no sólo procuraba descubrir la voluntad de Dios, sino que la cumplía arriesgando su vida.

Dios respeta profundamente la libertad de los hombres. En la primera fase de su actividad, Jesús anunció la llegada del Reino (Mc 1,15). Ofreció todos los signos necesarios para que el pueblo pudiera percibir que él era el Mesías prometido. Pero el pueblo tenía una idea tan diferente del Mesías que no llegó a reconocer en Jesús al Mesías que esperaba. Jesús, en esta primera fase, no utilizó para hablar de sí el término Mesías, ya que era una expresión políticamente sospechosa, lo mismo que hoy, por ejemplo, la palabra «revolucionario» o «concienciación». No quería aumentar el equívoco ya existente. Trajo la realidad prometida, sin ponerle la etiqueta. El pueblo mismo tenía que descubrirla y reformular su manera de pensar respecto al Reino. Pero no fue eso lo que ocurrió. Se anunció y se ofreció la gran oportunidad del «año de gracia del Señor» (Lc 4,19), pero no se la reconoció ni se la aceptó. Dios dejó al hombre que decidiera sobre la realización de su salvación.

Lo demuestra el replanteamiento que se hizo entonces. Reveló que la actividad de Jesús había llegado a un momento crucial y decisivo. A partir de esta libre decisión de los hombres delante del anuncio del evangelio, Jesús comienza a reformular su manera de proceder. Empieza a arrostrar de otra mane-

ra la realización del reino de Dios. Es la profecía que hablaba del sufrimiento y de la muerte del Siervo doliente de Yavé (Is 53,1-13), la que indica a partir de ahora el camino. Ésta es ahora la voluntad del Padre claramente expresada en la sagrada Escritura, que Jesús acepta plenamente, aunque con angustia y miedo (cf. Jn 12,27). El rechazo de los hombres no consiguió impedir la realización del plan de Dios. Al contrario, contribuyó a que se realizase de otra manera, que revelaría más todavía la bondad de Dios con los hombres. No sirve de nada preguntar: «¿Cómo habría sido el Reino si el pueblo lo hubiese aceptado, ya desde el principio?». No lo sabemos. Es una posibilidad que no se realizó.

4. La tentación en la vida de Jesús

Nadie puede negar que Jesús fue tentado, ya que los evangelios lo dicen expresamente (Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13). La carta a los Hebreos hace de la tentación o de la provocación una característica constante de la vida de Jesús (Heb 4,15). Jesús fue tentado en el desierto, donde Satanás quiso inducirlo a seguir otro camino en la realización de su misión, distinto del que Dios le había indicado. Jesús reacciona con firmeza, con frases sacadas de la Biblia, y no permite que Satanás consiga sus objetivos. Jesús es aquel que desvía al hombre del camino trazado por Dios. Más tarde, Pedro es llamado Satanás (Mc 8,33), porque quería disuadir a Jesús de seguir el camino del sufrimiento. Pedro creía que aquel camino no cuadraba con la dignidad del Mesías.

Además de estas dos oportunidades en que aparece Satanás, Lucas alude a una tercera: «Cuando terminó de poner a prueba a Jesús, el diablo se alejó de él hasta el momento oportuno» (Lc 4,13). ¿Cuál fue aquel otro momento oportuno?

Jesús se encuentra siempre ante la opción de seguir por el camino que el Padre quería o más bien por el camino que deseaba el Pueblo. Por ejemplo, después de la multiplicación de los panes, el pueblo quería hacer de Jesús un rey. Pensaban que Jesús era «el profeta que debía venir al mundo» (Jn 6,14) y querían convertirlo en un mesías a su gusto, en un mesías político terreno. Fue una tentación para Jesús; y Jesús la resistió huyendo a la montaña (Jn 6,15).

Durante la primera fase de su actividad, Jesús procuró llevar al pueblo a que cambiara su opinión sobre el Mesías y sobre el Reino y que lo aceptara tal como era, sin condiciones y sin prejuicios. No lo consiguió. El pueblo se mantuvo en su opinión y Jesús la respetó. Constantemente la aspiración popular provocaba a Jesús a dejar un camino por otro. Ésta es la tentación, la crisis, que marcó toda la vida de Jesús. Satanás interfería, pretendiendo desviarlo del camino trazado por el Padre. Los hombres intentan continuamente encuadrar a Dios en sus proyectos humanos, sin permitir que Dios los critique. Pero Jesús se afianza en su camino, por la adoración constante. No cedió a los compromisos fáciles del poder y de la aspiración popular.

De esta manera, las cosas se iban encauzando hacia una definición. Y llegó para Jesús la hora de esta definición. Se dio cuenta de que no era posible cambiar la mentalidad del pueblo, debido sobre todo a la influencia de sus líderes, los fariseos y los escribas. Éstos no llegarían jamás a aceptar la opinión de Jesús. Sería la ruina de su posición social. En ese caso, las cosas quedaban claras. Jesús tampoco cambiaría. Sería inevitable un conflicto. La cruz aparece en el horizonte de su vida. Su muerte violenta no era una mera posibilidad; se convirtió en una certeza.

Oteando así el horizonte de los acontecimientos, la luz de la misión recibida del Padre es la luz del amor y del respeto que tiene a los hombres. Jesús empieza a cambiar el rumbo de su actividad. De la decisión que va a tomar, ahora, ante la reacción negativa del pueblo, depende su futuro. Es una decisión de vida o muerte. Fue obediente al Padre, escogió el camino de la fidelidad que lo llevaría hasta la muerte. Y fue una decisión firme: «Tomó la decisión de ir a Jerusalén» (Lc 9,51), donde lo matarían. Pero todo eso no se llevó a cabo sin una lucha interior, sin una tentación, iguales a las que los evangelistas nos describen como sucedidas en el desierto o en el huerto de los olivos. Satanás, por así decirlo, reaparece constantemente en su vida. Pues bien, la Transfiguración ocupa un lugar central en ese cambio que se realizó en la vida de Jesús.

5. La crisis y la tentación en la vida de los apóstoles

Jesús les había hecho aquella pregunta: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Mc 8,27). Obtuvo la respuesta por

medio de una encuesta sobre la opinión del pueblo. Nadie acertó. Preguntó lo mismo a los apóstoles, y Pedro respondió: «Tú eres el Mesías» (Mc 8,29). Ellos lo aceptaron tal como era, sin condiciones ni prejuicios. Al menos, así parecía. Firmaron un papel en blanco, dispuestos a lo que viniese. E inmediatamente Jesús empezó a llenar la hoja en blanco. Sus palabras reflejan la decisión interior que ya había tomado.

Empezó a decir lo que él mismo pensaba de su misión mesiánica. Es como si dijera: «Es verdad. Soy el Mesías, pero conviene que sepáis que el Mesías tiene que padecer mucho, que será rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarán, y a los tres días resucitará» (cf. Mc 8,31). Aquella revelación fue un golpe, un rayo en medio de un cielo sin nubes, para los apóstoles. Eran incapaces de combinar aquello con las ideas que tenían sobre el Mesías. Lo mismo que el pueblo, pensaban en un Mesías glorioso, majestuoso, convertido en Juez severo. ¡Y ahora, a aquel hombre que ellos creían que era el Mesías se le ocurre decir que él, precisamente por ser Mesías, sería ridiculizado, rechazado, torturado, condenado como si fuese un bandido! Era algo que no les cabía en la cabeza. Comenzó la crisis de fe en la vida de los apóstoles.

Pedro, que poco antes había interpretado el sentimiento de todos diciendo que Jesús era el Mesías, interpreta de nuevo el sentimiento general diciendo: «¡Dios no lo quiera, Señor! ¡No te ocurrirá eso!» (Mt 16,22; Mc 8,32). La reacción de Jesús fue sumamente extraña: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son como los de Dios, sino como los de los hombres» (Mt 16,23; Mc 8,33). Comenzó el conflicto, pero Jesús permaneció firme en su modo de entender su misión de Mesías y Salvador. Sería duro llevar esta misión hasta el final, ya que se encontraría con la oposición de sus mejores amigos, sin pensar en la oposición del pueblo en general.

Pero Jesús no se echó para atrás. No sólo dijo que tenía que sufrir, sino que añadió que también ellos, los apóstoles, tendrían que sufrir, renunciar a sí mismos, cargar con su cruz y seguirlo (Mc 8,34; Mt 16,24-25). Era para no dejar sitio a la menor duda e incertidumbre. En vez de suavizar el conflicto, Jesús lo lleva a sus últimas consecuencias. El que quiera ir con él, tiene que saber lo que está haciendo y saber lo que le espera.

Éste es el ambiente general dentro del cual tiene lugar la Transfiguración: Jesús toma la decisión de arrostrar su misión de Mesías como misión que conquistaba la gloria del Reino a través del sufrimiento y de la muerte; sufre la tentación por parte del pueblo, que desea de él otra cosa, y sufre la tentación por parte de los apóstoles, que no lo entienden; sufre además toda la repulsa natural que causa la muerte a cualquier persona normal; los apóstoles, en medio de una profunda crisis, ya no saben qué hacer; el pueblo quiere apoderarse de Jesús para hacer de él un rey o un mesías terreno y político, pero hace eso porque no comprende y porque es como un rebaño sin pastor, más merecedor de compasión que de un juicio severo (cf. Mc 6,34). Ésta es la situación concreta en la que se encuentran Jesús y los apóstoles.

6. La Transfiguración en el contexto de la vida de Jesús y de los apóstoles

En la descripción de la Transfiguración se alude a las *tiendas*: «Si quieres, hago tres tiendas» (Mt 17,4; Mc 9,5; Lc 9,33). La narración va introducida por una indicación cronológica: «seis días después» (Mt 17,1; Mc 9,2), que no tiene ninguna relación con lo anterior. ¿Cuál es el sentido de estas dos observaciones?

Los judíos celebraban una fiesta llamada «fiesta de los tabernáculos» o «fiesta de las *tiendas*». Recordaba los 40 años que habían pasado sus antepasados en el desierto debajo de las tiendas. La fiesta duraba siete días. En estos siete días, el pueblo tenía la obligación de vivir bajo tiendas improvisadas. Si no era posible hacerlo durante los siete días, había que hacerlo por lo menos el día *séptimo*. Era una fiesta nacional, cargada de esperanza mesiánica. En esos días el pueblo andaba más revuelto, seguía esperando al Mesías con más insistencia: «¿No vendrá hoy, por ventura». Creían que el Mesías vendría un día de éstos.

Era un ambiente cargado de esperanzas mesiánico-políticas. El pueblo miraba a Jesús, esperando y pidiendo que se definiera, que se proclamara como Mesías. La *tentación* se hacía más viva, más violenta e insistente, sobre todo el último día de fiesta. Así, «después de seis días», es decir, el día *séptimo*, Jesús busca la soledad, como aquella otra vez cuando huyó a la mon-

taña (Jn 6,15). Subió a la montaña a rezar (Lc 9,28). Ante la tentación que viene del pueblo, Jesús se afianza en Dios por la oración. Se lleva sólo a tres apóstoles: Pedro, Santiago y Juan. Y allí, en aquella soledad, es donde Pedro se acuerda de la obligación que había de hacer tiendas, ya que era el último día: «Señor, ¡qué bien estamos aquí! ¡Si quieres, hago tres tiendas!» (Mt 17,4).

Aparecen aquí dos figuras, Moisés y Elías, los representantes del Antiguo Testamento, y hablan con Jesús de la muerte que iba a sufrir en Jerusalén (Lc 9,31). Esto significa lo siguiente: el mismo Antiguo Testamento, que era para los apóstoles la expresión máxima de la voluntad de Dios, estaba de acuerdo con Jesús: tenía que sufrir, porque esto entraba en el plan de Dios, esbozado ya en los profetas. Al mismo tiempo, Jesús se aparece lleno de gloria, diferente, transfigurado. En este conjunto de hechos, los apóstoles encontraban un medio para vencer su crisis de fe: veían a Jesús enteramente glorificado con la gloria que ellos habían soñado para el Mesías. Al mismo tiempo, el Antiguo Testamento, en sus dos mayores representantes, Moisés y Elías, decía que Jesús tenía que sufrir. Por tanto, la pasión de la que había hablado Jesús y contra la cual ellos se habían rebelado, entraba en los planes de Dios. La cruz era el camino para la gloria. No había otro. Eran ellos los que estaban equivocados. Jesús tenía razón. Era preciso cambiar de opinión y revisar su posición. Y la voz divina lo confirmó en esa conclusión: «Éste es mi Hijo amado; escuchadlo» (Mc 9,7). Comienza aquí la lenta victoria sobre la crisis de fe, provocada por el escándalo de la cruz.

Según el evangelio de san Lucas, la Transfiguración tenía para Jesús un gran parecido con la agonía en el huerto: en los dos casos, Jesús rezaba (Lc 9,28; 22,41); en la Transfiguración aparecen dos hombres hablando con Jesús sobre la pasión y la muerte (Lc 9,31), mientras que en la agonía aparece un ángel para confortarlo y animarlo a aceptar la pasión y la muerte (Lc 22,43); en los dos casos, los apóstoles duermen (Lc 9,32; 22,45); en la Transfiguración, durante la oración, su aspecto es glorioso (Lc 9,29), mientras que en la agonía, durante la oración, su aspecto es distinto, ya que comienzan «a correr gotas de sangre por su cara» (Lc 22,44).

Así, para levantar un poco el velo del misterio que envuelve a la persona de Cristo y saber lo que pasó en su interior en

la hora de la Transfiguración, se puede recurrir a la escena de la agonía y decir lo siguiente: aparece aquí el aspecto tan humano de Jesús. Como cualquier hombre, siente miedo y angustia ante la muerte; pero él la enfrenta con coraje y con oración, para poder ser fiel a Dios. Su misión llegó en un momento crítico. Para sustraerse de las llamadas del pueblo, que querían desviarlo de su camino, él se aparta de la gente para estar a solas con el Padre. Rezando y reflexionando sobre el Antiguo Testamento, se enfrenta a la situación de la misma manera con que se había enfrentado con el demonio en el desierto, recurriendo a las palabras de la sagrada Escritura. Esta adhesión firme de Jesús al Padre recibe una respuesta en su Transfiguración, en la aparición de los dos representantes del Antiguo Testamento y en la voz celestial que suena: «Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadlo» (Mt 17,5).

Una vez acabado todo, Jesús prohíbe a los tres apóstoles que revelen a los demás lo que acababan de ver (Mt 17,9; Mc 9,9; Lc 9,36). Todo desapareció y se quedó sólo Jesús. Los evangelios insisten en este punto: ¡sólo Jesús! Como si quisieran decir: de ahora en adelante, la única expresión de la voluntad de Dios junto a los hombres es Jesucristo; es Jesucristo en el momento de aceptar la muerte, en una entrega total a sus hermanos. En su actitud, él es la ley que tiene que orientar la vida.

A partir de este momento tan decisivo, comienza la segunda fase en la vida de Jesús, de la que antes hablábamos.

7. La Transfiguración en los evangelios

Cada evangelista describe el hecho a su manera. Cuando tres personas describen al mismo amigo, cada una de las tres lo pintará de manera distinta, ya que cada una ve algo en el amigo que las otras dos no ven. La diferencia se percibe en los más pequeños rasgos.

Así, el evangelio de san Mateo (Mt 17,1-8) dice que el rostro de Jesús se puso *como el sol*; habla de una nube *luminosa*; afirma que el miedo de los discípulos llegó al oír la voz celestial. Los otros dos, Marcos y Lucas, no recogen estos detalles y, aunque hablan del miedo de los apóstoles, lo ponen en otro contexto. Acentuando estos pequeños rasgos, Mateo, que escribe

para judíos convertidos, hace que el lector piense en Moisés, que tenía el rostro brillante como el sol cuando bajó de la montaña con las tablas de la ley antigua en la mano (Éx 34,29-35) y recuerda la nube *luminosa* que descendió sobre la montaña del Sinaí, cuando comunicó Dios su ley por medio de Moisés. De la misma manera, Mateo sugiere lo siguiente: la antigua ley fue dada por medio de Moisés, pero la nueva ley es dada por Jesucristo. El mismo Jesús es esta nueva ley, ya que Dios ha dicho: «¡Escuchadlo!» (Mt 17,5). Y así como el pueblo del Antiguo Testamento se llenó de miedo, cuando Moisés vino con la ley, así también el miedo aparece en el momento en que se da la nueva ley.

El evangelio de san Marcos (Mc 9,2-8) tiene pocos rasgos propios en la descripción del cuadro de la Transfiguración. Cuenta simplemente lo que se decía de aquel acontecimiento, sin querer comunicar ninguna idea propia suya. Lo único pintoresco, muy propio de Marcos, es la valoración que da sobre la blancura de los vestidos de Jesús en la Transfiguración: «... sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como ningún batanero del mundo podría blanquearlos» (Mc 9,3).

El evangelio de san Lucas (Lc 9,28-36), como ya hemos podido verificar, acentúa la semejanza que hay entre la Transfiguración y la agonía de Jesús en el huerto.

Pero antes de que la escribieran los tres evangelistas, esta narración era transmitida oralmente por los primeros cristianos. ¿Por qué motivo transmitían este hecho? Al parecer, los motivos son muy diferentes: 1) El escándalo de la cruz era un tropiezo demasiado grande para la evangelización de los judíos (cf. 1 Cor 1,23). ¿Qué hacer para que creyeran que un hombre, condenado por dos tribunales y muerto escandalosamente en una cruz, fuese aceptado como Mesías? Solamente probar que el sufrimiento y la cruz entraban en el plan de Dios, descrito en el Antiguo Testamento. La Transfiguración respondía a este problema y hacía ver que, según el Antiguo Testamento, la cruz era el camino del Mesías hacia la gloria. 2) Los cristianos encontraban en este acontecimiento una confirmación de su fe en Jesús, Hijo de Dios, ya que Dios mismo decía: «Éste es mi Hijo». 3) La narración confirmaba la autoridad de Jesucristo: él era la ley y la norma para el cristiano: «¡Escuchadle!».

Ésta es la historia de la Transfiguración. Un estudio atento de este episodio tan conocido de la vida de Jesús reveló aspectos desconocidos de esa misma vida. Hizo ver la verdad de la fe que profesamos: en Jesucristo, Dios se encarnó y se hizo *hombre* igual que nosotros. Esto quizás nos lleve a fijar con más atención nuestra mirada «en Jesús, autor y perfeccionador de la fe, el cual, animado por el gozo que le esperaba, soportó sin acobardarse la cruz» (Heb 12,1-2).

16

La libertad del cristiano: Pluralismo en la manera de vivir la misma fe en Jesucristo

1. Una situación de conflicto en la Iglesia: síntoma de un mal oculto

A Pablo no le iban muy bien las cosas con la comunidad de Jerusalén. No era culpa suya. Algunos cristianos de allí no se fiaban de él. Además de conservar el recuerdo doloroso de la persecución que había suscitado contra ellos (Hch 9,13.26), les parecía que Pablo era demasiado avanzado. Corría el rumor de que acababa con las tradiciones y de que incitaba a los judíos del mundo entero a abandonar la observancia de la ley de Moisés (Hch 18,13; 21,28). Habría dicho que la circuncisión no valía ya para nada (Hch 21,21). Sería más o menos como cuando hoy andan diciendo algunos que el precepto dominical, el celibato, el ayuno eucarístico, el rosario, etc. no sirven de nada.

Pablo sentía profundamente esta falta de confianza de sus hermanos en la fe. ¡Precisamente él, que lo había dado todo, por amor de Cristo, en quien también ellos creían! (Gál 2,20; 2 Cor 10,1; 11,22-23; Flp 3,5-8). Además de ser falsa, la acusación contra él era el síntoma de un mal oculto. Revelaba una divergencia muy profunda entre Pablo y sus colegas de Jerusalén. Tenían opiniones radicalmente opuestas sobre el evangelio y sobre la función y el lugar de Jesucristo en la vida de los hombres.

Pablo creía perfectamente compatible que existiera, dentro de la unidad de la fe, un cierto pluralismo en la manera de vivir esa fe en Jesucristo. Los judíos convertidos vivían esa fe en la sinceridad y en la entrega total, observando las prescripciones

de Moisés (Hch 21,20; cf. 10,14.28; 11,3; 1,46). Pablo no estaba en contra de eso. Él mismo, cuando lo creía oportuno, observaba la ley (1 Cor 9,20). No por eso podían acusarle de oportunista, ya que no buscaba su propio interés. Pero no podía soportar la pretensión de algunos colegas de Jerusalén que querían introducir su manera judía de vivir el evangelio como si fuera la única válida y verdadera, imponiéndosela a todos como camino obligatorio para que alguien pudiera participar de la salvación de Cristo (Hch 15,1.5.24). Pablo creía que un pagano, convertido al cristianismo, debería poder vivir esa misma fe a su modo, distinto del de los judíos, pero con la misma sinceridad y entrega total. Era precisamente en este punto donde se manifestaba la divergencia. Los otros no tenían esa apertura de espíritu y criticaban las iniciativas de Pablo. Quizás obraban sin malicia, movidos por una conciencia mal formada. Pero Pablo tenía sus dudas sobre la sinceridad de aquellos hombres (cf. Gál 2,4-5; 4,17; 6,12; Flp 3,2). En todo caso, trabajaban de forma activa y organizada para conseguir sus objetivos.

2. Las dudas y las luchas internas, engendradas por el conflicto

Se produjo entonces una gran confusión dentro de la Iglesia (Hch 15,2). Nadie sabía qué hacer. ¿Quién tenía razón? ¿Pablo o el grupo de Jerusalén, que se escondía tras el nombre del apóstol Santiago (Gál 2,12)? Hasta Pedro, el jefe de la Iglesia, se movía entre dudas e incertidumbres, no sabiendo encontrar el camino cierto en esa problemática eminentemente práctica, y se dejó influir por el grupo de Jerusalén (Gál 2,11-14).

La Iglesia estaba en una encrucijada y nadie sabía qué camino seguir. Era algo que no estaba previsto; Cristo no había dejado nada escrito; las normas anteriores no eran capaces de responder a un problema totalmente nuevo y que exigía creatividad. Era difícil escoger: siguiendo la línea de los más moderados, se evitaría el peligro de la persecución (Gál 6,12; 5,11), pero eso dificultaría que los paganos entrasen en la Iglesia, al tener que someterse al rito de la circuncisión; la Iglesia quedaría reducida a una secta judía y acabaría siendo tragada por el tiempo. Siguiendo la línea de Pablo, el mundo judío y

romano acabaría cayendo sobre el cristianismo (cf. Hch 13,45; 13,50; 14,2.5; 16,20), pero la fe estaría abierta a todos los hombres indistintamente. ¿Qué hacer? ¿Atraer sobre sí la reacción de todos y poner en peligro la supervivencia de la fe por exceso de velocidad, o ir con más calma y poner así en peligro la supervivencia de la fe por una muerte prematura?

Pablo era de la misma opinión y luchó por ella. Sufrió mucho por causa de esta convicción. Sus adversarios hicieron todo lo posible por disminuir la influencia de Pablo. Intentaban minar su autoridad: el evangelio que él predicaba sería sólo de él, y no de los apóstoles Pedro y Santiago (cf. Gál 2,6-9; 1,19-23). Destruída su autoridad, quedaría falto de fundamento todo su trabajo. Pablo tuvo que defenderse, mostrando que no había ninguna divergencia entre él y los dos grandes apóstoles (Gál 2,1-10). Hizo todo lo posible por deshacer la impresión de que él era un demolidor de la ley y de la tradición (cf. 2 Cor 11,21-23; 12,11; Hch 25,8; 24,14-15; 1 Cor 9,20; Rom 3,31; 10,4). Es posible que la reacción de los otros contra Pablo estuviera motivada sólo por el miedo a la persecución. Resulta difícil juzgar a larga distancia. Pablo, al menos, era de esta opinión: «Los que os fuerzan a circuncidaros lo hacen para quedar bien ante los demás y para no ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo» (Gál 6,12). Él los llamaba «falsos hermanos» (Gál 2,4; 2 Cor 11,26.12-13).

3. La convicción de Pablo, traducida en actitudes prácticas

A Pablo le importaba poco que uno estuviera circuncidado o no, que un cristiano viniera del judaísmo o del paganismo (Gál 6,15; 5,6; 1 Cor 9,20). No le prohibía a nadie observar la ley de Moisés. Pero tampoco soportaba la pretensión de los otros de que esa ley era necesaria para poder ser cristiano. La salvación que trajo Cristo estaba abierta para todos, ya que, según Pablo, bastaba la fe en Jesucristo, entendida como adhesión total a él (Gál 3,22; 2,15-19.21). Delante de Cristo, todo el mundo está en pie de igualdad. Todo lo demás, las observancias, las prescripciones y toda aquella innumerable cantidad de normas, todo pasó a un segundo plano, limitándose a ser medio e instrumento para alcanzar el objetivo principal.

Por eso, cuando le convenía, es decir, para hacerse judío con los judíos, Pablo observaba la ley de Moisés (1 Cor 9,20). Incluso quiso que se circuncidara Timoteo para facilitar las relaciones con los judíos (Hch 16,3). Pero se opuso enérgicamente a hacer lo mismo con Tito, cuando los demás querían hacer de ello una cuestión de principio (Gál 2,3-5; 5,2).

Lo mismo hay que decir de aquellas observancias judías en relación con la comida y la bebida. Pablo creía que, en todo eso, lo que valía era la conciencia (Rom 14,1-5). Que cada uno hiciera lo que le pareciese, pero siguiendo siempre su conciencia y haciéndolo todo por el Señor (Rom 14,6-9), porque, en definitiva, «el reino de Dios no consiste en lo que se come o en lo que se bebe» (Rom 14,17). Había que ser realmente libre (Gál 5,1). Pero cuando los demás querían hacer de esas cosas secundarias una cuestión de principio, entonces reaccionaba fuertemente, incluso contra el mismo Pedro (Gál 2,11-14) y denunciaba sus pretensiones como contrarias a la voluntad de Dios, como cosas que «sólo sirven para satisfacer el propio egoísmo» (Col 2,23). No pasaban de ser prescripciones humanas (Col 2,22).

Pablo sentía horror por esa uniformidad en el obrar, impuesta en nombre de la fe. No le gustaba la gente que, por no entender nada de lo principal, se erguía en defensora de cosas secundarias, queriendo definir por ellas la ortodoxia de alguien. Lo mismo que él decía: «El reino de Dios no consiste en lo que se come o en lo que se bebe», podríamos repetir hoy: «El reino de Dios no consiste en comulgar o no en la boca, en que los sacerdotes se casen o sean célibes, en el color de los ornamentos, en llevar traje negro o marrón, en confesarse una vez al mes o una vez al año, en tener la misa con dos o tres lecturas, en el ayuno eucarístico de 50 ó 60 minutos, y otra infinidad de cuestiones que enturbian la visión. El reino de Dios «consiste en la fuerza salvadora, en la paz y la alegría que proceden del Espíritu Santo» (Rom 14,17). O lo que es lo mismo, «lo que vale es la fe que actúa por medio del amor» (Gál 5,6). Lo demás es bueno, es válido y es útil en la medida que tenga capacidad para llevar a eso y para ser expresión suya. De lo contrario, no vale; «no fue, desde luego, inspiración del que os ha llamado» (Gál 5,8).

En otra ocasión, Pablo llegó a tomar una actitud que debió costarle mucho. Al volver a Jerusalén, después de su ter-

cer viaje misionero al mundo pagano, aceptó llevar algunos hombres al templo para que cumplieran una promesa, hecha según la ley de Moisés. Era una maniobra táctica de algunos de sus colegas de Jerusalén, para dar a los demás la impresión de que Pablo no era contrario a la ley (Hch 21,20-24). Pero en otra ocasión, al tratarse solamente de un problema de convivencia en la mesa, Pablo llegó a enfrentarse públicamente con Pedro (Gál 2,11-14). Debido a ciertas tradiciones y convencionalismos judíos, Pedro se dejó enredar por el grupo de Jerusalén y abandonó el banquete con los paganos convertidos, comiendo sólo con los judíos convertidos. Por ese motivo los paganos se sintieron reducidos a una categoría inferior de cristianos y se vieron forzados, por la situación, a observar aquellas mismas normas. Pablo, ante eso, reaccionó con energía y dijo a Pedro «en presencia de todos: “Si tú, que eres judío, vives como pagano y no como judío, ¿por qué obligas a los de origen pagano a comportarse como judíos?”» (Gál 2,14).

Vemos cómo, a pesar de los intereses tan grandes que están en juego, la lucha se entabla siempre, tanto ayer como hoy, sobre las cosas más comunes de la vida, en cosas irritantes, de poca monta; pero allí es donde se decide la batalla. Se recorre un kilómetro, avanzando centímetro a centímetro.

4. La libertad en Cristo

Lo que Pablo apreciaba ante todo era su libertad. Libre de la ley (Gál 3,13), libre de todo, para poder seguir en todo la conciencia nueva que había nacido en él a partir de su adhesión a Cristo (Gál 5,1; 2,4). La obligatoriedad no se imponía desde fuera, sino que nacía de dentro. No cambiaría esa libertad por nada en el mundo (Flp 3,7-9); por eso no permitía que otros impidiesen a los paganos vivir esa misma libertad (Gál 2,4-5). Ni siquiera Pedro, el jefe supremo de la Iglesia, tenía autoridad para ello (Gál 2,14). Ni siquiera aquellos «superapóstoles» de Jerusalén (2 Cor 11,5; 12,11). Se enfrentaba animosamente con ellos porque, como escribía, «en nada me aventajan» (2 Cor 12,11), ya que «también yo creo tener el Espíritu de Dios» (1 Cor 7,40).

A partir de esta visión de las cosas, Pablo tomaba sus decisiones, pero no sin consultar antes con los otros apóstoles

(Gál 2,1-2) que, por otra parte, nunca tuvieron nada que reprocharle, al menos en principio (Gál 2,6-9). Quizás, en la práctica, no habían conseguido entender por completo el procedimiento de Pablo. De hecho, había mucha gente que no conseguía acompañar a Pablo en su apertura, ya que no había tenido la misma lucha y la misma experiencia por la que ellos habían pasado. Pablo, a su vez, tampoco exigía que todos pensasen como él. Sabía respetar la conciencia de los otros. Siendo realmente libre, se hacía esclavo de todos (1 Cor 9,19). Veía en el otro, por muy débil y cerrado que fuese, «un hermano por quien Cristo murió» (1 Cor 8,11). Y si, por casualidad, su procedimiento libre podía ser motivo de caída para el otro, estaba dispuesto a no comer carne jamás, si con eso podía ayudar al hermano (1 Cor 8,13). Practicó lo que escribía a los gálatas: «Es cierto, hermanos, que habéis sido llamados a la libertad. Pero no toméis la libertad como pretexto para vuestros apetitos desordenados; antes bien, haceos esclavos los unos de los otros por amor» (Gál 5,13). El amor lo llevaba a respetar la conciencia de los demás. Sólo pedían que no dificultasen su trabajo, imponiendo restricciones que no tenían nada que ver con la fe en Cristo, y que no escondiesen, bajo el manto de la fe y del orden debido, su propia falta de coraje para enfrentarse con la realidad y con las persecuciones (Gál 6,12).

Hay que indicar además que todo eso, para Pablo, no se quedaba sólo en teoría o en documento escrito. Tenía el coraje de enseñárselo a los demás en la práctica y de asumir el riesgo de las consecuencias. Tenía el coraje de decir a los gálatas: «Caminad según el Espíritu y no os dejéis arrastrar por los apetitos desordenados» (Gál 5,16). Los «apetitos desordenados», o los «deseos de la carne», según la traducción más literal, eran aquellas preocupaciones por las observancias materiales de la comida y la bebida, por las fiestas y normas, y sobre todo por la circuncisión que había que hacer en la carne. Y no se quedaba aquí. Después de haber indicado a los demás el camino, él no se echaba para atrás cuando surgían dificultades con las otras autoridades. El compromiso de Pablo con Cristo se traducía concretamente en el compromiso por los demás. No hacía distinciones teológicas, para no tener que enzarzarse en discusiones. No distinguía mucho entre la teoría y la práctica. Para él, la fe era una actitud eminentemente práctica. Y apelaba a ella para su comportamiento de compromiso real: «En

adelante, no me ocasionéis más preocupaciones, que ya tengo bastante con llevar en mi cuerpo las marcas de Jesús» (Gál 6,17). Aludía al sufrimiento y a la tortura que soportaba por el bien de los demás.

5. Solución del problema: aceptación del pluralismo

A medida que pasaba el tiempo, aumentaba la confusión en la Iglesia. La convivencia entre cristianos venidos del paganismo y cristianos procedentes del judaísmo se iba haciendo cada vez más difícil (Hch 15,1-5). Era urgente resolver este problema y obtener una visión más clara del evangelio. Se convocó una reunión en Jerusalén, que ha entrado en la historia como el primer concilio ecuménico (Hch 15,6). La discusión fue larga (Hch 15,7). Pero al final habló Pedro y zanjó la discusión: lo que salva y libera al hombre es la fe en Jesucristo (Hch 15,11). Habló así, no para agradar a Pablo, sino porque él mismo había visto y palpado, por propia experiencia y por indicación divina, que era ése el camino cierto (Hch 15,7-9; 10,44-48). Las cosas se fueron aclarando. No se prohibió la observancia de la ley de Moisés. Se condenó solamente la obligatoriedad de esa observancia para los paganos convertidos (Hch 15,10). Santiago apoyó la decisión de Pedro (Hch 15,13-19) y ambos se distanciaron definitivamente de los que iban diciendo lo contrario (Hch 15,24). Se empeñaron en dejar bien claro este punto en el comunicado final de la reunión: «Hemos oído que algunos de entre nosotros, sin mandato nuestro, os han inquietado y desconcertado con sus palabras. Por tal motivo hemos decidido de común acuerdo escoger algunos hombres y enviároslos con nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han consagrado su vida al servicio de nuestro Señor Jesucristo» (Hch 15,24-26).

Aceptada como tesis la pluralidad en la manera de vivir la fe en Jesucristo, se intentó concretarla en la práctica, dándole una cierta estructura. La tesis es una cosa, la práctica es otra. No se podía, por ejemplo, exigirle a un judío convencido, como era el caso de Pedro y de Santiago, que fueran a vivir con los cristianos procedentes del paganismo. Tampoco era necesario. Ni podían exigirle a Pablo que se adaptase a las nor-

mas de convivencia judías. Por eso, les dejaron a Pablo y a Bernabé el cuidado de las comunidades existentes en el mundo pagano. Pedro y Santiago se harían cargo de las comunidades del mundo judío (Gál 2,7-9). Pero a todos les asistía el derecho a vivir su fe en Cristo en la santa libertad de su conciencia. Pero, con vistas a la convivencia mutua, se exigió a los paganos convertidos que observasen cuatro normas, propuestas por Santiago (Hch 15,20; 21,25).

De esta forma volvió la paz, al menos como posibilidad real, una paz fundada en el respeto y la aceptación de las mutuas divergencias. Los cristianos supieron descubrir y aceptar la voluntad de Dios en medio de aquella confusión generalizada. Y, por muy extraño que pueda parecer, esta aceptación realista de las mutuas divergencias puso las bases de una aproximación y de una comunión mucho más íntima y real que la que los otros pretendían alcanzar, imponiendo a todos la misma etiqueta en la manera de vivir la fe en Jesucristo. En el concilio, los cristianos conservadores de Jerusalén, coartando sus exigencias, como si cortasen el cordón umbilical, permitieron que Cristo naciera de hecho para todo el mundo. Precisamente por esta magnanimidad que mostraron, y que ciertamente no fue fácil, obtuvieron la gratitud y el reconocimiento de los cristianos procedentes del paganismo. Y de esa gratitud nació más tarde una de las iniciativas más hermosas de unidad: la gran colecta en las Iglesias del mundo pagano en favor de los pobres de la comunidad de Jerusalén.

6. Del pluralismo nace la iniciativa de la unidad

Los cristianos de Jerusalén, por aquella concesión bastante dolorosa que habían hecho, liberaron el mensaje cristiano para el mundo pagano. Y del mundo pagano, probablemente en Corinto (2 Cor 8,10), nació la iniciativa de retribuirles por el bien recibido (Rom 15,27). Se organizó entonces una campaña de fraternidad que se ganó las simpatías y obtuvo la colaboración de todas las comunidades de Galacia en el Asia Menor (1 Cor 16,1), de Macedonia en el norte de Grecia (2 Cor 8,1), y de Acaya en el sur de Grecia (2 Cor 9,2). Incluso se dio una cierta competición entre ellas, para ver quién daba más dinero (2 Cor 9,2). Y fueron generosos, a pesar de su pobreza (2 Cor 8,2-3), ya

que se habla de una «abundante suma» (2 Cor 8,20). Hubo una movilización general de las Iglesias paganas en favor de los hermanos necesitados de Jerusalén. Y Pablo lo dio todo por ese trabajo. Se convirtió en experto limosnero, para convencer a los otros a que dieran con generosidad (cf. 2 Cor 8-9).

No hay que confundir esta campaña de fraternidad con una colecta cualquiera. Es una señal elocuente de que el Espíritu Santo no es derrotado nunca por los hechos que van apareciendo en la historia. Nunca queda apresado en las ideas de los hombres. Es creador y sabe suscitar cosas nuevas, cuando los hombres se desaniman por falta de ideas, derrotados por la realidad.

Efectivamente, una vez oficializada la divergencia entre los paganos y los judíos, una vez aceptados los hechos y reconocida la realidad en el primer concilio, esta misma realidad nueva, recién creada, suscitó a continuación un nuevo problema, como suele suceder: ¿cómo mantener la unidad en semejantes condiciones? Más aún, los cristianos de Jerusalén, reconociendo y aceptando la llamada de Dios en los hechos, tuvieron que asistir al lento desplazamiento del eje de la Iglesia hacia el mundo pagano. Sabían que les tocaría ser una pequeña minoría. ¿Cuál sería en adelante su lugar y su futuro en la Iglesia?

Todos tenían el mismo Cristo, la misma fe, el mismo Padre, el mismo bautismo, el mismo Espíritu Santo (Ef 4,4-6); pero la vida era pluriforme. Del mismo tronco estaban naciendo ramas muy distintas, diversificándose cada vez más unas de otras a medida que iban ofreciendo. Pero por esas ramas, por muy variadas y diferentes que fuesen, corría la misma savia que hacía nacer en todas ellas las mismas hojas y los mismos frutos, los frutos de la caridad, concretada en esa amplia campaña de fraternidad. Se trató, como todo indica, de una iniciativa espontánea, no impuesta (2 Cor 8,3.10), que unió más que antes a las comunidades paganas y que dio a los hermanos de Jerusalén una conciencia mucho mayor de pertenencia a la Iglesia, mucho más plena que antes. Esta campaña formaba incluso parte de la oficialización del pluralismo que existía en la Iglesia (Gál 2,10). Era una forma de concretar las decisiones del concilio.

La campaña no era tanto para dar una impresión de unidad a los demás, ya que faltaba la asistencia de un mundo que aplaudiese las iniciativas de los cristianos. No se trataba de

poner una fachada para que escondiera la desunión más profunda. Al contrario, nació precisamente de la aceptación realista de las divergencias; creció del propio pluralismo. Se trata de la respuesta agradecida de los cristianos paganos a la magnanimidad de los colegas de Jerusalén, a quienes debían la libertad de vivir su fe, según su propia inspiración y realidad (cf. Rom 15,26-27). Se había superado la desunión, porque supieron encontrar el sentido de la unidad en el nivel más profundo y sólido del pluralismo, donde el amor puede dar pruebas de su creatividad. Esta campaña habría sido imposible antes del concilio de Jerusalén, cuando todavía estaban peleándose por las ideas, queriendo cada cual imponer su opinión al otro. En ese caso, la campaña habría sido un instrumento más, para que un grupo pudiera dominar al otro.

Pero ahora, una vez aceptada la diversidad y partiendo de ella, la unidad puede florecer y cada flor puede prosperar en su propio campo, con su propio abono, y mostrar sus propias cualidades y colores, puestas en la vitrina de la Iglesia para alegrar la vista de todos los hermanos. Aquella campaña mostró hasta dónde llegaba el compromiso de cada uno con Cristo y con los hermanos. Era el termómetro de su fe, de su esperanza y de su caridad. No era una forma barata de limosna, dada para tranquilizar la propia conciencia.

7. Conclusión

No todos los judíos convertidos consiguieron tener esta visión. No comprendieron la apertura inmensa del concilio y siguieron, incluso más tarde, defendiendo su opinión y molestando a Pablo todo cuanto podían. Pero el que ha vencido una guerra, no se preocupa ya de las pequeñas escaramuzas. Aquellas discusiones, por muy dolorosas que fuesen, no lograron quitarle a Pablo su profundo sentimiento de gratitud. Sabía distinguir entre lo que se debía a la iniciativa de unos pocos, por muy peligrosa y desagradable que fuese, y lo que era iniciativa de la Iglesia.

Todo eso pasó hace ya mucho tiempo y las cosas son ahora distintas. Pero hoy existe en la Iglesia una situación de conflicto que, por lo que todo indica, es también síntoma de una divergencia profunda sobre lo que tiene que ser hoy el

evangelio. ¿No estaremos acaso impidiendo en nuestros días, como antaño, el nacimiento de Cristo al mundo, manteniéndolo preso de unos esquemas y modos de pensar y de vivir que tienen que ver poco con la fe? ¿No será hora de que demos una prueba de magnanimidad, como hicieron los cristianos de Jerusalén? ¿No deberíamos ser realistas y aceptar el pluralismo en la manera de vivir la fe, la misma fe, en Jesucristo? ¿O será, acaso, que tenemos miedo de enfrentarnos con la realidad y con las persecuciones?

Fe en la resurrección: «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?»

Hemos hablado mucho de la resurrección, ya desde la primera página. Nació entonces una expectativa: «¿Qué es lo que significa la fe en la resurrección?» De la resurrección pueden decirse muchas cosas y desde muy diversos ángulos. No vamos a decirlo todo; no somos capaces de ello. No diremos más que lo suficiente para iluminar la pregunta que entonces se planteó: «¿Qué es lo que significa la fe en la resurrección, hoy, para nosotros?».

1. Posiciones que dificultan la comprensión de la resurrección

Hoy se discute mucho sobre la resurrección. Se hacen sobre ella toda una serie de preguntas: ¿Qué es lo que Dios va a hacer el día de la resurrección? ¿Tendrán los hombre el mismo cuerpo? ¿El mismo tamaño? ¿Seguirá siendo feo el que es feo? ¿Y los niños que mueren? ¿Seguirán siendo niños para siempre? Y, suponiendo que todos lleguen a la edad adulta, ¿será agradable una vida eterna sin el encanto de los niños? ¿Y aquel hombre que murió quemado, sin que quedase ningún resto de su cuerpo? ¿Cómo podrá Dios arreglárselas con él?

Y así van surgiendo las preguntas, provocando discusiones inútiles e insolubles. Una pregunta suscita otra. Son como el niño que va corriendo de flor en flor, separándose cada vez más de su casa. Cuando finalmente se para, se siente perdido, sin saber de dónde vino ni adónde va. Empieza a llorar. Estas

preguntas sobre la resurrección se parecen un poco a los lloros del niño. Son una señal de que estamos perdidos, lejos de casa, lejos del sentido auténtico de la verdad. Estamos perdidos, no ya en los caminos difíciles de la fe, sino en la tela de araña de nuestros propios pensamientos, que han desvirtuado por completo el sentido de la resurrección. Ya no sabemos qué hacer con ella en la vida.

El sentido común de muchas personas nos llevó a decir que esas dificultades no pueden venir de Dios. No sirven más que para complicar más la vida, que ya es de suyo tan difícil.

Otros no creen en la resurrección, porque no encuentran pruebas suficientes, capaces de convencerles. Dicen que es imposible para un hombre poder probar, por la ciencia histórica, el hecho de la resurrección de Cristo, por ser muchos los problemas implicados en esta cuestión.

Otros comienzan el estudio sobre la resurrección, queriendo saber exactamente lo que aconteció aquel domingo de Pascua, cómo era el cuerpo glorioso de Cristo, cómo pueden imaginarse las apariciones y cómo explicar las contradicciones que registran los evangelios en su relato.

Otros, finalmente, estudian la resurrección intentando defenderla de las dificultades que se plantean contra ella. De este modo desean hacer esta verdad un poco más aceptable al hombre de hoy.

2. ¿Cómo abordar el estudio sobre la fe en la resurrección?

Creo que, para un cristiano que dice tener fe, no hay que *comenzar* una exposición sobre la resurrección intentando querer demostrar el hecho de la resurrección de Jesús con argumentos científicos e intentando deshacer los argumentos contrarios. Porque la fe en la resurrección es algo que incide tan profundamente sobre la vida y tiene repercusiones tan profundas sobre todo lo que hacemos que no es posible que dependa de unos cuantos argumentos inciertos que no todos aceptan. Tiene que tener una base más sólida.

Además de eso, el que se coloca en esa posición se coloca ya por encima de la resurrección, al menos psicológicamente, pues-

to que entonces ésta dependería de los argumentos que va a dar. Pues bien, cuando la verdad de la resurrección depende de mi argumentación, entonces soy yo, por algunos instantes, el dueño de esa verdad. Esa verdad existe y sigue existiendo gracias a mi argumentación. Difícilmente voy a permitir entonces que esa resurrección, que estuvo bajo mi dominio y que dependió de mí, se coloque por encima de mí, con sus exigencias radicales para la vida. Por otra parte, la Biblia no pone la defensa de la resurrección como punto de partida de su argumentación.

Empezar el estudio de la resurrección con el análisis de lo que aconteció el domingo de Pascua es, según creo, entrar por la puerta que no lleva al centro de la casa. El que así procede, reduce ya desde el principio la resurrección a un hecho aislado del pasado, perteneciente a una época que ya pasó. Se distancia de la resurrección. Difícilmente estará en condiciones de percibir enseguida lo que ella puede representar para su vida. No fue así como procedieron los primeros cristianos. En las cartas de san Pablo, que son anteriores a los evangelios, se habla de la resurrección en casi todas sus páginas, pero allí no se habla, más que una sola vez (1 Cor 15,1-4), de la modalidad histórica en que se realizaron las apariciones y los acontecimientos del domingo de Pascua.

Respecto a las preguntas que hoy hacemos en torno a la resurrección, san Pablo respondería de este modo: «¡Necios! Has visto alguna vez que el árbol o una planta cualquiera sea igual a su semilla? Seguro que has visto alguna vez sembrar y plantar árboles. ¿Se parece la semilla a la planta o al árbol que va a nacer de ella? Del mismo modo tú, con tu vida, eres como una semilla de la que, cuando mueras, nacerá un cuerpo nuevo, diferente, espiritual, por la fuerza de Dios. ¡Cuídate de la semilla, que Dios se cuidará de lo demás!» (cita resumida y libre de 1 Cor 15,35-50).

Pero sigue en pie la pregunta: «¿Qué significaba entonces, para san Pablo, la fe en la resurrección?».

3. La diferencia entre nosotros y los primeros cristianos

Se da una diferencia muy grande entre la manera con que hoy nos situamos nosotros ante la resurrección y la forma con que vivieron los primeros cristianos, en su vida, esa misma verdad.

Para la mayor parte de los que hoy creen en la resurrección, esta fe tiene algo que ver con el pasado y con el futuro. Con el *pasado*, ya que recitamos en el Credo: «Creo que Jesucristo fue crucificado, muerto y sepultado, que bajó a los infiernos, que resucitó al tercer día». Por la fe en la resurrección aceptamos que, hace veinte siglos, se encontró un sepulcro vacío y que Jesús resucitó, apareciéndose varias veces a los apóstoles. Con el *futuro*, ya que también recitamos en el Credo: «Creo en la resurrección de la carne». Por la fe en la resurrección admitimos que algún día, no sabemos cuándo, resucitarán todos los muertos.

La fe en la resurrección sustenta estos dos postes, bien firmes, uno en el pasado y otro en el futuro. ¿Y el presente? ¿Existe algún hilo que una un poste con otro y que, pasando sobre nuestro presente, ilumine la lámpara de la vida, haga ver el camino que se ha de seguir y mueva el motor de la existencia? Los que hoy vivimos, ¿qué somos y qué es lo que hacemos con nuestra fe en la resurrección? ¿Existe alguna resurrección en su vida?

Para la mayor parte de nosotros, los cristianos, según creo, la resurrección tiene poco que ver con el presente que vivimos. Es uno de esos misterios difíciles de la fe, escondidos en el fondo del pasado y del futuro, con los que no sabemos muy bien qué hacer en la vida de cada día.

La manera con que se habla de esta misma verdad en el Nuevo Testamento es muy diferente. El ángulo de visión es distinto.

Para que yo pueda hablar de la vida, la condición primordial es que yo tenga vida, que esté vivo. Un marciano, en el caso de que exista, podría estudiar nuestra vida en este planeta, pero sería un conocimiento de alguien que se encuentra fuera de eso que estudia. El indio más simple e ignorante de la selva podría hablar con más autoridad sobre la vida humana en el globo terrestre, por muy inteligente que fuese el marciano. Un ciego que nunca ha visto la luz, puede imaginarse lo que es la luz, hacer cálculos ciertos y complicados, pero el niño que tiene ojos para captar la luz del día sabe más que el ciego, aunque no sepa explicar todo lo que vive y todo lo que siente sobre la luz. Lo mismo pasa con el Nuevo Testamento, cuando habla de la resurrección. La fe en la resurrección era la condición para poder hablar de la vida que de ella nacía.

Los primeros cristianos no se colocaban por encima de la resurrección para poder demostrarla, ni tomaban distancia frente a ella para poder contemplarla. No se preocupaban, al menos al principio, de saber qué fue lo que ocurrió exactamente el domingo de Pascua, ni empezaban el estudio de la resurrección por la defensa de la misma. El que vive no necesita probar que nació. No necesita defender la existencia de sus padres. La resurrección no necesitaba ninguna defensa. Era la luz que les hacía ver y leer la vida. La fe en la resurrección era el ambiente vital dentro del cual se vivía y desde el que se hablaba. Era como el aire que se respiraba. Tanto los que hablaban de la resurrección como los que oían hablar de ella, vivían dentro de este nuevo ambiente. La fe en la resurrección era la raíz de todo, lo mismo que la vida que se tiene es la raíz de todo lo que se hace en la vida. Una rama no puede desgajarse del árbol para poder ser observada aparte. Eso sería su muerte. Ni necesita probar a los demás que está unida al tronco del árbol. Basta con que produzca frutos. Éstos son la mejor prueba de su vinculación con el tronco y con la raíz. Cuando el sol está en lo más alto del cielo, nadie se preocupa de probar o defender la existencia del sol. De lo que se preocupa es de aprovecharse de su luz y de su calor para mejorar su salud. De esta segunda preocupación nació el Nuevo Testamento.

Se trata de dos maneras muy distintas de abordar y de vivir la misma verdad de fe. Nosotros, hoy, situamos el objeto de la fe en la resurrección en el pasado y en el futuro. Los primeros cristianos lo situaban en el presente. En la manera de hablar del Nuevo Testamento sobre la resurrección encontramos muchos puntos que pueden ayudarnos para una revisión de nuestra manera de ver y de vivir la resurrección.

La aparición de la fe en la resurrección es algo tan nuevo y diferente que no cabe dentro de nuestros criterios. Por eso, antes de estudiar esta verdad, de criticarla y de interrogarla con nuestras preguntas, incluso antes de querer defenderla con nuestros argumentos, conviene dar la palabra al Nuevo Testamento para que nos diga lo que él entendía por fe en la resurrección y cómo la vivía en la vida. De lo contrario, es posible que estemos inventando dificultades donde no existen y que estemos defendiendo cosas que no necesitan defensa, por no pertenecer a la fe en la resurrección.

4. Punto de partida para la fe en la resurrección: la percepción de los límites de la existencia, barreras que matan la vida y la esperanza en el hombre

Para que pueda percibirse todo el alcance de la novedad de una cosa que aparece en la vida, hay que analizar primero la situación anterior. En la confrontación entre las dos, es decir, en la confrontación entre el *antes* y el *después*, es donde aparece el valor de la cosa nueva que se hizo presente. Por eso, vamos a analizar primero esta tierra, donde se plantó y creció la semilla de la fe en la resurrección, para ver luego si esta tierra existe hoy entre nosotros.

Aquellos dos discípulos de Jesús, Cleofás y su colega que iban por el camino en dirección a Emaús (Lc 24,13s), eran la expresión de lo que ocurrió en la vida de los apóstoles, después de la muerte de Jesús. Eran al mismo tiempo expresión de lo que acontecía en la vida de los cristianos que iban por los senderos de la vida, en el tiempo en que Lucas escribía este episodio en su evangelio: gente perseguida, que no sabían ya colocar en su vida la fe de la resurrección, ya que la muerte mataba en ellos la esperanza, y no encontraban ya a aquel Cristo vivo en quien creían. Y siguen siendo todavía la expresión de lo que ocurre en la vida de muchos en nuestros días.

«Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y sin embargo, ya hace tres días...» (Lc 24,21). Aquella fue la queja amarga de los dos. Con la muerte de Jesús murió algo en la vida de los apóstoles, algo de importancia fundamental. La vida, para ellos, dejó de tener sentido. Anteriormente, había crecido en ellos una unión de vida tan grande con Jesús que ya no podían concebir la vida sin él (cf. Jn 6,68-69). estaban dispuestos a morir con él (Jn 11,16), a sufrir por él (cf. Mc 10,38-39), a dar su vida por él (cf. Mc 14,31), ya que sin él todo perdería su sentido. Por amor a él, habían abandonado todo lo que tenían (cf. Mc 10,28). Jesús se había vuelto el eje en la rueda de la vida de los apóstoles.

La muerte de Jesús fue la ruptura del eje. Esa muerte se impuso, trágicamente, como una barrera infranqueable, entre la situación presente y el ideal de futuro que habían alimen-

tado. Era mejor salir de Jerusalén (cf. Lc 24,13) y volverse cada uno a su rincón y a su trabajo (cf. Jn 21,3). No había pasado nada. Fue una ilusión, una utopía, una alienación, la de haber creído en ese Jesús y en el mensaje que predicó. Ahora ya había pasado todo: «ya hace tres días...». Su muerte los hizo volver al terreno duro de la realidad.

Por otro lado, una vez que se había levantado el velo del futuro y que habían tenido la ocasión de vislumbrar las enormes posibilidades de la vida humana durante los tres años de convivencia con Jesús, el deseo siguió en pie. Una vez cerrado ese futuro con la muerte de Jesús, la realidad parecía más oscura que antes. Ya no los atraía ningún otro futuro. La muerte destruyó todos los anhelos y mató, radicalmente, todo intento de futuro.

Y esa muerte no era solamente la cruz. Era toda una situación que se centraba en la cruz y que conducía a la cruz a quien quisiera seguir por el camino de Cristo. Las fuerzas de la muerte estaban más vivas que nunca: el imperialismo romano, que con una sola palabra había ratificado la condenación a muerte; los soldados, que habían ejecutado la sentencia del gobernador Pilato, sin que se lo hubieran podido impedir; los escribas, que se habían alegrado por ello; los fariseos y el fariseísmo, que la habían provocado, manipulando la opinión pública; la mentalidad fluctuante del pueblo y tantos otros factores. Todo eso contribuyó y se conjuró, como en una fuerza única, contra Jesús (cf. Hch 4,24-28) y consiguió vencerlo. Al matar a Cristo, mataron el futuro en el corazón de los apóstoles. La muerte estaba personificada en esa situación, como una fuerza horrorosa, amenazando cualquier intento que pudieran hacer los apóstoles por seguir haciendo lo que Jesús hacía. Todo se acabó. Las sombras de la muerte se instalaron en la vida, impidiendo la esperanza y amenazando con su opresión a todo el porvenir.

Los apóstoles se quedaron amedrentados ante esta fuerza. Y huyeron (Mc 14,50-52). Incluso trancaron las puertas de la casa (Jn 20,19). Con aquellos hombres asustados ya no se podía contar para nada. Fueron derrotados por la realidad que los aplastaba.

La muerte de Jesús mató algo en los apóstoles, lo mismo que la muerte del marido mata algo en la esposa, lo mismo que la muerte del amigo mata algo en el amigo. Los apóstoles esta-

ban más muertos que el propio Cristo. Se secó la fuente y se acabó el agua. Destruyeron la central y la luz se apagó.

Ésa era también la situación de los cristianos que caminaban por los senderos de la vida por el año 70, en los tiempos en que Lucas escribía su evangelio. Una gran frustración había invadido sus corazones. Por algún tiempo habían creído en Jesucristo. Se decía que él estaba vivo, en medio de la comunidad. Él habría obtenido la victoria sobre la muerte; los que creyesen en él, participarían de esa fuerza victoriosa sobre la muerte. ¿Pero dónde estaba él? ¿Dónde estaba esa victoria? El imperio romano seguía persiguiendo a los que creían en Cristo. No permitía que los cristianos abrieran un nuevo camino hacia el futuro, dando un nuevo sentido a la vida humana. Los cristianos estaban muriendo como criminales comunes en las cárceles y en la arena. ¿Dónde estaba Cristo? «Esperábamos que él fuera el libertador; sin embargo...». Una barrera infranqueable se interponía entre la realidad y el futuro. La muerte personificada en las estructuras del imperio romano, mataba la esperanza en el corazón de los cristianos. ¿Servía de algo mantener todavía la fe?

Así también hoy hay mucha gente caminando por los caminos de la vida: gente sin mucha esperanza, derrotada por la realidad que aplasta y que mata la esperanza, que destruye el futuro. Hay fuerzas ante las cuales el individuo se siente importante, porque no las consigue dominar y porque lo superan con mucho, y que mantienen su vida presa, sin condiciones para desarrollarse. Parecen querer llevar a la humanidad entera hacia una total esclavitud. ¿Qué individuo puede hacer algo contra el poder económico, contra el poder de la propaganda y de la opinión pública, contra el poder de la ideología y del Estado totalitario, contra el poder de la mentalidad fluctuante del pueblo, contra el poder de la moda y de los convencionalismos sociales, contra el poder de la ironía y del sarcasmo, contra el poder de la organización que concede privilegios a unos y margina a los otros, contra el poder de la mística del desarrollo, que a veces parece contradictorio?

Todo se hace para el hombre. «El hombre es la meta», según se dice. Pero en el corazón del hombre muere la esperanza, dadas las barreras y los límites con que ha de enfrentarse en la vida, tanto personal y familiar como social e internacional. Crece la conciencia, pero crece al mismo tiempo la desorientación. Crece

la multitud, pero aumenta el vacío, la desesperación y la soledad. A medida que aumenta el poder de las aguas, aumenta la resistencia del dique que intenta dominarlas. Ésos y algunos otros son en la actualidad los puestos avanzados de la muerte que extiende sus brazos sobre la vida, cubriéndolo todo con el velo del luto y amenazándolo todo con su opresión. No tenemos medios para arrostrar todo eso. La muerte, esa muerte personificada en la situación, nos supera. En el horizonte se apaga la última lámpara que todavía brillaba. Cada uno se las arregla como puede, para no verse tragado por la nada y por la frustración total. Busca un rincón bajo el sol. Muchos desconfían de todo y de todos. Consideran ridículas e infantiles las tímidas iniciativas que se proponen para romper el círculo de hierro en el que muere asfixiada la vida. Se acomodan y se vuelven esclavos satisfechos, contentos y tranquilos, encerrados en una jaula de oro, pero sin conciencia. Ha vuelto hoy, en el nivel más elevado y civilizado, la antigua «lucha por la vida». Sobrevivir, cueste lo que cueste... ¿Vale la pena seguir creyendo en algo?

En medio de todo eso camina el cristiano con su fe en la resurrección, ligada a un hecho del pasado y a otro del futuro. ¿Qué hace con su fe, para suscitar la esperanza en el corazón de los hombres?

Nuestra situación no es muy distinta de la que fue la de los apóstoles después de la muerte de Cristo. Como en tiempos de Lucas, andamos con la fe bajo el brazo, sin saber muy bien qué hacer con ella. No encontramos la brecha por donde injertarnos en la vida y, por eso, esa rama tan preciosa acaba muriendo, sin producir frutos. Es que ya no tenemos conciencia de los límites y de la opresión en que vivimos.

Están los que resuelven el problema de esta manera: la resurrección se refiere solamente a la situación que vendrá después de la muerte. Buscan trabajar en esta vida, para garantizarse la resurrección en el cielo, después de la muerte. Consideran el mundo sólo como el garaje donde se guarda el coche de la vida. En el garaje no se vive, no está hecho para eso. A nadie se le ocurre que su fe puede tener repercusión alguna sobre esta vida nuestra que hoy vivimos.

5. La novedad que nace en los hombres por la fe en la resurrección

Pero —y aquí está la absoluta novedad de la resurrección— al tercer día después de la muerte de Jesús, aquellos once individuos tuvieron la experiencia cierta e inconfundible de que Jesús estaba vivo (Lc 24,5.34). Era él mismo, el mismo Jesús con el que habían convivido durante tres años (Hch 10,40-41). Lo confirmaban las apariciones (Mc 16,9-14; 1 Cor 15,1-4). Era él mismo. Jesús había traspasado una barrera que nadie había saltado jamás. Ese Cristo victorioso sobre la muerte está ahora con ellos, amigo de ellos. Era la evidencia misma, aunque habían tenido antes dificultades para creer en ese acontecimiento nuevo e inesperado (Lc 24,10-11.37-43; Jn 20,25).

Ahora no había ya motivos para sentirse derrotado ante la realidad. También ellos resucitaron. Se abrió de nuevo el velo del futuro, para no cerrarse jamás. En su vida entró una nueva fuerza, la fuerza de Dios; una fuerza tan grande que conseguía sacar la vida de la muerte (Ef 1,19-20). Una fuerza ligada a la persona viva de Jesucristo, invisible en sí misma, pero visible en sus efectos. Una fuerza más intensa que todo lo que sostenía antes su esperanza. Todas aquellas barreras que impedían la vida y que mataban la esperanza, todo eso fue vencido: la fuerza del imperialismo romano, la del fariseísmo, la de la opinión pública, la de la mentalidad fluctuante del pueblo. Las fuerzas de la muerte fueron derrotadas. La guerra ya estaba ganada, aunque la batalla continuase. Era sólo cuestión de tiempo. Nada podía amedrentarlos: se enfrentaban con el pueblo, con los judíos, con el sanedrín, con los romanos, con los fariseos, con la tortura, con la cárcel (cf. Hch 2,14; 4,8.19.23-31; 5,29.41; etc.). La vida que había nacido en ellos y había superado la muerte, ya era vida nueva y victoriosa (cf. Ef 2,6). Aunque tuvieran que sucumbir bajo los golpes de la muerte, la vida no moriría (cf. 1 Cor 15,54-58). Ahora tenía sentido resistir, no conformarse con la situación y actuar para transformarla.

Aun así los cristianos, andando por el camino de la vida, perseguidos por el imperio romano, planteaban la pregunta: «¿Pero dónde encontrar a ese Cristo vivo? ¿Dónde descubrir esa fuerza que él comunica?». Lucas responde contando el epi-

sodio de los dos discípulos, que iban por el camino, en dirección a Emaús. Descubrieron a Cristo y lo reconocieron «al partir el pan» (Lc 24,35). En ese momento en que los cristianos se reúnen en torno a la Eucaristía, cuando se parte y se distribuye el pan, celebrando y haciendo presente la muerte y la resurrección del Señor (1 Cor 11,26), es cuando brota la fuente de donde nace, o debería nacer, esa agua nueva que puede regar el árbol de la vida y capacitarlo para dar frutos. Esa convivencia en torno a la mesa es la que abre los ojos (Lc 24,31) y hace percibir la voz de Cristo, bien en la palabra de la Biblia (Lc 24,32), bien en el compañero anónimo que va con la gente por el camino de la vida (Lc 24,15-16.35).

Lucas apunta esos tres canales de comunicación con Cristo y con su fuerza: el hermano a nuestro lado, la Palabra de Dios y la reunión de amigos en torno a la misma fe y al mismo ideal, en la Eucaristía. Se palpa aquí cuánto falta todavía para que la actual renovación litúrgica pueda alcanzar realmente su objetivo. Usando estos tres medios, los cristianos encontrarán modos de vencer la crisis y descubrir de nuevo, en su vida, el sentido de su fe en la resurrección, o sea, de su fe en Cristo, vivo en medio de ellos. Creer en la resurrección no es solamente aceptar un hecho del pasado y otro del futuro, sino que es, ante todo, una actitud de vida, que nace por el descubrimiento de un amigo, vivo en la vida, gracias al poder de Dios.

6. La resurrección no sólo aconteció, sino que acontece y acontecerá

La resurrección de Jesucristo no es un hecho que, hace casi dos mil años, dio cuerda a un motor que sigue funcionando todavía. La resurrección no es un hecho que sucedió y pasó ya. Jesús, en cada momento, oye la voz de Dios que lo llama a la vida (cf. Jn 5,19-21; 6,57). Dios lo resucita y le da nueva vida, por una acción permanente. Es como la luz: funciona mientras sigue dando vueltas a la turbina del generador. Cuando la turbina para, la luz se apaga en las casas del pueblo. Si Dios, por una suposición absurda e imposible dejara de llamar a Jesús a la vida, Cristo, la luz del mundo (cf. Jn 9,5), se apagaría, y la Iglesia, el pueblo de Dios, los sacramentos, la fe, todo eso dejaría de existir.

La acción de Dios que resucita a Jesucristo puede compararse con la acción creadora: el día en que dejase de pronunciar su palabra creadora, caeríamos en la nada. Del mismo modo, el día en que dejase de pronunciar su palabra salvadora, que culmina en la resurrección, nuestra fe quedaría vacía de sentido (cf. 1 Cor 15,14-15.17-19).

La acción de Dios que resucita a Jesucristo no es como la acción que da cuerdas al reloj o que enciende el motor. El reloj y el motor, una vez accionados, marchan solos, independientemente de su dueño. La acción de Dios es más bien como el timbre que suena mientras tengo el dedo apretando el botón. O como la antena intercontinental, que capta las ondas de otros países. En el momento en que acaba la emisión de otro país, la antena ya no capta nada ni transmite nada y se oscurece la pantalla de nuestro televisor. El momento en que Dios dejara de hablar la palabra que resucita a Jesucristo, Cristo se callaría. No sería ya nada, no revelaría nada, y la pantalla de nuestra vida se oscurecería, nuestra palabra y nuestro testimonio de fe serían huecos y vacíos. Serían una mentira, un cheque sin fondos (cf. 1 Cor 15,15). En ese caso, sería mejor «comer y beber, que mañana moriremos» (1 Cor 15,32).

Pero Dios no quita la mano del timbre, ni interrumpe la transmisión, ni deja de llamar a Jesús a la vida. Dios no nos engaña, ni nos deja frustrados. Es fiel y es lo suficientemente fuerte para seguir haciendo lo que empezó a hacer. No hay fuerza que se lo impida. Vence siempre. Ésta es la convicción de fe que tenemos. ¿En qué se basa?

7. El último fundamento de la fe en la resurrección

El último fundamento, la raíz misma de nuestra fe en la resurrección, es la buena voluntad de Dios, la *buena voluntad de Alguien que se ha comprometido con nosotros de manera irrevocable*. La fe en la resurrección no depende de una ley ciega e impersonal, ni tiene nada que ver con los argumentos filosóficos que defienden la inmortalidad del alma, ni está basada en el dinamismo irresistible de la evolución del universo, que tiende hacia el bien, ni tiene su fundamento en un cálculo nuestro, hecho a base de investigaciones históricas que hayan logrado probar la historicidad de la resurrección de Jesús, ni depende de las

pruebas que consigan refutar los argumentos en contrario. La fe en la resurrección nace de la palabra amiga que Alguien pronuncia en favor nuestro. Así como la palabra del amigo puede *confirmar* a una persona, restituirle la conciencia de sí misma y reanimarla a una nueva esperanza, también la palabra amiga de Dios alcanza a la persona humana en su raíz, le devuelve la conciencia de sí misma, la resucita a una nueva vida y la hace vivir para siempre.

Al resucitar a Jesús de entre los muertos, Dios concretó su buena voluntad para con los hombres, expresó el poder irresistible de esa voluntad salvadora y liberadora, afirmó la fidelidad de la misma y nos hizo saber hasta qué punto, en nuestra acción, podemos confiar en esa buena voluntad para con nosotros: hasta el punto de poder realizar lo imposible, o sea, hasta el punto de esperar que pueda nacer vida de la muerte.

Dios venía mostrando esa su buena voluntad desde que empezó a trabajar con los hombres, llamando a Abrahán y liberando al pueblo de Egipto. Vino mostrando, a través de la historia, que el hombre, cuando tiene el coraje de comprometerse con él, encontrará lo que busca, encontrará la felicidad. El contenido pleno de esa palabra que empezó a sonar en los oídos de Abrahán y la fuerza total que tiene se pusieron de manifiesto en la resurrección de Cristo. En Cristo, un hombre igual a nosotros, que vivió en la total apertura y obediencia al Padre, alcanzó la meta final en su resurrección. Y Dios no sólo lo resucitó, sino que lo introdujo junto a sí, dándole todo el poder, y le entregó el destino de la humanidad (cf. Flp 2,8-11). Ahora, eternamente, un hermano nuestro está junto a Dios, como prueba cabal y definitiva de que Dios toma en serio su palabra una vez dada (cf. Is 40,7-8), y de que la gente puede confiar plenamente en lo que él dice y promete (cf. Heb 4,14-16; 5,5-10). La resurrección de Cristo es la expresión permanente del compromiso irrevocable de Dios con nosotros. Es la prueba permanente y suprema de la garantía que acompaña a la promesa. Es la «nueva y eterna alianza» de Dios con los hombres.

Por tanto, creer en la resurrección es creer, no en una cosa, no en argumentos, sino creer en Alguien que actúa en nosotros y por nosotros, con un poder inmenso, capaz de sacar la vida de la muerte y de hacer que lo viejo se vuelva nuevo, orientándonos hacia un futuro de grandes dimensiones.

Creer en la resurrección quiere decir: transponer ya desde ahora, en la esperanza que anticipa el futuro, los límites que fueron traspasados o rotos por la resurrección de Jesús crucificado. Ningún límite, ninguna barrera, ninguna dificultad, nada en este mundo será capaz de matar la vida y la esperanza, que han nacido así en el corazón del hombre.

Creer en la resurrección no tiene nada que ver con la huida o la alienación del mundo hacia más allá de la muerte, ni con una cristalización en torno a un hecho del pasado que ya fue. El objeto de la fe en la resurrección no se pone ni en la eternidad del cielo, ni en la impenetrabilidad del pasado, sino en el futuro de la tierra sobre la que se plantó y sigue plantada hasta hoy la cruz de Cristo. El hecho del pasado, atestiguado por los apóstoles, es el fundamento. Pero sobre ese fundamento está el inmenso terreno de la vida que no muere y que renace de las cenizas de la muerte, anticipando lo nuevo que aparece bajo las manos de los que creen en ella.

Creer en la resurrección es lo que sintetiza san Pablo en las siguientes palabras: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom 8,31.35-39). La enumeración es completa: nada puede separar al hombre de Dios y de su futuro, ya que Cristo, por la resurrección, ha vencido todas esas fuerzas y está al lado de Dios intercediendo por el hombre que cree en él (cf. Rom 8,32-34; Heb 5,7-9).

8. Conclusión: un desafío

Esta visión de los primeros cristianos sobre la resurrección muestra que el problema fundamental de la fe en la resurrección no está fuera de nosotros, en posibles dificultades de orden histórico o en dificultades de orden científico. Está dentro de nosotros mismos: ¿somos o no somos capaces de tener el coraje de creer en Dios que libera y que salva con un poder supe-

rior a las fuerzas de la muerte? Esta fuerza de la resurrección tiene la característica de que sólo actúa y sólo se manifiesta según la medida de la fe que se tenga en ella. No existe un botón automático para accionar ese poder de Dios, un poder gratuito, puesto a nuestra disposición. Es como el poder de la amistad: sólo funciona sobre la base de una mutua confianza y de la fe de uno en otro.

San Pablo, interesado en que los cristianos tomaran conciencia de este hecho, reza por ellos y pide al Padre para que todos puedan llegar a comprender «cuál es la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, manifestada a través de su fuerza poderosa. Es la fuerza que Dios desplegó en Cristo al resucitarlo de entre los muertos y al sentarlo a su derecha en los cielos, por encima de todo principado, potestad, poder y señorío, y por encima de cualquier otro título que se precie de tal no sólo en este mundo, sino también en el venidero» (Ef 11,19-21). Cuando nace esta conciencia en el hombre, se acciona un poder irresistible que no descansará hasta que las fuerzas de la muerte hayan sido vencidas por las fuerzas de la vida.

El punto más elevado de la fe en la resurrección no está en el pasado, ni en el futuro, sino en el presente. Es el árbol que nació de la semilla, plantada en el pasado, que hoy hace prever una cosecha para el futuro. La vida del hombre hunde sus raíces en una paz profunda y agita sus ramas en un inconformismo radical con la situación del mundo actual, inconformismo que no consigue tener paz con el mundo donde está instalado el poder de la muerte que oprime.

El punto clave de la fe en la resurrección está en que el hombre descubra en su vida esa fuerza actual y permanente de Dios que es un Dios de vivos. Sólo así el hombre, el mismo hombre, resucita y, resucitando, percibe todo el alcance de su fe en la resurrección. No serán los argumentos científicos los que den valor a la fe en la resurrección, sino que será la experiencia concreta de la resurrección lo que dé valor a los argumentos que encontramos en favor de la misma. La única prueba verdadera de la resurrección que puede convencernos es la vida que hoy resucita y se renueva, que hoy vence a las fuerzas de la muerte, haciendo que las fuerzas reprimidas y aplastadas de la vida sean descubiertas y liberadas para alegría y esperanza de todos. Éste es el comprobante de que, en el hombre, actúa una fuerza

más fuerte que la muerte, la fuerza de Cristo resucitado. ¿Dónde están esas señales de la resurrección en nuestra vida, para que nuestra palabra sobre la resurrección de Cristo pueda tener un comprobante?

Otras muchas cosas podrían y deberían decirse para que la exposición sobre la resurrección fuese completa. Basta la ventana que hemos abierto, aunque pequeña, para que podamos tener una idea del alcance tremendo de la fe en la resurrección para la transformación de la vida de los hombres.

Índice general

<i>Prólogo</i> : La parábola de la puerta	9
Introducción : «¿Dios, dónde estás?»	19
1. Paraíso: ¿Mito o realidad?	27
1. Algunas dificultades sobre el paraíso	27
2. La perspectiva del autor que escribió sobre el paraíso ..	28
3. La situación concreta que el autor quiso denunciar con su descripción	28
4. ¿Cómo le gustaría a Dios que fuera el mundo? Situación ideal: el paraíso	30
5. ¿Quién es el responsable? ¿Cuál es el origen del mal que hay en el mundo?	31
6. La solución que propone el autor	33
7. Respuestas a las dificultades planteadas al principio ..	34
8. Conclusión	36
2. Abrahán: El hombre en busca del absoluto	37
1. Algunas dificultades que se plantean sobre Abrahán ..	37
2. La perspectiva de la Biblia sobre la figura de Abrahán ..	38
3. ¿Cómo fue la vida de Abrahán?	39
4. ¿Cómo entró Dios en la vida de Abrahán y cómo entra en la nuestra?	41
5. Algunas conclusiones importantes	43
6. Respuestas a las dificultades planteadas al principio ..	44
3. Éxodo: Dios en la historia de la liberación de los hombres	47
1. Algunas dificultades sobre la historia del éxodo	47
2. La perspectiva de la Biblia al describir el éxodo	48
3. La perspectiva de la ciencia moderna ¿contradice a la visión de la Biblia?	50
4. El hecho histórico del éxodo y su dimensión divina descubierta a la luz de la fe	52
5. El éxodo: comienzo de una larga historia de liberación ..	53
6. La historia del éxodo como criterio de discernimiento ..	56
7. Celebrar la liberación que Dios concede	57

4. Sansón y Dalila: ¿Folclore o algo más?	59
1. Algunas dificultades en torno la historia de Sansón y Dalila	59
2. La perspectiva del autor que describe la historia de Sansón	59
3. Apuntes al margen de la historia de Sansón	61
4. La historia de Sansón en cuatro cuadros	63
5. Sansón y Dalila: ¿folclore o algo más?	65
6. Conclusiones ulteriores.	66
5. Profetas: ¿Dónde está el Dios en quien creemos?	69
1. Preguntas y nociones preliminares sobre los profetas ..	69
2. ¿Cómo nace la vocación de un profeta?	70
3. Misión y actuación del profeta: lo que enseña sobre Dios	71
4. Crítica del concepto de Dios por los profetas	74
5. El Dios vivo y verdadero de los profetas	78
6. ¿Existen hoy profetas?	81
6. Del rey Ezequías al rey Josías: La historia de una reforma	83
1. Las raíces de las que nació el árbol	84
2. Los primeros pasos de la reforma	85
3. Las fuerzas contrarias levantan la cabeza y paran el movimiento	87
4. Volvió el empeño por hacer las reformas, y volvió redoblado.	88
5. La carta de la reforma encontrada en el templo: su historia	89
6. La carta de la reforma encontrada en el templo: su contenido	91
7. El problema de la sustentación del clero: piedra de tropiezo en la renovación	92
8. La ejecución de la reforma y su final trágico	94
9. Balance de la reforma	96
10. El error de cálculo que hizo que se hundiera el edificio en construcción	97
11. Conclusión	100
7. Jeremías: La huida nunca es una solución	101
1. La realidad: la situación humana del pueblo en tiempos de Jeremías	101
2. Reflexión crítica sobre la situación: nace la vocación del profeta	103
3. Actuación del profeta Jeremías	104
4. Las consecuencias del compromiso: sufrimiento y persecución	106

5. La contribución de Jeremías a la realización del proyecto de Dios	108
8. Sabiduría: Ansia de vivir – necesidad de morir	111
1. Origen, naturaleza y sentido de los libros sapienciales ..	111
2. Institucionalización de la Sabiduría y formación de los libros sapienciales	115
3. Mensaje de los libros sapienciales	117
4. Ansia de vivir – necesidad de morir	120
5. La fe en Dios rasga el velo que cubre el futuro	122
6. Consideraciones finales	124
9. Una introducción al libro de Job: El drama de todos nosotros	127
1. El papel del narrador	127
2. Tema del drama: ¿quién explica el sufrimiento del justo?	129
3. El problema existencial que provocó el libro de Job y que se expresa en él	131
4. La técnica del drama: hacer participar y llevar a descubrir	133
5. La raíz del problema: la idea equivocada que el hombre se hace de Dios.	135
6. Conclusión	137
10. Resumen del Antiguo Testamento: Los salmos. La certeza en la frente, la historia en la mano	141
1. Algunas dificultades que encontramos en la oración de los salmos	141
2. Los salmos y el movimiento secular de la oración de los hombres	142
3. El origen de los salmos y la lenta formación del libro de los salmos	143
4. El modo popular de rezar y de cantar los salmos	145
5. ¿David, autor de los salmos?	146
6. El estudio actual de los salmos y su interpretación	146
7. Dificultad principal y exigencia prioritaria en la interpretación de los salmos	148
8. Los salmos: expresión de la búsqueda de Dios en la vida	149
9. El material para la oración	154
11. Origen de los cuatro evangelios: Del «evangelio» a los cuatro «evangelios»	155
1. ¿De qué sirve investigar el origen de los evangelios? ..	155
2. Algunas preguntas cuyas respuestas revelan otra mentalidad	156

3. Comparación que nos revela otra dimensión en los cuatro evangelios	157
4. Comparando los cuatro evangelios entre sí	161
5. Origen de los evangelios: del evangelio a los cuatro evangelios	163
6. Respuesta a la pregunta inicial	165
12. El Sermón de la Montaña: ¿Consejo, ley o ideal?	167
1. Algunos datos para situar el discurso de Jesús	167
2. Tres dificultades que surgen al que lee el Sermón de la Montaña	168
3. Soluciones ya propuestas	169
4. La vida de una persona explica y da sentido a las palabras que pronunció	174
5. La novedad que aparece en la vida y en la palabra de Jesús	177
6. El Sermón de la Montaña en la vida de Jesús	180
7. Discusión de las opiniones	182
8. Pistas generales para la interpretación del Sermón de la Montaña	185
13. Las parábolas: Revelar el sentido divino de lo humano	189
1. Dificultades e incertidumbres a propósito de las parábolas	189
2. Dos ejemplos concretos de nuestra vida	190
3. Aplicación concreta: «el sagaz administrador» y «la viña abandonada»	192
4. Las ventajas de enseñar en parábolas	195
5. Las parábolas y el reino de Dios	197
6. Respuesta a las dificultades	198
14. Los milagros de Jesús: La demostración gratuita del futuro que nos espera	201
1. Algunas dificultades que hoy nos plantean los milagros	201
2. Nociones generales sobre los milagros	202
3. Características del milagro, según la Biblia	204
4. La historicidad de los milagros de Jesús	206
5. Los milagros de Jesús como señales	207
6. Los milagros de Jesús: «demostración gratuita» del futuro	210
7. Jesús, la gran Señal o el gran Milagro	211
8. Respuestas a las dificultades planteadas al principio ..	212

15. La transfiguración de Jesús: El sentido de las crisis de la vida	215
1. El objetivo de este capítulo	215
2. Las diferencias entre las dos fases de la actividad de Jesús	216
3. Replanteamiento, revisión y cambio de actividad en la vida de Jesús	217
4. La tentación en la vida de Jesús	219
5. La crisis y la tentación en la vida de los apóstoles	220
6. La Transfiguración en el contexto de la vida de Jesús y de los apóstoles	222
7. La Transfiguración en los evangelios	224
16. La libertad del cristiano: Pluralismo en la manera de vivir la misma fe en Jesucristo	227
1. Una situación de conflicto en la Iglesia: síntoma de un mal oculto	227
2. Las dudas y las luchas internas, engendradas por el conflicto	228
3. La convicción de Pablo, traducida en actitudes prácticas	229
4. La libertad en Cristo	231
5. Solución del problema: aceptación del pluralismo	233
6. Del pluralismo nace la iniciativa de la unidad	234
7. Conclusión.	236
17. Fe en la resurrección: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?»	239
1. Posiciones que dificultan la comprensión de la resurrección	239
2. ¿Cómo abordar el estudio sobre la fe en la resurrección? ..	240
3. La diferencia entre nosotros y los primeros cristianos ..	241
4. Punto de partida para la fe en la resurrección: la percepción de los límites de la existencia, barreras que matan la vida y la esperanza en el hombre.	244
5. La novedad que nace en los hombres por la fe en la resurrección	248
6. La resurrección no sólo aconteció, sino que acontece y acontecerá	249
7. El último fundamento de la fe en la resurrección	250
8. Conclusión: un desafío	252